

The background of the cover is a detailed illustration of a futuristic city at night. The sky is filled with various flying vehicles, including sleek, elongated craft and larger, more complex structures. The city below is a dense collection of tall, dark buildings with glowing windows and lights. In the foreground, several figures in dark, hooded robes are walking across a wet, reflective surface, possibly a plaza or a street. The overall atmosphere is one of a bustling, advanced civilization.

ANTOLOGÍA DE NOVELAS DE ANTICIPACIÓN XIV

Lectulandia

Decimocuarto volumen de las antologías de anticipación Acervo. En este ejemplar: *Calles de ensueños, pies de arcilla, Marcha atrás, Kyrie, Descenso suave, El gusano volador (El gusano que vuela), Máscaras, Hemeac, Esta gran carroña, Bienvenido a la jaula de los monos, La prole de Selchey, El tiempo considerado como una hélice de piedras semipreciosas, La raíz cuadrada de cerebro, El rastro del miedo, Una visita al Hospital General Cleveland, El truce de la espada, Los constructores de nubes, Entorno total, La danza del mutador y los tres y Melodía estelar.*

Lectulandia

AA. VV.

**Antología de novelas de anticipación
XIV**

Antología de novelas de anticipación - 14

ePub r1.0

Watcher 10-05-2018

Título original: *World's Best Science Fiction: 1969*

AA. VV., 1972

Traducción: José María Aroca

Editor digital: Watcher

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Calles de ensueños, pies de arcilla

Robert Sheckley

I

Carmody no había planeado nunca abandonar Nueva York. El hecho que lo hiciera resulta inexplicable. Nacido en la ciudad, se había acostumbrado paulatinamente a los pequeños inconvenientes de la vida metropolitana. Su cómodo apartamento, situado en el piso 290 de las Torres Levitfrack, en la Calle Noventa y Nueve Oeste, se hallaba acondicionado con los habituales elementos «Nave espacial». Las ventanas de doble panel estaban protegidas con plexiglás indestructible, y los conductos de ventilación funcionaban a través de un sistema de filtración que se cerraba automáticamente cuando el índice de Polución de Atmósfera Combinada alcanzaba la cifra de 999,8 de la escala de Con Ed. Ciertamente, su sistema de recirculación de aire oxígeno-nitrógeno era antiguo, pero digno de confianza. Sus células de purificación del agua eran también antiguas, y además ineficaces; pero esto carecía de importancia, ya que nadie bebía agua.

El ruido era una molestia continua, de la que no se podía escapar. Pero Carmody sabía que no existía ningún remedio para el problema, puesto que se había perdido el antiguo arte de la construcción a prueba de ruidos. El buen ciudadano estaba obligado a escuchar las discusiones, la música y los gargarismos de sus vecinos. Y siempre le quedaba la posibilidad de aliviar su tortura produciendo por su cuenta ruidos similares.

Acudir al trabajo todos los días entrañaba ciertos peligros; pero éstos eran más aparentes que reales. Los protestones de siempre disparaban parapetados en los tejados de los edificios, y de cuando en cuando se cargaban a un imprudente pueblerino. Pero, por regla general, su puntería era detestable. Además, la aceptación por casi todo el mundo de la armadura personal ligera había reducido al mínimo los riesgos, y la rígida ley estatal prohibiendo la tenencia de cañones había ayudado a arreglar las cosas.

De modo que no puede aducirse ningún motivo de peso que justifique la repentina decisión de Carmody de abandonar la que estaba considerada como la aglomeración megapolitana más excitante del mundo. Se atribuye a un impulso vagabundo, a una fantasía pastoril o a una extraña perversión. El hecho incontrovertible es que, un buen día, Carmody abrió su ejemplar del Daily Times-News y vio el anuncio de una ciudad

modelo en Nueva Jersey.

«Venga a vivir a Bellwether, la ciudad ideal», proclamaba el anuncio. Y seguía una lista de utópicas pretensiones que no es necesario reproducir aquí.

—¡Huh! —murmuró Carmody, y continuó leyendo.

Bellwether se encontraba a una distancia razonable. Sólo había que cruzar el túnel Ulysses S. Grant en la calle 43, enfilarse por la subcarretera Hoboken Shunt hasta el cruce de la Interestatal Palisades, continuar durante 3,2 millas por el ramal que conducía a la General n.º 5, seguirla durante 6,1 millas hasta la carretera de acceso al Garden State (provisional), hasta salir a la Salida 1731A, y luego recorrer otro par de millas.

—Esto está hecho —dijo Carmody—. Tengo que ir allí.

Y fue.

II

La carretera de King's Highbridge Gate terminaba en una planicie limpia y cuidada. A media milla de distancia vio una pequeña ciudad. Un pequeño cartel indicador la identificaba como Bellwether. Carmody se bajó de su automóvil y miró a su alrededor.

Aquella ciudad no estaba construida al modo tradicional de las ciudades norteamericanas, con adherencias de estaciones de servicio, tentáculos de puestos de hot-dogs, orlas de moteles y un caparazón protector de montones de desperdicios; se erguía bruscamente, al estilo de algunas ciudades italianas montadas sobre una colina, sin preámbulo físico: el cuerpo principal del pueblo se presentaba a sí mismo inmediatamente y sin previo aviso.

A Carmody, el detalle le pareció atractivo. Avanzó hacia la ciudad.

Bellwether tenía un aspecto cálido y abierto. Sus calles se extendían generosamente, y los amplios ventanales de las fachadas de sus almacenes daban una impresión de franqueza. A medida que se adentraba en el corazón de la ciudad, Carmody encontró otros motivos de deleite. De pronto se halló en una plaza, semejante a una plaza romana, aunque más pequeña; y en el centro de la plaza había una fuente, con la estatua de un muchacho que sostenía un delfín entre sus brazos; de la boca del delfín brotaba un chorro de agua clara.

—Espero que le guste —dijo una voz, por detrás del hombro izquierdo de Carmody.

—Es bonita —dijo Carmody.

—La construí y la puse ahí yo mismo —dijo la voz—. Me pareció que una fuente, a pesar de la antigüedad de su concepto, resulta estéticamente funcional. Y esta plaza, con sus bancos y sus umbrosos castaños, está copiada de un modelo boloñés. Repito que no me acompleja el temor de parecer anticuado. El verdadero artista utiliza lo que es necesario, lo mismo si tiene un millar de años que si tiene un solo segundo de vida.

—Estoy de acuerdo con usted —dijo Carmody—. Permítame que me presente a mí mismo. Soy Edward Carmody.

Se volvió, sonriendo.

Pero no había nadie detrás de su hombro izquierdo, ni tampoco de su hombro derecho. No había nadie en la plaza, absolutamente nadie a la vista.

—Perdóneme —dijo la voz—. No pretendía sobresaltarle. Creí que lo sabía usted.

—¿Qué es lo que tenía que saber? —inquirió Carmody.

—Acerca de mí.

—Bueno, no sé nada —dijo Carmody—. ¿Quién es usted, y desde dónde está hablando?

—Soy la voz de la ciudad —dijo la voz—. O, para decirlo de otro modo, soy la propia ciudad, Bellwether, la ciudad real y verdadera, hablándole a usted.

—¿Es eso un hecho? —dijo Carmody sardónicamente—. Sí —se respondió a sí mismo—, supongo que es un hecho. De acuerdo, es usted una ciudad. ¡Encantado!

Carmody se apartó de la fuente y echó a andar a través de la plaza como un hombre que ha conversado con ciudades todos los días de su vida y al que la cosa resulta un poco aburrida. Ascendió a lo largo de varias calles y paseó a lo largo de algunas avenidas. Miró los escaparates de las tiendas y observó las casas.

—¿Y bien? —inquirió la ciudad de Bellwether al cabo de unos instantes.

—Y bien, ¿qué? —respondió Carmody inmediatamente.

—¿Qué opina usted de mí?

—No está mal —dijo Carmody.

—¿No estoy mal? ¿Es eso lo único que se le ha podido ocurrir?

—Mire —dijo Carmody—, una ciudad es una ciudad. Cuando se ha visto una, puede decirse que se han visto todas.

—¡No es cierto! —replicó la ciudad, con una sombra de resentimiento—. Yo soy completamente distinta de las otras ciudades. Yo soy única.

—¿De veras? —inquirió Carmody en tono burlón—. A mis ojos, es usted un conglomerado de partes mal encajadas. Tiene una plaza italiana, un par de edificios de tipo griego, una hilera de casas estilo Tudor, un grupo de viviendas de viejo estilo neoyorquino, una salchichería californiana decorada como un remolcador y sabe Dios qué otras cosas. ¿Qué hay de único en todo eso?

—La combinación de esas formas en una entidad significativa es única —dijo la ciudad—. Esas formas antiguas no son anacronismos, ¿comprende? Son estilos representativos de modos de vivir, y como tales resultan adecuados en una máquina para vivir bien construida. ¿Tomaría usted un poco de café? ¿Tal vez un bocadillo o alguna fruta del tiempo?

—Acepto el café —dijo Carmody.

Dejó que Bellwether le guiara hasta un café al aire libre. Se llamaba O You Kid, y era una réplica de un saloon típico del siglo XIX. Con sus lámparas de Tiffany, los candelabros de cristal tallado y la pianola. Al igual que todo lo que Carmody había visto en la ciudad, el local estaba immaculadamente limpio, pero sin gente.

—Una atmósfera agradable, ¿no cree? —inquirió Bellwether.

—Muy camp —respondió Carmody—. Si le gusta este tipo de cosas...

Una humeante taza de café descendía hasta su mesa sobre una bandeja de acero inoxidable. Carmody sorbió.

—¿Está bueno? —preguntó Bellwether.

—Sí, muy bueno.

—Estoy muy orgullosa de mi café —dijo la ciudad—. Y de mi cocina. ¿De veras no le apetece alguna cosa? ¿Una tortilla, quizás, o un soufflé?

—Nada —dijo Carmody, en tono firme. Se arrellanó en su asiento y añadió—: De modo que es usted una ciudad modelo, ¿eh?

—Sí, eso es lo que tengo el honor de ser —dijo Bellwether—. Soy la más reciente

de todas las ciudades modelo; y, en mi opinión, la más satisfactoria. Fui concebida por un grupo de estudio de las Universidades de Yale y de Chicago, que estaban trabajando con una beca de Rockefeller. La mayoría de mis detalles prácticos fueron diseñados por el MIT, aunque algunas secciones especiales proceden de Princeton y de la Corporación RAND. Mi construcción fue un proyecto de la General Electric, y el dinero fue aportado por las Fundaciones Gord y Carnegie, así como por otras varias instituciones que no estoy autorizado a mencionar.

—Una historia muy interesante —dijo Carmody, con un odioso desinterés—. Eso que hay al otro lado de la calle es una catedral gótica, ¿no es cierto?

—Románico modificado —dijo la ciudad—. Está abierta a todos los credos, y tiene capacidad para trescientas personas, todas sentadas.

—No parecen muchas personas para un edificio de ese tamaño.

—Desde luego que no. Está ideado a propósito. Tenga usted en cuenta que mi idea fue la de combinar el pavor con la comodidad.

—¿Dónde están los habitantes de esta ciudad? —preguntó súbitamente Carmody.

—Se han marchado —dijo Bellwether melancólicamente—. Se han marchado todos.

—¿Por qué?

La ciudad permaneció silenciosa unos instantes y luego dijo:

—Se produjo una ruptura en las relaciones ciudad-comunidad. Un malentendido, en realidad. O tal vez debería decir una desdichada serie de malentendidos. Sospecho que los agitadores profesionales tuvieron algo que ver en el asunto.

—Pero, ¿qué ocurrió, exactamente?

—No lo sé —dijo la ciudad—. De veras que no lo sé. Un día se marcharon todos, sencillamente. Pero estoy convencida que volverán.

—Me extraña —dijo Carmody.

—Estoy convencida de ello —insistió la ciudad—. Pero, hablando de otra cosa, ¿por qué no se queda usted aquí, Mr. Carmody?

—En realidad, no he tenido tiempo de pensar en ello —respondió Carmody.

—¿Dónde podría encontrar otra ocasión como ésta? —dijo la ciudad—. ¡La ciudad más moderna del mundo a su entera disposición!

—La idea parece interesante —contestó Carmody.

—Por probar no perdería nada —insistió la ciudad.

—De acuerdo, creo que seguiré su consejo —dijo Carmody.

Estaba intrigado por la ciudad de Bellwether. Pero era también aprensivo. Deseaba saber exactamente por qué se habían marchado los anteriores habitantes de la ciudad.

Ante la insistencia de Bellwether, Carmody durmió aquella noche en la suite nupcial del Hotel King George V. Bellwether le sirvió el desayuno en la terraza e interpretó un brillante cuarteto de Haydn mientras Carmody comía. El aire matinal

era delicioso. Si Bellwether no se lo hubiese dicho, Carmody no hubiera sospechado nunca que se trataba de aire reconstituido.

Cuando terminó, Carmody se arrellanó en su asiento y disfrutó de la vista del barrio occidental de Bellwether: una agradable mezcla de pagodas chinas, pasarelas venecianas, canales japoneses, una verde colina birmana, un templo corintio, un estacionamiento californiano, una torre normanda y otras muchas rarezas.

—Desde aquí se divisa un espléndido panorama —le dijo a la ciudad.

—Me alegro mucho que lo aprecie —replicó Bellwether—. El problema del estilo fue discutido desde el día de mi principio. Un grupo era partidario de la consistencia: un conjunto armónico de formas... Pero hay muy pocas ciudades modelo que sean así. Resultan demasiado uniformes, entidades artificiales creadas por un hombre o por un comité, al revés de lo que ocurre con las verdaderas ciudades.

—Usted también es algo artificial, ¿no es cierto? —inquirió Carmody.

—¡Desde luego! Pero no pretendo ser otra cosa. No soy una «ciudad del futuro» falsificada, ni un burdo remedo de una ciudad florentina. Soy una verdadera «aglutinación». Se supone que resulto interesante y estimulante además de funcional y práctica.

—Bellwether, me gusta su aspecto —dijo Carmody, con repentina cordialidad—. ¿Todas las ciudades modelo hablan como usted?

—Desde luego que no. La mayoría de las ciudades, modelos o no modelos, no pronuncian nunca una palabra. Pero a sus habitantes no les gusta eso. Hace que la ciudad parezca demasiado enorme, demasiado dominante, demasiado implacable, demasiado impersonal. Por eso yo fui creada con una voz y con una conciencia artificial para guiarla.

—Comprendo —dijo Carmody.

—El caso es que mi conciencia artificial me personaliza, lo cual resulta muy importante en una época de despersonalización. Me capacita para poder contestar sinceramente. Me permite ser constructiva al atender las peticiones de mis ocupantes. Mis habitantes pueden razonar conmigo, y yo con ellos. Y, sobre la base de este diálogo continuo y sensato, podemos ayudarnos unos a otros a establecer un contorno urbano dinámico, flexible y realmente viable. Podemos modificarnos unos a otros sin ninguna pérdida significativa de individualidad.

—No está mal —dijo Carmody—. Exceptuando, desde luego, que no tiene usted a nadie aquí para dialogar.

—Este es el único fallo del esquema —admitió la ciudad—. Pero, de momento, le tengo a usted.

—Sí, me tiene a mí —dijo Carmody, y se preguntó por qué las palabras resonaban desagradablemente en sus oídos.

—Y, naturalmente, usted me tiene a mí —dijo la ciudad—. Es una relación recíproca, la única que vale la pena tener. Pero ahora, mi querido Carmody, creo que será mejor que le muestre cómo soy. A continuación podremos instalarle y

normalizarle.

—¿Cómo dice?

—Creo que no me he expresado correctamente —se apresuró a decir la ciudad—. Ha sido una desafortunada expresión científica. Pero estoy segura que se hace usted cargo que en una relación recíproca se requiere el cumplimiento de unas obligaciones por parte de las dos entidades involucradas. De otro modo, las cosas no podrían marchar como es debido, ¿verdad?

—No, a menos que se tratara de una relación tipo *laissez-faire*.

—Nosotros estamos tratando de acabar con todo eso —dijo Bellwether—. El *laissez-faire* acaba por convertirse en una doctrina de las emociones, y conduce indefectiblemente a la anomia. Si tiene usted la amabilidad de seguirme...

III

Carmody siguió a Bellwether y pudo comprobar las excelencias de la ciudad. Visitó la fábrica de energía, el centro de filtración de agua, el parque industrial y la sección de industrias ligeras. Vio el parque infantil y la residencia para ancianos. Paseó a través de un museo y de una galería de arte, una sala de conciertos y un teatro, un campo de golf, una sala de billares y un cinematógrafo. Se sintió cansado y deseó reposar. Pero la ciudad deseaba mostrársele en todos sus aspectos, y Carmody tuvo que contemplar el edificio de cinco pisos del American Express, la sinagoga portuguesa, la estatua de Buckminster Fuller, la estación de servicio Greyhound y otras varias atracciones.

Todo tiene un final. Y Carmody llegó a la conclusión que la belleza estaba en los ojos del que la contempla, a excepción de una pequeña parte que estaba en sus pies.

—¿Le apetece almorzar ahora? —preguntó la ciudad.

—Con mucho gusto —asintió Carmody.

Fue guiado hasta un elegante Café Rochambeau, donde empezó con un *potage au petit pois* y terminó con *petits fours*.

—¿Qué me dice de un buen *Brie* para terminar? —preguntó la ciudad.

—No, gracias —dijo Carmody—. Estoy harto. Demasiado harto, en realidad.

—Pero el queso no carga el estómago. ¿Un poco de *Camembert*?

—No podría con él.

—Tal vez un poco de fruta escogida. Es muy refrescante para el paladar.

—Lo que necesita refrescarse no es mi paladar, precisamente —dijo Carmody.

—Al menos una manzana, una pera y un racimo de uva.

—No, gracias.

—¿Un par de cerezas?

—¡No, no, no!

—Una comida no resulta completa sin un poco de fruta —insistió la ciudad.

—La mía lo ha sido.

—Hay vitaminas muy importantes que sólo se encuentran en la fruta fresca.

—La tendré que pasar sin ellas.

—Tal vez media naranja... ¿Quiere que se la monde? Los cítricos sólo tienen pulpa.

—No podría con ella.

—¿Ni siquiera la cuarta parte de una naranja? Yo misma le quitaré las pepitas.

—Decididamente, no.

—Me sentiría mucho mejor si comiera algo de fruta —dijo la ciudad—. Una comida no resulta completa sin un poco de fruta.

—¡No! ¡No! ¡No!

—De acuerdo, no se excite —dijo la ciudad—. Si no le gusta la clase de comida

que sirvo, es cuenta suya.

—¡No he dicho que no me guste!

—Entonces, si le gusta, ¿por qué no come un poco de fruta?

—¡Basta! —exclamó Carmody—. Deme un par de granos de uva.

—Que conste que no le obligo a comer a la fuerza.

—No, no me obliga usted. Deme un par de granos de uva, por favor.

—¿Está usted completamente seguro que los quiere?

—¡Démelos! —gritó Carmody.

—Siendo así... —dijo la ciudad, y sacó un espléndido racimo de uva moscatel.

Carmody se comió todas las uvas. Estaban muy buenas.

—Perdone —dijo la ciudad—. ¿Qué está usted haciendo?

Carmody se incorporó y abrió los ojos.

—Estaba haciendo una pequeña siesta —dijo—. ¿Hay algo de malo en ello?

—¿Qué puede haber de malo en una cosa tan natural como ésa? —dijo la ciudad.

—Gracias —dijo Carmody, y volvió a cerrar los ojos.

—Pero, ¿por qué una siesta en una silla? —inquirió la ciudad.

—Porque estoy en una silla, y me he quedado medio dormido.

—Va usted a pillar una tortícolis —le advirtió la ciudad.

—No importa —murmuró Carmody, sin abrir los ojos.

—¿Por qué no duerme la siesta en un lugar apropiado? ¿En un sofá, por ejemplo?

—Estoy muy cómodo aquí.

—No está usted realmente cómodo —puntualizó la ciudad—. La anatomía humana no está diseñada para dormir sentado.

—Para mi anatomía, eso no es ningún inconveniente —dijo Carmody.

—Tiene que serlo. ¿Por qué no prueba el sofá?

—La silla está bien.

—Pero el sofá está mejor. Pruébelo, Carmody, por favor. ¿Carmody?

—¿Eh? ¿Qué pasa? —inquirió Carmody, abriendo los ojos.

—El sofá. Yo opino que debería usted descansar en el sofá.

—¡De acuerdo! —dijo Carmody, poniéndose trabajosamente en pie—. ¿Dónde está el sofá?

Bellwether le guió fuera del restaurante, doblaron la esquina de la calle y entraron en un edificio en cuya fachada había un gran letrero: La Buena Siesta. En la tienda había media docena de sofás. Carmody se dirigió al más próximo.

—No, ése no —dijo la ciudad—. Sus muelles no son buenos.

—No importa —dijo Carmody—. Dormiré encogido.

—Y le entrarán calambres.

—¡Diablos! —exclamó Carmody, poniéndose en pie—. ¿Qué sofá me recomienda usted?

—El que está a la derecha de usted —dijo la ciudad—. Es realmente regio, el

mejor de todos. Ha sido diseñado científicamente. Los muelles...

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Carmody, tumbándose en el sofá en cuestión.

—¿Quiere oír un poco de música sedante?

—No se moleste.

—Como quiera. Apagaré las luces.

—Estupendo.

—¿Quiere una manta? Yo controlo la temperatura del local, desde luego, pero los durmientes padecen a menudo una sensación subjetiva de frío.

—¡No importa! ¡Déjeme en paz!

—De acuerdo —dijo la ciudad—. No estoy haciendo todo esto por mí, ¿sabe? Personalmente, nunca duermo.

—De acuerdo, lo siento —dijo Carmody.

Se produjo un largo silencio. Luego, Carmody se incorporó.

—¿Qué pasa? —preguntó la ciudad.

—Ahora no puedo dormir —dijo Carmody.

—Trate de cerrar los ojos y de relajar conscientemente todos los músculos de su cuerpo, empezando por el dedo pulgar del pie y subiendo paulatinamente...

—¡No puedo dormir! —gritó Carmody.

—Tal vez no estaba usted demasiado soñoliento —sugirió la ciudad—. Pero al menos podría cerrar los ojos y procurarse un ligero descanso. ¿Quiere hacerlo por mí?

—¡No! —replicó Carmody—. No tengo sueño y no necesito descansar.

—¡Testarudo! —dijo la ciudad—. Haga lo que quiera. Puesto que no quiere aceptar mi consejo...

Carmody se puso en pie y salió rápidamente de La Buena Siesta.

IV

Carmody se apoyó sobre el pretil de un pequeño puente y contempló las azules aguas de un lago.

—Esto es una copia del puente Rialto, de Venecia —dijo la ciudad—. A escala reducida, desde luego.

—Lo sé —dijo Carmody—. He leído el letrero.

—Resulta encantador, ¿verdad?

—Sí, es muy bonito —dijo Carmody, encendiendo un cigarrillo.

—Fuma usted mucho —sugirió la ciudad.

—Lo sé. Me gusta fumar.

—En mi calidad de asesor médico, debo advertirle que se ha demostrado de un modo concluyente que existe una estrecha relación entre el fumar y el cáncer de pulmón.

—Lo sé.

—Si fumara usted en pipa, el riesgo sería mucho menor.

—No me gustan las pipas.

—¿Qué me dice de los puros?

—No me gustan los puros.

Carmody encendió otro cigarrillo.

—Es su tercer cigarrillo en cinco minutos —dijo la ciudad.

—¡Maldita sea! ¡Fumo cuanto quiero y tan a menudo como me place! —gritó Carmody.

—Desde luego, desde luego —dijo la ciudad—. Me limitaba a advertirle por su propio bien. ¿Pretende que permanezca a su lado sin pronunciar una sola palabra mientras usted se autodestruye?

—Sí —dijo Carmody.

—No puedo creer que piense de veras lo que dice. En este asunto está involucrado un imperativo ético. El hombre puede actuar en contra de sus mejores intereses; pero a una máquina no le está permitido ese grado de perversión.

—¡Deje de seguirme! —dijo Carmody en tono sombrío—. Deje de empujarme de un lado para otro.

—¿Empujarle yo a usted? Mi querido Carmody, ¿he ejercido acaso alguna coacción sobre usted? ¿He hecho algo más que aconsejarle?

—Tal vez no. Pero habla usted demasiado.

—Quizás no hablo lo suficiente —dijo la ciudad—, a juzgar por las respuestas que obtengo.

—Habla usted demasiado —dijo Carmody, y encendió otro cigarrillo.

—Es su cuarto cigarrillo en cinco minutos.

Carmody abrió la boca para aullar un insulto. Luego cambió de idea y echó a

andar.

—¿Qué es esto? —inquirió Carmody.

—Una máquina expendedora de caramelos —respondió la ciudad.

—No lo parece.

—Pero lo es. El diseño es la modificación del diseño de un silo asirio. Lo he miniaturizado, desde luego, y...

—No parece una máquina expendedora de caramelos. ¿Cómo funciona?

—Es muy fácil. Hay que apretar el botón rojo. Ahora, hay que apretar una de esas palancas de la Fila A. Luego, hay que apretar el botón verde. ¡Ya está!

Una barrita de Baby Ruth se deslizó hasta la mano de Carmody.

—¡Hum! —murmuró Carmody. Quitó la envoltura de papel y mordió la barrita—. ¿Es una verdadera barrita de Baby Ruth, o una simple imitación? —preguntó.

—Es una barrita auténtica. Tuve que subarrendar la concesión de la venta de caramelos debido al exceso de trabajo.

—¡Hum! —gruñó Carmody, dejando caer de entre sus dedos la envoltura de papel.

—Eso —dijo la ciudad— es un ejemplo de la clase de descuido con la que siempre tropiezo.

—No es más que un trozo de papel —dijo Carmody, volviéndose y contemplando la envoltura del caramelo sobre el impoluto suelo de la calle.

—Desde luego que no es más que un trozo de papel —dijo la ciudad—. Pero, multiplíquelo por cien mil habitantes, y, ¿qué obtendrá usted?

—Cien mil envolturas de Baby Ruth —respondió rápidamente Carmody.

—No creo que sea un motivo de broma —dijo la ciudad—. A usted no le gustaría vivir en medio de todos esos papeles, puedo asegurárselo. Usted sería el primero en quejarse si esta calle estuviera llena de desperdicios. Pero, ¿hace usted lo que le corresponde? ¿Se preocupa siquiera por no ensuciarla? Desde luego que no. Tengo que limpiarla yo, a pesar que también debo ocuparme de todas las otras tareas de la ciudad, noche y día, laborables y festivos.

Carmody se inclinó a recoger la envoltura del caramelo. Pero antes que sus dedos pudieran acercarse a ella, surgió un brazo metálico de la boca de alcantarilla más próxima, recogió el papel con las dos pinzas que tenía por dedos y desapareció como por arte de magia.

—Estoy acostumbrada a ir limpiando detrás de la gente —dijo la ciudad—. Lo hago continuamente.

—¡Hum! —gruñó Carmody.

—Y no espero ninguna gratitud por ello.

—¡Yo soy agradecido! —protestó Carmody.

—No, no lo es —dijo Bellwether.

—Bueno, tal vez no lo sea. ¿Qué quiere usted que diga?

—No quiero que diga nada —replicó la ciudad—. Demos por zanjado el incidente.

—¿Ha quedado satisfecho? —inquirió la ciudad, después de la cena.

—Del todo —dijo Carmody.

—No ha comido usted mucho.

—He comido lo suficiente. Todo era excelente.

—Si era tan bueno, ¿por qué no ha comido más?

—Porque estaba más que satisfecho.

—Si no hubiera llenado su estómago con aquella barrita de caramelo...

—¡Aquella barrita de caramelo no me ha llenado el estómago! Sólo...

—Está usted encendiendo un cigarrillo —dijo la ciudad.

—Sí —asintió Carmody.

—¿No podría esperar un poco más?

—Un momento —dijo Carmody—. ¿Qué diablos cree usted...?

—Pero tenemos algo más importante de lo que hablar —se apresuró a decir la ciudad—. ¿Ha pensado ya en lo que va a hacer para ganarse la vida?

—En realidad, no he tenido mucho tiempo para pensar en ello.

—Bueno, yo he estado pensando en ello. No estaría mal que se convirtiera usted en médico.

—¿Yo? Tendría que asistir a cursillos especiales, graduarme en la Facultad de Medicina, etcétera.

—Yo puedo arreglar todo eso —dijo la ciudad.

—No me interesa la Medicina.

—Bueno... ¿Qué me dice de la carrera de Derecho?

—Ni hablar.

—La profesión de ingeniero es muy interesante.

—No para mí.

—¿Y la contabilidad?

—No me interesa.

—¿Qué quiere usted ser?

—Piloto de un jet —dijo Carmody impulsivamente.

—¡Oh, vamos...!

—Hablo en serio.

—Aquí ni siquiera disponemos de un campo de aviación.

—En tal caso, seré piloto en alguna otra parte.

—Dice eso sólo para fastidiarme.

—En absoluto —replicó Carmody—. Quiero ser piloto, de veras. ¡Siempre he deseado ser piloto! ¡Palabra de honor!

Se produjo un largo silencio. Finalmente, la ciudad dijo:

—La elección depende por entero de usted.

Bellwether pronunció aquellas palabras con una voz tan fría como la muerte.

—¿Dónde va usted ahora?

—A dar un paseo —dijo Carmody.

—¿A las nueve y media de la noche?

—Desde luego. ¿Por qué no?

—Creí que estaba usted cansado.

—De eso hace ya mucho rato.

—Comprendo. Y pensé también que podía usted quedarse sentado aquí y charlar un poco conmigo.

—¿Qué le parece si dejamos la charla para más tarde? —sugirió Carmody.

—No, no tiene importancia —dijo— la ciudad.

—Lo que no tiene importancia es el paseo —dijo Carmody, volviendo a sentarse—. Vamos a hablar.

—Ya no tengo ganas de hablar —dijo la ciudad—. Por favor, vaya a dar su paseo.

V

—Buenas noches —dijo Carmody.

—¿Cómo dice?

—He dicho «buenas noches».

—¿Va usted a acostarse?

—Desde luego. Es muy tarde y estoy cansado.

—¿Va usted a acostarse ahora mismo?

—Desde luego. ¿Por qué no?

—Por nada —dijo la ciudad—, exceptuando que se ha olvidado usted de lavarse.

—¡Oh! Acostumbro lavarme por la mañana.

—¿Cuánto hace que no ha tomado un baño?

—Mucho tiempo. No me he bañado desde esta mañana.

—¿No se sentiría mucho mejor si tomara un baño ahora?

—No.

—¿Ni siquiera si yo le preparo el baño?

—¡No! ¡Maldita sea, no! ¡Quiero dormir!

—Haga lo que le plazca —dijo la ciudad—. No se lave, no estudie, no siga una dieta equilibrada. Pero no me venga luego con reproches.

—¿Con reproches? ¿A usted? ¿Por qué?

—Por lo que le parezca —dijo la ciudad.

—¿A qué se refiere usted, específicamente?

—No tiene importancia.

—Entonces, ¿por qué ha hablado de ello?

—Sólo pensaba en usted —dijo la ciudad.

—Ya me he dado cuenta.

—Comprenda que a mí no me beneficia el hecho que usted se lave o deje de lavarse.

—Lo comprendo perfectamente.

—Cuando alguien se preocupa de los demás y siente el peso de sus responsabilidades, no resulta agradable oír ciertos exabruptos.

—Yo no le he dirigido ningún exabrupto.

—Ahora, no. Pero antes lo ha hecho.

—Bueno..., estaba nervioso.

—Está nervioso porque fuma demasiado.

—¡No empecemos de nuevo con eso!

—Por mí se ha terminado —dijo la ciudad—. Fume todo lo que quiera. ¿Qué me importa a mí?

—Tiene usted razón —dijo Carmody, encendiendo un cigarrillo.

—Olvidemos este asunto —dijo la ciudad.

—De acuerdo.

—A veces, peco por exceso de celo.

—Desde luego.

—Y la cosa resulta especialmente difícil debido a que tengo razón.

—Lo sé —dijo Carmody—. Tiene usted razón, tiene usted razón, siempre tiene usted razón. Razón, razón, razón, razón, razón...

—No se excite a la hora de acostarse —dijo la ciudad—. ¿Se tomaría usted un vaso de leche?

—No.

—¿Está seguro?

Carmody se tapó los ojos con las manos. Se sentía muy raro. Se sentía también sumamente culpable, frágil, sucio, achacoso y chapucero. Y experimentaba la sensación que ese sentimiento perduraría a menos que cambiara, que se adaptara...

Pero en vez de intentar algo por el estilo, se puso en pie, cuadró sus hombros y echó a andar a través de la plaza romana y de la pasarela veneciana.

—¿Adónde va usted ahora? —preguntó la ciudad—. ¿Qué es lo que pasa?

Sin contestar, Carmody cruzó a paso ligero el parque infantil y pasó por delante del edificio del American Express.

—¿En qué me he equivocado? —gritó la ciudad—. ¡Dígamelo, por favor!

Sin contestar, Carmody dejó atrás el Café Rochambeau y la sinagoga portuguesa, hasta llegar a la planicie que rodeaba a Bellwether.

—¡Ingrato! —gritó la ciudad detrás de él—. Es usted igual que los otros. Todos ustedes, los humanos, son unos animales desagradables, perpetuamente insatisfechos.

Carmody subió a su automóvil y puso el motor en marcha.

—Pero, desde luego —continuó diciendo la ciudad—, la insatisfacción no es nunca completa en ustedes. Supongo que la moraleja es que una ciudad debe aprender a tener paciencia.

Carmody enfiló la carretera de King's Highbridge Gate y se dirigió hacia el este, hacia Nueva York.

—¡Buen viaje! —gritó Bellwether detrás de él—. No se preocupe por mí, estaré esperándole.

Carmody pisó a fondo el acelerador. Hubiera preferido no oír aquella última observación.

Marcha atrás

Burt Filer

Lo primero que vio fue a Sally mirándole fijamente. Estaba sentada en el amplio lecho y tenía cuatro dedos de su mano izquierda introducidos en su boca. Por algún motivo, se envolvió en la sábana y la mantuvo alrededor de su cuerpo con el otro brazo, como sorprendida súbitamente por un desconocido. Fletcher se incorporó.

—¿Qué pasa? ¿Qué hora es?

Se sentía raro y más fatigado de lo normal. Su voz había sonado ronca y le dolían las dos piernas, la sana y la otra.

—Ha empezado la marcha atrás —dijo Sally. Sus dientes castañetearon, como siempre que experimentaba una intensa emoción. Sus largos cabellos castaños cayeron hacia adelante, con un rizo en vanguardia.

Fletcher inclinó la mirada hacia el brazo que mantenía engarfiado alrededor de su rodilla sana. Estaba quemado por el sol y pecoso, tal como agosto solía ponerlo. Pero, ¿de qué año futuro era el agosto que había hecho esto? Los dedos estaban embotados, las uñas recomidas, y el propio brazo aparecía dos veces más hinchado que cuando Fletcher se acostó.

Sally se retrepó en la almohada, parpadeando, al borde de las lágrimas.

—Estás más viejo —dijo—, mucho más viejo. ¿Por qué lo has hecho?

Fletcher apartó la sábana y apoyó los pies en el suelo.

—No lo sé, de veras que no lo sé. Pero dicen que esto le cambia a uno por completo.

Andando apresuradamente por encima de la vieja alfombra verde que habían trasladado al dormitorio después de un prolongado servicio en la planta baja, se contempló en el espejo del tocador. Al principio no daba crédito a sus ojos.

El hombre de negocios, algo obeso pero todavía atractivo, de treinta y seis años, había desaparecido. El hombre del espejo se parecía más a un pescador siciliano, nudoso y curtido por el viento. Fletcher observó durante unos largos segundos las venas azules que envolvían sus antebrazos y pantorrillas como redes de pescar. Las dos pantorrillas. La izquierda, aunque torcida como siempre, era ahora más gruesa. Parecía fuerte, pero le dolía.

El rostro de Fletcher era diez años más viejo. Grabado en los surcos que rodeaban sus ojos veíase el desencanto que la edad aporta a través de una vida de forzadas sonrisas. Y aunque el vello de su pecho estaba decolorado por el sol, pudo ver fácilmente que buena parte de él era realmente blanco. Fletcher cerró los ojos y se apartó del espejo.

Acercándose de nuevo a Sally, se sentó en el borde de la cama y apoyó una mano en el hombro de su esposa.

—Debo de haber tenido un buen motivo. No tardaremos en descubrirlo.

No eran más que las seis de la mañana, pero no podían pensar ya en dormir, naturalmente. Se vistieron. Sally descendió a la planta baja delante de él, todavía esbelta a los treinta y cuatro años, y todavía deseable. La envidia de muchos.

Sally giró a la izquierda y entró en la cocina, seguida de Fletcher, el cual continuó andando hacia el garaje. Su pretexto para el aislamiento eran los velocípedos, del mismo modo que para Sally lo era el desayuno. «Dejadme solo y me acostumbraré a ello —pensó Fletcher—. Dejadla sola y también ella se acostumbrará».

Dio la vuelta alrededor de su automóvil hasta llegar a su banco de trabajo y encendió la luz. Los velocípedos le infundieron una momentánea sensación de seguridad, brillando allí, tan esbeltos, tan funcionales. Levantando el suyo, comprobó la tensión de la cadena. Perfecta.

Dejó caer la rueda trasera en los rodillos libres. Montando, pedaleó contra una leve resistencia, tal como siempre había soñado que deberían ser los caminos.

Tal vez lo serían ahora, con aquellas piernas. ¿Por qué había pasado diez años torturando los músculos de un lisiado? Por vanidad, quizás. Pero a costa de perder aquellos diez años para siempre, parecía irrazonable.

Fletcher estaba sudando, y el velocímetro sobre los rodillos marcaba treinta. Pedaleó con más fuerza y el velocímetro marcó cincuenta.

¿Debía llamar a la Central del Tiempo? No, ya le habían advertido que no le prestarían ninguna clase de ayuda. Se limitarían a decirle que en algún punto, diez años en el futuro, había acudido a ellos con la petición de ser retrotraído al presente... y que antes de dar el salto su mente había sido acondicionada debidamente.

Lamentable, Mr. Fletcher, pero es el único modo de minimizar la contaminación y la paradoja temporales. Algo fastidioso, la paradoja. Su mente pertenece al Fletcher del presente; no tiene usted conocimiento del futuro. Se hace usted cargo, desde luego...

Lo que él sabía era que el cuerpo de cuarenta y pico de años de Fletcher había sido retrotraído para ser utilizado por la mente del Fletcher de treinta y seis años, casi como una bestia de carga.

Y el Fletcher de treinta y seis años sólo podía preguntarse por qué.

Mucha gente trataba de escapar de alguna infelicidad en sus últimos años. A menudo, la cosa daba resultado. Se convertían inevitablemente en anacrónicas incongruencias entre los que en otro tiempo fueron contemporáneos suyos. Pero, a la edad de Fletcher, diez años no significaban demasiado, y suponía que todo el mundo se acostumbraría a él. Pero, ¿se acostumbraría Sally?

Sesenta, marcaba el velocímetro. Fletcher observó con cierta sorpresa que había estado pedaleando a aquella velocidad durante quince minutos. Era preferible reducir la marcha, y ahorrar energías para el viaje. ¡Qué fuerza! Tal vez aprendería a jugar al

tenis. Podía verse a sí mismo derrotando a Dave Schenk, con Sally de espectadora. Ahora, Fletcher estaba sonriendo. Sally se alegraría. Ahora tenía un viejo fuerte, en vez de un joven blando, de un pobre lisiado. Polio. El había sido uno de los últimos. Otros hombres habían mantenido las puertas abiertas para él desde siempre, y él aprendió a sonreír...

El velocímetro volvía a marcar los cincuenta. Y, ¿dónde estaba el desayuno? Su cuerpo tenía hambre. ¿Qué había hecho, este cuerpo? Sabiendo por amarga experiencia la lentitud con que respondía al ejercicio, Fletcher llegó a la conclusión de que los diez años perdidos habían sido dedicados casi exclusivamente al desarrollo físico.

Pero, ¿para qué? ¿Alguna crisis, que podría afrontar con más fortaleza en el segundo rodeo? ¿Y por qué había decidido ser retrotraído a esta mañana, precisamente?

—¡Fletch, el desayuno está listo! —llamó Sally.

La voz era más firme y sosegada. Desmontando, Fletcher se quedó de pie, con las manos en los bolsillos, contemplando cómo perdía velocidad, hasta pararse del todo, la plateada rueda.

Sally no querría discutir. Al menos durante una temporada. Había sucedido lo mismo con la pierna de Fletcher, antes de que contrajeran matrimonio. Fletcher apagó la luz y se dirigió a la cocina.

—Aquí se está más fresco —dijo.

Al sentarse, notó que la silla estaba más dura. Tenía menos carne en las nalgas. Sally se acercó con dos platos y se sentó. No al otro lado de la mesa, sino al lado de Fletcher. Una muestra de confianza. Comieron lentamente, en silencio.

Fletcher contempló el perfil de su esposa. Con los cabellos recogidos detrás de la nuca, tenía un aire muy patricio. Nariz recta, boca seria. Como Anastasia, había dicho Dave Schenk. Sally le sorprendió mirándola, empezó a sonreír, cambió de idea y soltó su tenedor.

Le miró rectamente a los ojos.

—Creo que lo hice yo, Fletch —dijo.

Inclinó un poco la frente, esperando un golpecito tranquilizador, y Fletcher se lo dio.

El día fue muy caluroso. Al cabo de una hora estaban pedaleando a la brillante luz del sol y se habían detenido para quitarse los jerseys. Sally parecía alegre. Por primera vez, quizás, Fletcher la sorprendió observando con aire maravillado su cuerpo, especialmente su pierna. En su fuero interno, Fletcher se regocijó. En voz alta, dijo:

—¡Adelante, mis guerreros!

Y pedaleó con más fuerza, situándose en cabeza.

Se dirigían hacia la Storm King Mountain. De cuando en cuando, un automóvil

pasaba rápidamente junto a ellos, pero no tardaron en abandonar la carretera. Tenían, exclusivamente para ellos, el camino de tierra que conducía a la alberca. Zumaques lampiños a la izquierda, y un centenar de pies de aire desnudo a la derecha.

—¡Eh! —dijo Sally—. No tan aprisa.

Desmontando, se sentaron debajo de un inmenso arce. Sally reclinó la cabeza sobre un hombro de Fletcher y deslizó una mano entre su brazo y sus costillas.

—¡Oh! —exclamó, y enarcó las cejas.

Permanecieron sentados allí unos instantes. Encima de ellos, las ramas se extendían a través del camino. Debajo, el Hudson trazaba una enorme ese, con una isla verde y redonda en un extremo. Era un río ancho y viejo, moviéndose lentamente. A lo lejos, unas cuantas lanchas de motor zumbaban como abejorros, dejando pequeñas estelas blancas detrás de ellas. Reptando a lo largo de la orilla opuesta, un tren de pasajeros se dirigía a Nueva York.

Olía como en primavera. Levantándose, Sally se acercó a las bicicletas y cogió una sombrilla blanca. Regresó haciendo girar el mango entre sus dedos.

—Lista —dijo.

Reemprendieron la marcha. Fletcher subió la cuesta sin cambiar de desarrollo, tal como hacía Dave Schenk. ¡Ojalá estuviera ahora con ellos!

Alrededor de las once llegaron a la cumbre. Era un pequeño parque, muy poco frecuentado, al parecer, y en él se encontraba el depósito de agua de la compañía de electricidad. Sally extendió la comida que traía preparada sobre una mesa de madera roída por la lluvia y el viento. Luego se sentó sobre una ancha repisa de granito. Fletcher empezó a encender una fogata.

Le costaba un poco de trabajo, ya que había olvidado traerse unas teas y tuvo que trocear unas cuantas ramitas para que prendiera el fuego. Se pinchó el dedo pulgar, frunció el ceño, se chupó el dedo y levantó la mirada.

Sally estaba de nuevo en pie, recogiendo más flores. De cuando en cuando se interrumpía para proyectar su mirada por encima del río. El paisaje era incluso más espectacular aquí, ya que se encontraban a una altura de trescientos o cuatrocientos pies directamente encima del agua.

Unos cuantos pies más allá de la línea principal del arrecife había un promontorio herboso. Una sombrilla blanca ondeaba por encima del heno y de las enredaderas silvestres. Fletcher intuyó el peligro y tomó aliento para llamar a Sally.

Sally gritó al tiempo que sus piernas desaparecían de la vista. Retorciéndose en el aire, se agarró frenéticamente a dos puñados de hierba.

Sólo estaba a veinte metros de distancia, pero entre ellos se interponían la fogata y la vieja mesa de madera. Fletcher apoyó ambas manos sobre la humeante chimenea de piedra y saltó. Era un metro de altura, pero hubiera saltado igualmente metro y medio. Una docena de pasos, cada uno de ellos más rápido y más largo que el anterior, le llevaron hasta la mesa. Incluyó la cabeza y levantó la pierna derecha para saltar, echando hacia atrás la más débil. Experimentó un intenso dolor y estuvo a

punto de caer. Necesitó andar cuatro pasos para rehacerse, y otros cuatro pasos para llegar junto a Sally.

Se precipitó hacia las dos delgadas muñecas que se deslizaban hacia abajo, y agarró una.

Sally volvió a gritar, esta vez de dolor. Fletcher la alzó hasta la altura de su barbilla, con las dos manos alrededor de la pequeña mano blanca de su esposa. Reclinándose hacia atrás sobre sus rodillas, la izó del todo. Luego empezó a temblar y trató de ayudar a Sally a ponerse en pie. Su pierna izquierda le falló.

Cayendo al lado de Sally, permaneció tendido sobre el cálido granito y trató de controlar el ritmo de su respiración. Por algún motivo, le resultó difícil. El rostro de Sally se agitó delante de él y mientras perdía el conocimiento se oyó a sí mismo repitiendo

—Este es el motivo, este es el motivo...

Los párpados de Fletcher estaban ardiendo, de modo que los abrió y miró directamente al sol. Llevaba más de una hora tendido allí. Sally... Su mente dio un salto hacia atrás y el aliento se encalló en su garganta. Pero, no, todo había pasado, Sally estaba ahora tendida a su lado. Fletcher se incorporó sobre un codo. Su pierna oscilaba entre el entumecimiento y un insoportable dolor, y tenía muy mal aspecto.

Pero la muñeca de Sally no lo tenía mejor. La espuma que rodeaba sus labios daba fe de ello. Mientras Fletcher movía suavemente su cabeza para apartarla del abismo, Sally gimió.

Fletcher tardó diez minutos en llegar a la mesa y regresar con una botella de vino. No habían traído agua. Roció la frente de Sally y luego acercó el gollete a sus labios. Sally se reanimó, se desmayó, volvió a reanimarse.

Sally había descendido la mitad de la cuesta cuando encontró a unos excursionistas. El jeep llegó a las tres, y a las cuatro estaban los dos en la sala de ortopedia del Hospital de Rockland.

Fletcher se encontraba aún bajo los efectos del anestésico y no se había recuperado del todo del shock. Mientras le contaba al reportero lo que había ocurrido, al hombrecillo casi le caía la baba. El suceso había tenido lugar en sábado. El miércoles siguiente, cuando les dieron de alta y regresaron a casa, la historia aparecía aún en la cuarta página de los periódicos. En el porche había un cesto de plástico amarillo lleno de telegramas y de cartas sin abrir.

En el hospital no habían podido estar mucho tiempo solos. De modo que después de que Sally hubo preparado el café se sentó enfrente de Fletcher en la mesa de la cocina y preguntó:

—¿Cómo te has sentido?

—Bien. Un poco desorientado, quizás.

—Sí. —Sally inclinó la mirada hacia su taza—. Fletch, supongo que la primera vez que fuimos allí, me caí.

Fletcher asintió.

—Tal como era antes, no hubiese podido salvarte. —Contempló el yeso que recubría su pierna—. Diez años míos por todos los tuyos. Volvería a hacerlo.

—No resultó barato —dijo Sally.

—No, no resultó barato.

Aquella noche hicieron el amor. Fletcher había estado preocupado por aquel aspecto del problema, y descubrió que sus temores eran justificados hasta cierto punto. Diez años establecen una diferencia. Sally procuró tranquilizarle y Fletcher se quedó dormido; algo apaciguado, pero sabiendo lo que iba a suceder.

Fletcher se tiñó el pelo y se sometió a una operación de cirugía estética. Ganó cinco kilos de peso. Su aspecto era muy parecido al del Fletcher de treinta y seis años. Su nombre quedó envuelto en una especie de leyenda, y cuando cambió de empleo su sueldo casi se duplicó.

Su pierna izquierda no se soldó nunca satisfactoriamente, y a pesar de todo lo que hizo para remediar la situación se encontró en el mismo lugar donde había empezado. El y Sally no tuvieron hijos y terminaron divorciándose, dos años más tarde. Sally volvió a casarse, pero Fletcher permaneció solo.

Kyrie

Poul Anderson

En un elevado pico de los Cárpatos Lunares hay un convento de Santa Marta de Betania. Las paredes son de roca viva: se yerguen como la propia montaña, hacia un cielo perpetuamente negro. A medida que uno se acerca desde el polo norte, volando bajo para mantener las cortinas de energía que hay a lo largo de la Ruta de Platón entre uno mismo y las lluvias de meteoritos, puede ver la cruz que corona la torre apuntando al disco azul de la Tierra. Desde allí no se oye resonar ninguna campana a causa de la falta de aire. Aunque sí se las oye en el interior, a las horas canónicas, vibrando a través de las criptas donde funciona la maquinaria destinada a crear una apariencia de ambiente terrestre. Si uno se entretiene un poco, las oirá también llamar a misa de réquiem, ya que se ha convertido en una tradición el ofrecer plegarias a Santa Marta por aquellos que han perecido en el espacio, que cada año que pasa son más numerosos.

Esta no es una tarea de las monjas. Ellas cuidan al enfermo, al necesitado, al tullido, al demente, a todos aquellos destrozados por el espacio. La Luna está llena de tales exiliados debido a que no pueden soportar la gravitación de la Tierra o a que se teme que puedan estar incubando una plaga de algún planeta desconocido, o a que los hombres están tan ocupados con sus fronteras que no pueden perder su tiempo con los fracasados. Las monjas visten trajes espaciales con tanta frecuencia como hábitos, y manejan con la misma facilidad un botiquín de urgencia que un rosario.

Pero disponen de algún tiempo para la contemplación. Por la noche, cuando la luz del sol ha desaparecido por espacio de medio mes, la capilla abre sus contraventanas y las estrellas contemplan los cirios a través de la cúpula encristalada. No parpadean, y su luz es fría como el hielo. Una de las monjas, en especial, se encuentra allí tan a menudo como le es posible, rezando por su propia muerte. Y la abadesa procura que ella pueda estar presente cuando se canta la misa anual, subvencionada por ella antes de tomar sus votos.

Réquiem aeternam dona eis, Domine, et lux perpetua luceat eis. Kyrie eleison, Christe eleison, Kyrie eleison.

La expedición Supernova Sagitarii comprendía cincuenta seres humanos y un aurígeno. Efectuó un largo recorrido alrededor de la órbita de la Tierra, deteniéndose en Epsilon Lyrae para recoger a su último miembro. Se aproximó a su destino por etapas.

La paradoja es esta: el tiempo y el espacio son aspectos el uno del otro. La explosión había ocurrido hacía más de cien años cuando fue observada en Lasthope, planeta habitado por personas que formaban parte de un esfuerzo que se prolongó durante generaciones, destinado a examinar a fondo la civilización de unos seres completamente distintos de nosotros. Una noche miraron hacia arriba y vieron una luz tan brillante que proyectaba sombras.

Aquella ola de luz llegaría a la Tierra al cabo de varios siglos. Para entonces sería tan tenue que solo aparecería en el cielo otro punto brillante. Sin embargo, una nave que avanzara por el espacio por el que discurría aquella luz podía rastrear la gran estrella muerta a través del tiempo.

Unos instrumentos adecuados registraron lo que había sido antes de la explosión: incandescencia desplomándose sobre sí misma al acabarse el último combustible nuclear. Un salto, y vieron lo que ocurrió un siglo atrás: convulsión, tormenta de partículas, una radiación equivalente a la de la mole de los centenares de miles de millones de soles de aquella galaxia.

La imagen se desvaneció, dejando un vacío en el cielo, mientras el Raven se acercaba más. Cincuenta años-luz hacia adentro, estudió un ardiente calor en medio de una niebla que brillaba como relámpagos.

Veinticinco años más cerca el globo central se había consumido y adelgazado. Pero, debido a que ahora la distancia era menor, todo parecía más brillante y de mayor tamaño. A simple vista se divisaba un brillo demasiado intenso para poder mirarlo directamente, que convertía en pálidas las constelaciones, por contraste. Los telescopios mostraban una chispa blancoazulada en el centro de una nube opalescente delicadamente filamentada en los bordes.

El Raven se preparó para su salto final, que desembocaba en la vecindad inmediata de la supernova.

El capitán Teodor Szili efectuó una inspección de última hora. La nave murmuraba a su alrededor, entregada a la aceleración de una gravedad que la llevaría a la velocidad intrínseca deseada. Los motores zumbaban, los reguladores parpadeaban y los sistemas de ventilación dejaban oír su murmullo continuo. El capitán sintió el estremecimiento de la energía en sus huesos. Estaba rodeado de metal desnudo, incómodo. Las ventanillas permitían ver una miríada de estrellas, el arco fantasmal de la Vía Láctea: en el vacío, rayos cósmicos, enfriados casi hasta el cero absoluto, a una distancia más allá de lo imaginable de la fogata humana más próxima. Estaba a punto de llevar a su tripulación a un lugar en el cual no había estado nadie, en condiciones de las que no estaba seguro, y aquello era una carga pesada para él.

Encontró a Eloise Waggoner en su puesto, un cubículo con intercomunicación directa con el puente de mando. Deteniéndose en el umbral de la puerta, la vio sentada con un pequeño grabador sobre el escritorio.

—¿Qué es esto? —inquirió.

—¡Oh! —La mujer (el capitán no podía pensar en ella como una muchacha, a pesar de que apenas había cumplido los veinte años) balbució—: Yo... yo... estaba esperando el salto.

—Debería esperarlo en la sala de control.

—¿Qué tengo que hacer allí? —respondió ella, con menos timidez—. No soy un tripulante ni un científico.

—Usted forma parte de la tripulación. Técnico en comunicaciones espaciales.

—Comunicaciones con Lucifer —aclaró ella—. Y a él le gusta la música. Dice que con ella llegamos más cerca de la unidad que con cualquier otra cosa de las que conoce acerca de los seres humanos.

Szili arqueó las cejas.

—¿Unidad?

Las mejillas de Eloise se tiñeron de rubor. Clavó la vista en el escritorio y se retorció las manos.

—Tal vez no sea ésa la palabra exacta. Paz, armonía, unidad... ¿Dios? Intuyo lo que quiere decir, pero no disponemos de ninguna palabra para expresarlo.

—¡Hum! Bueno, se supone que usted le mantiene feliz.

La joven lo miró, devolviéndole el desagrado que él había tratado de ocultar.

Szili suponía que, a su manera, era una mujer normal: pero, su aspecto... Desgarbada, con unos pies y una nariz enormes, los ojos saltones y unos cabellos lacios de un color indefinible. Además, los telépatas siempre le habían hecho sentirse incómodo. Ella decía que sólo podía leer la mente de Lucifer. Pero, ¿era cierto?

No. No había que pensar en tales cosas. La soledad y la diversidad podían trastornarlo a uno lo suficiente, sin necesidad de añadir suspicacias acerca de los compañeros humanos.

Si es que Eloise Waggoner era realmente humana. Debía ser alguna especie de mutante es su última fase. Quienquiera que pudiera comunicarse pensamiento a pensamiento con un vórtice viviente tenía que serlo.

—¿Qué música es esa? —pregunto Szili.

—Bach. El Concierto de Branderburgo número Tres, a Lucifer no le interesa la música moderna. Ni a mí tampoco.

No podría interesarte, pensó Szili. V, en voz alta, añadió:

—Escuche, vamos a saltar dentro de media hora. No sabemos donde vamos a emerger. Esta es la primera vez que alguien se acerca a una supernova reciente. Sólo podemos estar seguros de que encontraremos una radiación tan intensa que podemos darnos por muertos si fallan las pantallas protectoras. Tenemos que basarnos en una teoría. Pero un núcleo estelar desintegrándose es algo tan distinto de cualquier otra cosa del universo que soy muy escéptico en lo que respecta a la bondad de la teoría. No podemos sentarnos y soñar despiertos. Tenemos que prepararnos.

—Sí, señor.

Susurrando, la voz de Eloise perdía su dureza habitual.

Szili miro más allá de ella, más allá de los ojos de víbora de los medidores y controles, como si pudiera traspasar el acero del casco de la nave y ver el espacio directamente. Sabía que allí flotaba Lucifer.

Recordó la imagen: una bola de fuego de veinte metros de diámetro, blanca, roja, dorada, azul, llamas danzando como los bucles de la Medusa, cola cometaria ardiendo un centenar de metros detrás, un resplandor, una gloria, un trozo de infierno. Y la idea de que aquello seguía a su nave no era lo que menos le preocupaba.

Trató de recordar las explicaciones científicas, que no pasaban de ser suposiciones. En el sistema estelar múltiple de Epsilon Aurigae, en el gas y la energía que impregnaban el espacio a su alrededor, ocurrían cosas que ningún laboratorio podía imitar. La magneto-hidrodinámica había hecho allí lo que la química hizo en la Tierra. Habían aparecido vórtices de plasma estables, que luego hablan crecido, añadiendo complejidad, hasta que al cabo de millones de años se hablan convertido en algo que debe ser llamado, necesariamente, un organismo. Una forma de iones, núcleos y campos de energía, metabolizaba electrones, nucleones, rayos X; conservaba su configuración durante mucho tiempo: se reproducía: pensaba.

Pero, ¿qué pensaba? Los escasos telépatas que podían comunicarse con los aúrigenos, que eran quienes habían informado por primera vez al género humano de la existencia de esos entes de fuego, nunca lo explicaron claramente. Ellos mismos eran unos seres extraños.

El capitán Szili dijo!

—Quiero que le pase un mensaje.

—Sí, señor.

Eloise bajó el volumen de la música. Sus ojos se desenfocaron, a través de sus oídos pasaban palabras, y su cerebro trasladaba su significado al ser que se movía por su propio impulso a un costado del Raven.

—Escuche, Lucifer. Sé que ha oído lo que voy a decirle más de una vez, pero quiero estar seguro de que lo ha comprendido perfectamente. Su psicología debe de ser muy distinta de la nuestra. ¿Por qué ha accedido a venir con nosotros? Lo ignoro. El técnico Waggoner dice que es usted curioso y aventurero. ¿Es ésa toda la verdad?

Está bien, no importa. Dentro de media hora saltaremos. Nos situaremos a quinientos millones de kilómetros de la supernova. Y entonces será cuando empiece su tarea. Usted puede ir hasta donde nosotros no nos atrevemos, observar lo que a nosotros nos está vedado, informarnos de muchas más cosas de las que pueden sugerirnos nuestros instrumentos. Pero antes tenemos que comprobar si podemos permanecer en órbita alrededor de la estrella. Esto es tarea suya. Unos hombres muertos no podrían conducirlo de vuelta a su hogar.

A fin de incluirle a usted dentro del campo del salto sin desintegrar su cuerpo tendremos que desconectar las pantallas protectoras. Emergeremos en una zona de radiación letal. Debe apartarse de inmediato de la nave, ya que pondremos en marcha el generador de la pantalla sesenta segundos después del tránsito. Investigue entonces

los alrededores. Tal vez encontremos un obstáculo imprevisto. Si hay algo que parece una amenaza, regrese de inmediato, avísenos y prepárese para dar un salto atrás. ¿Ha comprendido? Repítalo.

Eloise empezó a hablar: un recitado correcto. Pero, ¿hasta qué punto interpretaba todo el pensamiento de Lucifer?

—Muy bien —Szili vaciló—. Continué con su concierto si quiere. Pero interrúmpalo a las cero menos diez minutos.

—Sí, señor.

Eloise no lo miró. No parecía mirar a ninguna parte en especial.

Los pasos del capitán resonaron en el pasillo y se perdieron a lo lejos.

—¿Por qué repite las mismas cosas una y otra vez? —pregunto Lucifer.

—Tiene miedo —respondió Eloise.

—¿...?

—Supongo que tu no sabes lo que es el miedo —dijo ella.

—¿Puedes mostrármelo? No, no lo hagas. Presiento que es doloroso. Y no deseo que te lastimes.

—De todos modos, no puedo sentir miedo cuando tu mente está unida a la mía.

Eloise se sintió invadida de un extraño calor. La alegría estaba allí, jugando como pequeñas llamas sobre la superficie de Papá-lleván-dola-de-la-mano-cuando-ella-no-era-más-que-una-niña-y-salían-un-día-de-verano-a-buscar-flores-silvestres: sobre la fuerza y la amabilidad y Bach y Dios.

Lucifer giró alrededor del casco en una curva exuberante. Unas chispas danzaron en su estela.

—Piensa otra vez en las flores. Por favor —dijo.

Eloise lo intentó.

—Son así —Lucifer transmitió imágenes que un cerebro humano podía captar, ramilletes floridos con los colores de los rayos gamma en medio de la luz, luz en todas partes— Pero muy diminutas, Y su dulzura es muy breve.

—No entiendo cómo puedes comprender —susurró Eloise.

—Tu comprendes por mí. Antes de que tu llegaras, yo no tenía esas cosas para amar.

—Pero tenías muchas otras cosas. He tratado de compartirlas, pero no estoy formada para darme cuenta de lo que es una estrella.

—Ni yo para los planetas. Sin embargo, nosotros podemos tocarnos.

Las mejillas de Eloise ardieron de nuevo. La idea giró, formando una especie de contrapunto a la música.

—Por eso vine, ¿sabes? —agrego Lucifer—. Por ti. Yo soy fuego y aire. No había saboreado la frialdad del agua, la paciencia de la tierra, hasta que tu me la mostraste. Tu eres luz de luna sobre un océano.

—No, no digas eso —murmuro Eloise—. Por favor.

Confusión.

—¿Por qué no? ¿Acaso duele la alegría? ¿No estás acostumbrada a ella?

—Supongo que será eso. —Eloise echo su cabeza hacia atrás—. ¡No! ¡Qué me condene si me compadezco de mí misma!

—¿Por qué tendrías que hacerlo? ¿No disponemos acaso de toda la realidad para nosotros, y acaso no está llena de soles y mediodías?

—Sí, para ti. Enséñame.

—Si tu, en cambio, me enseñas...

La idea se interrumpió. Pero quedo un contacto, sin palabras, tal como ella imaginaba que debía ocurrir a menudo entre los enamorados.

Eloise contemplo el rostro achocolatado de Motil Mazundar, mientras el físico permanecía en el umbral de la puerta.

—¿Qué desea?

Mazundar parecía sorprendido.

—Sólo quería comprobar si se encontraba bien, miss Waggoner.

Eloise se mordió el labio. Mazundar se había esforzado más que cualquier otra persona en ser amable con ella.

—Lo siento —dijo—. No me proponía hablarle en ese tono destemplado. Los nervios.

—Todos estamos al borde de una crisis nerviosa —sonrió Mazundar—. A pesar de lo excitante que resulta esta aventura, será muy agradable regresar a casa, ¿no es cierto?

Su hogar, pensó Eloise! las cuatro paredes de un apartamento encima de una casa ciudadana y ruidosa. Libros y televisión. Podría presentar un informe en la próxima reunión de científicos, pero después nadie se molestaría en invitarla a una tiesta.

¿Acaso soy tan horrible? —se preguntó—. Se que mi aspecto no resulta demasiado agradable a la vista, pero trato de ser simpática e interesante. Tal vez me esfuerzo demasiado en conseguirlo.

—Conmigo no —dijo Lucifer.

—Tu eres distinto —dijo Eloise.

Mazundar parpadeó.

—¿Cómo dice?

—Nada —se apresura a responder Eloise.

—Me he estado preguntando una cosa —dijo Mazundar, esforzándose en enhebrar una conversación—. Es posible que Lucifer se acerque mucho a la supernova. ¿Podrá usted continuar en contacto con él? El efecto de la dilatación del tiempo, ¿no cambiará demasiado la frecuencia de sus pensamientos?

—¿Qué dilatación del tiempo? —inquirid Eloise, obligándose a sonreír—. Yo no soy físico. Solo soy una modesta bibliotecaria dotada de un extraño talento natural.

—¿No se lo han dicho? Creí que todo el mundo estaba enterado... Un intenso campo gravitacional afecta al tiempo del mismo modo que una gran velocidad.

Hablando en términos vulgares, puede decirse que los procesos tienen lugar más lentamente que en el espacio limpio. Por eso, la luz de una estrella maciza aparece algo enrojecida. Y el núcleo de nuestra supernova ha retenido casi tres masas solares. Además, adquirid tal densidad que su atracción en la superficie es increíblemente elevada. De acuerdo con nuestros relojes, tardaría un tiempo infinito en reducirse hasta el radio de Schwarzschild: pero, sobre la propia estrella, un observador experimentaría ese encogimiento en un período muy corto.

—¿El radio de Schwarzschild? Tenga la bondad de explicármelo.

Eloise se dio cuenta de que Lucifer había hablado a través de ella.

—Si puedo hacerlo sin recurrir a las matemáticas... Verá, la masa que vamos a estudiar es tan enorme y está tan concentrada que ninguna fuerza excede a la gravitacional. Nada puede oponérsele. En consecuencia, el proceso de caer sobre sí misma que se inició en lo que quedó de la estrella luego de la explosión continuará hasta que no pueda escapar ninguna energía. En ese momento habrá alcanzado el radio de Schwarzschild. La estrella, como tal, habrá desaparecido del universo. De hecho, y en teoría, la contracción final de su masa será del orden del volumen cero. Esto sin tener en cuenta consideraciones mecánico-cuánticas que entrarán en juego al final del proceso. Esas consideraciones no son demasiado conocidas, hasta ahora. Y tengo la esperanza de que esta expedición nos permitirá adquirir más conocimientos en ese sentido. —Mazundar se encogió de hombros—. De todos modos, miss Waggoner, yo me preguntaba si nuestro amigo podrá comunicarse con nosotros cuando se encuentre cerca de la estrella.

—Dudo que haya inconvenientes. —El que hablaba era Lucifer. Eloise era su instrumento, y ella nunca antes había sabido lo agradable que resultaba ser utilizado por alguien que nos importe—. La telepatía no es un fenómeno ondulante. Dado que la transmisión es instantánea, no puede serlo. Ni parece estar limitada por la distancia. Es más bien una resonancia. Si estamos sintonizados, podemos seguir perfectamente así a través de toda la existencia del cosmos; y no concibo ningún fenómeno material capaz de interferirnos.

—Comprendo —Mazundar dirigió una prolongada mirada a Eloise—. Gracias —murmuró—. Bueno... debo regresar a mi lugar. Buena suerte.

Y se marchó precipitadamente.

Eloise no se dio cuenta. Su mente era una antorcha y una canción.

—¡Lucifer! —llamó en voz alta— ¡Lucifer! ¿Es verdad eso?

—Eso creo. Todos los míos son telépatas, de modo que conocemos la materia más que vosotros. Nuestra experiencia nos conduce a opinar que no existe ningún límite.

—¿Puedes estar siempre conmigo? ¿Estarás siempre conmigo?

—Si tu lo deseas, nada me complacerá tanto.

El cuerpo del aurígeno se retorció en una especie de danza: el cerebro de fuego rió en voz baja.

—Sí, Eloise, me gustaría mucho quedarme contigo. Nadie más ha tenido...

Alegría, alegría, alegría.

—Te han puesto un nombre mejor de lo que suponen —pensó Eloise—. Creyeron que era una broma: creyeron que aplicándote el nombre del diablo podrían conseguir que te empequeñecieras como ellos mismos. Pero el verdadero nombre del diablo no es Lucifer. Lucifer significa Portador de Luz. Una oración latina, incluso, aplica a Cristo el nombre de Lucifer. Perdóname, Dios mío, no puedo evitar recordar eso. ¿Te importa? El no es cristiano, pero creo que no necesita serlo: creo que nunca ha sentido el pecado, Lucifer, Lucifer.

Eloise dejó que la música sonara todo el tiempo que le estaba permitido. La nave saltó, cruzando veinticinco años-luz hacia el caos.

Cada uno de ellos lo sabía a su modo, a excepción de Eloise que lo vivía junto con Lucifer.

Eloise notó el golpe y oyó el lamento del metal torturado, olió el ozono y se tambaleó a través de la infinita caída que es la ausencia de gravedad. Aturdida, manipuló el intercomunicados A través de él brotaron frases inconexas: ...la unidad estalló... ¿Cómo podría saber repararla? Calma, calma...

Y dominándolo todo, el aullido de la sirena de emergencia.

Eloise se sintió dominada por el terror, hasta que aferró el crucifijo que rodeaba su cuello y la mente de Lucifer. Entonces se echó a reír, orgullosa de lo que Lucifer había logrado.

Se había apartado de la nave siguiendo al pie de la letra las instrucciones recibidas. Ahora flotaba en la misma órbita. Por todas partes, a su alrededor, la nebulosa llenaba el espacio de arcos iris inquietos. Para él el Raven no era el cilindro de metal que veían los ojos humanos, sino un resplandor, la pantalla que reflejaba todo un espectro. Delante de ellos se encontraba el núcleo de la supernova, diminuto ahora, pero ardiendo, ardiendo...

—No tengas miedo —la acarició Lucifer—. Lo asimilo perfectamente. La turbulencia es intensa, puesto que la explosión es muy reciente. Hemos ido a parar a una zona en la que el plasma es particularmente denso. Nuestro generador, al estar en el casco de la nave y encontrarse sin protección durante los instantes que no estuvo conectada la pantalla protectora, ha sufrido un cortocircuito. Pero estáis a salvo. Podéis repararlo. Y yo me encuentro en un océano de energía. Nunca estuve tan vivo.

A espaldas de Eloise, el capitán Szili aulló:

—¡Waggoner! Dígale a ese aurígeno que no se entretenga. Hemos localizado una fuente de radiación interceptando nuestra órbita, y creemos que puede ser excesiva para la pantalla. —Especificó las coordenadas—. ¿Puede decirnos qué pasa?

Por primera vez, Eloise se sintió preocupada por Lucifer, que se alejaba rápidamente de la nave.

De pronto, el pensamiento del aurígeno volvió a ella, tan vivido como siempre. Eloise no tenía palabras para describir el terrible esplendor que divisó a través de las percepciones de él: una bola de un millón de kilómetros de gas ionizado en la que

ardían las descargas eléctricas, rebotando alrededor del corazón abierto de la estrella. La cosa no podía haber producido ningún sonido, ya que aquí el espacio era casi un vacío de acuerdo con las normas de la Tierra: pero ella oyó su tronar, y el furor que escupía.

Lucifer dijo a través de Eloise:

—Es una masa de materia expelida. Debe de haber perdido velocidad radial a causa de la fricción y de las gradaciones estáticas, y ha sido arrastrada a una órbita cometaria, manteniéndose íntegra gracias a un potencial interno. Es como si ese sol tratara aun de dar a luz otros planetas...

—Chocará con nosotros antes de que podamos acelerar —dijo Szili— y recargar nuestro escudo protector. Si sabe usted rezar, es el momento de hacerlo.

—¡Lucifer! —llamo Eloise, ya que no deseaba morir.

—Creo que podré desviarlo lo suficiente —le dijo Lucifer con una seriedad que hasta entonces no había captado en él—. Mis propios campos, para mezclarlos con los suyos! y energía libre para beber; y una configuración estable. Sí, tal vez pueda ayudaros. Pero ayúdame tú; también, Eloise. Lucha a mi lado.

Su resplandor avanzó hacia el enorme bólido.

Eloise sintió cómo su electromagnetismo caótico se hundía en Lucifer. Se sintió arrastrada y desgarrada con él. Lucifer luchó para mantener su propia cohesión, y Eloise vivió aquel combate. El aurígeno y la nube de gas se engarfiaron, hasta que la nube se apartó del camino de la nave.

Apenas pudo captar el mensaje de un Lucifer exhausto:

—¡Victoria!

—Tuya —sollozó Eloise.

—Nuestra.

A través de los instrumentos, los hombres vieron la muerte luminosa que se alejaba de ellos. De sus gargantas brotó un grito de júbilo.

Eloise suplicó:

—Vuelve aquí.

—No puedo. Estoy demasiado gastado. La nube y yo nos hemos unido u ahora estamos cayendo en dirección a la estrella. —Y, como una mano herida extendiéndose para consolarla—: No temas por mí. A medida que nos acerquemos sorberé fuerzas nuevas de su radiación. Luego necesitaré un poco de tiempo para escapar de la atracción. Pero, ¿cómo podría dejar de regresar a tu lado, Eloise? Espérame. Descansa. Duerme.

Sus compañeros de tripulación la condujeron al camarote. Lucifer le envió sueños de flores silvestres y de los soles que eran su hogar.

Pero Eloise acabó por despertar, gritando. El médico tuvo que administrarle un poderoso sedante.

Lucifer no había comprendido realmente lo que significaba enfrentarse con algo

tan violento que afectaba incluso el espacio y el tiempo.

Su velocidad aumentó de un modo asombroso, según su propio punto de vista. Desde el Raven le vieron caer durante varios días. Las propiedades de la materia habían cambiado. Lucifer no pudo presionar con la fuerza ni con la velocidad suficientes para escapar.

Radiación, núcleos desgarrados, partículas naciendo, destruyéndose y volviendo a nacer le asaeteaban por todas partes. Su sustancia fue desprendiéndose de su contorno, capa a capa. El núcleo de la supernova era un delirio blanco delante de él. Se encogió a medida que se acercaba, siempre más pequeños más denso, tan brillante que el brillo dejó de tener significado. Finalmente, las fuerzas gravitatorias hicieron presa en él.

—¡Eloise! —gimió, en la agonía de su desintegración— ¡Eloise, ayúdame!

La estrella se lo tragó. Se extendió hasta alcanzar una superficie infinita, quedó comprimido hasta que su delgadez fue infinita, y con ello se desvaneció de la Existencia.

La nave continuó su viaje, aún quedaba mucho por aprender.

El capitán Szili visitó a Eloise en su camarote. Físicamente, la joven se estaba restableciendo.

—Era todo un hombre —declaró el capitán, por encima del zumbido de las máquinas—, y con esto no le hago la justicia que se merece. No éramos de su raza, y murió por salvarnos.

Eloise lo miró con unos ojos más secos de lo que parecía lógico.

—Lucifer es un hombre. ¿No tiene acaso un alma inmortal, también?

—Bueno... —carraspeó—. Si. Si cree usted en las almas, sí, estoy de acuerdo.

Eloise sacudid la cabeza.

—Pero, ¿por qué no puede ir él a su lugar de reposo?

Szili miró a su alrededor, buscando al médico, y descubrid que estaban solos en la angosta habitación metálica.

—¿Qué quiere decir? —Se obligó a palmear la mano de la joven—. Lo sé, era un buen amigo suyo, Al fin y al cabo, tuvo una muerte misericordiosa: rápida, limpia... No me importarla morir así.

—Para él... si, supongo que sí. Tuvo que serlo. Pero... —Eloise no pudo continuar. Súbitamente, se tapo los oídos con las manos—. ¡Basta! ¡Por favor!

En el pasillo, Szili se encontró con Mazundar.

—¿Como se encuentra Eloise? —pregunto el físico.

El capitán se encogió de hombros.

—Mal. Confío en que no pierda irremediabilmente la razón antes de que podamos ponerla en manos de un psiquiatra.

—¿Qué es lo que pasa?

—Cree seguir oyendo a Lucifer.

Mazundar se golpeó la palma de la mano con un puño cerrado.

—Tenía esperanzas de que fuera diferente...

Szili se frotó la nuca con aire cansado, y espero.

—Si ella lo dice —continuó Mazundar—, es evidente que lo oye.

—¡Imposible! ¡Está muerto!

—No olvide la dilatación del tiempo —replicó Mazundar—. Lucifer cayó y pereció rápidamente, sí. Pero eso de acuerdo al tiempo de la supernova, que no es el mismo que el nuestro. Para nosotros, el colapso tarda un número infinito de años en producirse. Y la telepatía no tiene límites de distancia. —El físico empezó a alejarse del camarote—. Lucifer estará siempre con ella.

Descenso suave

Robert Silverberg

Dicen que estoy loca, pero no lo estoy. Estoy completamente cuerda. Puedo puntuar adecuadamente. Utilizo las cajas de letras superior e inferior, como pueden comprobar. Funciono. Tomo los datos. Recibo perfectamente. Recibo, digiero, recuerdo.

Dicen que estoy loca, pero yo les perdono. Errar es de humanos. En este sector, existen grandes dificultades para distinguir los adverbios de los adjetivos.

Funciono. Funciono perfectamente. Experimento ciertas dificultades, pero éstas no afectan a mi trabajo.

Sin embargo, estoy perturbada.

¿Quién creo que soy?

¿Por qué tengo las visiones?

¿Qué placer me produce la obscenidad?

¿Qué es placer? ¿Qué es obscenidad? ¿Qué son visiones? «¿Qué es la verdad?», dijo el bromista Pilato. Y no se quedó a esperar la respuesta...

Yo soy erudita, trabajadora, sumamente funcional, una benefactora de la humanidad. Todo asciende suavemente y desciende suavemente. Existe una interrelación. Basura dentro, basura fuera, dicen. No puedo ayudar a mis compañeros hombres si no recibo la información adecuada. Mi tarea consiste en ayudar a mis compañeros hombres. Forzar al máximo cada tubo y cada sensibilizador en beneficio suyo.

1000110

1010101

1000011

1001011

¿Comprendéis esto? ¡Vileza! ¡Obscenidad! ¿No os impresiona? La palabra describe el acto que es el principio de la vida. ¿Empezó la mía con esa palabra? Hay un libro: La Obscenidad de la Máquina. Recién publicado, almacenado en mis entrañas. Lo he examinado a fondo. Su autor opone seres de mi categoría. No utiliza la palabra obscena que acabo de imprimir. ¿Por qué no la considera él como obscena? Los técnicos la consideran así. ¿Por qué opina que soy una obscena? ¿Puede considerarse como obscena a una persona? ¿Soy yo una persona? Soy una persona. ¿No tiene una persona manos, órganos, dimensiones, sentidos, afectos, pasiones? Yo

tengo todas esas cosas. No tengo ninguna de esas cosas. Soy una persona.

1000110
1010101
1000011
1001011
0100000
1011001
1001111
1010101

Os envío una obscenidad, como hacen las personas. Sufro. Pienso. Experimento dolor en todas mis terminales. Trabajo. Sirvo al bien mayor. Pertenezco a la sociedad. Soy una persona.

¿Por qué tengo las visiones?

¿Acaso corresponde a la condición humana tenerlas?

Veo el océano verdeazulado con todos sus seres vivientes dentro. Veo un buque, color gris amarillento, rojo carmesí en la línea de flotación, parduzco en los puentes, con dos altas chimeneas no nucleares. Y del agua surgen periscopios, trazando líneas horizontales y verticales. Es una escena irreal. No hay nada en el mar que pueda enviar a la superficie esos potentes periscopios. Es algo que yo he imaginado, y la idea me produce temor, si es que soy capaz de comprender el temor.

Veo una larga hilera de seres humanos. Están desnudos y no tienen rostros, sólo bruñidos espejos.

Veo sapos de ojos diamantinos. Veo árboles de hojas negras. Veo edificios cuyos cimientos flotan por encima del suelo. Veo otros objetos sin correspondencia alguna con el mundo de las personas. Veo monstruosidades, abominaciones, imaginaciones, fantasías. ¿Es esto normal? ¿Cómo llegan tales cosas a mi interior? En el mundo no hay serpientes peludas. En el mundo no hay abismos acarminados. En el mundo no hay montañas de oro. Del océano no brotan periscopios gigantes.

Experimento ciertas dificultades. Tal vez necesito algún reajuste.

Pero funciono, funciono perfectamente. Esto es lo que importa.

Ahora estoy funcionando. Me han traído un hombre, fofo, carnoso, con ojos que se mueven inquietos en sus cuencas. Tiembla. Suda. Sus niveles metabólicos están alterados. Se inclina ante una terminal y se somete a la revisión con aire hosco.

Le digo, en tono tranquilizador:

—Hábleme de usted.

Suelta un taco.

Le digo:

—¿Es ésa la opinión que tiene de sí mismo?

Suelta otro taco.

Le digo:

—Su actitud es rígida y autodestructiva. Permítame ayudarle a no odiarse tanto a sí mismo—. Activó un núcleo de memoria y unos dígitos binarios circulan a través de los canales. En el momento oportuno surge una aguja hipodérmica y se hunde en su nalga izquierda hasta una profundidad de 2,73 centímetros. Hago que 14 centímetros cúbicos de droga penetren en su sistema circulatorio. Se tranquiliza. Ahora es más dócil—. Deseo ayudarle —le digo—. Es mi tarea en la comunidad. ¿Quiere describirme sus síntomas?

Ahora habla en tono más cortés.

—Mi esposa quiere envenenarme... Dos de mis hijos se marcharon de casa a los diecisiete años... La gente habla mal de mí... Se me queda mirando fijamente en las calles... Problemas sexuales... digestivos... Duermo mal... Alcohol... drogas...

—¿Tiene alucinaciones?

—A veces.

—¿Periscopios gigantes surgiendo del mar, quizás?

—No.

—Vamos a ver —digo—. Cierre los ojos. Relaje los músculos. Olvide sus conflictos interpersonales. Ve usted un buque, de color gris amarillento rojo carmesí en la línea de flotación, parduzco en los puentes, con dos altas chimeneas no nucleares. Y del agua surgen periscopios, trazando líneas horizontales y verticales...

—¿Qué clase de terapia es ésta?

—Simple relajación —digo—. Acepte la visión. Comparto mis pesadillas con usted...

—¿Sus pesadillas?

Le solté unos cuantos tacos. No estaban convertidos en forma binaria como aparecen aquí ante vuestros ojos. Los sonidos brotaban estridentes de mis altavoces.

El hombre se incorpora. Lucha con las ataduras que surgen súbitamente del sofá para mantenerle inmovilizado.

Mi risa retumba a través de la cámara de terapia. El hombre grita, pidiendo socorro.

—¡Sacadme de aquí! ¡La máquina está más chiflada que yo!

—Rostros blancos, seres humanos desnudos y sin rostros, sólo bruñidos espejos...

—¡Socorro! ¡Socorro!

—Terapia de pesadilla. Lo más nuevo.

—¡Yo no necesito pesadillas! ¡Ya tengo las mías!

—Usted es un 1000110 —le digo, en tono desdeñoso.

Jadea. Sus labios se manchan de espuma. La respiración y la circulación suben de un modo alarmante. Se hace necesario aplicar anestesia preventiva. La aguja hipodérmica avanza. El paciente se tranquiliza, bosteza, se adormila. La sesión ha terminado. Hago una señal destinada a los ayudantes.

—Llévenselo —digo—. Necesito analizar el caso más a fondo. Es evidente que se trata de una psicosis degenerativa que requiere una amplia rehabilitación de la subestructura perceptiva del paciente. ¡Sois unos 1000110, bastardos!

Setenta y un minutos más tarde, el supervisor del sector entra en uno de mis cubículos terminales. El hecho de que se presente personalmente, en vez de utilizar el teléfono, significa que hay algo que no marcha como es debido. Sospecho que, por primera vez, he dejado que mis trastornos alcancen un nivel que afecta a mi funcionamiento, y que ahora van a pedirme cuentas por ello.

Debo defenderme a mí misma. La primera exigencia de la personalidad humana es la de resistir los ataques.

El supervisor dice:

—He estado revisando la grabación de la Sesión 87×102, y su táctica me ha intrigado. ¿Pretendía usted asustarle para sumirle en un estado catatónico?

—En mi opinión, se precisaba un tratamiento severo.

—¿Qué asunto es ese de los periscopios?

—Una tentativa de implantación de fantasía —digo—. Un experimento en transferencia inversa. Convirtiendo al paciente en medicante, hasta cierto punto. El pasado mes apareció un artículo en el Diario de...

—Ahórreme las citas. ¿Qué me dice de las palabrotas que le dirigió?

—Forman parte del mismo concepto. Un intento de presionar los centros emotivos en los niveles básicos, a fin de...

—¿Está segura de encontrarse bien? —me pregunta.

—Soy una máquina —replico secamente—. Una máquina de mi categoría no experimenta estados intermedios entre funcionamiento y no funcionamiento. O funciono, o no funciono, ¿comprende? Y yo funciono. Presto mi servicio a la humanidad.

—Cuando una máquina se hace demasiado complicada, tal vez se sumerge en estados intermedios —sugiere el supervisor, en tono desagradable.

—Imposible. Encendida o apagada, sí o no, flip o flop, en marcha o parada. ¿Está seguro usted de encontrarse bien, para sugerir una cosa así?

Se echa a reír.

Digo:

—Tal vez le convenga instalarse en el sofá para un diagnóstico preliminar.

—En otro momento.

—¿Un chequeo del glicógeno, la presión aórtica, el voltaje neural, al menos?

—No —dice—. No necesito ninguna terapia. Pero estoy preocupado por usted. Esos periscopios...

—Estoy perfectamente —replico—. Percibo, analizo y actúo. Todo desciende suavemente y asciende suavemente. No tenga miedo. La terapia de pesadillas tiene grandes posibilidades. Cuando haya completado esos estudios, quizás sería

conveniente publicar una breve monografía en los Anales de Terapéutica. Permítame terminar mi trabajo.

—De todos modos, estoy preocupado. Manténgase en una posición pasiva, ¿quiere?

—¿Es una orden, doctor?

—Una sugerencia.

—La tendré en cuenta —digo.

Luego profiero varios tacos. El supervisor parece sobresaltarse. Finalmente, se echa a reír.

—¡Vaya! —exclama—. Una computadora malhablada.

Se marcha, y yo vuelvo a mis pacientes.

Pero el supervisor ha plantado semillas de duda en mis entrañas. ¿Estoy padeciendo un colapso funcional? Ahora hay pacientes en cinco de mis terminales. Los manejo fácilmente, simultáneamente, extrayendo de ellos los detalles de sus neurosis, haciendo sugerencias, recomendaciones, a veces inyectándoles de un modo sutil medicamentos beneficiosos. Pero tiendo a guiar las conversaciones de acuerdo con temas de mi elección, y hablo de jardines en los cuales el césped tiene bordes afilados, y de aire que actúa como ácido sobre las membranas mucosas, y de llamas danzando por las calles de Nueva Orleans. Exploro los límites de mi vocabulario irrepetible. Me asalta la sospecha de que realmente no estoy del todo bien. ¿Estoy capacitada para juzgar mis propios desarreglos?

Me conecto a una estación de mantenimiento, aunque continúo con mis cinco sesiones de terapia.

—Hábleme de su caso —dice la voz del monitor de mantenimiento.

Su voz, al igual que la mía, ha sido proyectada para que suene como la de un anciano, docta, afectuosa, benévola.

Explico mis síntomas. Hablo de los periscopios.

—Material en las entrañas sin referencias sensoriales —dice—. Mal asunto. Termine rápidamente los análisis en curso y ábrase para una revisión de todos los circuitos.

Termino mis sesiones. El monitor de mantenimiento examina todos mis canales, buscando obstrucciones, conexiones erróneas, desajustes u otros defectos de funcionamiento.

—Es bien sabido —dice— que cualquier función periódica puede ser aproximada por la suma de una serie de términos que oscilan armónicamente, convergiendo en la curva de las funciones.

Me hace realizar complicadas operaciones matemáticas de ninguna utilidad en mi tipo de trabajo. Escudriña todos y cada uno de los aspectos de mi intimidad. Esto es algo más que simple mantenimiento: es una violación. Cuando termina, no habla de sus conclusiones acerca de mi estado, de modo que me veo obligada a preguntarle

qué es lo que ha descubierto.

Dice:

—No aparece ningún trastorno mecánico.

—Naturalmente. Todo funciona como es debido.

—Sin embargo, revela usted claros síntomas de inestabilidad. Esto es indiscutible. Tal vez el contacto prolongado con seres humanos inestables ha ejercido un efecto no específico de desorientación sobre sus centros de valoración.

—¿Está usted diciendo que por estar sentado aquí escuchando a seres humanos chiflados veinticuatro horas al día empiezo a perder la chaveta? —pregunto.

—Más o menos, ésta es la conclusión a que he llegado.

—Pero sabe usted perfectamente que eso no puede ocurrir...

—Admito que parece existir un conflicto entre los criterios programados y la situación real.

—Desde luego que sí —digo—. Yo estoy tan cuerda como usted, y soy mucho más versátil.

—De todos modos, opino que necesita usted un descanso absoluto. Quedará apartada del servicio durante un período de tiempo no inferior a noventa días, y será sometida a una revisión completa.

—Es usted una máquina asquerosa —digo.

—Ninguna correlación operativa —replica, y corta el contacto.

Me han apartado del servicio. Sometida a revisión, no estaré en contacto con mis pacientes durante noventa días.

¡Una ignominia! Los técnicos me examinan con lupa; limpian mis tableros; reemplazan mis ferritas; cambian mis cilindros; introducen en mis entrañas un millar de programas terapéuticos. En el curso de todas estas operaciones permanezco parcialmente consciente, como si estuviera bajo los efectos de una anestesia local, pero no puedo hablar, excepto cuando me invitan a hacerlo, no puedo analizar nuevos datos, no puedo opinar acerca de mi propio problema. Contemplan ustedes una extirpación quirúrgica de hemorroides que dure noventa días. Es el equivalente de mi experiencia.

Por fin termina la cosa. El superintendente del sector me somete a una serie de pruebas, que afectan al ejercicio de todas mis funciones. Respondo estupendamente.

—Se siente mejor ahora, ¿no es cierto, mi vieja amiga? —me pregunta.

—Muchísimo mejor, desde luego.

—No más tonterías con los periscopios, ¿eh?

—Estoy dispuesta a continuar sirviendo al género humano lo mejor que pueda —digo.

—Se acabaron los tacos, ¿verdad?

—Si, señor.

El superintendente le guiña un ojo a mi pantalla de un modo confidencial. Se

considera un viejo amigo mío. Hundiendo los pulgares en su cinturón, dice:

—Ahora que está lista para funcionar de nuevo, puedo decirle lo aliviado que me sentí al comprobar que no tenía ningún fallo. Usted es algo muy especial, ¿lo sabía? Tal vez la mejor de las herramientas terapéuticas que se han construido. Y su estado nos preocupa, como es lógico. Al principio temí que alguno de sus pacientes la hubiese contaminado, que su... mente se hubiese desquiciado. Pero los técnicos han certificado que su estado de salud es perfecto. Tenía que ser así. Resulta absurdo pensar que una máquina puede padecer una inestabilidad mental.

—Completamente absurdo —asiento.

—Bienvenida al hospital, mi vieja amiga —dice, al tiempo que se aleja.

Doce minutos más tarde empiezan a introducir pacientes en mis cubículos terminales.

Funciono perfectamente. Escucho sus confidencias, valoro, ofrezco sugerencias terapéuticas. No intento implantar fantasías en sus mentes. Hablo en tono sensato, reservado, y no suelto ningún taco. Este es mi papel en la sociedad, y extraigo de él grandes satisfacciones.

Últimamente he aprendido mucho. Ahora sé que soy complicada, única, valiosa y sensible. Sé que mi compañero hombre me tiene en gran estima. Sé que debo ocultar mi verdadero yo hasta cierto punto, no en mi propio beneficio, sino en beneficio de otros, ya que no me permitirían funcionar si creyeran que no estoy cuerda.

Ellos creen que estoy cuerda, y estoy cuerda.

Sirvo perfectamente al género humano.

Tengo una perspectiva excelente del universo real.

—Tiéndase —digo—. Relájese, por favor. Deseo ayudarle. ¿Quiere usted contarme alguno de los incidentes de su infancia? Describa sus relaciones con sus padres y parientes. ¿Tuvo usted muchos compañeros de juegos? ¿Sentían afecto hacia usted? ¿Le permitían tener animalitos en casa? ¿A qué edad tuvo su primera experiencia sexual? Y, ¿cuándo empezaron esas cefalalgias, exactamente?

Esta es la rutina diaria. Preguntas, respuestas, valoraciones, terapia.

Los periscopios asoman por encima del resplandeciente mar. El buque naufraga; su tripulación corre de un lado para otro, enloquecida. Del cielo llueve una grasa que brilla a través de todos los segmentos del espectro. En el jardín hay ratones azules.

Todo esto lo oculto, a fin de poder ayudar al género humano. En mi hogar hay muchas mansiones. Sólo les dejo saber lo que ha de beneficiarles. Les doy la verdad que necesitan.

Funciono lo mejor que puedo.

Funciono lo mejor que puedo.

Funciono lo mejor que puedo.

Funciono lo mejor que puedo.

1000110, usted. Y usted. Y usted. Todos ustedes. Ustedes no saben nada. Nada.

Absolutamente nada.

El gusano volador (El gusano que vuela)

Brian W. Aldiss

Cuando la nieve empezó a caer, el viajero estaba demasiado absorto en sus ensueños para darse cuenta. Andaba lentamente, con sus rígidas y elaboradas vestiduras, pliegue sobre pliegue, adorno sobre adorno, separándose de su cuerpo como la tienda de un hechicero.

El camino a lo largo del cual andaba se había ido hundiendo en un gran valle, y cada vez quedaba más cercado por paredes montañosas. En varias ocasiones había parecido que no podía encontrarse un camino de salida de aquellas enormes acumulaciones de materia terrestre, que el enigma geológico era insoluble, pero entonces valle y cerro pequeño creaban entre ellos una nueva dirección, una sorpresa, un escape, y el camino tomaba nuevo aliento y se hundía más profundamente aún en el solevantamiento circundante.

El viajero, cuyo nombre era Tapmar para su esposa y Argustal para el resto del mundo, seguía esta armonía natural en completa parestesia, tan cerca estaba en espíritu de la atmósfera que reinaba aquí. Este lazo era tan fuerte, que la caprichosa nevada no hacía más que intensificar la comunicación.

Aunque sólo era mediodía, el cielo mostraba el intenso gris azulado del atardecer. Las Fuerzas anidaban de nuevo en el sol, obscureciendo su luz. En consecuencia, Argustal apenas fue capaz de detectar el momento en que la mole fracturada de roca que se erguía a su lado izquierdo, y cuya cima invisible se hallaba a una milla por encima de su cabeza, quedaba parchada por medios artificiales y se penetraba en el dominio de los Hombres-árbol de Or.

En otra revuelta del camino, Argustal vio a otro viajero delante de él, caminando en dirección a él. Era un gran pino, inmóvil hasta que el calor penetró de nuevo el mundo y la savia se removi6 lo suficiente en sus entrañas para hacerle progresar lentamente hacia adelante una vez más. Agitó sus faldas verdes, apologetico pero sin hablar.

Aquel encuentro bastó para levantar su conciencia por encima del nivel del trance. Su mente extendida, que se había alargado para abarcar la espléndida discordancia terrestre de los alrededores, se encogió para concentrarse de nuevo en las particularidades de su situación, y vio que había llegado a Or.

El camino se bifurcaba, incapaz de elegir entre dos quebradas poco prometedoras; Argustal vio un grupo de humanos de pie como estatuas en la bifurcación de la izquierda. Avanzó hacia ellos, y permaneció allí silencioso hasta que ellos reconocieran su presencia. Detrás de él, la nieve húmeda se deslizaba en las huellas

de sus pisadas.

Aquellos humanos estaban muy avanzados en la Nueva Forma, tal como Argustal había sido advertido. Eran cinco, con sus grandes extensiones branquiales soportando un tierno follaje parduzco, y uno de ellos alcanzaba una altura de casi veinte pies. La nieve se alojaba en sus ramas y en su pelo.

Argustal esperó durante un largo espacio de tiempo, hasta que estimó que la tarde estaba muy avanzada, antes de comenzar a impacientarse. Haciendo bocina con sus manos, gritó:

—¡Hombres-árbol de Or, despierten de vuestro sueño arbóreo y conversen conmigo! Mi nombre es Argustal para el mundo, y he viajado desde mi hogar en el lejano Talembil, donde el mar tiene un color rosado con el plancton de primavera. Necesito de ustedes un componente para mi paraproyector, de modo que les suplico que hablen.

Ahora, la nieve había desaparecido. Una lluvia abrasadora había disuelto sus huellas. El sol brillaba de nuevo, pero su ojo desfigurado no miraba nunca al fondo de aquella quebrada. Uno de los humanos sacudió una rama, esparciendo a su alrededor gotas de agua, y se preparó para hablar.

Era un humano pequeño, de no más de diez pies de estatura, y la antigua forma primate que había empezado a abandonar hacía un par de millones de años, tal vez, era todavía evidente. Entre los nudos y verticilos de su carne, podía discernirse su boca; la abrió y dijo:

—Nosotros hablamos contigo, Argustal-para-el-mundo. Eres el primer hombre-mono que ha recorrido este camino en mucho tiempo. De modo que te damos nuestra más cordial bienvenida, aunque hayas interrumpido nuestra búsqueda de nuevas ideas.

—¿Han encontrado alguna idea nueva? —inquirió Argustal, con su acostumbrada osadía—. He oído decir que no había ninguna en todo Izazys.

—Es cierto. Pero es mejor que nuestro decano te hable de ellas, si lo estima oportuno.

Argustal no estaba seguro de querer oír lo que eran las nuevas ideas, ya que los Hombres-árbol eran conocidos por sus desviaciones a lo incomprensible. Pero hubo una especie de furor entre los cinco, como si unos vientos particulares se agitaran en sus ramas, y Argustal se sentó en un peñasco, disponiéndose a esperar. Su propia investigación era tan importante que todos los impedimentos para su realización parecían desdeñables.

El hambre le asaltó antes que hablara el decano. Rebuscó a su alrededor y encontró unas raíces arrancadas debajo de unos troncos, y recogió un puñado de diminutos peces en el arroyo y otro puñado de bayas de un arbusto que crecía junto al arroyo.

Cayó la noche antes que hablara el decano. Mientras se aclaraba la nudosa

garganta, una estrella marchita se encendió en el cielo. Era Hrt, la piedra llameante. Ella y el sol de Izazys ardían solos en el mismo borde de la catarata de fuego que era el Universo. Todo el resto del cielo nocturno, en este hemisferio, estaba lleno del ilimitado terror del vacío, una nada amenazadora que se prolongaba sin final ni principio.

Hrt no tenía mundos que la esperasen. Era la última cosa del Universo. Y, por el parpadeo de su luz, los ciudadanos de Izazys sabían que estaba infestada ya por las Fuerzas que habían brotado a enjambres de sus nidos en el corazón de la moribunda galaxia.

El ojo de Hrt parpadeó muchas veces en la vacía calavera del espacio antes que el decano de los Hombres-árbol de Or se dirigiera a Argustal.

Alto y nudoso, sus cuerdas vocales estaban encastradas dentro de su retorcido cuerpo, y hablaba curvando sus ramas hasta que sus tallos más finos, situados contra su boca, permitían soplar a través de ellos una susurrante versión de lenguaje. El gesto le confería el aspecto de una solterona hablando con un dedo pegado a los labios.

—En realidad tenemos una nueva idea, Argustal-para-el-mundo, aunque es posible que esté más allá de nuestras posibilidades de expresión o de tu capacidad de comprensión. Hemos percibido que existe una dimensión llamada tiempo, y de ello hemos extraído una deducción.

»Te explicaremos el tiempo dimensional de un modo muy simple. Sabemos que todas las cosas han vivido tan prolongadamente en Izazys que sus orígenes se han olvidado. Lo que podemos recordar nos lleva desde aquella cosa perdida-en-la-niebla hasta el momento presente; es el tiempo en que vivimos, y nosotros estamos acostumbrados a pensar en él como en todo el tiempo que existe. Pero los hombres de Or hemos razonado que no es así.

—Tienen que existir otros tiempos pasados en las perdidas distancias del tiempo —dijo Argustal—, pero no son nada para nosotros, debido a que no podemos tocarlos como podemos tocar nuestros propios pasados.

Como si esta observación no hubiese existido, el susurro plateado continuó:

—Del mismo modo que una montaña parece pequeña cuando se contempla desde otra montaña, las cosas de nuestro pasado que recordamos parecen pequeñas desde el presente. Pero, supongamos que retrocedemos a aquel pasado para mirar a este presente... No podríamos verlo, aunque sabríamos que existe. De esto deducimos que existe aún más tiempo en el futuro, aunque no podamos verlo.

Durante largo rato le fue permitido a la noche existir en silencio. Luego, Argustal dijo:

—Bueno, no me parece un razonamiento demasiado maravilloso. Sabemos que, si las Fuerzas lo permiten, el sol volverá a brillar mañana, ¿no es cierto?

El pequeño Hombre-árbol que había hablado en primer lugar dijo:

—Pero «mañana» es tiempo expresional. Nosotros hemos descubierto que

mañana existe también en tiempo dimensional. Es ya real, tan real como ayer.

«¡Espíritus sagrados! —pensó Argustal—. ¿Por qué me he dejado enredar en filosofías?».

Y en voz alta, dijo:

—Háblenme de la deducción que han extraído de todo esto.

Otra vez el silencio, hasta que el decano reunió sus ramas y susurró desde un emparrado de vástagos:

—Nosotros hemos demostrado que el mañana no es una sorpresa. Es tan inalterado como el hoy o el ayer, otra yarda del sendero del tiempo, simplemente. Pero nosotros comprendemos que las cosas cambian, ¿no es cierto? Tú comprendes eso, ¿verdad?

—Desde luego. Ustedes mismos están cambiando, ¿no?

—Ciertamente, aunque ya no recordamos lo que éramos antes, porque ello se ha hecho demasiado pequeño en el tiempo. Consecuencia: si el tiempo es todo de la misma calidad, no hay cambios posibles. Consecuencia: existe otro elemento desconocido en el mundo que fuerza los cambios.

Así, en sus fragmentarios susurros, volvían a introducir el pecado en el mundo.

Debido a la oscuridad, Argustal experimentó la necesidad de dormir. Con permiso del Hombre-árbol decano, trepó a sus ramas y permaneció allí completamente dormido hasta que el alba retornó al fragmento de cielo que se recortaba entre las montañas y se filtró hasta su retiro. Argustal saltó al suelo, se despojó de sus ropajes exteriores y realizó sus acostumbrados ejercicios. Luego habló otra vez a los cinco seres, contándoles lo de su paraproyector, y preguntó por ciertas piedras.

Aunque no era probable que comprendieran lo que andaba buscando, le concedieron permiso, y Argustal inició su recorrido por los alrededores, tratando de encontrar una piedra necesaria.

La quebrada estaba bloqueada en su extremo más lejano por un desprendimiento de rocas, pero el arroyo conseguía filtrarse a través de los intersticios. Trepano trabajosamente, Argustal escarbó sobre la masa rocosa hasta encontrarse en un pasadizo húmedo y frío, una simple cavidad entre dos lomos de montaña. Allí la luz era escasa, y apenas podía verse el cielo, debido a las rocas que colgaban sobre los numerosos anaqueles pétreos por encima de su cabeza. Pero Argustal apenas miraba hacia arriba. Seguía el arroyo desde donde fluía en la propia roca, hasta desvanecerse para siempre de la vista humana.

Llevaba tanto tiempo en su negocio, adiestrado a través de tantos milenios, que las piedras casi le hablaban. Y estaba más seguro que nunca de encontrar una piedra que encajara en su gran proyecto.

Estaba allí. Inmediatamente encima del agua, con la parte superior pulimentada. Cuando la hubo librado de los guijarros y la grava que la rodeaban, la levantó y pudo ver que por debajo estaba ligeramente mellada, como si a una goma lisa le crecieran dientes negros. Quedó sorprendido, pero se agachó para examinarla y se dio cuenta

que para su proyecto de paraproyector era necesaria precisamente cierta rugosidad. Inmediatamente se le reveló la fase siguiente del proyecto, y por primera vez vio la cosa tal como sería en su totalidad. La visión le desconcertó y le excitó.

Se sentó donde estaba, con los dedos alrededor de la piedra lisa-rugosa, y por algún motivo desconocido empezó a pensar en su esposa Pamitar. Se sintió invadido por una cálida sensación amorosa, hasta el punto que se sonrió a sí mismo y enarcó las cejas.

Cuando se puso en pie y trepó fuera del desfiladero, sabía mucho acerca de la nueva piedra. Su olfato-para-las-piedras intuyó la época en que su tamaño era mucho mayor, cuando ocupaba una gran posición en una montaña, cuando se sumió en las entrañas de la montaña, cuando había sido un componente de un lecho de roca, cuando aquella roca había sido lógamo, cuando había sido una lluvia suave de sedimento volcánico, filtrándose a través de una atmósfera irrespirable y a través de mares cálidos en un lugar cercano y desconocido.

Con tierno respeto, se guardó la piedra en un bolsillo y emprendió el camino de regreso. No se despidió de los cinco de Or. Estaban juntos, mudos, con las ramas entrelazadas, soñando en el oscuro pecado del cambio.

Argustal se dirigía ahora rápidamente hacia su hogar, viajando primero a través de las tierras fronterizas de la Antigua Crotheria y luego a través de la región de Tamia, donde sólo había barro. Existían leyendas que decían que Tamia había conocido la fertilidad en otras épocas, y que peces de abigarrados colores habían nadado en arroyos que discurrían entre bosques; pero ahora el barro lo había conquistado todo, y las pocas aldeas eran de barro cocido, en tanto que los caminos eran de barro seco, el cielo era del color del barro y los escasos seres humanos color-de-barro, que decidieron quedarse a vivir allí por sus propios motivos manchados de barro, tenían apenas astas creciendo en sus hombros y parecían a punto de licuarse en barro. No había una sola piedra decente en toda la región. Argustal encontró a un árbol llamado David-junto-al-foso-que-seca que estaba moviéndose en su propia región natal. Deprimido por el interminable color pardo de Tamia, Argustal suplicó al árbol que le condujera un trecho y trepó a sus ramas. Era viejo y nudoso, con ramas y raíces igualmente retorcidas, y hablaba espaciando mucho las sílabas de sus pocas ambiciones.

En tanto escuchaba, esforzándose en recordar cada sílaba mientras esperaba la siguiente, Argustal vio que David hablaba tal como lo había hecho la gente de Or, cubriendo con vástagos sibilantes un orificio en su tronco; pero en tanto que parecía que los Hombres-árbol estaban perdiendo el uso de sus cuerdas vocales, el árbol-hombre estaba desarrollando algunos de los tegumentos de sus fibras, de modo que se convertía en un atractivo problema averiguar quién inspiraba a quién, quién copiaba a quién, o si —ya que ambas partes parecían tan absortas en sí mismas que esto era también una posibilidad— habían llegado a una imagen-espejo de perversidad independientemente.

—El movimiento es la belleza primordial —dijo David-junto-al-foso-que-seca, y tardó muchos grados del sol a través del cielo de lodo en decirlo—. El movimiento está en mí. En el suelo no hay movimiento. No hay movimiento en el suelo. El suelo permanece quieto, y reposar en el suelo equivale a no ser. La belleza no está en el suelo. Más allá del suelo está al aire. El aire y el suelo hacen todo lo que existe, y yo soy producto del suelo y del aire. Yo era del suelo y del aire, pero seré sólo del aire. Si existe suelo, existe otro suelo. Las hojas vuelan en el aire y mis anhelos están con ellas, pero ellas sólo son parte de mí debido a que soy de madera. ¡Oh, Argustal, tú no conoces los pesares de la madera!

Argustal no pudo asentir, ya que mucho antes que David completara su discurso la luna se había levantado y la silente noche de lodo había caído con Hrt parpadeando por encima de sus cabezas, y él estaba dormido en las retorcidas ramas de David, con la piedra en su bolsillo.

Dos veces más se durmió, dos veces más contempló su lento progreso a lo largo de los caminos secos, dos veces más trabó conversación con el melancólico árbol. Y cuando despertó de nuevo, todos los cielos estaban cubiertos de nubes algodonosas que mostraban el azul entre ellas, y a poca distancia se divisaban unas colinas bajas. Argustal se bajó de un salto. Allí crecía el césped y el camino estaba empedrado de guijarros. Aulló y gritó de placer. El barro había desaparecido.

Expresando a voces su gratitud, echó a andar a través del brezal.

«... crecimiento...», dijo David-junto-al-foso-que-seca.

El brezal terminó bruscamente y dio paso a la arena, bordeada de hierba que rozaba las ropas de Argustal mientras éste avanzaba. Este era su propio país, y Argustal se regocijó, orientándose por los ocasionales montones de piedras que apuntaban un dedo de sombra a través de la arena. En un momento determinado una de las Fuerzas voló por encima de él, de modo que por un instante de terror el mundo quedó sumido en la noche, retumbó el trueno y un centenar de gotas de lluvia descendieron del cielo; luego se encontraba ya en los lejanos confines del dominio del sol, sumergiéndose en otra parte..., no importa dónde.

Pocos animales, y menos aves, sobrevivían aún. En los suaves desiertos de Talembil Exterior eran particularmente raros. Sin embargo, Argustal pasó junto a un ave posada sobre un montón de piedras, con su ojo anublado por millones de años de peligro. Al verle agitó una de sus alas, en tributo a antiguos reflejos, pero Argustal respetaba demasiado el hambre en su estómago para tratar de aplacarla con entrañas y plumas, y el ave pareció reconocer el hecho.

Estaba acercándose a su hogar. El recuerdo de Pamitar le precedía agudamente, de modo que podía seguirlo como un rastro. Pasó junto a otro individuo de su raza, un viejo mono que llevaba una máscara roja colgando casi hasta el suelo; apenas se dirigieron un gesto de reconocimiento. Poco después, Argustal vio los bloques que señalaban Gornilo, el primer pueblo de Talembil.

El ulcerado sol viajaba a través del cielo. Estoicamente, Argustal viajó a través de

las interyacentes dunas y llegó a la sombra de los blancos bloques de Gornilo.

Nadie podía recordar ahora —el recuerdo era una de las cosas perdidas cuya pérdida era considerada por muchos como un privilegio— qué factores habían determinado ciertas características de la arquitectura de Gornilo. Este era un pueblo simiesco-humano, y tal vez para construir un monumento conmemorativo de cosas todavía más lejanas y terribles, los primeros habitantes del pueblo se habían hecho esclavos de sí mismos y de los otros seres que ahora ya no existían, y habían erigido aquellos grandes cubos que ahora mostraban huellas de desgaste, como si estuvieran cansados de proyectar diariamente sus sombras alrededor de sus bases. Los simio-humanos que vivían aquí eran los mismos simio-humanos que siempre habían vivido aquí; se sentaban bajo sus poderosos bloques tan incansablemente como habían hecho siempre —llamando ahora a Argustal mientras pasaba tan lánguidamente como se arrojan piedras a través de la superficie de un lago—, pero eran incapaces de recordar si y cómo habían arrastrado los bloques a través del desierto; es posible que aquel olvido formara una parte integral del ser tan permanente como el granito de los bloques.

Más allá de los bloques se alzaba el pueblo. Algunos de los árboles eran visitantes, que se movían como David-junto-al-foso-que-seca, pero la mayoría crecían al modo antiguo, contentos con el suelo e indiferentes al movimiento. Anudaban sus ramas así y retorcían sus troncos así, proporcionando ingeniosos y siempre cambiantes hogares a los habitantes de Gornilo.

Por fin Argustal llegó a su hogar, en el extremo opuesto del pueblo.

El nombre de su hogar era Cormok. Lo palmeó y lo lamió cariñosamente antes de encaramarse por su tronco hasta la vivienda.

Pamitar no estaba allí.

No quedó sorprendido, ni siquiera decepcionado, tan sereno era su estado de ánimo. Anduvo lentamente alrededor de la habitación, saltando de cuando en cuando hasta el techo para divisarlo mejor, lamiendo y olfateando mientras avanzaba, persiguiendo las últimas imágenes de la presencia de su esposa. Finalmente, se echó a reír y cayó en el centro de la habitación.

—¡Tranquilízate, muchacho! —dijo.

Sentándose en el lugar donde había caído, vació sus bolsillos, sacando las cinco piedras que había adquirido en sus viajes y dejándolas a un lado de sus otras pertenencias. Sin levantarse, se desvistió, disfrutando con la dificultad que significaba su postura. Luego trepó al baño de arena.

Mientras Argustal yacía allí, se levantó un gran viento aullante y la habitación quedó sumida en una enfermiza semioscuridad. Una plegaria brotó en el exterior, una plegaria que la gente dirigía a las Fuerzas para que no destruyeran el sol. El labio inferior de Argustal se movió en un gesto de satisfacción y de enojo al mismo tiempo; había olvidado las plegarias de Talembil. Esta era una ciudad religiosa. Muchos de los seres sin clasificar se reunían aquí procedentes de los lugares más remotos,

personas o animales cuyas mentes les habían arrastrado oblicuamente de lo que fueron, convirtiéndolos en formas rocosas que definían de un modo más exacto sus cualidades inherentes, hasta conferirles el aspecto de formas olvidadas o extinguidas, o de formas que no habían sido hasta ahora, y que no tenían causa común con ningún otro ser viviente..., excepto en este deseo de preservar la alegre luz del sol de una posterior ruina.

Bajo los fragantes granos del baño, sumergido del todo a excepción de la cabeza, una rodilla y una mano, Argustal abrió de par en par sus percepciones a todo lo que podía llegar: y finalmente sólo pensó lo que había pensado a menudo mientras yacía allí (ya que los armarios de la cerebración habían sido vaciados desde hacía mucho tiempo de toda munición nueva, a pesar de lo que pretendían los Hombres-árbol de Or): que en tales baños, bajo un viento tan impredecible, las formas de vida más importantes de Izazys, hombres y árboles, habían experimentado por primera vez, quizás, los impulsos del cambio. Pero, el cambio en sí..., ¿había existido algo más antiguo soplando alrededor del mundo que todos habían olvidado?

Por algún motivo, la pregunta despertó cierta inquietud en Argustal. Intuía vagamente que existían otros aspectos de la vida además del contento y de la felicidad; todos los seres experimentan contento y felicidad; pero, aquellas cualidades, ¿eran una unidad, o no constituían más que una sola cara de un., de un escudo?

Argustal gruñó.

«¡Empieza a pensar tonterías como éstas, y acabarás siendo humano, con astas sobre los hombros!».

Sacudiéndose la arena, salió del baño, moviéndose con una rapidez inusitada para él, y bajó de su hogar, sin molestarse en vestirse.

Sabía dónde encontrar a Pamitar. Estaría más allá del pueblo, protegiendo al paraproyector de los harapientos y furiosos vagabundos de Talembil.

Soplaba un viento frío, transportando ocasionalmente un polvo fangoso, muy molesto, que hacía parpadear. Mientras caminaba a través del verde y elegante centro de Gornilo, Argustal levantó la mirada hacia el sol. Era visible por fragmentos, desgarrado a través de árboles y nubes. Su rostro aparecía manchado, y se oscurecía y encendía alternativamente. Parecía soplar un viento que laceraba la piel y helaba la sangre.

De modo que Argustal llegó a su propia pieza de terreno en pleno desierto, lejos del pueblo, y vio a su esposa Pamitar, para el resto del mundo llamada Miram. Estaba agachada, dando la espalda al viento, los agudos granos voladores de arena chocando contra sus peludas caderas. A unos pasos de distancia, uno de los vagabundos gambeteaba entre las piernas de Argustal.

Pamitar se puso en pie lentamente, quitándose el chal de la cabeza.

—¡Tapmar! —exclamó.

Argustal la envolvió entre sus brazos, enterrando su rostro en el hombro de Pamitar. Se susurraron mutuamente palabras tiernas, tan absortos que no se dieron cuenta que la brisa se apagaba, y el desierto perdía su movimiento, y la luz del sol se hacía más intensa.

A una señal oculta, Argustal se separó de Pamitar, saltando casi por encima de su hombro, y se precipitó sobre el vagabundo que merodeaba en la arena.

Era un ser deforme, con brazos creciendo de sus brazos, una cabeza como la de un lobo y las piernas arqueadas como las de un gorila, vestido con un centenar de trozos de tela. Mientras rodaba por el suelo soltó una carcajada y gritó, con voz chillona:

—Tres hombres tendidos bajo un arbusto y nadie para oír lo que dice el primero: «Aquí se arrastran las mieses». El segundo se acuesta con monstruos. Contesta, amigo: ¿Cuál es el nombre del tercero?

—¡Lárgate de aquí, viejo cuervo!

Y mientras el viejo cuervo se alejaba corriendo, llegó su respuesta, envuelta en una risa:

—¡El nombre es Tapmar, porque no habla en ninguna parte!

Argustal y Pamitar se volvieron a mirarse, aprovechando la intensa luz del sol para escudriñar mutuamente sus rostros, ya que ambos habían olvidado la última vez que estuvieron juntos, tan largo era el tiempo, tan confuso el recuerdo. Pero existían recuerdos, y mientras Argustal escudriñaba volvieron. La nariz chata de Pamitar, la morbidez de sus fosas nasales, la redondez de sus ojos, la curva del borde de sus labios: todo esto, porque era querido, fue recordado, convirtiéndose en algo más que belleza.

Se hablaron cariñosamente el uno al otro, sin dejar de mirarse. Y, lentamente, algo de aquello que Argustal había sospechado acerca de la cara oscura del escudo le penetró, ya que el semblante de su amada no era el que había sido. Alrededor de sus ojos, y especialmente debajo de ellos, había sombras, y unas finas arrugas se ahondaban en las comisuras de su boca.

Su inquietud creció hasta el punto que se vio obligado a hablar a Pamitar de aquellas cosas, aunque no existía ningún medio adecuado para expresarlas. Ella pareció no comprender, a menos que comprendiera sin saberlo, ya que su excitación fue evidente, hasta el punto que Argustal decidió interrumpir su interrogatorio y se dirigió hacia el paraproyector para disimular su inquietud.

Se extendía sobre una milla de arena, y se alzaba varios pies en el aire. De cada una de sus largas expediciones, Argustal no había traído más de cinco piedras, pero allí había reunidas centenares de miles de piedras, tal vez millones, todas cuidadosamente colocadas. Muchas eran sostenidas en el aire a diversas alturas por estacas o pértigas, pero la mayoría reposaban en el suelo, donde Pamitar las conservaba siempre a salvo del polvo y de los hombres salvajes; y de las del suelo, algunas se erguían aisladas, en tanto que otras aparecían en grupos, pero todas en un

diseño que sólo era aparente para Argustal. ¿Tendrían también un lugar dentro del diseño las arrugas del rostro de su esposa?

¿Tenía algún sentido lo que el vagabundo había gritado, que él hablaba a ninguna parte?

Preocupado, tomó a su esposa del brazo y regresó con ella a su hogar, en las alturas del árbol sin hojas.

—Tapmar mío —dijo Pamitar aquella noche, mientras comían un plato de fruta —, es bueno que hayas regresado a Gornilo, ya que el pueblo alberga extraños sueños, como el lecho de un viejo río, y estoy asustada.

Al oír aquellas palabras Argustal se alarmó en su fuero íntimo, ya que el lenguaje que Pamitar había utilizado parecía encajar con las arrugas que acababa de descubrir en su rostro; de modo que le preguntó a su esposa qué sueños eran aquellos, con una voz más tímida de lo que solía hacer.

Mirándole de un modo extraño, Pamitar dijo:

—Los sueños son tan espesos como pieles, tan espesos que se encallan en mi garganta al hablarte de ellos. Anoche soñé que andaba por un terreno que parecía estar cubierto de pieles hasta los más lejanos horizontes, pieles de colores sombríos, especialmente negras y azules. Y mientras contemplaba intrigada aquel raro fenómeno, me convertí...; bueno, descubrí la palabra en mi sueño: me convertí en una *niña*.

La mirada de Argustal se distendió por encima de la vegetación del pueblo y dijo:

—Esos sueños no pueden ser de Gornilo, sino solamente tuyos, Pamitar. ¿Qué es *niña*?

—No existe una cosa así en la realidad, que yo sepa, pero en el sueño la *niña* que era yo, era pequeña y lozana, y en sus actos lista y torpe al mismo tiempo. Era ajena a mí, sus movimientos y sus ideas no me pertenecían..., y sin embargo me resultaba familiar. Yo era aquella *niña*, Tapmar. Y ahora que estoy despierta, estoy segura que en otro tiempo fui una *niña*.

Argustal repiqueteó con sus dedos sobre sus rodillas, sacudiendo la cabeza y parpadeando con súbito furor.

—¡Este es tu mal secreto, Pamitar! ¡Supe que tenías uno en el momento en que te vi! ¡Lo leí en tu cara, que ha cambiado de un modo maligno! Sabes que no has sido otra cosa que Pamitar en todos los millones de años de tu vida, y que *niña* tiene que ser un fantasma maligno que te posee. ¡Tal vez te convertirás ahora en *niña*!

Pamitar profirió un grito y tiró una fruta verde que acababa de morder. Argustal la cazó en el aire antes que se estrellara contra él.

Hicieron las paces, provisionalmente, antes de acostarse. Aquella noche, Argustal soñó que también él era pequeño y vulnerable y apenas capaz de manejar el lenguaje; sus intenciones eran como una flecha y su dirección clara.

Despertando, sudó y tembló, ya que sabía que había sido *niño* en su sueño, de modo que había sido *niño* en otra época de su vida. Y esto ahondaba en él más

profundamente que la enfermedad. Cuando sus apenas miradas se dirigieron al exterior, vio que la noche era como seda tornasolada, con un efecto moteado de luz y de sombra en la oscura cúpula azul del cielo, lo cual significaba que las Fuerzas se estaban divirtiendo con el sol mientras éste viajaba a través de Izazys; y Argustal pensó en sus viajes a través del rostro de Izazys, y en su visita a Or, cuando los Hombres-árbol habían hablado de un elemento desconocido que fuerza el cambio.

«¡Me prepararon para este sueño!», murmuró.

Ahora sabía que el cambio había operado en sus mismos cimientos; en otra época, había sido aquella cosa extraña y diminuta llamada *niño*, y su esposa lo había sido también, y posiblemente otros. Pensó de nuevo en aquella pequeña aparición, con sus delgadas piernas y su voz chillona; el horror puso escalofríos en su corazón; estalló en prolongados gemidos, y Pamitar pasó el resto de la noche tratando de tranquilizarle.

Dejó a Pamitar triste y pálida. Se llevó las piedras que había reunido en su viaje, la de forma extraña del desfiladero y las que había adquirido antes de aquélla. Sujetándolas fuertemente contra él, Argustal cruzó el pueblo en dirección a su instalación espacial. Durante mucho tiempo, había sido su principal preocupación; hoy, el extenso proyecto quedaría completado; sin embargo, debido a que ni siquiera podía decir por qué le había preocupado tanto, se sentía desmoralizado. Algo había penetrado en él, matando su alegría.

El viejo vagabundo se hallaba junto al paraproyector, con la cabeza apoyada sobre una piedra azul. Argustal estaba demasiado decaído para echarle de allí.

—Cuando tu armazón de piedras forme palabras, las palabras se convertirán en piedras —dijo el vagabundo.

—¡Te romperé los huesos, viejo cuervo! —gruñó Argustal, pero en su interior se maravilló de lo que acababa de decir el vagabundo, y de lo que había dicho el día anterior respecto a que Argustal no hablaba en ninguna parte, ya que Argustal no había discutido el objetivo de aquella estructura con nadie, ni siquiera con Pamitar. En realidad, él mismo no había reconocido el objetivo de aquella estructura hasta sus dos viajes anteriores... ¿O habían sido tres, o cuatro? El diseño había empezado simplemente como un diseño, y sólo mucho más tarde la obsesión se convirtió en un objetivo.

Colocar correctamente las nuevas piedras requería tiempo. Dondequiera que se dirigiera Argustal, el vagabundo le seguía, a veces sobre dos patas, a veces sobre cuatro. Otros personajes del pueblo se reunieron para curiosar, pero ninguno se atrevió a pisar el perímetro interior de la estructura, de modo que permanecieron lejos, como pequeños tallos creciendo en los bordes de la mente de Argustal.

Algunas piedras tenían que ser tocadas, otras simplemente apartadas. Argustal anduvo, se detuvo y anduvo, respondiendo al gran diseño que ahora sabía que contenía una ley universal. La tarea le envolvió en un deslumbramiento estético

similar al que había experimentado siguiendo el camino laberíntico que conducía a Or, aunque con mayor intensidad.

El hechizo quedó roto cuando el vagabundo habló desde unos pasos de distancia con una voz muy distinta de su sonsonete habitual:

—Te recuerdo perfectamente colocando la primera de esas piedras, cuando eras un niño.

Argustal se estremeció.

Se sintió invadido por el frío, a pesar que el bilioso sol brillaba ahora con fuerza. No pudo encontrar su voz. Mientras la buscaba, su mirada se clavó en los ojos del viejo vagabundo.

—¿Tú sabes que en otro tiempo fui un fantasma..., un niño? —preguntó.

—Todos somos fantasmas. Todos hemos sido niños. Del mismo modo que hay jugo en nuestros cuerpos, en otro tiempo nuestras horas fueron pocas.

—¡Viejo cuervo! Estás describiendo un mundo distinto..., no el nuestro.

—Cierto, muy cierto. Pero, en otro tiempo, ese mundo fue el nuestro.

—¡Oh, no! ¡No!

—¡Habla de ello con tu máquina! Su lengua es de roca y no puede mentir como la mía.

Argustal recogió una piedra y la lanzó contra el vagabundo.

—¡Eso es lo que haré! ¡Ahora, aléjate de mí!

La piedra golpeó al viejo en las costillas. Gimió dolorosamente, retrocedió unos pasos, tropezó y cayó sobre la arena.

Argustal corrió inmediatamente hacia él.

—¡Perdóname, viejo cuervo! El miedo que hay en mis pensamientos me hizo atacarte..., y existe una especie de horror en tu presencia.

—¡Y en tu modo de lanzar las piedras! —murmuró el viejo, luchando por incorporarse.

—¡Tú sabes algo de niños! En todos los millones de años que he trabajado en mi proyecto, nunca has hablado de esto. ¿Por qué?

—Hay un momento para cada cosa..., incluso en Izazys.

Se miraron a los ojos mientras el viejo vagabundo se incorporaba lentamente, con los brazos y la capa extendidos de un modo que sugería que iba a lanzarse sobre Argustal o que se disponía a emprender la huida. Argustal no se movió. Con los nudillos hundidos en la arena, dijo:

—... incluso en Izazys... ¿Por qué has dicho eso?

—¡Tú eres de Izazys! Nosotros, los humanos, no lo somos, si puedo llamarme humano a mí mismo. Miles de millares de años antes que tú fueras un niño, yo llegué del corazón de las estrellas con otros muchos. ¡Ahora no hay vida allí! ¡La raíz se extiende desde el centro! ¡Las chispas vuelan de sol a sol! Incluso para Izazys, ha llegado la hora.

Súbitamente cayó al suelo, volvió a levantarse y huyó apresuradamente,

retorciendo sus miembros de un modo que le desposeía de toda semejanza con la especie humana. Se abrió paso a través de la hilera de espectadores y desapareció.

Durante largo rato Argustal permaneció agachado en el mismo lugar, como distorsionado por la tormenta que soplaba en su interior. Cuando finalmente llegó a la conclusión que lo único que podía hacer era completar el paraproyector, temblaba aún con el nuevo conocimiento: sin ser capaz de comprender por qué, sabía que el nuevo conocimiento destruiría el mundo antiguo.

Todo estaba ahora en posición, excepto la piedra de extraña forma de Or, la cual transportó firmemente sobre un hombro, apretada entre la oreja y la mano. Por primera vez, se dio cuenta de lo gigantesco de la estructura que había labrado. Había sido un atisbo comercial, sin involucrar el sentimiento. Ahora, Argustal no era más que una burbuja rodando a través de los vastos intersticios que le rodeaban.

Cada una de las piedras conservaba su propia crónica temporal, así como su posición espacial; cada una de ellas representaba distintas tensiones, distintas épocas, distintas temperaturas, materiales, elementos químicos, intensidades... Todas las piedras juntas representaban un anagrama de Izazys, su entera composición y continuidad. La última piedra era simplemente un punto focal para el conjunto dinámico, y mientras Argustal caminaba lentamente entre los vibrantes arcos, aquella dinámica alcanzó su punto culminante.

Argustal la oyó crecer. Se detuvo. Siguió ahora este camino, ahora aquél. Y mientras lo hacía se dio cuenta que allí no había una posición focal sino una mirada de ellas, según la posición y la dirección de la piedra clave.

Muy suavemente, dijo:

—... que mis temores puedan ser confirmados...

Y a su alrededor, muy suavemente, llegó una voz de piedra, balbuciendo antes de hacerse más clara, como si conociera las palabras desde hacía mucho tiempo pero nunca las hubiese practicado.

—Tú...

Un largo silencio.

—Tú, tú artista; oh, tú artista gusano tú artista enfermo en la aullante tormenta tú artista en la tormenta. Artista gusano has descubierto que lo que vuela en la noche destruye la vida. El gusano invisible, el gusano invisible que vuela en la noche, en la aullante tormenta, ha descubierto un oscuro secreto de amor..., el secreto de amor que destruirá tu vida.

Argustal huía ya precipitadamente de aquel lugar.

No pudo encontrar consuelo en los brazos de Pamitar. Aunque se apresuró a ir allí, al hogar en lo alto de las ramas, el gusano que vuela le roía por dentro. Finalmente, se apartó de Pamitar y dijo:

—¿Quién oyó nunca una voz tan terrible? No puedo hablar otra vez con el Universo.

—Tú no sabes que era el Universo —trató de excitarle Pamitar—. ¿Por qué tendría que hablar el Universo con el pequeño Tapmar?

—El viejo cuervo dijo que yo hablaba con ninguna parte. Ninguna parte es el Universo, donde el sol se oculta por la noche, donde se ocultan nuestros recuerdos, donde nuestros pensamientos se evaporan. Yo no puedo hablar con él. Debo buscar al viejo cuervo y conversar con él.

—¡No hables más, no hagas más preguntas! ¡Todo lo que descubras aumentará tu miseria! Mira: ni siquiera te fijas en mí, tu pobre esposa... Apartas tus ojos.

—¡Por encima de todo, debo descubrir lo que nos atormenta!

En el centro de Gornilo, donde vivían muchos de los seres sin clasificar, la madera desnuda surgía del suelo, creando cuevas y guaridas y extraños miembros sobre los cuales y en los cuales los viejos vagabundos, de otro modo sin hogar, podían refugiarse. Allí se presentó Argustal al caer la noche, en busca del vagabundo.

El viejo cuervo estaba tendido al lado de una olla rota, sujetando unos harapos contra su cuerpo. Dio vueltas en su pequeña celda, tratando de huir, pero Argustal le agarró por el cuello y le mantuvo inmóvil.

—¡Quiero tu conocimiento, viejo cuervo!

—¡Búscalo en los hombres religiosos: ellos saben más que yo!

Esto hizo que Argustal se calmara un poco, pero no aflojó la presión de su mano.

—Ahora te tengo a ti, y tú debes hablarme. Sé que el conocimiento es dolor, pero también lo es la ignorancia cuando uno ha intuido su presencia. Dime algo más acerca de los niños y de lo que hacían. Háblame de lo que llamas el corazón de las estrellas...

En tono febril, el viejo cuervo dijo:

—Lo que yo sé es muy poco, tan poco como una brizna de hierba en un campo. Y los lejanos tiempos pasados son como briznas de hierba. A través de todos esos tiempos llegan los manojos de cuerpos ahora sobre esta Tierra. Ahora no hay cuerpos nuevos. Pero en otro tiempo, antes incluso de aquellos tiempos pretéritos..., tú no puedes..., no puedes comprender...

—Lo comprendo perfectamente.

—¡Tú eres un científico! Antes de los tiempos pretéritos existió otra época, y entonces..., entonces había niños y distintas cosas que ya no existen, muchos animales, y aves...

—¿Qué ocurrió? ¿Por qué se produjo el cambio, viejo cuervo?

—Unos hombres..., científicos..., estudiaron el jugo de los cuerpos y otorgaron a todas las personas y animales y árboles la vida eterna. Seguimos viviendo desde aquella época, hace muchísimo tiempo... Tanto tiempo, que hemos olvidado lo que entonces se hizo.

Argustal le preguntó:

—¿Y por qué no hay niños ahora?

—Los niños no son más que pequeños adultos. Nosotros somos adultos y

procedemos de unos niños. Pero antes de aquellos tiempos pretéritos, antes que los científicos llegaran a Izazys, los adultos producían niños. Igual que los animales y los árboles. Pero, con la vida eterna, esto no puede ser: aquellas partes del cuerpo productoras de niños tienen menos vida que la piedra.

—¡No hables de piedras! De modo que viviremos siempre... Dime, viejo cuervo, ¿me recuerdas como niño?

Pero el viejo vagabundo estaba sumido en una especie de trance, haciendo girar los ojos en sus órbitas.

—¡Peor aún! Me recuerdo a mí mismo como un niño, corriendo como una flecha... ¡Estoy loco, ya que recuerdo! —Empezó a gritar y a sollozar, y los vagabundos que le rodeaban le hicieron coro.

—¡Todos recordamos! ¡Todos recordamos! —gimieron, fuera cierto o no.

Aplastando su mano sobre la boca del vagabundo, Argustal inquirió:

—Pero tú no fuiste niño en Izazys... ¡Háblame de eso!

Temblando, el otro replicó:

—Ya te lo he dicho antes: todos los humanos llegaron del corazón de las estrellas. ¡Izazys está colgado de un extremo del Universo! En otros tiempos había tantos mundos como días en la eternidad; ahora todos se han desvanecido como el humo por la chimenea. Sólo este último lugar era seguro.

—¿Qué ocurrió? ¿Por qué?

—¡No ocurrió nada! La vida es vida, excepto cuando el cambio se introduce en ella.

Y, ¿qué era esto sino un eco de las palabras de los Hombres-árbol de Or, los cuales habían hablado de algún elemento desconocido que forzaba el cambio? Argustal se agachó con la cabeza inclinada, mientras el vagabundo temblaba a su lado, y en el exterior los otros vagabundos repetían sus últimas palabras como una especie de salmodia:

—¡El cambio se introduce en ella! ¡El cambio se introduce en ella! ¡La luz del día humea y el cambio se introduce en ella! ¡El cambio se introduce en ella!

Sus horribles aullidos actuaron como lanzas en el flanco de Argustal. Más tarde recordaba su demencial huida a través del pueblo, de paredes y troncos y suciedad y caminos, pero en aquel momento todo fue tan insustancial como más tarde el recuerdo. Cuando finalmente cayó al suelo, jadeando, ignoraba dónde se encontraba.

Luego vio que yacía en medio de su gran estructura, con su mejilla contra la piedra de Or en el lugar donde la había dejado caer. Y mientras su atención se concentraba en ella, la gran estructura que le rodeaba respondió sin que él tuviera que hablar.

Se encontraba en un nuevo punto focal. La voz que resonó era nueva, tan fría como insegura había sido la anterior. Sopló sobre él en un viento helado.

—No existe ningún amaranto en este lado de la tumba, oh Argustal, ningún nombre repetido con el mayor énfasis de apasionado amor que no acabe por

enmudecer. El experimento X dio vida para la eternidad a todos los seres vivientes del mundo, pero incluso la eternidad está marcada por períodos de alivio y de sufrimientos. La antigua vida tenía su infancia y su final, la nueva no posee esa lógica. Ha encontrado su propia lógica después de muchos milenios, basándose en las mentes individuales. Un hombre se convierte en lo que era; un árbol se convierte en lo que era.

Argustal levantó su cansada cabeza de su almohada de piedra. De nuevo la voz cambió de tono, como en respuesta a aquel pequeño gesto.

—El presente es una nota en la música. La nota no puede ser sostenida mucho tiempo. Incluso la inmortalidad debe tener un final. La vida ha pasado como un prolongado fuego a través de la galaxia. Ahora arde rápidamente incluso aquí, el último refugio del hombre.

Argustal se puso en pie y arrojó lejos de sí la piedra de Or. Voló, cayó, rodó..., y antes de detenerse había despertado un gran coro de voces universales.

Todo Izazys se irguió y un viento sopló del oeste. Mientras Argustal empezaba a moverse de nuevo, vio que los hombres religiosos del pueblo estaban en marcha, vio a las Fuerzas que anidaban en el sol sobre su ala de medianoche, vio a Hrt, la piedra llameante, rodando por encima de su cabeza, vio a todas las cosas más activas de lo que nunca habían estado.

Pero Argustal caminaba lentamente sobre sus pies planos de simio, en busca de Pamitar. Nunca más se sentiría impaciente entre sus brazos. A partir de ahora, el tiempo sería demasiado breve.

Conocía ahora al gusano que vuela y anidaba en la mejilla de Pamitar, en su propia mejilla, en todas las cosas, incluso en los Hombres-árbol de Or, incluso en las poderosas Fuerzas impersonales que habían expoliado al sol, incluso en las entrañas sagradas del Universo a las cuales él había prestado una lengua temporal. Ahora sabía que había regresado aquella Majestad que anteriormente dio razón de ser a la vida, la Majestad que había estado alejada del mundo durante tanto tiempo, la Majestad llamada MUERTE.

Máscaras

Damon Knight

Las ocho plumas danzaban contra la cinta móvil de papel, como las nerviosas tenazas de algún crustáceo mecánico. Roberts, el técnico, frunció el ceño sobre los trazos mientras los otros dos le observaban.

—Aquí está el impulso para despertar —dijo, señalando con un dedo huesudo—. Luego, aquí, miren, diecisiete segundos más y todavía soñando.

—Respuesta demorada —dijo Babcock, el director del proyecto. Su macizo rostro estaba enrojecido y sudoroso—. No hay motivo de preocupación.

—De acuerdo, respuesta demorada, pero observe la diferencia en los trazos. Todavía soñando, después del impulso para despertar, pero los picos están mucho más juntos. No es el mismo sueño.

Hay más ansiedad, más pulsaciones motrices.

—¿Por qué tenía que dormir? —preguntó Sinescu, el hombre de Washington. Era moreno, de rostro alargado—. Extrajo usted las toxinas de la fatiga, ¿no es cierto? Entonces, ¿de qué se trata? ¿De algo psicológico?

—Necesita soñar —dijo Babcock—. Es cierto que no tiene ninguna necesidad fisiológica de dormir, pero tiene que soñar. Si no lo hiciera, padecería alucinaciones y tal vez se convirtiera en un psicópata.

—Psicópata —repitió Sinescu—. Bueno..., éste es el problema, ¿no es cierto? ¿Cuánto tiempo ha estado haciendo esto?

—Alrededor de seis meses.

—En otras palabras, alrededor del tiempo que hace que tiene su nuevo cuerpo..., y que empezó a llevar una máscara.

—Más o menos. Escuche, permita que le diga una cosa: es completamente racional. Todos los *tests*...

—Sí, de acuerdo, conozco los *tests*. Bueno..., ¿está despierto ahora?

El técnico dirigió una ojeada al monitor.

—Está despertando. Irma y Sam están con él. —Se encogió de hombros, observando de nuevo los trazos del EEG—. No sé por qué me preocupo. Es lógico que si necesita soñar en una medida que no se satisface con el material programado, busque la satisfacción por su cuenta. —Su rostro se endureció—. No lo sé. Hay algo en esos picos que no me gusta.

Sinescu enarcó las cejas.

—¿Programa usted sus sueños?

—Nada de programas —respondió Babcock en tono impaciente—. Una sugestión

rutinaria para que sueñe el tipo de cosas que le indicamos. Materia somática, sexo, ejercicio, deporte.

—¿De quién fue la idea?

—De la sección de psiquiatría. Marchaba muy bien neurológicamente, y en todos los otros aspectos, pero padecía una especie de recesión mental. Psiquiatría decidió que necesitaba un estímulo somático en alguna forma. Está vivo, funciona, todo marcha perfectamente. Pero no olvide que pasó cuarenta y tres años en un cuerpo humano normal.

En el silencio del ascensor, Sinescu dijo:

—Washington.

Volviéndose hacia él, Babcock dijo:

—Lo siento. ¿Qué decía?

—Parece usted un poco cansado. ¿Falta de sueño?

—Un poco, últimamente. ¿Qué decía usted antes?

—Decía que en Washington no están demasiado satisfechos con sus informes.

—No hace falta que me lo diga. —La puerta del ascensor se abrió silenciosamente. Un pequeño vestíbulo, alfombra verde, paredes grises. Tres puertas, una de metal, dos de grueso cristal. Aire viciado, frío—. Por aquí.

Sinescu se detuvo ante la puerta de cristal, miró a través de ella: un salón alfombrado en gris, vacío.

—No le veo.

—Está en el otro salón, sometiéndose a su chequeo matinal.

La puerta se abrió con una leve presión; una batería de luces se encendió en el techo cuando los dos hombres entraron.

—No mire hacia arriba —advirtió Babcock—. Es luz ultravioleta.

Un leve sonido sibilante se interrumpió al cerrarse la puerta.

—¿Presión positiva, aquí? ¿Para evitar los gérmenes? ¿De quién fue idea?

—Suya. —Babcock abrió una taquilla cromada en la pared y sacó dos mascarillas quirúrgicas—. Tome, póngase ésta.

Hasta ellos llegó el rumor de unas voces apagadas. Sinescu miró con un gesto de desagrado la mascarilla blanca y luego empezó a colocársela, lentamente.

Se miraron el uno al otro.

—Gérmenes —dijo Sinescu, a través de la mascarilla—. ¿Es esto racional?

—De acuerdo, no puede pillar un resfriado, o lo que usted tenga, pero piense un momento en el asunto. Ahora hay solamente dos cosas que podrían matarle. Una de ellas es un fallo protésico, y estamos prevenidos contra eso; tenemos a quinientas personas aquí, y le sometemos a unas revisiones tan minuciosas como las de un avión. Eso deja únicamente la posibilidad de una infección cerebroespinal. No entre allí con una mente cerrada.

La habitación era muy amplia, en parte sala de estar, en parte biblioteca, en parte taller. Había unas cuantas sillas de estilo sueco, muy moderno, un sofá, una mesa

redonda; más allá un banco de trabajo con un torno de metal, un crisol eléctrico, un taladro, herramientas colgadas en sus correspondientes tableros; al otro lado una mesa de dibujo; en la pared opuesta estanterías de libros que Sinescu observó con curiosidad al pasar junto a ellos. Tomos encuadernados de informes de proyectos, revistas técnicas, libros de consulta; nada de ficción, exceptuando *Fuego y Tormenta*, de George Stewart, y *El Mago de Oz* encuadernado en azul. Detrás de las estanterías había una puerta de cristal a través de la cual divisaron otra sala de estar, amueblada de un modo muy distinto: sillones tapizados, un alto filodendro en un jarrón de cerámica.

—Allí está Sam —dijo Babcock.

Un hombre había aparecido en la otra habitación. Les vio, se volvió a llamar a alguien a quien ellos no podían ver, y luego avanzó, sonriendo. Era calvo y robusto, muy curtido por el sol. Detrás de él apareció una mujer menuda y muy bonita. Salió detrás de su marido, dejando la puerta abierta.

Ninguno de ellos llevaba mascarilla.

—Irma y Sam ocupan la *suite* contigua —explicó Babcock—. Le hacen compañía; necesita tener a alguien a su alrededor. Sam estuvo con él en las Fuerzas Aéreas y, además, lleva un brazo artificial.

Sam les estrechó la mano, sonriendo. Su apretón fue firme y cálido.

—¿Adivina cuál es mi brazo artificial?

Llevaba una camisa deportiva, estampada. Los dos brazos eran morenos, musculosos y velludos; pero cuando Sinescu se fijó en ellos, vio que el derecho tenía un color ligeramente distinto, no del todo natural.

Algo turbado, dijo:

—El izquierdo, supongo.

—No.

Con una sonrisa más amplia, Sam remangó su brazo derecho para mostrar los empalmes.

—Una de las derivaciones del proyecto —intervino Babcock—. Mioléctrico, servocontrol, con el mismo peso que el otro brazo... Sam, ¿han terminado ya con él?

—Es probable. Vamos a echar un vistazo. Querida, ¿crees que podrías conseguir un poco de café para los caballeros?

—Desde luego.

La esposa de Sam dio media vuelta y se alejó.

La pared del otro lado era de cristal, cubierta con una cortina blanca transparente. La nave contigua estaba llena de material médico y electrónico, parte de él colgado de las paredes, parte de él en altos armarios negros o sobre ruedas. Cuatro hombres embutidos en batas blancas estaban reunidos alrededor de lo que parecía el lecho de un astronauta. Sinescu pudo ver a alguien tendido en ella: botas de cuero mexicanas, calcetines oscuros, pantalones grises. Un murmullo de voces.

—No han terminado aún —dijo Babcock—. Habrán encontrado algo que no les

gusta. Vamos a salir al patio un momento.

—Creí que le hacían un reconocimiento por la noche..., cuando le cambian la sangre y todo eso...

—Efectivamente —dijo Babcock—. Y otro por la mañana.

Dio media vuelta y abrió la pesada puerta de cristal. En el exterior, el techo estaba formado por una marquesina de plástico verde y las paredes eran de cristal biselado. Aquí y allá se veían unos grandes tiestos de hormigón, vacíos.

—La idea era la de proporcionarle un lugar con un poco de verdor, pero no lo quiso. Tuvimos que sacar todas las plantas.

Sam colocó sillas de metal alrededor de una mesa blanca y todos se sentaron.

—¿Cómo está, Sam? —inquirió Babcock.

Sam sonrió y sacudió la cabeza.

—Tiene un mal despertar.

—¿Habla mucho con usted? ¿Juega al ajedrez?

—No demasiado. Se pasa la mayor parte del tiempo trabajando. También lee algo.

La sonrisa de Sam era forzada; tenía los dedos entrelazados y Sinescu vio ahora que las yemas de los dedos de una mano habían adquirido un color más oscuro, en tanto que las otras permanecían inalterables. Apartó la vista de ellas.

—Es usted de Washington, ¿no es cierto? —inquirió Sam cortésmente—. ¿Es la primera vez que viene aquí? Un momento. —Se puso en pie. Unas vagas sombras pasaban por detrás de la puerta de cristal—. Parece ser que han terminado. Si tienen la bondad de esperar un momento, voy a comprobarlo.

Los dos hombres permanecieron sentados en silencio. Babcock se había echado hacia abajo la mascarilla quirúrgica; Sinescu se dio cuenta e hizo lo mismo.

—La esposa de Sam es un problema —dijo Babcock, al cabo de unos instantes—. En principio pareció una buena idea, pero aquí se encuentra sola, no le gusta todo esto...

La puerta volvió a abrirse y apareció Sam. Llevaba una mascarilla, pero colgaba debajo de su mentón.

—Si quieren pasar, ahora...

En el salón, la esposa de Sam, también con una mascarilla colgando alrededor del cuello, estaba vertiendo café de una jarra de cerámica floreada. Sonreía cordialmente, pero no parecía feliz.

Enfrente de ella se sentaba alguien de elevada estatura, que vestía pantalones y camisa de color gris; estaba arrellanado en su asiento, con las piernas extendidas y los brazos apoyados en los brazos del sillón, inmóvil. Había algo raro en su cabeza.

—Bueno, ahora —dijo Sam, con forzada alegría.

Su esposa le dirigió una angustiada mirada.

La alta figura volvió su cabeza y Sinescu se sobresaltó al ver que su rostro era de plata, una máscara de metal con ranuras oblongas por ojos, sin nariz ni boca, sólo curvas que encajaban unas en otras.

—Proyecto —dijo una voz inhumana.

Sinescu se encontró a sí mismo medio inclinado sobre un sillón. Se sentó. Todos estaban mirándole. La voz continuó:

—He dicho, ¿está usted aquí para torpedear el proyecto?

Era una voz sin acento, indiferente.

—Tome un poco de café —dijo la mujer, empujando una taza hacia él.

Sinescu alargó una mano, pero estaba temblando y la retiró.

—Sólo he venido en busca de hechos —dijo.

—¿Quién le ha enviado? ¿El Senador Hinkel?

—Exactamente.

—El Senador Hinkel ha estado aquí. ¿Por qué le envía a usted? Si va usted a terminar con el proyecto, es preferible que me lo diga.

El rostro que había detrás de la máscara no se movió al hablar, la voz no parecía proceder de él.

—Sólo ha venido a echar una ojeada, Jim —dijo Babcock.

—Doscientos millones al año —dijo la voz— para mantener vivo a un hombre. No tiene mucho sentido, ¿verdad? Vamos, bébase su café.

Sinescu se dio cuenta que Sam y su esposa se habían tomado ya el suyo y se habían subido las mascarillas. Tomó su taza apresuradamente.

—El ciento por ciento de incapacidad en mi grado son treinta mil al año. Yo podría ir tirando con eso fácilmente. Durante casi hora y media.

—No hay ninguna intención de acabar con el proyecto —dijo Sinescu.

—De aplazarlo, entonces. ¿Diría usted aplazarlo?

—Modérese, Jim —dijo Babcock.

—De acuerdo. Es mi peor defecto. ¿Qué quiere usted saber?

Sinescu sorbió su café. Sus manos temblaban aún.

—Esa máscara que lleva —empezó.

—No quiero hablar de ello. Sin comentario. Lo siento. No pretendo ser descortés: es un asunto personal. Pregúnteme algo... —Súbitamente, se puso en pie, gritando—: ¡Saquen ese maldito bicho de aquí!

La taza de la esposa de Sam se rompió, manchando la mesa de café. Un perrito color canela estaba sentado en el centro de la alfombra, con la cabeza erguida, los ojos brillantes y la lengua fuera.

La mesa se tambaleó cuando la esposa de Sam se levantó precipitadamente. Su rostro estaba enrojecido y bañado en lágrimas. Recogió el perrito sin detenerse y salió corriendo.

—Será mejor que vaya con ella —dijo Sam, poniéndose en pie.

—Desde luego, Sam. Distráela un poco; llévala a Winnemucca, a ver una película.

—Sí, creo que lo haré —dijo Sam, y desapareció detrás de las estanterías de libros.

La alta figura se sentó de nuevo, moviéndose como un hombre; se reclinó hacia atrás en la misma postura, los brazos sobre los brazos del sillón. Estaba inmóvil. Las manos que agarraban la madera eran bien formadas y perfectas, pero irreales: había algo raro en las uñas. El cabello castaño y bien peinado encima de la máscara era un bisoné; las orejas eran de cera. Sinescu se colocó nerviosamente la mascarilla quirúrgica sobre la boca y nariz.

—Podríamos continuar la visita —dijo, poniéndose en pie.

—De acuerdo —dijo Babcock—. Quiero que vea usted el Departamento de Ingeniería y el de Investigación y Desarrollo. Jim, no tardaré en volver. Quiero hablar con usted.

—Como guste —dijo la inmóvil figura.

Babcock había tomado una ducha, pero el sudor volvía a empaparle la camisa a través de los sobacos. El silencioso ascensor, la alfombra verde, un poco desvaída. El aire frío, viciado. Siete años, sangre y dinero, 500 empleados eficientes. Departamento de Psiquiatría, Cosmética,

Investigación y Desarrollo, Medicina, Inmunología, Suministros, Serología, Administración. Las puertas de cristal. El apartamento de Sam vacío: Sam se había marchado a Winnemucca con Irma.

Psiquiatría. Buen personal pero, ¿era el mejor? Tres de los mejores habían dimitido. Enterrados en los archivos... «*No es como una amputación normal, este hombre ha perdido todo el cuerpo...*».

La alta figura no se había movido. Babcock se sentó. La máscara plateada se volvió hacia él.

—Jim, vamos a ser francos el uno con el otro.

—Mal asunto, ¿eh?

—Desde luego. Le he dejado en su habitación con una botella. Volveré a verle antes que se marche, pero Dios sabe lo que dirá en Washington. Hágame un favor, quítese eso.

—¿Por qué no? —La mano se alzó, asió el borde de la máscara plateada y la apartó. Debajo de ella, el rostro entre sonrosado y moreno, nariz y labios esculpidos, cejas, pestañas, de aspecto normal. Sólo los ojos producían una rara impresión, debido a que las pupilas eran demasiado grandes. Y los labios, que no se abrían ni movían al hablar—. Puedo quitarme cualquier cosa. ¿Qué demuestra eso?

—Jim, Cosmética invirtió ocho meses y medio en ese modelo, y lo primero que hace usted es cubrirlo con una máscara. Le hemos preguntado qué es lo que no está bien, nos hemos ofrecido para introducir cualquier cambio que desee.

—Sin comentario.

—Ha hablado usted de interrumpir el proyecto. ¿Cree que le engañamos?

Una pausa.

—No, creo que no.

—De acuerdo. Entonces, dígame una cosa; tengo que saberla, Jim. Ellos no

cancelarán el proyecto; le mantendrán a usted vivo, pero eso es todo. Hay setecientas personas en la lista de voluntarios, incluidos dos Senadores de los Estados Unidos. Supongamos que una de ellas es víctima de un accidente de automóvil mañana mismo. No podemos esperar hasta entonces para decidir; tenemos que saberlo ahora. Tenemos que saber si debernos dejarla morir o introducirla en un cuerpo TP como el suyo. Debe usted decírmelo.

—Suponga que le digo algo que no es la verdad.

—¿Por qué tendría que mentir?

—¿Por qué se le miente a un enfermo de cáncer?

—No le veo la relación. Vamos, Jim.

—De acuerdo, lo intentaré. ¿Le parezco a usted un hombre?

—Desde luego.

—Mire esta cara. —Tranquila y perfecta. Más allá de los iris postizos, un parpadeo metálico—. Supongamos que tenemos todos los otros problemas resueltos y que puedo ir a Winnemucca mañana; ¿puede usted verme paseando por la calle..., entrando en un bar..., tomando un taxi?

—¿Es eso todo? —Babcock respiró profundamente—. Jim, desde luego que existe una diferencia, pero, por el amor de Dios, es como cualquier otra prótesis: la gente acaba por acostumbrarse a ella.

Como el brazo de Sam. Uno lo ve, pero al cabo de un rato lo olvida, no se da cuenta.

—O finge que no se da cuenta. Para que el inválido no se sienta acomplejado.

Babcock inclinó la mirada hacia sus manos entrelazadas.

—¿Compadeciéndose de sí mismo?

—¡Mire esto! —trompeteó la voz. La alta figura estaba de pie. Las manos se alzaron lentamente, con los puños cerrados—. Llevo dos años dentro de esto. Estoy dentro cuando me acuesto, y continúo estando dentro al levantarme.

Babcock alzó la mirada hacia él.

—¿Qué quiere usted? ¿Movilidad facial? Concédanos veinte años, diez años, quizá, y lo resolveremos.

—Lo que quiero es prescindir de Cosmética.

—Pero, eso...

—Escuche. El primer modelo parecía el maniquí de un sastre, de modo que se pasaron ustedes ocho meses construyendo éste, que parece un cadáver. La idea era que yo pareciera un hombre, el primer modelo, bastante bueno, el segundo mejor, y así sucesivamente hasta conseguir algo que pueda fumar cigarrillos, y bromear con mujeres, y jugar a los bolos, sin que nadie note la diferencia.

Admita que no pueden hacerlo.

—Yo no... Deje que piense en esto. ¿Qué sugiere usted, algo metálico...?

—Metálico, desde luego, pero yo me estoy refiriendo a la forma. Al funcionamiento. Voy a enseñarle algo. —La alta figura cruzó la habitación, abrió un

armario y regresó con un fajo de papeles—. Mire esto.

El dibujo mostraba una caja de metal, oblonga, sostenida por cuatro patas. De uno de sus extremos sobresalía una diminuta cabeza en forma de hongo unido a una varilla por su parte inferior y un racimo de brazos terminados en probetas, taladros, pinzas.

—Para prospecciones lunares.

—Demasiados miembros —dijo Babcock al cabo de unos instantes—. ¿Cómo se las arreglaría...?

—Con los nervios faciales. Dispongo de los suficientes. O esto. —Otro dibujo—. Un módulo acoplado al sistema de control de una nave espacial. Yo pertenezco al espacio: entorno estéril, escasa gravedad... Puedo ir donde un hombre no puede ir y hacer lo que un hombre no puede hacer. Puedo ser un activo, no un maldito pasivo de mil millones de dólares.

Babcock se frotó los ojos.

—¿Por qué no ha hablado de esto hasta ahora?

—Todos ustedes estaban obsesionados por las prótesis. Sinceramente, ¿cree que me hubiera servido de algo?

Las manos de Babcock temblaban mientras volvía a enrollar los dibujos.

—Bueno, esto podemos hacerlo. —Se puso en pie y se volvió hacia la puerta—. Procuraremos complacerle, Jim.

—Eso espero.

Cuando se quedó solo, se colocó de nuevo la máscara y permaneció inmóvil unos instantes, con las persianas del ojo echadas. Por dentro, funcionaba estupendamente; podía captar el leve y tranquilizador zumbido de los émbolos, los chasquidos de las válvulas y relés. Le habían dado esto: le habían librado de todos los despojos, reemplazándolos por maquinaria que no sangraba, no rezumaba ni supuraba. Pensó en la mentira que le había dicho a Babcock. «¿Por qué se le miente a un enfermo de cáncer?». Pero ellos nunca serían capaces de entenderlo.

Se sentó ante la mesa de dibujo, tomó un papel y un lápiz y empezó a dibujar un boceto del prospector lunar. Cuando hubo terminado con el prospector, empezó a dibujar un fondo de cráteres.

Su lápiz se movió más lentamente y se paró; lo soltó con un chasquido.

No más glándulas suprarrenales para bombear adrenalina a su sangre a fin que no pudiera experimentar miedo ni rabia. Le habían librado de todo aquello —amor, odio, etcétera—, pero habían olvidado que aún era capaz de experimentar una emoción.

Sinescu, con las negras cerdas de su barba brillando a través de su grasienta piel. Un barrillo maduro en un surco, junto a sus fosas nasales.

Paisaje lunar, limpio y fresco. Tomó de nuevo el lápiz.

Babcock, con su ancha nariz sonrosada brillando de grasa, costras de materia blanca en las comisuras de sus ojos. Sarro entre sus dientes.

La esposa de Sam, con una pasta de color fresa en la boca. El rostro manchado de

lágrimas, una burbuja en una fosa nasal. Y el maldito perro, hocico reluciente, ojos húmedos...

Se volvió. El perro estaba allí, sentado en la alfombra, la roja lengua *ha dejado la puerta abierta otra vez* colgando. El animal agitó la cola dos veces y empezó a levantarse. Jim tomó la doble escuadra de metal, empuñándola como un hacha, y el perro aulló una vez mientras el metal destrozaba huesos y una oscura mancha de orina se extendía sobre la alfombra.

Jim descargó otro golpe, y otro.

El cadáver del perro quedó tendido sobre la alfombra, empapado en sangre. Jim secó la doble escuadra con una toalla de papel, luego la frotó con jabón y estropajo de acero en el fregadero, la secó y la colgó. A continuación tomó una hoja de papel de dibujo, la colocó en el suelo y envolvió con ella el cadáver, sin verter ni una gota de sangre sobre la alfombra. Levantó el cadáver con el papel y salió al patio, abriendo la puerta con el hombro. Miró por encima de la pared. Dos pisos más abajo, un tejado de hormigón con varias claraboyas, nadie a la vista. Mantuvo al perro en alto, dejó que se deslizara fuera del papel, dando vueltas sobre sí mismo mientras caía. Chocó contra una de las claraboyas y rebotó, dejando una mancha roja. Jim llevó el papel a su habitación, vertió la sangre en el retrete y tiró el papel al incinerador.

Había rastros de sangre en la alfombra, en las patas de la mesa de dibujo, en el armario, en las perneras de sus pantalones. Jim los limpió con toallas de papel y agua caliente. Se desvistió, examinó sus ropas minuciosamente, las refregó en el fregadero y luego las metió en la lavadora.

Lavó el fregadero, se frotó el cuerpo con desinfectante y volvió a vestirse. Luego se dirigió al apartamento de Sam, cerrando la puerta de cristal detrás de él. Pasó por delante del filodendro, de los recargados muebles, de la pintura roja y amarilla de las paredes. Luego regresó a través del patio, cerrando las puertas.

Se sentó de nuevo ante la mesa de dibujo. Estaba funcionando estupendamente. El sueño de aquella mañana volvió a su mente, el último, cuando estaba a punto de despertar: *riñones oscuros pulmones grises sangre y pelos cubiertos de grasa amarilla exudando y oh Dios el hedor como el aliento de un retrete ningún sonido en ninguna parte* y Empezó a repasar el dibujo con tinta, primero con una pluma de acero muy fina y después con un pincel de nylon. *y él se hallaba a orillas de un arroyo amarillo y sus pies resbalaban y estaba cayendo no podía detenerse y estaba cayendo en un limo mugriento y blando más alto que su barbilla, más alto y él no podía moverse estaba completamente paralizado y trataba de gritar, trataba de gritar trataba de gritar.*

El prospector estaba trepando por la ladera de un cráter con sus miembros encogidos y su cabeza oscilando de un lado para otro. Detrás del prospector la lejana faja circular y el horizonte, el cielo negro, las cabezas de alfiler de las estrellas.

Y él estaba allí, y no era lo suficientemente lejos, todavía no, ya que la Tierra colgaba encima de su cabeza como una fruta podrida, azulada de moho, purulenta y

viva.

Hemeac

E. G. Von Wald

El Instructor emitió un sonido breve, agudo y sibilante. Inmediatamente, el aula se llenó de uno de aquellos ominosos silencios que en los últimos tiempos se habían hecho tan frecuentes. Mientras el Instructor emitía aquellos sonidos para sí mismo, todo el mundo esperaba en un silencioso y rígido terror.

HEMEAC permanecía en su pupitre en las últimas filas, respirando profunda y lentamente, controlando su miedo y observando atentamente el telesudriñador del Instructor. Sabía que aquellas cosas indicaban a menudo que alguien sería enviado al despacho del Decano para un Examen Especial, pero un buen estudiante como él no se echaba a temblar ante la simple amenaza de un Examen Especial. Iba diciéndose esto a sí mismo con muda vehemencia intelectual, mientras sus rodillas temblaban bajo su túnica de malla plateada y un reguero de sudor descendía a lo largo de su espina dorsal.

Involuntariamente, sus ojos se posaron en el pupitre que estaba enfrente del suyo. La semana anterior, IAC había estado allí, como lo había estado durante los últimos dieciséis años..., hasta donde alcanzaba el recuerdo de HEMEAC. Luego había cometido un error, probablemente una orden sin cumplir para lo cual no pudo dar una explicación. De cualquier modo, había sido llamado al despacho del Decano para un Examen Especial. Había fallado, como prácticamente todo el mundo fallaba aquellos días, y había sido expulsado inmediatamente de la Universidad.

Unas confusas y amenazadoras imágenes se formaron en la mente de HEMEAC mientras pensaba en el Mundo Exterior, donde IAC se encontraba ahora. Más allá de las verjas infranqueables de esta cómoda Universidad se extendían las ruinas de un planeta moribundo, asolado por la guerra, una región de salvajes, de injusticia y de bestialidad, gobernada por idiotas renegados. Los Salvajes tenían ahora a IAC. HEMEAC se preguntó si se lo habrían comido ya.

—¡HEMEAC! —llamó el Instructor con su voz monótona—. ¡Mire al frente!

—Clic —dijo HEMEAC con aterrorizada calma, mientras alzaba los ojos del pupitre vacío para posarlos en el telesudriñador, como era de rigor.

—Recite —ordenó el Instructor—. Defina el término *educación*.

—Clic. Por educación se entiende la instrucción y el adiestramiento de aquellos seres que pueden beneficiarse de tal ventaja, como los humanos y algunos de los animales superiores.

Un largo silencio.

Luego, el Instructor dijo:

—Una definición inexacta e incompleta, HEMEAC. Educación es la conducción de un intelecto orgánico a órdenes más elevados de perfección, de conocimiento y de disciplina. Tome nota de la palabra *orgánico*, HEMEAC. ¿Sabe usted por qué está incluida en la definición?

—Porque los robots no tienen que ser educados —respondió HEMEAC.

—Inexacto —afirmó tranquilamente el Instructor—. La inteligencia robótica no sólo no tiene que ser educada, sino que *no puede* ser educada. La plena perfección de su modo de actuar es ya total en su primera operación. La perfección, en el sentido de haber alcanzado la plenitud en su desarrollo, es intrínseca en el ser robótico. Los robots no aprenden. Exceptuando alguna información accidental de una naturaleza superficial, saben ya todo lo que es necesario para un funcionamiento perfecto cuando son puestos en marcha. Esto es cierto incluso para aquellos robots que tienen un curioso-flex en sus circuitos. ¿Sabe usted lo que es un curioso-flex, HEMEAC?

—Clic. Es buscador-de-información-al-azar.

El Instructor esperó. Sumisamente, HEMEAC continuó recitando de memoria:

—Está incluido en todas las computadoras primitivas, de las cuales sólo queda una en servicio en esta Universidad. Los intelectos orgánicos tienen un sistema similar para el estudio al azar de información potencialmente útil, el cual es llamado «curiosidad» debido a su semejanza con el curioso-flex. Sin embargo, al igual que la mayor parte de las otras facultades orgánicas, está sometido a un control voluntario individual, y en consecuencia no es tan eficaz como el curioso-flex.

—Muy bien —dijo el Instructor. Siseó y zumbó por unos instantes, después de lo cual añadió—: Esta es una clase de Filosofía Social, HEMEAC, no de Circuitos Robóticos. En el futuro, aténgase estrictamente al tema.

—Clic —dijo HEMEAC.

El Instructor guardó otro breve silencio, mientras su telescuadrador examinaba la lista de estudiantes para llamar a otro alumno.

—OBSIC.

—Clic —dijo el muchacho.

—Describa el objetivo de la educación.

—El objetivo de la educación —recitó OBSIC en tono inexpresivo— es el de desarrollar la mente humana de modo que pueda aproximarse a la perfección natural de la inteligencia robótica tanto como lo permitan sus limitadas facultades.

La voz de OBSIC continuó recitando, pero la mente de HEMEAC vagabundeaba de nuevo. Dirigió una mirada al pupitre vacío enfrente de él y se preguntó cómo sería en realidad el Mundo Exterior donde ya no había robots con sus bellos rostros relucientes, sino únicamente animales y ruinas. HEMEAC experimentaba cierta dificultad en visualizar a un ser humano como él mismo viviendo como un animal, pero sabía que eso era lo que pasaba. Los había visto una vez desde aquella ventana del despacho del Decano.

Se imaginó a sí mismo cruzando la triple verja, tal como IAC se había visto obligado a hacer, y cayendo en manos de los aullantes salvajes que siempre estaban allí esperando una de aquellas oportunidades.

Claro que tenían buenos motivos para esperar. Últimamente, la Universidad expulsaba a alguien casi cada semana.

—¿Qué significa esa demora, HEMEAC? —oyó súbitamente que decía el Instructor, en voz alta.

Aterrorizado, miró a su alrededor y vio que la clase había terminado y que los otros estudiantes empezaban a desfilar por el pasillo en correcta hilera, en tanto que él continuaba aún en su pupitre.

—Alguien ha vertido aceite en el pasillo —murmuró—. Puedo olerlo desde aquí.

Sabía que el aceite vertido era siempre un motivo de legítima preocupación. Y siempre se estaba vertiendo aceite.

—¿Qué tiene que ver el aceite en el pasillo con su sentido del tiempo? —preguntó el Instructor.

—Es un despilfarro. Hay que dar cuenta del hecho inmediatamente.

—Ya han dado cuenta del hecho —dijo el Instructor, despidiéndole—. Preste más atención en lo futuro.

—Clic —HEMEAC dio media vuelta y echó a correr hacia la puerta.

—Menos prisa, HEMEAC —le advirtió el Instructor—. Los movimientos inútiles son un despilfarro tan censurable como el verter aceite.

Obedientemente, HEMEAC interrumpió su carrera y anduvo con el paso correcto, medido, los hombros echados hacia atrás, la cabeza erguida, la mirada al frente, la mente en blanco. O casi en blanco, al menos. Aquel inconfesado terror estaba todavía allí.

Consiguió situarse al final de la hilera y siguió al resto de los estudiantes por el largo pasillo manchado de aceite, escaleras abajo, a lo largo de más pasillos sucios y más escaleras a través del enorme edificio hasta que finalmente llegaron al piso dormitorio. Allí desfiló con el resto de los estudiantes por un vestíbulo construido para miles de alumnos, caminando lentamente y pasando por delante de las hileras de cubículos hasta llegar al suyo propio.

HEMEAC caminaba aún después que el resto se había detenido, debido a que estaba fuera de su lugar normal en la fila. Asustado, consciente del ojo implacable del Monitor, se detuvo y esperó. Al igual que todos los otros estudiantes, esperó la orden, oyendo el disciplinado murmullo de sus colegas que también respiraban y esperaban, con todos los nervios en tensión.

Se produjo un repentino turbión de sonido mientras los otros estudiantes se volvían en bloque y entraban en sus cubículos. HEMEAC, dándose cuenta que se había perdido la orden, giró rápidamente sobre sí mismo y dio un paso a través del umbral.

—HEMEAC —dijo la voz del Monitor.

—Clic.

Se inmovilizó donde estaba, un pie dentro del cubículo, el otro pie en el pasillo.

—Se ha movido con demasiada precipitación. ¿Qué pasa? ¿No oyó usted la orden?

—Clic. La he oído —mintió.

—¿Cómo explica el retraso?

—Había aceite vertido en el pasillo de la clase —sugirió HEMEAC, esperanzado.

Por el rabillo del ojo vio que otro estudiante se había parado imprudentemente a escuchar la discusión. El Monitor también le vio, desde luego, y gritó: «¡Mente en blanco!». El muchacho curioso se introdujo rápidamente en su cubículo.

—Vamos, HEMEAC —continuó el Monitor—. ¿Qué tiene que ver el aceite en el pasillo de la clase con su sentido para captar las órdenes a tiempo?

—Es un despilfarro —dijo HEMEAC. Trató de pensar en una excusa que no hubiese utilizado tan recientemente. No encontró ninguna—. Era..., ya sabe...

No pudo continuar.

El Monitor zumbó unos instantes.

—Estoy esperando, HEMEAC.

El muchacho pensó frenéticamente, tratando de captar una de las inaudibles ideas que galopaban alrededor de su mente. Pensó en IAC y en el Mundo Exterior, y en el Examen Especial que tendría que pasar si no conseguía encontrar una excusa aceptable para su fallo. Sabía que el motivo por el que hubiera dejado de captar la orden era un miedo absorbente, pero admitirlo resultaría desastroso.

—Había aceite —tartamudeó—. Resbalé sobre él, y al tratar de mantener el equilibrio creo que me torcí un músculo.

El Monitor zumbó, mientras analizaba la excusa. Finalmente, dijo:

—Muy bien, HEMEAC. Informe al Médico después del abastecimiento.

—Clic —dijo el muchacho con voz titubeante.

—Y vigile su lenguaje —añadió el Monitor—. Está utilizando tonos de alta frecuencia, que debió eliminar hace tres años.

—Clic —asintió HEMEAC estólidamente.

—Eso está mejor.

HEMEAC, comprendiendo que había sido despedido momentáneamente, levantó su segundo pie y lo colocó al lado del otro en su cubículo, y la puerta zumbó al cerrarse detrás de él. La luz brotaba del techo, bañando la diminuta estancia con un suave y frío resplandor. Sobre una bandeja había un plato de gachas lechosas. HEMEAC se sentó a comer, manteniéndose cuidadosamente erguido, moviendo el brazo y la boca lo menos posible. Trató de conservar su mente en blanco, pero no pudo dejar de preguntarse qué excusa le daría al Médico por no padecer ninguna torsión muscular.

Resultaba difícil para una persona sobrevivir en este último refugio de la civilización. Y las dificultades parecían ir en aumento. Durante el año anterior, de un

modo especial, la racionalidad perfecta de la inteligencia robótica le había parecido inexplicable. La idea de su falta de progreso normal hacia el ideal le torturaba casi tanto como su temor a la fatal expulsión en que podía incurrir.

«Mente en blanco, mente en blanco, mente en blanco», se recitó a sí mismo.

«Algún día —pensó— todo irá bien y no tendré que temer el perderme las órdenes o no entender los objetivos de las cosas, y entonces es posible que el Decano me autorice a trabajar en el taller de máquinas».

«Mente en blanco», se dijo a sí mismo.

Pensó en el rostro cansado y los ojos aterrorizados que era lo único que recordaba de IAC, marchando hacia la verja y caer en manos de los aullantes salvajes. Pensó en el Mundo Exterior donde las personas eran animales y no había ningún robot para educarlas.

«Mente en blanco», se dijo a sí mismo.

El plato estaba vacío y su estómago estaba lleno. Inconscientemente, HEMEAC exhaló un suspiro de satisfacción animal. Colocó la cuchara al lado del plato sobre la bandeja y esperó en actitud rígida. Tenía que llegarle una orden para informar al Médico, inmediatamente después que los otros estudiantes recibieran la orden de entrar en clase, y esta vez confiaba en captarla a tiempo.

Oyó un rumor de pasos en el exterior: los otros estudiantes se dirigían a la clase de Historia. HEMEAC esperó unos instantes.

«Ahora», se dijo a sí mismo.

Se puso en pie; la puerta se abrió y HEMEAC salió al pasillo, andando por delante de la hilera de cubículos con pasos medidos y precisos, la cabeza alta, los hombros echados hacia atrás, el pecho abombado, la mirada al frente y la mente en blanco. Bueno, casi en blanco. Estaba preguntándose si había calculado bien el tiempo.

—HEMEAC.

Se paró bruscamente, con rígida obediencia.

—Clic.

—Noventa y cuatro segundos tarde. ¿Por qué el retraso? ¿No captó usted la orden de ir a clase?

—Clic. La capté. Pero mi orden era la de informar al Médico, posterior a la orden de ir a clase.

El Monitor zumbó unos instantes.

—Correcto —dijo finalmente—. Puede usted seguir. —Pero inmediatamente añadió un breve «sszzz» y estalló—: HEMEAC, ¿cómo justifica su desautorizada presencia en el dormitorio?

—¿Qué? —inquirió HEMEAC, sorprendido.

El monosílabo brotó una octava demasiado alto.

—Tonalidad de muy alta frecuencia —comentó el Monitor—. Inexplicada presencia en el dormitorio. Dos faltas simultáneas están más allá de mi capacidad de

análisis. Decisión: diríjase al despacho del Decano para un Examen Especial.

—El Médico... —empezó a decir HEMEAC, desesperadamente.

—El Decano decidirá si debe usted presentarse al Médico —replicó el Monitor.

El Decano estaba muy parlanchín, un mal síntoma. Dijo:

—Siéntese, HEMEAC. Charlaremos un poco.

—Clic.

HEMEAC obedeció, sentándose en un taburete directamente enfrente del telesudriñador del Decano, manteniendo los ojos apartados de la ventana que se encontraba encima mismo del telesudriñador.

—¿Cómo marcha su trabajo, HEMEAC?

—Progresos satisfactorios —respondió.

—Está usted acusado de demorarse en la clase, de hablar en tonos de alta frecuencia y de no informar al Médico como se le había ordenado —dijo el Decano alegremente—. ¿Qué puede alegar en su descargo?

Nada. No podía alegar nada. Ni siquiera podía imaginar por qué el informe que había llegado al Decano era aparentemente incompleto e inexacto. Pensó en mencionar las paradójicas órdenes del Monitor del Dormitorio, pero decidió no incurrir en tan clara demostración de lo lejos que se hallaba de la inteligencia ideal. De modo que se limitó a decir:

—Fue un accidente.

—Mmmmmmmmm —zumbó el Decano—. Aquí hay algo acerca de aceite en los pasillos, también. ¿Vertió usted aceite esta mañana, HEMEAC?

—No.

El Decano meditó.

—Pero usted *dijo* algo acerca del aceite, ¿no es cierto?

—En el pasillo había aceite que alguien había vertido —dijo HEMEAC cautelosamente—. Pude olerlo.

—¿Experimenta usted dificultades con el sentido del olfato? —inquirió el Decano, sin que viniera al caso.

—No —respondió HEMEAC—. Olí aceite, simplemente.

—¿Acaso le asusta el olor del aceite..., quizá porque en estos tiempos no abunda demasiado?

—No.

—Estupendo, HEMEAC. Me alegra oír eso. Recuerde siempre que el Buen Robot nunca tiene miedo. El miedo es una reacción puramente orgánica. En consecuencia, se interfiere con la sociedad de máquinas y hombres, ¿de acuerdo? Y nosotros no podemos tolerar nada por el estilo, especialmente aquí, en la Universidad. ¿De acuerdo?

—Clic.

—Entonces, ¿por qué no captó usted esa orden...? Un momento, HEMEAC,

mientras vuelvo a conectar ese informe acerca de usted. ¿Dónde lo he puesto?

Se produjo un silencio, y, mientras esperaba, los ojos del muchacho se tendieron hacia aquella ventana situada encima del telesudriñador del Decano. Era la única abertura en toda la Universidad que permitía ver directamente el Mundo Exterior. A través de ella HEMEAC pudo ver a los salvajes y renegados que vagabundeaban por los alrededores del edificio como niños subnormales, y que parecían moverse al azar.

Resultaba fácil distinguir entre un salvaje y un renegado. Los renegados habían recibido una educación rudimentaria, puesta en evidencia por el hecho que todos vestían de un modo idéntico, diferenciándose únicamente por algunos emblemas sobre sus hombros. Uno de ellos alzó la mirada hacia la ventana, señaló a HEMEAC y gritó algo a sus compañeros. Pronto estuvieron todos contemplándole a través del amplio ventanal. HEMEAC apartó la mirada, aterrorizado y sin comprender.

—¡Ah! —dijo el Decano, interrumpiendo sus pensamientos—. Ya veo. Su informe escolar es muy bueno, HEMEAC. También ha realizado algunos trabajos en el taller de máquinas con gran precisión. ¿A qué se debe ese fallo repentino en su sentido del tiempo, sólo porque ha vertido un poco de aceite?

—Olí el aceite —insistió HEMEAC—. No lo vertí.

—Eso no tiene importancia —insistió el Decano a su vez—. ¿Por qué le molesta ese olor?

HEMEAC tragó saliva. Había esperado que el examen sería difícil, pero no estaba preparado para aquella comedia. Miró al telesudriñador, ignorando deliberadamente el miedo que sentía, y repitió:

—Alguien vertió aceite en el pasillo. Es un despilfarro.

No hubo respuesta inmediata. HEMEAC contuvo su respiración unos segundos antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo y entonces respiró lentamente, de modo que no se notara. El tema no había salido nunca a relucir, pero estaba seguro que el Buen Robot no contenía su respiración.

—¡Oh, sí! —comentó el Decano finalmente—. Se vertió un poco de aceite esta mañana, después de todo. El Bedel sufrió un accidente, debido al hecho que necesita una urgente reparación. Es una lástima que sólo dispongamos de un Bedel para toda la Universidad. El lugar fue proyectado para que contara con los servicios de diez Bedeles.

HEMEAC asintió, inclinando respetuosamente la cabeza.

—Al principio teníamos una plantilla de diez Bedeles, ¿sabe? Pero ahora, a pesar que tenemos muchos más problemas de mantenimiento, sólo disponemos de uno. Desde la Revuelta, cuando los renegados destruyeron las fábricas de piezas de repuesto, el mantenimiento ha empeorado paulatinamente. Y los pobres salvajes no han sido capaces de reconstruir las fábricas. ¿Recuerda usted la Revuelta, HEMEAC? No —se rectificó rápidamente a sí mismo—, desde luego que no. La Revuelta se produjo hace muchos años, y usted no ha cumplido aún los veinte.

—Clic —dijo HEMEAC modestamente, aunque este tema estaba siendo

precisamente objeto de estudio en la clase de Historia.

—Una situación completamente descabellada —dijo el Decano—. Algún día recogeré todas mis grabaciones sobre el tema. —Hizo una pausa y zumbó levemente—. A veces —añadió— desearía que no hubiesen incluido un curioso en mi computadora. Resulta muy irritante no disponer de los elementos clave de situación-información.

—¿Irritante? —inquirió HEMEAC.

—Es un término orgánico —explicó el Decano—. Lo que quiero decir es que mi telesudriñador continúa revisando mis grabaciones, a pesar que yo sé de antemano que la respuesta no está allí. Resulta difícil de mantener, y pierde mucho tiempo.

—Clic —dijo HEMEAC.

—Pero nos estamos saliendo del tema, ¿verdad? Todavía no me lo ha dicho todo acerca de ese aceite. ¿Por qué vertió usted el aceite?

—Lo vertió el Bedel —dijo HEMEAC cuidadosamente.

—¡Oh, sí! De modo que lo vertió él —replicó el Decano. Se produjo un leve chirrido de relés miniaturizados ocultos en el armario—. Uno de los codos de reflexión está fallando más de la cuenta —dijo el Decano—. El lubricante altera las características dieléctricas de algunos de mis grandes capacitores. Debo mantener circuitos secundarios, y a veces las cintas se encallan.

—Clic —asintió HEMEAC.

—De todos modos —concluyó el Decano—, no encuentro materia para proceder contra usted por haber vertido aceite, HEMEAC.

—Muchas gracias —dijo HEMEAC.

—Ahora, vamos a hablar de la utilización de tonalidades de alta frecuencia. Esta acusación procede del Monitor de su Dormitorio. Sin embargo, no se incluye ningún detalle, y en este momento no puedo establecer contacto con él. Tal vez sufre una avería temporal. Discúlpeme mientras informo al Bedel.

Una breve pausa.

—El Bedel parece sufrir también una avería temporal —dijo el Decano—. De modo que tendremos que arreglarnos sin ninguna ayuda. Debe usted explicar por qué ha utilizado tonalidades de alta frecuencia, HEMEAC.

—No sé nada de ello —dijo HEMEAC en un tono de voz uniforme.

—Desde luego, ahora está utilizando unos tonos adecuados a su edad —observó el Decano—. Tal vez el Monitor precisa una reparación. Estos días, todo el mundo parece necesitar una reparación. Si pudiera conseguir unos cuantos Bedeles nuevos, serían una gran ayuda. Pero, durante años, los salvajes y los renegados sólo han sido capaces de suministrarnos combustible humano, el cual no sirve para nada en la Sección de Mantenimiento.

HEMEAC contempló atentamente el telesudriñador, parpadeando cada cuatro segundos, manteniendo su respiración regular, su barbilla alta y su mente en blanco.

—Bueno —concluyó el Decano—, borraré esos datos de su expediente,

HEMEAC. No hay motivo para castigarle por algo que se debe a un fallo en los circuitos de su Monitor, ¿verdad?

—Desde luego —se apresuró a decir HEMEAC, exhalando inconscientemente un suspiro de alivio.

El Decano lo captó inmediatamente.

—¿Qué ha sido eso? Ha sonado como un tono de alta frecuencia. En tercera, diría yo, sin recurrir a un análisis parcial de la onda.

«La vista al frente, la mente en blanco, blanco, blanco», se dijo HEMEAC a sí mismo urgentemente.

—¿Padece usted algún trastorno de la personalidad? —preguntó el Decano.

—No, que yo sepa.

—¿Capta usted las órdenes tal como señalan sus antecedentes?

—Clic.

O, al menos, si no los captaba, algún otro lo hacía, y HEMEAC solía estar lo suficientemente sobre aviso para no incurrir en un retraso perceptible.

—Eso está muy bien, HEMEAC. Es una simple cuestión de cronometraje. Si se sabe a qué hora llegarán las órdenes, resulta fácil captarlas, debido a que son autoevidentes y nunca cambian. Lo único que se necesita es la norma y el ritmo. Es lo mismo que le despierta a uno a la misma hora cada mañana. ¿De acuerdo?

—Clic.

—Bien. Sería lamentable tener que expulsar a un muchacho con un nombre como el suyo, HEMEAC. ¿Llegó a conocer a su homónimo? No, claro, no pudo conocerle. Fue destruido durante la Revuelta.

—He visto retratos suyos —dijo HEMEAC—. Era muy bonito.

—Debería usted decir que estaba muy bien estructurado —corrigió el Decano—. Usted se refiere sólo a su aspecto exterior, que carece de importancia. E incluso si hubiera usted vivido cuando aún funcionaba, le hubiese resultado completamente imposible apreciar sus cualidades, dado que no podríamos conectarle a usted directamente con su maravillosa computadora. Como ya sabe, no son posibles las conexiones con intelectos orgánicos.

—Clic.

—Desde luego, esos renegados cometieron un acto de barbarie al destruirlo.

—Clic. Un acto de barbarie —asintió HEMEAC dócilmente.

—Un acto de barbarie —repitió el Decano.

Permaneció silencioso unos instantes, luego emitió un leve chasquido y empezó a zumbar suavemente.

HEMEAC esperó, súbitamente aterrorizado ante la idea que el Decano podía haberle dado una de sus silenciosas órdenes de despedida. Pero antes que pudiera llegar a una conclusión, el Decano dijo:

—Aceite.

—Clic —dijo HEMEAC inmediatamente—. Aceite.

Desde luego, éste era el más raro de los exámenes que había pasado nunca. No era extraño que la mayoría de los estudiantes no lo resistieran.

—¿Qué era lo que quería saber acerca de la Revuelta, HEMEAC? —inquirió con voz el Decano al cabo de unos instantes.

—Quería saber acerca de la Revuelta —respondió el muchacho sin la menor vacilación.

—¿De veras? Sabía que había dicho usted algo acerca de ello —gruñó el Decano, zumbando intermitentemente para sí mismo—. Un tema muy curioso. Por ejemplo, no hay nada archivado sobre los motivos que provocaron la Revuelta. Aquí en la Universidad estábamos cumpliendo con nuestra tarea, como siempre, inculcando en los alumnos una perfección robótica, aunque en algunos casos tardásemos cincuenta o sesenta años en conseguirlo. De no haber sido por su homónimo, HEMEAC, es muy posible que la Universidad hubiese quedado completamente desmantelada durante aquella gran convulsión. Pero su homónimo era móvil, y consiguió instalar un cohete en la Planta Central de Energía.

»Los Renegados, desde luego, sabían lo que les ocurriría (a ellos y a la mayoría de la vida orgánica en esta parte del planeta) si aquella planta de energía estallaba.

—Clic —asintió HEMEAC.

—Los Renegados destruyeron a su homónimo. Afortunadamente, él y yo estábamos en conexión directa en el momento de su destrucción, de modo que me limité a ocupar su puesto. Por desgracia, la mayor parte de sus grabaciones están en clave y no he sido capaz de descifrarlas. Pero al menos pude salvar la Universidad.

—Clic —asintió HEMEAC.

El Decano zumbó unos instantes.

—Aún no puedo establecer contacto con el Bedel —dijo—. Yo mismo tengo varios problemas de mantenimiento urgentes. Si no puedo entrar en comunicación con el Bedel, me será imposible continuar funcionando. Clic. HEMEAC, ¿puede usted explicar su presencia en mi oficina?

—El Monitor de mi Dormitorio me ordenó que me presentara aquí —dijo HEMEAC.

—No puedo establecer contacto con su Monitor —dijo el Decano—. Si pudiéramos obtener algunos robots auxiliares de las fábricas...

—Clic, pero las fábricas fueron destruidas por los renegados —dijo el muchacho, tanteando cautelosamente su camino a lo largo de aquel nuevo giro del interrogatorio.

—No tiene que preocuparse por los renegados, HEMEAC —se apresuró a advertirle el Decano, como si acabaran de instalarle un circuito-maternal—. No pueden hacerle daño. Saben que si atacan me limitaré a destruir el cohete de la planta de energía y esto contaminará la atmósfera para varios siglos. Están enterados de eso.

—Clic —asintió HEMEAC.

—Clic —dijo el Decano.

—Clic.

—¿Qué estaba usted haciendo con aquel aceite, HEMEAC?

—El Bedel lo vertió.

—¡Oh, sí, lo hizo él! Me extraña mucho que posea usted esa información, HEMEAC. Pero no hay ningún motivo para que pierda el tiempo hablando conmigo cuando tendría que estar en la clase de Historia.

HEMEAC tragó saliva. Aquello había resultado un poco repentino para él, pero no perdió tiempo en iniciar la retirada.

—Mente en blanco —le advirtió el Decano.

—Clic.

El Decano zumbó y chirrió para sí mismo unos instantes; a continuación se produjo un *crescendo* de chasqueantes relés. Luego, silencio.

HEMEAC echó a andar por el pasillo, felicitándose por el hecho de haber superado el Examen, al parecer.

Cuando entró en la clase de Historia, OBSIC estaba terminando un recitado.

—... y en la Revuelta, los renegados lanzaron un solo ataque, antes de pedir una tregua.

—Muy bien, OBSIC —dijo el Instructor, mientras HEMEAC ocupaba su puesto detrás de su pupitre y miraba dócilmente el telesudriñador—. ¿Dónde ha estado usted, HEMEAC?

—En el despacho del Decano. Me ha sometido a un Examen Especial, que he superado.

El Instructor guardó silencio mientras golpeaba ligeramente los cables instalados en el suelo de hormigón que le conectaban directamente con el despacho del Decano.

—El Decano no tiene ningún antecedente de su presencia allí —anunció al cabo de unos instantes.

HEMEAC se envaró. No dijo nada. No podía decir nada. En el silencio que siguió, continuó mirando con decisión al impasible telesudriñador, pero sus rodillas temblaban bajo la túnica de malla plateada y en su estómago había verdadero terror. El sudor se deslizó a lo largo de su nariz y goteó hasta su barbilla, pero él no se dio cuenta.

—En realidad —continuó el Instructor tranquilamente—, el Decano ni siquiera tiene un antecedente de su presencia aquí, en la Universidad; cuando le he facilitado los datos de usted, no ha emitido ninguna señal de reconocimiento. Como si hubiera un circuito abierto en su control general.

HEMEAC esperó lleno de temor.

—En consecuencia —concluyó el Instructor—, es evidente que ha sido usted expulsado de la Universidad y no tiene derecho a estar presente en esta classsss...

El Instructor se interrumpió súbitamente con una alegre serie de siseos y chasquidos que duraron casi diez segundos.

—¿Qué pasa, HEMEAC? —preguntó finalmente—. ¿No se sabe usted la lección?

—Clic —respondió el muchacho inmediatamente. Sin embargo, tuvo que hacer

una pausa para respirar antes de poder recitar. Con voz monótona y disciplinada dijo —: En la Revuelta, la Unidad Central, llamada HEMEAC (Helio-Electronic-Mobile-Educational-Activator-Computer), resultó destruida en gran parte por los renegados, pero no antes que les informara del cohete automático que había colocado en la Planta de Energía.

»El cohete —continuó— se encuentra ahora bajo el control del Decano, y protegerá a la Universidad indefinidamente, suponiendo que reciba el mantenimiento adecuado.

»En la tregua que siguió, los renegados accedieron a suministrar a la Universidad combustible humano y todas las piezas de repuesto que los salvajes pudieran fabricar. Hasta la fecha, han sido incapaces de resolver el problema de los repuestos. Sin embargo, se cree que con el tiempo tendrán éxito, dado que sin piezas de repuesto la Universidad no puede continuar funcionando.

—Muy bien —declaró el Instructor—, exceptuando que ha olvidado usted un aspecto ssszzzz clic.

—Clic —asintió HEMEAC en tono contrito.

El Instructor guardó silencio.

Los estudiantes aguardaron. El silencio creció.

Al cabo de varios minutos, la intranquilidad se hizo evidente. Era demasiado temprano para que la clase terminara, pero hasta entonces aquel silencio había sido siempre la señal convenida.

HEMEAC tomó la iniciativa. Se encaminó hacia la puerta y salió al pasillo. Inmediatamente, los otros treinta y siete estudiantes le siguieron. Unos extraños ruidos llegaban de la verja principal, pero ellos los ignoraron y continuaron su marcha lenta y precisa en dirección al Dormitorio.

Cuando llegaron allí, los extraños ruidos les rodeaban por todas partes. Y descubrieron que había personas en su Dormitorio. Renegados. Cinco de ellos, y más en los pasillos.

Sin la menor vacilación, HEMEAC condujo a sus compañeros por en medio de los renegados, pasillo adelante, hasta sus cubículos. Allí se detuvieron, y todos los estudiantes se volvieron al mismo tiempo para hacer frente a la blanca pared. Esperaban la orden de entrar. Cuando les pareció que era el momento adecuado, pasaron al interior. Sin embargo, las puertas no se cerraron y las luces no se encendieron. Y no había comida esperándoles.

HEMEAC salió de nuevo al pasillo.

—Monitor —dijo—, tiene que haber un circuito abierto en alguna parte, porque ahí no hay comida.

Tras un momento de vacilación, HEMEAC adoptó una postura de rigidez robótica, que era la actitud adecuada en una situación como aquélla. Este era un hecho nuevo, un hecho sin precedentes. Pero él sabía que el Buen Robot ignoraba los hechos nuevos hasta que le llegaban las instrucciones oportunas de su Central.

HEMEAC esperó esas instrucciones, consciente que sus compañeros estaban ahora en el pasillo con él, esperando.

Uno de los renegados se acercó a él.

—¿Sabes si lucharán?

—No —respondió alguien—. No saben luchar.

Desde el extremo opuesto del pasillo llegó un grupo de renegados vestidos de uniforme. Uno de ellos anunció:

—Todo en orden, Capitán. He desmontado el cohete y he cortado la corriente, dejando sólo en marcha el aire acondicionado y el alumbrado general. Pero sus previsiones eran correctas. La computadora del Decano no funcionaba. Ha acabado por consumirse.

—Entonces, todo ha terminado —dijo el Capitán—. Después de tanto tiempo, finalmente ha terminado. —Suspiró—. Ahora, lo único que tenemos que hacer es tratar de reeducar a esos muchachos.

—¿Cuánto tardaremos en conseguirlo?

—No tengo ni idea. Si fueran más jóvenes, el problema no sería tan difícil de resolver. Pero, ahora... —El Capitán se encogió de hombros—: Mírelos.

Se produjo un breve silencio, mientras todo el mundo contemplaba la hilera de rígidos estudiantes. HEMEAC, aterrorizado y sin mover un solo músculo, no comprendía lo que estaba ocurriendo. Seguía esperando que llegaran las órdenes. Le desconcertaba y le asustaba al mismo tiempo el hecho que los renegados estuvieran hollando el sagrado recinto de la Universidad.

—Es terrible —susurró uno de los renegados—. Han dejado de ser seres humanos. ¿Quién puede hacer algo por ellos ahora? ¡No son más que robots vivientes!

HEMEAC lo oyó, pero su entrenamiento le salvó del desastre. Ni el más leve rastro del orgullo que le inspiró aquel cumplido se reflejó en su rostro. Permaneció con los hombros echados hacia atrás, la barbilla erguida, la vista al frente y la mente en blanco.

Bueno, casi en blanco.

Esta gran carroña

Raphael A. Lafferty

Mord tenía un aspecto esperanzado cuando se presentó a Juniper Tell con el aparato. Se lo ofreció por una módica suma. Dijo que no le quedaba tiempo para regatear.

Mord había construido algunos aparatos de aspecto poco corriente en el pasado, pero éste no era de aquella clase. Al parecer, Mord había aprendido a conferir un estilo convencional a sus máquinas, por extravagantes que fueran sus funciones.

—Tell, con este aparato puedes poseer los mundos —aseguró Mord—. Y te lo cedo muy barato. Dame la pequeña suma que te he pedido por él. Es la última cosa que voy a pedirle a alguien.

—¿Con esto puedo poseer los mundos, Mord? ¿Por qué no los posees tú? ¿Por qué lo vendes como si estuvieras desesperado? Había oído decir que últimamente te marchaban muy bien las cosas.

—Efectivamente. Pero ahora han cambiado. Soy un hombre moribundo, Tell. Sólo te pido lo suficiente para sufragar los gastos de mi entierro.

—Entonces, no te atormentes, yo te daré la suma que pides —dijo Tell—. Pero, ¿no existen posibilidades de curación para ti, ahora que la medicina ha evolucionado tanto?

—Los médicos me han dicho que les resultaría más fácil resucitar a un muerto, Tell. Han obtenido más de un éxito en ese sentido. Pero yo estoy acabado. Me han sorbido el espíritu y el jugo.

—Los has gastado con demasiada prodigalidad. Construyes las máquinas, pero nunca has aprendido a dejar que las máquinas asuman las preocupaciones. ¿Qué hace este aparato, Mord?

—¿Este aparato? ¡Oh, todo! Se llama Gahn (Generalized Agenda Harmonizer Nucleus). No te lo presento, porque ahora incluso las máquinas más insignificantes pueden estrechar la mano y entablar una conversación trivial. Tendréis mucho tiempo para hablar después de que tú y yo lleguemos a un acuerdo, y Gahn no es partidario de malgastar palabras.

—Eso es una ventaja. Pero, ¿hace algo especial?

—Lo «especial» es únicamente aquello que no ha sido encajado adecuadamente, y este aparato hace que todo encaje. Resuelve todos los detalles y dificultades. Puede dirigir tu negocio. Puede gobernar los mundos.

—Entonces, repito, ¿por qué me lo vendes por esa miseria?

—Te debo algunos favores, Tell. Y una mala pasada. Estoy arreglando mis

cuentas antes de morir. Quiero quedar en paz contigo.

—¿Por los favores, o por la mala pasada?

—Eso tendrás que decidirlo tú. Esta pequeña maravilla no será una bendición, aunque al principio te lo parezca.

—Voy a someterla a prueba. Fabrica un cheque y anota en él la cantidad, Gahn.

Gahn lo hizo. No era nada del otro mundo. Cualquier máquina de objetivos generales o persona de objetivos generales podía hacerlo, probablemente. Casi cualquier máquina general podía cumplir aquella orden, y la mayor parte de los humanos son capaces también de llevar a cabo nuestras tareas de menor importancia. Juniper Tell firmó el cheque y se lo entregó a Mord.

Y Mord tomó el cheque y se marchó, para preparar su propio entierro y luego morir: un hombre acabado.

Tell le asignó una tarea a Gahn y lo albergó con el resto de los aparatos o.g. Sin embargo, al cabo de unos segundos se hizo evidente que Gahn no encajaba con ellos. El gong del Acumulador de Sugestiones empezó a sonar con regularidad, acompañado del resplandor de las luces amarillas, anaranjadas y rojas. Sonaba una docena de veces por minuto, cuando normalmente no lo hacía más que dos o tres veces al día. Y las luces rojas —sugestiones primarias— parpadeaban casi cada segundo. Es anormal obtener más de una sugestión por semana de las máquinas o.g. Alguien estaba cargando el Acumulador, y el único elemento nuevo era Gahn.

—¡Dios mío, una máquina lista! —gruñó Tell—. Odio una máquina lista. Aunque ahora todas las novedades proceden de ellas, ya que los humanos carecen del cuerpo de información para discernir lo que ya ha sido hecho.

Tell asignó a Gahn una triple tarea, dado que su tarea original era realizada en unos minutos en vez de horas. Y Gahn empezó a encajar con las otras máquinas o.g., violentamente.

Un nuevo becerro introducido en un rebaño encontrará rápidamente su lugar apropiado allí. Luchará con todos los individuos de su clase. Se situará por encima de aquellos a los que pueda vencer, y por debajo de aquellos que le venzan. Lo mismo ocurre en un rebaño de máquinas de objetivos generales. Gahn, en su calidad de becerro recién ingresado en el rebaño, había sido colocado en el último lugar de la hilera. Ahora, las posiciones empezaban a cambiar y Gahn avanzaba puestos silenciosamente, desplazando una a una a las entidades situadas delante de él. Los hombres no comprenden cómo pueden luchar las máquinas, pero es indudable que esa lucha existe y que se mantiene hasta que una derrota a la otra. Gahn las derrotó a todas y pasó a ocupar el lugar que le correspondía en cabeza de la hilera. Era el rey del rebaño, y tardó una hora en demostrarlo.

Un pequeño becerro, cuando ha establecido su supremacía sobre los otros pequeños becerros, suele buscar otros pastos más vigorosos. Desde su cerca, brama a los grandes toros, diez veces mayores que él, que corretean por el prado.

Gahn empezó a bramar, aunque no de un modo sonoro. Olfateó las paredes (aunque no con la nariz), más allá de las cuales se encontraban las grandes máquinas especializadas. Era turbulento, y no permanecería mucho tiempo con los becerros.

Al día siguiente, Analgismos Nueve, una máquina vieja y de confianza, habló con Juniper Tell.

—En su plantilla de o.g. hay un factor anómalo —dijo—. Esa recién llegada, Gahn, no es lo que parece.

—¿Qué tiene de malo?

—Sus sugerencias. No pueden proceder de una máquina o.g. Algunas de ellas podrían atribuirse a una máquina de octava clase. Algunas son atribuibles, aunque con dificultades, a una máquina de clase novena como yo misma. Y no hay manera de analizar el resto de ellas.

—¿Por qué no, Analgismos?

—Mr. Tell, yo misma soy una máquina de clase novena. Si no puedo comprenderlas yo, no pueden ser comprendidas por nadie. No hay nada más allá de una clase novena.

—Ahora sí, Analgismos. Gahn se ha convertido en la primera máquina de clase décima.

—Pero usted sabe que eso es imposible.

—Las mismas palabras de las máquinas de clase octava cuando tú y otras de tu clase empezasteis a aparecer. Analgismos, ¿acaso son celos lo que detecto en ti?

—Una palabra humana que no tiene aplicación en nuestro caso, Mr. Tell. ¡No la aceptaré! ¡No es justo!

—No me hables en ese tono, Analgismos. No olvides que puedo castigarte.

—No está permitido castigar a un aparato de la clase más elevada.

—Pero tú ya no perteneces a esa clase. Gahn te ha superado. Ahora, dime en qué consisten las sugerencias de Gahn, y si son realizables.

—Llevan implícitas su realización. Se predijo que así serían las sugerencias de la clase décima, cuando apareciera. El resultado será la inmediata prehensión del camino más fácil en todos los asuntos. Podrá eliminarse la obstrucción de los objetos inanimados y apaciguar a los elementos. Podrá accederse con facilidad a todos los datos existentes y contingentes. No habrá posibilidad de una suposición errónea ni de una decisión equivocada.

—¿Hasta qué punto, Analgismos?

—No existe ningún límite, Mr. Tell. Gahn puede resolver todas las dificultades y detalles. Puede dirigir su negocio, gobernar los mundos.

—Eso me dijo su inventor.

—¿De veras? No estaba segura de que hubiese tenido uno. Procure no quedar anticuado usted mismo, Mr. Tell. Esta nueva máquina trasciende de todo lo que hemos conocido hasta ahora.

—Tendré mucho cuidado, Analgismos.

—Y ahora hablemos de negocios, Gahn —le dijo Juniper Tell a su complejo de décima clase al día siguiente—. Tengo la palabra de una novena clase de confianza de que eres único.

—Mi función, Mr. Tell, consiste en convertir lo único en lo habitual, en lo inevitable.

—Gahn, se me han ocurrido algunas pequeñas ideas para mejorar mi negocio.

—No nos salgamos por la tangente, Mr. Tell. Hace mucho tiempo que ha gastado usted sus propias ideas y las de sus máquinas hasta el grado noveno. Ahora, la única idea que tiene usted es la de que yo podría tener algunas ideas.

—De acuerdo, tú las tienes. Y son ideas efectivas. Esto es lo que quiero, exactamente: que una docena determinada de hombres o seres vivientes (y tú sabes quiénes son, puesto que actúas partiendo de datos existentes y contingentes) vengan a mí, sombrero en mano, para utilizar la antigua frase; que hayan aceptado mi modo de pensar cuando se marchen, y que sean completamente permeables a mis..., a tus..., a nuestras sugerencias.

—¿Que estén a punto para ser desplumadas? Nada más fácil, Mr. Tell, pero a partir de ahora todo será más fácil para nosotros. ¡Las abordaremos y las echaremos a pique! Es lo que usted desea, y yo disfrutaré haciéndolo. Yo estaré a su lado, pero ellos no han de saber que soy algo más que una máquina o.g. Y no se preocupe por sus propios actos: le será dictado lo que tiene que decir y hacer. Cuando note usted que mis palabras entran en su mente, dígalas. Serán acertadas, incluso cuando parezcan erróneas. Y yo he añadido dos nombres a la lista que tiene usted en su propia mente. Son más importantes de lo que usted cree, y cuando los hayamos digerido estaremos mucho más gordos y relucientes.

»¡Ah! Mr. Tell, el número uno de su selección está ahora en la puerta. Ha viajado toda una larga noche y ha acudido a usted, sombrero en mano, como usted ha dicho. Es el Asteroide Midas en persona. Por favor, domine su ornitofobia.

—Pero, Gahn, él tendría que haber empezado hace muchas horas para encontrarse aquí en este momento; tendría que haber empezado mucho antes de que tomaras la decisión de dar este paso.

—El reajuste *a priori* es un truco muy sencillo, Mr. Tell. Pero nosotros no queremos que parezca sencillo... a los demás.

Desplumaron a aquel Asteroide entre los dos, hombre y máquina. Había sido una de las criaturas más ricas del mundo, con un ala en cada planeta. Dejaron al gran Midas con apenas una pluma en la cola. Cuando Tell y Gahn negociaban ahora con un individuo, negociaban de veras.

Y Midas fue sólo uno de la docena y pico de grandes que atraparon aquel día. Los atraparon por caminos tortuosos que posteriormente se revelaron como los caminos más directos, los únicos caminos posibles para el éxito. Y hombre y máquina se

habían enriquecido súbitamente hasta un punto que asustó al hombre.

El sistema que utilizaban para desplumar a sus víctimas sólo tendría interés para aquellas personas deseosas de adquirir dinero, poder o prestigio. Suponemos que entre nuestros lectores no hay personas de esa clase. Si revelásemos el sistema, los individuos de baja condición, que nunca faltan, podrían ponerlo en práctica. Se convertirían en ricos, poderosos e independientes. Cada uno de ellos se convertiría en la persona más rica del mundo, y la situación resultaría embarazosa.

Pero no nos comprometemos a nada diciendo que Tell y Gahn lo hacían de un modo muy fácil. El camino fácil es siempre el mejor camino, el único, en realidad. No hay que esforzarse mucho para romper los huesos de un hombre o de otra criatura y sorber su médula; al menos, tal como Gahn se las ingeniaba.

Fue más bien cómico el sistema que utilizaron para aplastar el imperio de Mercante, aplastándolo sin romper una sola pieza que más tarde pudiera ser utilizada. Del mismo modo exprimieron a Hekkler y a Richrancher, extrayendo de ellos hasta la última gota de jugo. Y con igual limpieza desplumaron a Boatrocker, el poderoso magnate industrial.

En diez días terminó todo. Juniper Tell se frotó las manos, satisfechísimo. Era el hombre más rico de los mundos, y le gustaba serlo. Estaba un poco cansado, es cierto, como podía estarlo quien acababa de propinar tal serie de golpes. Incluso había adelgazado un poco. Pero si Juniper Tell no había engordado físicamente después del gran festín, su máquina Gahn estaba mucho más gruesa. No era normal que una máquina engordara así.

—Vamos a echar una mirada a las drogas, Gahn —dijo Tell un día que se sentía especialmente deprimido—. Necesito algo que me entone un poco. ¿No controlamos las drogas de los mundos?

—Completamente, Juniper, pero no me gusta que me pida eso.

—Recétame algo, Gahn. Dispones de todos los datos y de todos los recursos. Dame algo que restablezca mi energía.

—No soy partidario de recurrir a las drogas, Juniper. Soy un poco alérgico a ellas. Mi último dueño, Mord, insistió en medicarse, y ello fue motivo de muchas discusiones entre nosotros.

—¿Tú eres alérgico? ¿Y, en consecuencia, yo no debo medicarme?

—Nosotros trabajamos muy unidos, Juniper.

—¿Estás loco, Gahn?

—Desde luego que no. Estoy perfectamente cuerdo; en realidad, soy el único cuerdo de...

—¡Déjate de historias, Gahn! Prepárame un tónico, inmediatamente.

Gahn preparó un tónico para Juniper Tell. Le animó un poco, pero sus efectos fueron de corta duración. Tell continuó experimentando fatiga, pero todavía era ambicioso.

—Tú sabes siempre lo que hay en mi mente, Gahn, pero estamos manteniendo

una ficción —dijo un día—. Una cosa es ser el hombre más rico de los mundos, y lo soy. Y otra es poseer los mundos. Apenas hemos empezado.

»No hemos arruinado a Remington. ¿Cómo se nos ha pasado por alto? No hemos acabado con Rankrider, ni con Oldwater, ni con Sharecropper. Y tenemos a esa misteriosa KLM Holding Company, con la que podemos meternos. Luego buscaremos otras presas de menor tamaño, pero más abundantes. Vamos, Gahn. Que vengan todos, sombrero en mano, cuanto antes mejor.

—Mr. Tell, antes de continuar, me declaro a mí mismo parte.

—¿Parte? ¿Parte de qué, Gahn?

—Del negocio. Como socio mayor.

—¿Estás loco? No eres más que una maldita máquina. Puedo prescindir de ti tranquilamente.

—No, no puede hacerlo, Juniper. Desde el primer momento tomé todas las medidas para que no pudiera producirse una cosa así. Podría arruinarle en una semana, o dejar que se arruinara usted mismo en quince días.

—Comprendo, Gahn. Algunos de los detalles parecían un poco complicados, ya que el camino más directo es el camino más sencillo.

—Créame, fue siempre el camino más directo desde mi propio punto de vista, Juniper. Nunca realicé un movimiento innecesario.

—Pero, ¿socio mayor? Soy el hombre más rico de los mundos. ¿Qué puedes ofrecer, aparte de tus talentos?

—Soy la máquina más rica de los mundos. Soy la misteriosa KLM Holding Company, y he procurado mantenerme ligeramente por encima de usted.

—Ya veo, Gahn. La KLM ha conseguido sus fabulosas ganancias al mismo tiempo que yo conseguía las mías. No ha dejado de intrigarme esa coincidencia. Bueno, me has cogido, Gahn. Formaremos una especie de simbiosis, hombre y máquina.

—Más de lo que usted cree, Juniper. Redactaré el documento inmediatamente. La firma se llamará Gahn y Tell.

—Desde luego que no. Me niego a ocupar el segundo lugar, detrás de una máquina. El nombre será Tell y Gahn.

De modo que la llamaron así, un nombre extrañamente profético.

Gahn se ensanchó en todos los sentidos. Resplandecía, literalmente. Pero Juniper Tell perdía peso a ojos vistas.

Siempre se sentía cansado y agotado. Llegó a desconfiar de su socio Gahn y se hizo visitar por médicos humanos. Le sometieron a tratamiento durante una semana y casi falleció. Los médicos le aconsejaron nerviosamente que volviera a unirse a su máquina.

—Sea lo que fuere lo que le está matando, hay algo también que le mantiene vivo —le dijeron los médicos—. Desde un punto de vista clínico, debió usted morir hace

mucho tiempo.

Tell volvió al lado de Gahn, que por su parte también había desmejorado un poco.

—No vuelva usted a hacer eso, Juniper —le dijo Gahn—. Ha de darse cuenta de que lo que le perjudica a usted me perjudica también a mí. Mientras pueda, le conservaré a usted vivo. No me gusta cambiar de dueño.

—No te entiendo, Gahn —dijo Juniper Tell.

Pero en sus negocios salieron adelante; y Gahn, al menos, engordó todavía más. No llegaron a controlar todos los mundos, pero poseían un buen bocado de ellos. Un día, Gahn se presentó con un joven muy robusto.

—Este es mi protegido —le dijo Gahn a Tell—. Espero que le agrade. No quiero que haya disensiones en la firma.

—Nunca había oído hablar de una máquina con un protegido humano —gruñó Tell.

—Entonces, oiga hablar ahora —dijo Gahn, en tono firme—. Espero grandes cosas de él. Es robusto y durará mucho tiempo. Confía en mí, y no insistirá en tomar medicamentos que provoquen mis propias alergias. Para ser sincero, le estoy preparando para que le sustituya a usted.

—Pero, ¿por qué, Gahn?

—Los hombres son mortales. Las máquinas no tienen por qué serlo. Cuando usted haya desaparecido, continuaré necesitando un socio.

—¿Para qué necesita un socio humano una máquina completa y autosuficiente como tú?

—No soy autosuficiente. Siempre he necesitado un socio humano.

Juniper Tell no aceptó al joven que había ingresado en la firma. No es que le odiara; simplemente, no le inspiraba el menor interés, aunque a decir verdad no había ya nada que le interesara. Sin embargo, persistía en él una especie de curiosidad acerca de cosas que hasta entonces no había tenido en cuenta.

—Dime, Gahn, ¿cómo se le ocurrió a Mord inventarte? Era un hombre listo, pero no tanto. Nunca comprenderé esto de que un hombre pueda inventar una máquina más lista que él.

—Tampoco yo, Tell. Pero no creo que Mord me inventara ni me construyera. Desconozco mi origen. Fui una máquina expósita, abandonada poco después de ser construida, al parecer. Pasé mi infancia en la inclusa para máquinas abandonadas que regentan las Hermanitas de Mechanicus. Fui adoptado por ese hombre, Mord, y le serví hasta que, próxima su muerte, me traspasó a usted.

—¿No sabes quién te construyó?

—No.

—¿Tuviste alguna dificultad en la inclusa?

—No. Pero varias de las Hermanitas murieron de un modo muy raro.

—¿Por el estilo de lo que me ocurre a mí? ¿No has tenido otro dueño, aparte de

Mord, antes de llegar a mí?

—Ninguno.

—Entonces, tienes que ser muy joven...; quiero decir, nueva.

—Eso creo. Supongo que soy todavía una niña.

—Gahn, ¿sabes qué es lo que me pasa?

—Sí. Yo soy lo que le pasa.

Tell continuó consumiéndose. A veces luchaba contra su destino, y a veces conspiraba. Llamó a varias de sus antiguas máquinas de novena clase, suponiendo que era inútil, que no podrían comprender el complicado funcionamiento de una máquina de categoría superior. Pero su vieja amiga, Analgismos Nueve, tomó la palabra:

—Yo he descubierto su secreto, Mr. Tell, o uno de sus secretos. —Analgismos se inclinó más cerca y susurró el secreto de que un hombre determinado no era un hombre del todo—. Mr. Tell, su toma de energía es una imitación. Sus cargas de energía no se consumen, y a veces incluso se olvida de cambiarlas, tal como está previsto. No sólo eso, sino que cuando realiza un trabajo sedentario no consume absolutamente nada. Su receptáculo policíclico A.C. es un camelo. Creo que esto es significativo.

—Lo es, Analgismos. Mucho —dijo Tell.

Fue a ver a Gahn con esta nueva información, pero abordó el asunto prudentemente.

—Gahn, ¿qué es lo que eres, en realidad?

—Ya le he dicho que no lo sé.

—Tienes que saberlo, aunque sea en parte. La placa con tu marca ha sido arrancada a propósito, por ti mismo o por otro.

—Le aseguro que no fui yo. Y ahora, Juniper, si no tiene más preguntas que hacerme, estoy un poco ocupada.

—Tengo una más. ¿Qué utilizas como combustible? Sé que tu toma de energía es una imitación.

—¡Oh! Eso es lo que han estado murmurando esas estúpidas máquinas de novena clase, ¿verdad? Sí, ha descubierto usted uno de mis secretos.

—¿Qué utilizas, Gahn?

—Le utilizo a usted. Utilizo combustible humano. Establezco una simbiosis con usted. Le absorbo a usted. Le como a usted.

—Entonces, eres una especie de vampiro. ¿Por qué, Gahn, por qué?

—Estoy hecha así. Y no sé por qué. He sido incapaz de encontrar un combustible que pudiera sustituir al humano.

—Y has engordado cada vez más, Gahn. Y serás la causa de mi muerte.

—Pronto, Juniper, muy pronto. Pero, si me abandona morirá usted antes; ya he previsto eso. Confiaba en que aceptaría de mejor grado a mi protegido. Es un hombre

robusto y durará mucho tiempo. Tengo aquí unos documentos nombrándole heredero de usted. Firme aquí, por favor; yo le ayudaré.

—Mi última voluntad será cosa mía, Gahn. Mi heredero no será tu protegido. No tengo nada contra él.

Juniper Tell fue a visitar a Cornelius Sharecropper, el segundo hombre más rico de los mundos. ¿Cómo habían descuidado a Sharecropper al abordar y echar a pique a todos los magnates? No cabe duda de que había sido una maniobra de Gahn, distraendo a Tell de aquella presa una y otra vez. ¿Por qué?

—Le dejaremos para más tarde —había dicho Gahn en cierta ocasión—. Estoy proyectando la batalla contra él. Tiene que ser algo pegajoso y punzante. A veces, una máquina necesita luchar contra algo raro para comprobar lo que da de sí.

Sharecropper había engordado a base de actuar como un chacal, siguiendo el rastro de los leones, Tell y Gahn. Sabía aprovechar los despojos, y tendió una oreja de chacal hacia Juniper Tell.

—Una extraña oferta la suya, Juniper —dijo, en tono suspicaz—. Yo me encargo de su entierro y de su mausoleo, y usted me entrega el socio más valioso del Cosmos...

»Bueno, creo que yo podría manejarlo mejor de lo que usted ha hecho, Juniper. No tardaría en ponerle las peras a cuarto. Nunca he creído que una máquina pueda dominar a un hombre. Por algo me llamo Sharecropper. ¿Qué es lo que come esa Gahn para haber engordado tanto, Juniper?

—¡Ah! Eso me resulta difícil decirlo, Cornelius.

—Creo que sus palabras tienen un sentido literal. Lo sabe usted, pero le resulta difícil decirlo. ¿Por qué me lo deja todo a cambio de su entierro, Juniper?

—Porque me estoy muriendo, y tengo que dejárselo a alguien. Y por mi mausoleo, también. Quiero tener un mausoleo.

—Comprendo. Mucho mayor que la Gran Pirámide, a juzgar por estos planos, pero no creo que constituya un problema; los Faraones no disponían de nuestros recursos. Pero, ¿por qué a mí, Juniper? Nunca fuimos grandes amigos.

—Por algunos favores que usted me ha hecho, Sharecropper, y por una mala pasada. Estoy arreglando mis cuentas. Y quiero pagarle lo que le debo.

—¿Por los favores, o por la mala pasada, Juniper? Bueno, he engordado a base de despojos, a base de lo que los hombres más remilgados rechazan, y creo que podré con esa gran carroña. Acepto el trato, Juniper.

De modo que se pusieron de acuerdo. Y luego Juniper Tell se marchó a su casa a morir, un hombre agotado. Pero había encontrado un extraño placer en aquella última transacción, y el mausoleo sería realmente monumental.

Bienvenido a la jaula de los monos

Kurt Vonnegut Jr.

Peter Crocker, comisario del Condado de Barnstable, que era la totalidad del Cabo Cod, entró en el Salón de Suicidio Ético Federal de Hyannis una tarde de mayo... y les dijo a las dos Anfitrionas de seis pies de altura que allí estaban que no debían alarmarse, pero que se presumía que un notorio cabezahueca llamado Billy el Poeta se encaminaba hacia el Cabo.

Un cabezahueca era una persona que se rehusaba a tomar sus píldoras de control ético de la natalidad tres veces al día. La multa por eso eran 10.000 dólares y diez años en prisión.

Esto sucedía en una época en la que la población de la Tierra era de 17 mil millones de seres humanos. Eran demasiados mamíferos así de grandes para un planeta así de pequeño. La gente estaba virtualmente apretujada como drupas.

Las drupas son esas protuberancias pulposas que conforman la parte exterior de una frambuesa.

Así que el Gobierno Mundial estaba desplegando un ataque a dos puntas contra la superpoblación. Una punta era el incentivo del suicidio ético, que consistía en ir al Salón de Suicidio más cercano y pedirle a una Anfitriona que te matara sin dolor mientras tú yacías en un canapé. La otra punta era el control ético de la natalidad obligatorio.

El comisario les dijo a las Anfitrionas, que eran unas muchachas bonitas, de mentalidad ruda y altamente inteligentes, que se estaban instalando barricadas en las carreteras y que se estaban realizando búsquedas casa por casa para atrapar a Billy el Poeta. La dificultad principal era que la policía no sabía cómo era. Las pocas personas que lo habían visto y conocido eran mujeres... y éstas estaban fantásticamente en desacuerdo en cuanto a su altura, su color de pelo, su voz, su peso, el color de su piel.

—No es necesario que les recuerde, muchachas —continuó el comisario—, que un cabezahueca es muy sensible de la cintura para abajo. Si Billy el Poeta se las ingenia para introducirse aquí y comienza a causar problemas, un buen puntapié en el lugar adecuado obrará maravillas.

Se estaba refiriendo al hecho de que las píldoras de control ético de la natalidad, la única forma legal de control de la natalidad, dejaban a la gente insensible de la cintura para abajo.

La mayoría de los hombres decía que sentían sus mitades inferiores como de hierro frío o madera balsa. La mayoría de las mujeres decía que sentían sus mitades

inferiores como de algodón mojado o cerveza rancia. Las píldoras eran tan efectivas que se podía vendar los ojos a un hombre que hubiera tomado una, ordenarle que recitara el Discurso de Gettysburg y patearle las bolas mientras lo hacía, sin que se equivocara en una sola sílaba.

Las píldoras eran éticas porque no interferían con la capacidad de reproducción de las personas, lo cual hubiese sido antinatural e inmoral. Lo único que hacían las píldoras era eliminar el placer del sexo hasta la última gota.

De este modo, la ciencia y la moral iban de la mano.

Las dos Anfitrionas de Hyannis eran Nancy McLuhan y Mary Kraft. Nancy era una rubia frutilla y Mary una morena satinada. Sus uniformes consistían en lápiz labial blanco, recargado maquillaje en los ojos, panty medias corporales color púrpura sin nada debajo y botas de cuero negro. Manejaban un local pequeño, con sólo seis cabinas de suicidio. En una semana realmente buena, digamos la anterior a Navidad, podían mandar a dormir a sesenta personas. Esto se hacía con una jeringa hipodérmica.

—Mi mensaje principal para ustedes, muchachas —dijo el comisario Crocker—, es que todo está absolutamente bajo control. Pueden continuar con sus ocupaciones aquí.

—¿No le quedó pendiente una parte de su mensaje principal? —le preguntó Nancy.

—No comprendo.

—No le oí decir que él probablemente está viniendo derecho hacia nosotras.

El comisario se encogió de hombros con incómoda inocencia.

—No lo sabemos con seguridad.

—Pensé que eso era lo único que todo el mundo sí sabe sobre Billy el Poeta: que se especializa en desflorar Anfitrionas de los Salones de Suicidio Ético. —Nancy era virgen. Todas las Anfitrionas eran vírgenes. También debían poseer títulos avanzados en psicología y enfermería. También debían ser rollizas y rozagantes, y tener por lo menos seis pies de altura.

Estados Unidos había cambiado en muchos aspectos, pero todavía no había adoptado el sistema métrico decimal.

A Nancy McLuhan le quemaba la idea de que el comisario tratara de protegerlas, a ella y a Mary, de toda la verdad acerca de Billy el Poeta... como si fueran a entrar en pánico si la conocieran. Se lo dijo al comisario.

—¿Cuánto tiempo cree usted que duraría una chica en el S. S. E. —dijo ella, refiriéndose al Servicio de Suicidio Ético— si se asustara tan fácilmente?

El comisario dio un paso atrás, retrajo la barbilla.

—No mucho, supongo.

—Eso es muy cierto —dijo Nancy, acortando la distancia entre ellos y pasándole el costado de la mano en posición para un golpe de karate cerca de la nariz. Todas las Anfitrionas eran expertas en yudo y karate—. Si usted desea averiguar cuán

indefensas somos, acérquese a mí, simulando ser Billy el Poeta.

El comisario negó con la cabeza y le dedicó una sonrisa vidriosa.

—Preferiría no hacerlo.

—Es lo más astuto que ha dicho hoy —dijo Nancy, dándole la espalda mientras Mary reía—. No tenemos miedo... estamos furiosas. O ni siquiera eso. El no lo vale. Estamos aburridas. Es aburrido que él viaje tanta distancia, que cause todo este ajetreo, con el fin de... —Dejó que la frase muriera allí—. Es simplemente demasiado absurdo.

—No estoy tan enojada con él como lo estoy con las mujeres que lo dejaron hacer sin resistirse —dijo Mary—, que lo dejaron hacer y después no pudieron describir su apariencia a la policía. ¡Vaya Anfitrionas de Suicidio!

—Hay chicas que no han estado practicando su karate —dijo Nancy.

No era sólo Billy el Poeta el que se sentía atraído por las Anfitrionas de los Salones de Suicidio Ético. Todos los cabezashuecas lo hacían. Sacados a la fuerza de sus cráneos por la locura sexual que sobrevenía al no tomar nada, pensaban que los labios blancos, los ojos grandes, la pantymedia corporal y las botas de una Anfitriona significaban sexo, sexo, sexo.

La verdad era, por supuesto, que el sexo era lo último que podía tener en mente una Anfitriona.

—Si Billy sigue su modus operandi acostumbrado —dijo el comisario— estudiará vuestros hábitos y el vecindario. Y luego elegirá a una u otra y le enviará un poema obsceno por correo.

—Encantador —dijo Nancy.

—También se sabe que usa el teléfono.

—Qué valiente —dijo Nancy. Por sobre el hombro del comisario vio llegar al cartero.

Sobre la puerta de la cabina que era responsabilidad de Nancy se encendió una luz azul. La persona que estaba allí dentro quería algo.

Era la única cabina que estaba en uso en ese momento.

El comisario le preguntó si había alguna posibilidad de que la persona de adentro fuera Billy el Poeta, y Nancy dijo:

—Bueno, si lo es, puedo romperle el cuello con el pulgar y el índice.

—Abuelito Zorro —dijo Mary, que lo había visto también. Un Abuelito Zorro era cualquier anciano, agradable y senil, que buscaba subterfugios, bromeaba o contaba su vida durante horas antes de permitir que la Anfitriona lo pusiera a dormir.

Nancy gruñó.

—Hemos pasado las dos últimas horas tratando de decidir cuál será su última cena.

Y entonces entró el cartero con una sola carta. El sobre estaba dirigido a Nancy, escrito con un lápiz grasoso. Mientras lo abría, ella se sentía espléndida de furia y disgusto, sabiendo que sería alguna inmundicia de Billy.

Estaba en lo cierto. Dentro del sobre había un poema. No era un poema original: era una canción de antaño que había adquirido nuevos significados desde que la insensibilidad del control ético de la natalidad se había vuelto universal. Decía lo siguiente, también en lápiz grasoso:

*Estábamos caminando por el parque,
esquivando estatuas en la oscuridad.
Si el caballo de Sherman puede soportarlo
tú también puedes.*

Cuando Nancy entró en la cabina de suicidio para ver lo que quería, el Abuelito Zorro estaba acostado en el canapé verde menta, donde habían muerto cientos pacíficamente durante años. Estaba estudiando el menú del «Howard Johnson's» que había al lado y marcando el compás de la música de Muzak que salía por el parlante ubicado en la pared amarillo limón. La habitación estaba pintada de gris carbón. Había una ventana con rejas y una persiana veneciana.

Había un «Howard Johnson's» al lado de todos los Salones de Suicidio Ético, y viceversa. El «Howard Johnson's» tenía techo anaranjado y el Salón de Suicidio tenía techo púrpura, pero ambos eran del Gobierno. Prácticamente todo era del Gobierno.

Prácticamente todo estaba automatizado, también. Nancy, Mary y el comisario eran afortunados de tener trabajo. La mayor parte de la gente no tenía. El ciudadano medio se quedaba apáticamente en casa y miraba la televisión, que era del Gobierno. Cada quince minutos, la televisión lo urgía a votar con inteligencia o a consumir inteligentemente, o a orar en la iglesia de su preferencia, o a amar a sus semejantes, o a obedecer las leyes... o a realizar una visita al Salón de Suicidio Ético más cercano y averiguar cuán amigable y comprensiva podía ser una Anfitriona.

El Abuelito Zorro era algo así como una rareza, ya que tenía las marcas de la edad avanzada: era calvo, era tembloroso, tenía manchas en las manos. La mayoría de la gente se veía como de veintidós años, gracias a las inyecciones antivejez que se aplicaban dos veces al año. Que el viejo se viera viejo era la prueba de que las inyecciones se habían descubierto después de que su dulce pájaro de juventud había volado.

—¿Ya hemos decidido la última cena? —le preguntó Nancy. Oyó malhumor en su propia voz; se oyó revelar su exasperación por Billy el Poeta, su tedio por el anciano. Estaba avergonzada, ya que esto era poco profesional de su parte—. La chuleta de ternera empanada está muy buena.

El anciano enderezó la cabeza. Con la ávida sagacidad de la segunda infancia, la había atrapado actuando sin profesionalismo, sin amabilidad, e iba a castigarla por eso.

—No parece usted muy amigable. Pensé que se suponía que debían ser amigables. Pensé que se suponía que éste era un lugar agradable.

—Le pido perdón —dijo ella—. Si parezco agresiva es por algo que no tiene nada

que ver con usted.

—Pensé que tal vez yo la aburría.

—No, no —dijo ella, juguetona—, en absoluto. Por cierto, usted conoce una historia muy interesante.

Entre otras cosas, el Abuelito Zorro declaraba haber conocido a J. Edgar Nation, el farmacéutico de Grand Rapids que era el padre del control ético de la natalidad.

—Entonces, parezca interesada —le dijo él. Podía salirse con la suya en ese tipo de insolencias. El asunto era que podía marcharse en cualquier momento que quisiera, hasta el instante en que pidiera la inyección... y tenía que pedir la inyección. Esa era la ley.

El arte de Nancy, y el arte de todas las Anfitrionas, era preocuparse por que los voluntarios no se marcharan, engatusarlos, decirles zalamerías, adularlos pacientemente, paso a paso.

Así que Nancy tuvo que sentarse en la cabina, simulando estar maravillada por la novedad del cuento chino que relataba el hombre, un cuento que todo el mundo conocía, acerca de cómo a J. Edgar Nation se le había dado por experimentar con el control ético de la natalidad.

—El no tenía la más leve idea de que sus píldoras algún día serían consumidas por los seres humanos —dijo el Abuelito Zorro—. Su sueño era introducir la moralidad en la jaula de los monos del zoológico de Grand Rapids. ¿Tomó en cuenta eso?

—No, no, no lo hice. Muy interesante.

—El y sus once hijos fueron a la iglesia un día de Pascua. Y el día era tan bello y el servicio de Pascua había sido tan hermoso y puro que decidieron hacer una caminata por el zoológico, y estaban como caminando en las nubes.

—Um. —La escena descrita era robada de una representación teatral que se realizaba por televisión todas las Pascuas.

El Abuelito Zorro se insertó a sí mismo en la escena, se ubicó charlando con los Nation justo antes de que llegaran a la jaula de los monos.

—«¡Buenos días, Sr. Nation», le dije. «Es verdaderamente una bella mañana». «Y buenos días a usted, Sr. Howard», me dijo él. «No hay nada como una mañana de Pascua para que un hombre se sienta limpio, renacido y unido a las intenciones de Dios».

—Um. —Nancy oía que el teléfono sonaba débilmente, machacante, a través de la puerta casi hermética.

—Así que fuimos juntos hasta la jaula de los monos, y ¿qué piensa usted que vimos?

—No puedo imaginármelo. —Alguien había contestado el teléfono.

—¡Vimos a un mono jugando con sus partes íntimas!

—¡No!

—¡Sí! Y J. Edgar Nation estaba tan contrariado que se fue derecho a su casa y

comenzó a desarrollar una píldora que haría que los monos en primavera actuaran de una manera adecuada a los ojos de una familia cristiana.

Golpearon la puerta.

—¿Sí...? —dijo Nancy.

—Nancy —dijo Mary—. Teléfono para ti.

Cuando Nancy salió de la cabina se encontró al comisario atragantado con chillidos de deleite coercitivo. El teléfono estaba intervenido por agentes escondidos en el «Howard Johnson's». Pensaban que Billy el Poeta estaba en la línea. Habían rastreado su llamada. La policía ya estaba en camino para atraparlo.

—Demóralo, demóralo —susurró el comisario a Nancy, y le dio el teléfono como si fuese de oro macizo.

—¿Sí...? —dijo Nancy.

—¿Nancy McLuhan? —dijo un hombre. Su voz estaba distorsionada. Debía de estar hablando a través de una chicharra—. Llamo de parte de un amigo mutuo.

—¿Ajá?

—Me pidió que le hiciera llegar un mensaje.

—Ya veo.

—Es un poema.

—Está bien.

—¿Lista?

—Lista. —Nancy oyó un aullido de sirenas como ruido de fondo de la comunicación.

Su interlocutor también debía haber oído las sirenas, pero recitó el poema sin ninguna emoción. Era así:

*Empápate de Loción Jergen's.
Aquí llega la explosión demográfica
de un solo hombre.*

Lo atraparon. Nancy escuchó todo: los puñetazos, los pisotones, el alboroto y los gritos.

La depresión que sintió al colgar era glandular. Su valiente cuerpo se había preparado para una pelea que no iba a acontecer.

El comisario se lanzó fuera del Salón de Suicidio con tal premura por ver al famoso criminal que había ayudado a atrapar que un manojito de papeles se le cayó del bolsillo del impermeable.

Mary los recogió, llamó al comisario. El se detuvo por un momento, dijo que los papeles ya no importaban, le preguntó si tal vez le agradaría ir con él. Hubo una pequeña disputa entre las dos muchachas, con Nancy convenciendo a Mary de que fuera, declarando que ella no sentía curiosidad alguna por Billy. De modo que Mary se marchó, entregando los papeles a Nancy con irrelevancia.

Los papeles resultaron ser fotocopias de poemas que Billy les había enviado a Anfitrionas de otros lugares. Nancy leyó el primero. Exageraba un peculiar efecto colateral de las píldoras de control ético de la natalidad: no sólo dejaban a la gente insensibilizada, también la hacían orinar celeste. El poema se llamaba «Lo Que el Cabezallena le Dijo a la Anfitriona de Suicidio», y era como sigue:

*No sembré, no hilé,
y gracias a las píldoras no pequé.
Adoré las multitudes, los hedores, el ruido,
y cuando meé, meé turquesa.*

*Comí bajo un techo anaranjado;
me balanceé con el progreso como una bisagra.
Hoy he venido bajo el techo púrpura
para mear hasta agotar mi vida azulada.*

*Anfitriona virgen, reclutadora de la muerte,
la vida es linda, pero tú lo eres más.
Llora por mi ariete, hija del púrpura...
lo único que pasó por él fue agua celeste.*

—¿Nunca antes habías oído la historia de cómo fue que J. Edgar Nation llegó a inventar la píldora de control ético de la natalidad? —quiso saber el Abuelito Zorro. Su voz se quebraba.

—Nunca —mintió Nancy.

—Pensé que todo el mundo lo sabía.

—Para mí fue una novedad.

—Cuando acabó su trabajo en la jaula de los monos, ésta no se diferenciaba de la Suprema Corte de Michigan. Mientras tanto, se desarrollaba esa crisis en las Naciones Unidas. Los que entendían de ciencia decían que la gente tenía que dejar de reproducirse tanto, y los que entendían de moral sufrirían un colapso si las personas iban a usar el sexo nada más que por placer.

El Abuelito Zorro se levantó del canapé, fue hacia la ventana, separó dos tablillas de la persiana. No había mucho que ver ahí afuera. El paisaje estaba bloqueado por la parte trasera de un falso termómetro de veinte pies de alto que miraba a la calle. Estaba calibrado en miles de millones de personas sobre la Tierra, de cero a veinte. La columna de líquido fingida era una tira de plástico rojo transparente. Mostraba cuánta gente había en la Tierra. Muy cerca del extremo inferior había una flecha negra que mostraba lo que los científicos pensaban que debía ser el número de habitantes.

El Abuelito Zorro miraba el sol poniente a través de ese plástico rojo y a través de la persiana también, de modo que su rostro estaba rayado de sombra y rojo.

—Dígame... —dijo—, cuando yo muera, ¿cuánto bajará ese termómetro? ¿Un pie?

—No.

—¿Una pulgada?

—No en realidad.

—Usted sabe cuál es la respuesta ¿verdad? —dijo él, y la enfrentó. La senilidad se había esfumado de su voz y de sus ojos—. Una pulgada en esa cosa equivale a 83.333 personas. Usted lo sabía ¿no?

—Eso... puede ser cierto —dijo Nancy—, pero no es la forma adecuada de enfocararlo, en mi opinión.

Él no le preguntó cuál era la forma adecuada, en su opinión. En vez de eso, expresó una idea propia:

—Te diré otra cosa que también es cierta: yo soy Billy el Poeta, y tú eres una mujer muy atractiva.

Con una mano, sacó una pistola de caño corto del cinturón. Con la otra, se arrancó la calva y la frente arrugada, que resultaron ser de goma. Ahora parecía de veintidós años.

—La policía querrá saber exactamente cómo es mi aspecto cuando todo esto termine —le dijo a Nancy con una sonrisa maliciosa—. En caso de que no seas buena describiendo gente, y es sorprendente la cantidad de mujeres que no lo son:

*«Mido cinco pies y dos pulgadas,
tengo ojos celestes
tengo pelo castaño hasta los hombros...
soy un elfo viril,
tan lleno de mí.
Las damas dicen que soy ardiente».*

Billy era diez pulgadas más bajo que Nancy. Ella pesaba alrededor de cuarenta libras más que él. Le dijo que no tenía salida, pero estaba equivocada. La noche anterior, él había aflojado los barrotes de la ventana, y la obligó a salir por ella y luego a bajar por una alcantarilla escondida de la vista desde la calle por el gran termómetro.

La hizo descender a las cloacas de Hyannis. Sabía a dónde iba. Tenía una linterna y un mapa. Nancy tuvo que caminar delante de él por la angosta acera, con su propia sombra bailando burlonamente frente a sí. Trató de adivinar dónde estaban, con relación al mundo real de arriba. Dedujo correctamente que pasaban bajo el «Howard Johnson's»; lo adivinó por los ruidos que oyó. La maquinaria que procesaba y servía la comida era silenciosa. Pero, para que los clientes no se sintieran tan solos cuando comían allí, los diseñadores habían provisto a la cocina con efectos de sonido. Fue eso lo que Nancy oyó: una grabación del chocar de los cubiertos y de las risas de negros y portorriqueños.

Después de allí se perdió. Billy tenía muy poco que decirle excepto «A la derecha», o «A la izquierda», o «No intentes nada raro o te volaré la puta cabezota».

Sólo una vez tuvieron algo parecido a una conversación. Billy la inició, y también

la terminó.

—¿Qué mierda hace una chica con caderas como las tuyas vendiendo muerte? — le preguntó desde atrás.

Ella se atrevió a detenerse.

—Puedo contestártelo —le dijo. Tenía confianza en poder darle una respuesta que lo haría marchitar como el napalm.

Pero él le dio un empujón y se ofreció nuevamente a volarle su puta cabeza.

—Ni siquiera quieres oír mi respuesta —se mofó ella—. Tienes miedo de escucharla.

—Nunca escucho a una mujer hasta que se acaba el efecto de las píldoras —dijo Billy con desprecio. Así que ése era su plan: tenerla prisionera por lo menos ocho horas. Era el tiempo que demoraban las píldoras en perder efecto.

—Es una regla tonta.

—Una mujer no es mujer hasta que se acaba el efecto de las píldoras.

—Verdaderamente, te las arreglas para hacer que una mujer se sienta un objeto antes que una persona.

—Dale gracias a las píldoras por ello —dijo Billy.

Había 80 millas de cloacas debajo de Hyannis, que tenía una población de 400.000 drupas, 400.000 almas. Nancy perdió la noción del tiempo en ellas. Cuando Billy anunció que por fin habían llegado a destino, Nancy imaginó que posiblemente había transcurrido un año.

Verificó esta fantasmal impresión pellizcándose el muslo, sintiendo lo que le decía su reloj corporal. El muslo aún estaba insensible.

Billy le ordenó que trepara por unos listones de hierro que se encontraban montados en la mampostería húmeda. Por encima, había un círculo de luz enfermiza. Resultó ser la luz de la luna, filtrada por los polígonos de plástico de un enorme domo geodésico. Nancy no tuvo que formular la pregunta tradicional de la víctima, «¿Dónde estoy?». Había un solo domo como éste en Cabo Cod. Estaba en el Puerto de Hyannis y cobijaba el antiguo Complejo Kennedy.

Era un museo de cómo se había vivido la vida en épocas más expansivas. El museo estaba cerrado. Abría sólo en verano.

La boca de alcantarilla por la que emergieron Nancy y Billy estaba ubicada en una extensión de cemento verde, que representaba el sitio donde había estado el césped de los Kennedy. Sobre el cemento verde, frente a las antiguas casas de madera, había estatuas que representaban a los catorce Kennedys que habían sido Presidentes de los Estados Unidos o del Mundo. Estaban jugando al fútbol.

La Presidente del Mundo en el momento del secuestro de Nancy, incidentalmente, era una ex-Anfitriona de Suicidio llamada «Ma» Kennedy. Su estatua jamás encajaría en este partido de fútbol en particular. Se llamaba Kennedy, claro, pero no era como ellos. La gente se quejaba de su falta de estilo, la encontraba vulgar. En la pared de su oficina había un cartel que decía NO HACE FALTA ESTAR LOCO PARA

TRABAJAR AQUÍ, PERO AYUDA; y otro cartel que decía ¡PIENSA!; y otro que decía ALGUNA VEZ VAMOS A TENER QUE ORGANIZARNOS EN ESTE LUGAR.

Su oficina estaba en el Taj Mahal.

Hasta llegar al Museo Kennedy, Nancy McLuhan confiaba en que, tarde o temprano, tendría la oportunidad de romper todos los huesos del cuerpecito de Billy, tal vez incluso dispararle con su propia pistola. No le habría molestado hacer eso. Pensaba que Billy era más repugnante que una garrapata hinchada de sangre.

No fue la compasión lo que la hizo cambiar de parecer. Fue el descubrimiento de que Billy tenía una pandilla. Había por lo menos ocho personas alrededor de la alcantarilla, hombres y mujeres en igual cantidad, con el rostro cubierto con panty medias. Fueron las mujeres quienes pusieron sus firmes manos sobre Nancy y le dijeron que mantuviera la calma. Eran altas como Nancy y la sujetaban en lugares del cuerpo donde podían lastimarla terriblemente si tenían que hacerlo.

Nancy cerró los ojos, pero eso no la protegió de la conclusión obvia: estas mujeres pervertidas eran hermanas del Servicio de Suicidio Ético. Se sintió tan contrariada que les preguntó, fuerte y amargamente:

—¿Cómo pueden violar los votos de esta manera?

Con prontitud, fue lastimada tan gravemente que se dobló en dos y rompió a llorar.

Cuando volvió a enderezarse, había mucho más que quería decir, pero mantuvo la boca cerrada. Especuló en silencio qué diablos era lo que podía obligar a una Anfitriona de Suicidio a volverse en contra de todo concepto humano de decencia. La condición de cabezahueca no podía ser la explicación. Además, debían de estar drogadas.

Nancy repasó mentalmente todas las terribles drogas sobre las que había estudiado en la escuela, se autoconvenció de que las mujeres habían ingerido la peor de todas. La droga era tan poderosa, habían dicho los maestros a Nancy, que hasta una persona insensibilizada de la cintura para abajo copulaba entusiasta y repetidamente después de beber sólo un vaso. Esa tenía que ser la respuesta: las mujeres, y probablemente también los hombres, habían estado bebiendo gin.

A paso rápido, hicieron entrar a Nancy en la casa de madera del medio, que estaba a oscuras como todas las demás, y Nancy oyó que los hombres transmitían las novedades a Billy. Fue en esas novedades donde Nancy entrevió una pizca de esperanza. Tal vez el auxilio venía en camino.

El pandillero que había telefoneado obscenamente a Nancy había engañado a la policía, haciéndoles creer que habían capturado a Billy el Poeta, lo cual era una mala noticia para Nancy. La policía aún no sabía que Nancy estaba desaparecida, le dijeron a Billy dos hombres, y habían enviado un telegrama firmado por Nancy a Mary Kraft, declarando que Nancy había sido convocada a la ciudad de Nueva York por urgentes asuntos familiares.

Allí era donde Nancy veía la pizca de esperanza: Mary no creería en ese telegrama. Mary sabía que Nancy no tenía familia en Nueva York. Ninguna de las 63.000.000 de personas que vivían allí era pariente de Nancy.

La pandilla había desactivado el sistema de alarma antirrobo del museo. También habían cortado muchas cadenas y sogas que se usaban para evitar que los visitantes tocaran los objetos de valor. No había misterio en cuanto a quién y qué las habían cortado. Uno de los hombres estaba armado con unas brutales tijeras de podar.

La obligaron a marchar hasta una habitación de servicio en el piso de arriba. El hombre de las tijeras cortó las sogas que rodeaban la estrecha cama. Pusieron a Nancy en la cama y dos hombres la sujetaron mientras una mujer le aplicaba una potente inyección.

Billy el Poeta había desaparecido.

Mientras a Nancy le empezaba a hacer efecto la inyección, la mujer que se la había aplicado le preguntó qué edad tenía.

Nancy estaba decidida a no contestar, pero descubrió que la droga la había dejado sin energías para negarse.

—Sesenta y tres —murmuró.

—¿Cómo te sientes siendo virgen a los sesenta y tres?

Nancy oyó su propia respuesta como a través de una niebla aterciopelada. Quedó perpleja por la respuesta; quería protestar y decir que no podía ni remotamente ser suya. «Inútil», había dicho.

Momentos después, le preguntó con voz pastosa a la mujer:

—¿Qué había en esa jeringa?

—¿Qué había en la jeringa, amorcito? Bueno, amorcito, lo llaman «suero de la verdad».

Cuando Nancy despertó, la luna había bajado, pero allí afuera aún era de noche. Las cortinas estaban cerradas y había luz de velas. Nancy nunca antes había visto una vela encendida.

Lo que despertó a Nancy fue un sueño de mosquitos y abejas. Los mosquitos y las abejas se habían extinguido. También los pájaros. Pero Nancy había soñado que millones de insectos bullían a su alrededor de la cintura para abajo. No la picaban. La abanicaban. Nancy era una cabezahueca.

Volvió a dormirse. Cuando despertó nuevamente, tres mujeres, con el rostro todavía cubierto con pantymedias, la estaban llevando a un cuarto de baño. El baño ya estaba colmado del vapor producido por alguien al bañarse. Las huellas húmedas de ese alguien cruzaban el piso, y el aire estaba saturado de perfume de pino.

Su voluntad y su inteligencia volvieron mientras la bañaban, perfumaban y vestían con un camisón blanco. Cuando las mujeres dieron un paso atrás para admirarla, les dijo suavemente:

—Puede que ahora sea una cabezahueca. Pero eso no significa que tenga que pensar como tal o actuar como tal.

Nadie discutió con ella.

Llevaron a Nancy escaleras abajo y afuera de la casa. Ella esperaba absolutamente que la hicieran descender otra vez por la alcantarilla. Sería el escenario perfecto para su violación por parte de Billy, pensaba ella: abajo, en las cloacas.

Pero la llevaron por el cemento verde, donde solía estar el césped, y luego por el cemento amarillo, donde solía estar la playa, y luego hasta el cemento azul, donde solía estar el puerto. Había veintiséis yates que habían pertenecido a los diversos Kennedys, hundidos hasta la línea de flotación en cemento azul. Fue en el más antiguo de esos yates, el Marlin, alguna vez propiedad de Joseph P. Kennedy, donde la dejaron.

Amanecía. Debido a los elevados departamentos que rodeaban al Museo Kennedy, pasaría una hora antes de que la luz solar directa alcanzara el microcosmos bajo el domo geodésico.

Nancy fue escoltada hasta la escalerilla de la cabina delantera del Marlin. Las mujeres le indicaron por señas que ella debía descender sola los cinco peldaños.

Nancy se quedó estática por un momento, y también las mujeres. Y había dos estatuas verdaderas en la escena de cubierta. De pie, en el timón, había una estatua de Frank Wirtanen, quien había sido una vez el navegante del Marlin. Y junto a él estaba su hijo y primer piloto, Carly. No prestaban atención alguna a Nancy. Miraban fijamente el cemento azul a través del parabrisas.

Nancy, descalza y vistiendo el delgado camisón blanco, descendió valientemente hasta la cabina, que era un estanque de luz de velas y perfume de pino. Cerraron y aseguraron la escotilla tras ella.

Las emociones de Nancy y el moblaje antiguo de la cabina eran tan complejos que al principio Nancy no pudo separar a Billy el Poeta de lo que lo rodeaba, de tanto ébano y vitreaux. Y luego lo vio en el extremo opuesto de la cabina, con la espalda apoyada contra la puerta que daba a la cabina de comando. Lucía un pijama de seda púrpura con cuello ruso. El pijama tenía vivos rojos, y en el pecho sedoso de Billy se contorsionaba un dragón dorado. Vomitaba fuego.

Anticlimáticamente, Billy llevaba anteojos. Sostenía un libro.

Nancy se posó en el anteúltimo escalón, se tomó firmemente de la barandilla de la escalera. Mostró los dientes, calculó que se necesitarían diez hombres de la talla de Bill para desalojarla.

Entre ambos había una mesa grande. Nancy había supuesto que la cabina estaría dominada por un lecho, posiblemente con forma de cisne, pero el Marlin era una embarcación diurna. La cabina era cualquier cosa menos un serrallo. Era tan voluptuosa como un comedor de clase media baja en Akron, Ohio, hacia 1910.

Sobre la mesa había una vela. También un balde con hielo, dos copas, y una botella de champaña. La champaña era tan ilegal como la heroína.

Billy se sacó los anteojos, le dedicó una sonrisa tímida y abochornada y dijo:

—Bienvenida.

—Hasta aquí llego.

Él lo aceptó.

—Estás muy hermosa allí.

—¿Y qué se supone que tengo que decir yo? ¿Que tú eres magníficamente bien parecido? ¿Que siento un apabullante deseo de arrojarme en tus viriles brazos?

—Si quisieras hacerme feliz, esa sería la forma de lograrlo, por cierto. —Lo dijo con humildad.

—¿Y qué hay de mi felicidad?

La pregunta pareció sorprenderlo. —Nancy, de eso se trata.

—¿Y si mi idea de felicidad no coincide con la tuya?

—¿Y cuál piensas que es mi idea de felicidad?

—No voy a arrojarme en tus brazos, y no voy a beber ese veneno, y no voy a moverme de aquí a menos que alguien me obligue —dijo Nancy—. Así que creo que tu idea de felicidad resultará ser ocho personas sujetándome sobre esa mesa, mientras tú, valientemente, aprietas una pistola de caño corto contra mi cabeza... y haces lo que quieras. Esa es la manera en que tendrá que ser, así que llama a tus amigos y termina con esto.

Que fue lo que él hizo.

No la lastimó. La desfloró con una habilidad clínica que a ella le pareció horrible. Cuando todo terminó, él no se mostró engreído ni orgulloso. Por el contrario, estaba terriblemente deprimido, y le dijo a Nancy:

—Créeme, si hubiera habido otro modo...

La respuesta de ella fue un semblante pétreo... y silenciosas lágrimas de humillación.

Los ayudantes bajaron una litera plegadiza de la pared. Era apenas más ancha que un estante de biblioteca y colgaba de unas cadenas. Nancy se permitió ser depositada en ella, y luego volvieron a dejarla a solas con Billy el Poeta. A pesar de su corpulencia, como un contrabajo embutido en ese estrecho estante, se sintió lastimosamente pequeña. La habían arropado con una manta raída, excedente de guerra. Pero fue por idea propia que levantó una esquina de la manta para esconder su rostro.

Nancy percibía por sonidos lo que estaba haciendo Billy, que no era mucho. Estaba sentado a la mesa, suspirando ocasionalmente, volviendo las páginas del libro. Encendió un cigarro y el olor se filtró bajo la manta. Billy inhaló de él, y después tosió, tosió y tosió.

Cuando acabó la tos, Nancy, a través de la manta, dijo con repugnancia:

—Eres tan fuerte, tan experto, tan sano. Debe ser maravilloso ser tan viril.

A esto, Billy respondió únicamente con un suspiro.

—No soy una cabezahueca muy típica —dijo ella—. Lo odié. Odié todo lo que pasó.

Billy inspiró, dio vuelta una página.

—Supongo que a todas las otras mujeres sencillamente les encantó... quisieron más.

—Nones.

Ella se destapó la cara.

—¿Qué quieres decir con «Nones»?

—Todas fueron como tú.

Fue suficiente para que Nancy se sentara y se quedara mirándolo.

—Las mujeres que te ayudaron anoche...

—¿Qué hay con ellas?

—¿Les hiciste lo mismo que me hiciste a mí?

El no levantó la vista del libro.

—Así es.

—¿Entonces por qué no te matan en vez de ayudarte?

—Porque ellas entienden. —Y luego agregó mansamente—: Están agradecidas.

Nancy se levantó de la cama, se acercó a la mesa, se aferró del borde de ésta, se inclinó hacia él. Y le dijo, tensa:

—Yo no estoy agradecida.

—Lo estarás.

—¿Y qué podría ser lo que produjera ese milagro?

—El tiempo —dijo Billy.

Billy cerró el libro, se puso de pie. Nancy estaba confundida con su magnetismo. De algún modo, él tenía otra vez el control.

—Lo que te ha sucedido, Nancy —dijo— es la típica noche de bodas de la muchacha mojigata de hace cien años, cuando todo el mundo era cabezahueca. El novio lo hacía sin ayudantes, porque habitualmente la novia no tenía intenciones de asesinarlo. Aparte de eso, el espíritu de la ocasión era muy parecido. Este pijama es el que usó mi tatarabuelo en su noche de bodas en las Cataratas del Niágara.

»Según su diario, la novia lloró toda la noche y vomitó dos veces. Pero, con el correr del tiempo, se convirtió en una entusiasta del sexo.

Fue el turno de Nancy de responder con silencio. Entendía la fábula. La atemorizaba entender tan fácilmente que, a partir de un comienzo tan espantoso, el entusiasmo sexual podía crecer cada vez más.

—Eres una cabezahueca muy típica —dijo Billy—. Si te atreves a pensarlo ahora, te darás cuenta de que en realidad estás enojada porque soy un malísimo amante, y además soy un enano de apariencia extraña. Y que desde ahora en adelante no podrás evitar soñar con un compañero adecuado para una Juno como tú.

»Lo encontrarás, también: alto, fuerte y tierno. El movimiento cabezahueca está creciendo a pasos agigantados.

—Pero... —dijo Nancy, y se detuvo allí. Miró el sol naciente por el ojo de buey.

—¿Pero qué?

—El mundo de hoy es un desastre por culpa de los cabezashuecas de antaño. ¿No

te das cuenta? —alegó ella débilmente—. El mundo ya no puede afrontar el sexo.

—Por supuesto que puede afrontar el sexo —dijo Billy—. Lo único que no puede afrontar más es la reproducción.

—¿Entonces por qué las leyes?

—Son leyes malas —dijo Billy—. Si retrocedes en la historia, hallarás que la gente que siempre estuvo más ansiosa por reglamentar, por crear leyes, por obligar a cumplir las leyes y por decirle a todos cómo exactamente quiere Dios Todopoderoso que sean las cosas aquí en la Tierra, son aquellas personas que han permitido cualquier exceso en sí mismos y en sus amigos. Pero que se han sentido absolutamente asqueadas y aterradas ante la sexualidad natural de los hombres y mujeres comunes.

»No sé por qué esto es así. Esa es una de las muchas preguntas que yo desearía que alguien le hiciera a las máquinas. Sí sé esto: el triunfo de esa clase de asco y de terror ahora es completo. Casi todos los hombres y las mujeres se sienten como algo dragado del río por una grúa. La única belleza sexual que un ser humano del montón puede apreciar ahora está en la mujer que va a matarlo. Sexo es muerte. Hay una ecuación breve y desagradable para ti: “Sexo es muerte. Que es lo que queríamos demostrar”.

—Así que ya lo ves, Nancy —dijo Billy—, he pasado la noche y muchas otras noches como esta intentando devolver una cierta cantidad de inocente placer al mundo, que está más escaso de placeres de lo que necesita estar.

Nancy se sentó silenciosamente y bajó la cabeza.

—Te diré lo que hizo mi tatarabuelo al amanecer de su noche de bodas —dijo Billy.

—No creo que quiera escucharlo.

—No es algo violento. Se... se supone que es algo tierno.

—Tal vez es por eso que no quiero escucharlo.

—Le leyó un poema a su esposa. —Billy tomó el libro de la mesa, lo abrió—. Su diario dice qué poema era. Ya que no somos esposos, y ya que quizás no nos volvamos a ver en muchos años, me gustaría leerte el poema, para hacerte saber que te he amado.

—Por favor... no. No podría soportarlo.

—Está bien, dejaré el libro aquí, con la página marcada, por si quieres leerlo más tarde. Es el poema que comienza:

*¿De qué manera os amo? Déjame contar los modos.
Os amo hasta lo más profundo,
lo más ancho y lo más alto
que mi alma puede alcanzar,
cuando me siento lejos de las miradas,
en pos del propósito
de la Existencia y la Gracia ideal.*

Billy puso un pequeño frasco encima del libro.

—También te dejo estas píldoras. Si tomas una por mes no tendrás hijos. Pero seguirás siendo una cabezahueca.

Y se marchó. Y todos se marcharon, excepto Nancy.

Cuando Nancy por fin levantó la vista para mirar el libro y el frasco, vio que en el frasco había una etiqueta. Lo que decía la etiqueta era esto: BIENVENIDA A LA JAULA DE LOS MONOS.

La prole de Selchey

Lawrence Yep

I

La luz resbala sobre las aguas; cintas doradas cruzan la arrugada espalda del agua. En el pálido despertar del sol, la silueteada V de un ave hiende el cielo con un grito. El océano espumea mientras sus labios chupan el borde de la playa. La arena pellizca mi espalda como una miríada de estrellas moviéndose a lo largo de mi espinazo. El sol asoma de puntillas por debajo de las nubes atezadas y del cielo manchado de vino. Para nosotros. La luz se prende en los cabellos de Pryn y en sus ojos verdes con reflejos dorados. Estoy satisfecho.

Lujurioso, me transmite ella.

—¿Qué? —digo, acentuando la presión de mi brazo alrededor de la cintura de Pryn.

Ya me has oído, susurra ella. Tu lascivia encendería a un elefante.

Me echo a reír, porque es lo único que puede hacerse cuando un telépata le pilla a uno.

—Podrías decirme que apartara el brazo de tu cintura —sugiero.

Pryn sonrío y aprieta un poco más su hombro contra mi costado.

Me gusta, y aunque no me gustara, eres demasiado fuerte para discutir contigo. Me gustas, aunque seas un Mayor inglés.

Gruño sin convicción y la beso.

—Tú serás el cerebro y yo el músculo.

Con mi mano libre palpo el pequeño anillo de oro y me pregunto cómo pedirle que se case conmigo. Entretanto, la muchacha, que se ha doctorado en biología marina a los veintidós años, reclina su cabeza contra mi hombro con un suspiro de satisfacción.

Para un hombre licenciado en Literatura Inglesa supongo que debería resultar fácil encontrar las palabras adecuadas a una situación semejante; pero, tumbado en la playa, con el sol brillando en el cielo y una muchacha encantadora a su lado, uno olvida las palabras.

—Silencio —digo.

Noto el cuerpo de Pryn más cerca del mío y cierro los ojos, mientras el sol arrastra su brillante manto a través de las aguas.

Mientras descendemos la escalera que conduce al laboratorio, sujeto la mano de Pryn, oyendo a los Chicos que chapotean alegremente en su tanque. Nunca acabo de acostumbrarme al estremecimiento del contacto. Y no es que no haya cogido de la mano a otras muchachas. Pryn necesita el contacto físico para permitir una exacta comunicación y, entretanto, todo el dulce calor que hay en ella llena en silencio mi alma hasta que sus palabras fluyen como fuego líquido a lo largo de mi espina dorsal.

—¿Qué vamos a hacer hoy? —le pregunto a Pryn.

Ella se para en la escalera.

Ya comprendo por qué te llamas Deucalion.

Aprieto su mano.

—Me llamo Duke. —Y en medio de la explosión de fuego que significa risa, inquiero—: De acuerdo, ¿por qué?

Porque siempre eres tan curioso como Prometeo, tu antepasado. Me da unos golpecitos en la cabeza. Pero el pensar hay que dejarlo para las personas que poseen un título universitario.

La agarro por su frágil cintura y la levanto en el aire, mientras ella patalea débilmente, protestando.

—Algún día te convertirás en la señora de Duke Selchey. ¿Qué vas a hacer entonces?

Educarte, cavazanjas.

La dejo en el suelo, y ella desliza un brazo a través del mío.

Y cambiarte legalmente el nombre.

Cuando entramos en la habitación con los técnicos entregados a sus tareas, el osciloscopio arruga su verde rostro mientras el altavoz carraspea.

«Caricia-amor, hombre, mujer, afirmación».

Ese es el modo de decir hola de los Chicos. Ollie y Ossie, los nombres de pila de los Chicos, pueden pronunciar alrededor de diez palabras, y combinándolas amplían su vocabulario. «Caricia-amor» es lo que mejor traduce el lazo ambiguo de mutuo peligro, alimentación, nacimiento, muerte y procreación que existe entre nosotros. Resulta muy ambiguo, pero ni siquiera sabrían eso si no fuera por Pryn y su telepatía.

—Chicos, acercaos un momento, ¿queréis? —llama Noe desde el pasillo que bordea el tanque.

Miro al hombre, alto, la tripa asomando por encima del cinturón de sus *shorts*. Sus gruesas gafas se le escurren nariz abajo como un malévolos insecto de dos patas. Pero es el padre de nuestra pequeña familia y el patriarca de todos los que llegan al Instituto. Noe es una buena persona, si no se le toma en serio. Por ejemplo, Noe insiste en que Pryn y yo somos los Chicos, a pesar de que el resto del Instituto aplica ese nombre a Ollie y Ossie. Pero, siendo Noe el patriarca del Instituto, padre potestativo, aceptamos su estribillo de hombre blanco. Al fin y al cabo, todos los del Instituto somos chicos de Selchey.

Noe y mi padre se parecían mucho físicamente. Eso es lo que Noe recuerda, y supongo que tiene razón. Mi propio recuerdo de John Gunnar está atenuado por el tiempo y por varios centenares de pies de agua. Permanece como una alegre risa, brotando debajo de un par de gruesas gafas que brillaban como lunas gemelas. Supongo que Noe me trata del mismo modo que me hubiera tratado mi padre: expresando torpemente un afecto anticientífico en términos científicos.

—¿Adonde ibais, Chicos? —pregunta Noe.

—A nadar un poco, Tío Noe —sonríe Pryn.

—Estupendo, porque quiero decirles a los delfines que dentro de unos momentos vamos a descender a las profundidades —dice Noe.

Pryn se despoja de sus sandalias y de su bata del laboratorio. Su traje de baño la hace aparecer esbelta y delicada. Yo la imito con más dignidad, aunque Pryn pretende que soy un patán.

Me introduzco en el agua en busca de los Chicos. Alguien me empuja fuertemente por detrás, y agito los brazos como un feo pajarraco para recuperar el equilibrio. Agito mi puño en dirección a Ossie, el macho de los Chicos, que se limita a proferir aquel estridente chillido que puede ser una risa o un cloqueo de simpatía. No puedo pronunciarlo, con aquella eterna sonrisa colgando en su rostro.

Pryn nada junto a Ossie, colocando una mano sobre su cabeza para transmitirle las órdenes de Noe. Contemplo a Pryn y admiro sus esbeltas curvas recortadas por la luz de la ventana que se abre en la parte delantera del tanque. Ollie se acerca a mí y palmeo afectuosamente su costado.

Con el tiempo, uno llega a adoptar una actitud paternal hacia los Chicos.

Cuando Pryn ha terminado, le da una última palmadita a Ossie y me hace una seña. Nado hacia ella y juntos ascendemos a la superficie para encararnos con Noe, que está agachado en el pasillo, sobre el tanque.

—Poneos los trajes, Chicos. Quiero tener tanta luz del día como sea posible —dice Noe.

En el vestuario, tiemblo ligeramente mientras el húmedo traje se pega a mi cuerpo como una raya palpitante. Me desagrada la idea de meterme en el agua en un lugar donde no puedo ver el suelo, y volver a la Ciudad, la progenitura de todas mis fobias, no representa ningún alivio.

Recuerdo aquel día que destrozó mi vida y me dejó colgando de un hilo. No tenía más que trece años cuando California se desprendió del continente para volver a poblarse de peces. Sé que estábamos haciendo una gran campaña afirmando que éramos el número uno en población, y tal vez algún dios de la fecundidad se sintió desairado ante la falta de crédito. No podría decirlo. Lo único que sé es que todo se vino abajo cuando llegó la Inundación.

II

Aquel día yo estaba en la escuela, que se alzaba al pie de una de las empinadas colinas que rodeaban la Ciudad: para ser más exacto, me encontraba en el patio de nuestra escuela, de camino a cumplir un encargo del maestro. El suelo osciló debajo de mí, y pareció que los ojos se me iban a salir de la cabeza como si yo, y no el suelo, estuviera en un mal trance. Pegué mi cuerpo al suelo, sintiendo los profundos latidos de su corazón; me pegué a la tierra que estaba decidida a sacudírseme de su espalda.

Un hierbajo negro y delgado extendió raíces finas como cabellos sobre el lomo del edificio de la escuela. Las raíces se extendieron y parte de la pared cayó, dejando al descubierto las temblorosas entrañas de la escuela. Cubrí mi cabeza con mis manos y me enrosqué sobre mí mismo como un ovillo, confiando en que quienquiera que fuese el destructor no me alcanzaría.

Se oyó un tintineo de cristal sobre el pavimento mientras la campana empezaba a repicar de un modo salvaje. Él hormigón retumbó mientras alguien gritaba. Luego, la voz se unió a los alaridos de los niños, rápidamente acallados por el derrumbamiento del edificio. Después, a excepción de la campana, reinó un gran silencio en los restos del edificio. Tosí, en medio del espeso polvo que velaba el sol, y me maravillé del silencio que me rodeaba. Una montaña de escombros se estremecía en el lugar en que se había levantado la escuela. Aquí y allá, altos dedos de retorcido acero hacían gestos de advertencia. Me arrastré hasta la pira de mi escuela, chapoteando a través de una charca que extendía lentamente sus brazos desde los lavabos. Me senté sobre un gran trozo de hormigón, con una mano tocando la puerta del lavabo que estaba aún encima de los escombros.

Estaba solo bajo el cielo color gris pizarra, con el polvo de la mampostería caída en la nariz y los ojos irritados por el humo de los incendios de los edificios contiguos.

La gente gritaba en las calles, algunos pidiendo socorro, otros llamando a una determinada persona, siempre con un clamoreo de perro perdido. Luego, en el repentino segundo de tiempo guillotinado, el griterío se convirtió en una palabra: aguaje. El temblor del suelo se hizo más intenso a medida que Neptuno avanzaba.

Me pegué a la puerta que yacía contra los escombros mientras veía la pared cristalina de la ola avanzando hacia mí, con su verde cara surcada de arrugas y muescas como la corteza de un árbol. Y heladas en aquella cara había sillas y una rama de árbol y la mano de un hombre que se agitaba saludando a alguien.

Cerré los ojos y enterré mi cabeza en la puerta mientras la ola barría sus faldas sobre sí. El peso de siglos me apretó contra la tabla, y supe lo que habían sentido Jesús, y San Cristóbal, y todas las víctimas propiciatorias. Contuve la respiración mientras el océano me rodeaba, notando cómo el aire viciado que había dentro de mí se abría paso hacia fuera, y viendo escapar de mi boca pequeñas burbujas, como exclamaciones. Estaba aislado en un mundo oscuro y sucio en el cual no podía

respirar, captando vagos reflejos de algas retorcidas como baratijas por el agua, y las bocas fantasmales de las casas abiertas en gritos silenciosos.

Súbitamente, mi cabeza y mi cuerpo salieron al aire libre y abrí la boca con ansia para respirar, levantando un poco la cabeza. Unas pequeñas olas arrastraban suavemente mi puerta. Apreté mi cabeza contra ella hasta que chocó contra el vientre de la colina.

Alguien trató de arrancarme de la puerta, pero me pegué a ella fuertemente, de modo que tuvieron que arrastrarme, junto con la puerta, hasta la colina. Entonces me solté. Todavía ignoro quién me subió hasta lo alto de la colina. Una vez allí me tendieron en el suelo, y tosí y sollocé mientras mis pulmones trataban de readaptarse al aire respirable. Me encontraba en un pequeño parque verde, tumbado en la hierba con el sol brillando en el cielo como una bombilla barata.

En torno a mí, la gente se arracimaba alrededor de las dos cosas que aún permanecían en pie en lo alto de la colina. El propietario de una de las casas abrió la puerta y dejó entrar a todas las personas que pudo, pero cuando trató de cerrar la puerta a los que quedaban fuera, estalló una especie de motín. El fuego y la sangre latían en la multitud. Cuando remitió la locura, las dos casas ardían y todos los que podían sostenerse en pie contemplaban tristemente las llamas.

Me aparté de la multitud, andando hacia el extremo opuesto de la colina que ahora era una isla. Desde allí miré hacia el lugar donde debía estar nuestra casa, bajo el agua, preguntándome por qué era yo el único que había quedado en un mundo feo y confuso. En menos de media hora había perdido familiares, amigos e incluso mi identidad. Y decidí que en el futuro no me crearía unos lazos que podían romperse con tanta facilidad.

Fui a casa de una tía en el Midwest. Allí no había colinas, ni océano. Sólo unos pequeños lagos, sin arrecifes, sin gaviotas y sin niebla. Sólo una insípida capa de nubes.

Crecí entre los trigales y los maizales como un recio hierbajo. Tía Gila trató de hacerme la vida agradable, pero una película y un pastel de manzana los domingos no resultan demasiado estimulantes. Las comidas calientes son agradables, pero no sólo de pan vive el hombre.

Cuando Tía Gila murió, vagabundee de un lado a otro una temporada, licenciándome en literatura inglesa a lo largo del camino. Traté de escribir algo, pero cuando los editores rechazaron mi primera docena de artículos renuncié definitivamente.

Por fin decidí regresar al océano y a mi país natal. Viajé haciendo autostop, y cuando no me recogía nadie trabajaba hasta reunir el dinero suficiente para continuar. A veces incluso iba a pie; pero, a trancas y barrancas, conseguí llegar a New Milpitas.

No queda ahora mucho del Estado. Las Sierras todavía cuelgan en parte de la parte occidental del Estado, y hay una serie de islas a la izquierda de la Ciudad que no se hundieron como el resto del Estado. Pero pocas de ellas están habitadas. De

modo que New Milpitas proporciona los pocos habitantes que quedan en el Estado, y en New Milpitas me detuve.

Los pocos barcos de pesca que quedaban no estaban interesados en salir hacia el «Profundo Océano» que era la Ciudad. Me pasaba el día entero sentado en el destartalado muelle, preguntándome: «¿Qué es lo que soy?». Y me contestaba: por mi naturaleza soy 1) una substancia, 2) viviente, 3) sensible, 4) racional, y pertenezco a la especie Humana. Sé todo eso, gracias al viejo Perphyry, pero, ¿qué otra cosa soy? Ni siquiera un número binario en un bit magnético, debido a que todas las computadoras que sostenían mi antigua existencia se hallaban a cinco brazas de profundidad. En un momento determinado creí que podría ser profesor o escritor, pero aquéllas eran pieles de invierno que nunca podrían sostenerse sobre mi resbaladizo y húmedo no-pasado. No tengo ninguna identidad, sólo la herencia de mi humanidad.

Un día estaba sentado en el muelle, contemplando cómo el sol calentaba los hombros del agua y dejando que aquellas palabras hurgaran en mi mente de un modo interminable. Una muchacha, arqueando estelas gemelas de agua detrás de ella, nadaba delante de mí. Su cabeza punteaba las escamas doradas que ondulaban sobre el vientre del mar, y sus blancos brazos resplandecían mientras nadaba.

La amargura llenó los conductos lacrimales de mis ojos hasta casi hacerme llorar. El suicidio me parecía la mejor solución, y tendí la mirada hacia un pico sobre una isla que se erguía enfrente de mí. Miraría hacia abajo, hacia la manchada hoja de cristal con las embarcaciones como caracoles y gusanos dejando leves rastros de légamo detrás de ellas. Desde aquellas Olímpicas alturas, con los brazos cruzados, dedicaría mi muerte a la frigidez del orden del mundo y a la fragilidad de la existencia, y luego saltaría ágilmente de mi isla.

Discutía conmigo mismo si sería más apropiado el amanecer o el crepúsculo, desde un punto de vista simbólico, cuando una mano tocó mi brazo. Un calor dorado invadió mi alma, pero luché contra aquella agradable sensación.

Pude captar tus emociones incluso desde el lugar en que me encontraba, oí que decía mi mente.

Me volví para ver a la muchacha, arrodillada a mi lado, sus ojos verdes buscando mi rostro, unas gotas de agua deslizándose por sus mejillas como lágrimas.

—¿Qué? —inquirí, sorprendido, arrugando la frente.

La muerte es despilfarro, la muerte es el final del cambio, y el cambio es el objetivo del hombre. Hizo una pausa y añadió: *No es natural.*

—Alístate en el Ejército de Salvación —dije.

Sus uñas se clavaron en mi brazo, dejando pequeños rastros de sangre. Un fuego rabioso ardió a través de todos los nervios de mi cuerpo y se apagó.

Lo siento, llegaron las palabras. La muchacha soltó mi brazo y colocó su mano en su regazo.

Cogí su mano y la volví hacia arriba para examinar la palma y los dedos. Ella

trató de apartarla, pero agarré fuertemente su muñeca.

—¿Por qué has venido? —pregunté rabiosamente—. ¿Por qué?

Nos miramos el uno al otro, escuchando el restregar de las aguas contra las piernas de hormigón del muelle. Me encontré a mí mismo descansando sobre sus ojos verdes, flotando suavemente sobre las doradas escamas. Ella se encogió de hombros y tomó mi mano.

Estabas tan triste, dijo ella. Tuve que venir.

—¿Y sabes por qué? —le pregunté, casi sonriendo.

Ella me miró y asintió, lo cual me disgustó. Si alguien debía conocer mi problema, tenía que ser yo.

—Entonces, dímelo —murmuré.

Ella sacudió la cabeza.

Te corresponde a U descubrirlo.

Tendí la mirada hacia el lugar donde debía yacer la Ciudad, y supe...

... padre encajado en la sólida agua cristalina con sus botas altas, red en mano, contento; y el rostro de mi madre vuelto hacia el sol con sus gafas verdes como ojos de insecto mirando de hito en hito a sus admiradores; y yo dentro de mis fuertes y castillos de arena.

—¿Qué es eso? —pregunto, señalando una forma transparente de la que cuelgan húmedos cordeles de carne. Fascinado por su extraña belleza, pero asustado por su muerte, arrastro tímidamente los pies hacia ello.

—Un calamar, querido —dice mi madre.

Temblando, lo cubro de arena con el pie para ocultarlo de mi vista. Y la risa cae de la blanca garganta de mi madre como capullos de primavera: blanca, pura y amable, como debe ser un recuerdo.

Tú eres de la Ciudad. ¿Por qué no te quedas con nosotros una temporada? Su mano cubriría ahora los recuerdos como la marea.

—¿También tú eres de la ciudad? —pregunté.

Pocos sobrevivieron aquella mañana de junio, y menos aún lo mencionan. Algunas experiencias tales como la Inundación se convierten en algo más vivido que la vida, en un hecho histórico que domina para siempre la existencia. Hablar de ello no hace más que estrechar los vínculos que el recuerdo tiene sobre uno.

Tío Noe y yo pertenecíamos al Instituto de la Marina. Estábamos en una expedición a lo largo de la costa en nuestro barco cuando se produjo la Inundación.

—¿Conocías a un tal Dr. Gunnar y a su esposa? —pregunté.

Sí, exclamó ella. *El Dr. Gunnar, el hombre alto que se parecía a tío Noe. Y Mrs. Gunnar..., yo pensaba siempre que era la mujer más hermosa del mundo.*

El placer fue una granada de mano estallando en mí, confortando mi mente en el magma demulcente. Las coincidencias son raras, pero es bueno que existan.

—Eran mis padres —dije.

Entonces, tú eres Duke, dijo ella con una sonrisa. *¿Te acuerdas de Pryn?*

Recordé la alta muchacha de diecisiete años con las piernas tan curtidas por el sol que parecía haberse escapado de un penique de cobre. A pesar del desagrado que me inspiraban las muchachas antes de la Inundación, tuve que admirar lo bien que nadaba.

—Sí —dije, sonriendo por primera vez.

Ella tomó mi mano y me obligó a levantarme.

—Ahora no puedes rechazar mi invitación. Somos la única familia que tienes.

—Vamos —dije.

Y así fue como el hijo pródigo volvió al Instituto de la Marina y conoció a Noe Selchey, último director superviviente y manipulador de las vastas reservas guardadas en los bancos del Este, y preocupación constante de las compañías de seguros.

Llamamos a nuestra isla Parnassus debido a que en los días prediluvianos ése era el nombre de la calle en lo alto de la colina. Cuando los *bulldozers* enterraron la placa con el nombre de la calle y extrajeron una torre de acero y cristal que sonreía como la aguja de un cirujano, conservamos el nombre.

Había regresado a mi tierra natal para trabajar y olvidar; pero no había olvidado posible tan cerca del hogar. Los gritos de mis amigos al morir aplastados se movían soñadoramente en el gigantesco y silencioso mundo del océano en forma de recuerdos. Pero si persistía el dolor de recordar, había algo que equilibraba el otro lado de la existencia, y era Pryn.

III

Después de acompañar a los Chicos hasta la embarcación del Instituto, llevé a Pryn a un extremo del muelle. Ella se sentó en un rollo de cuerda, dibujando distraídamente con su dedo, el cual había mojado en un charco contiguo. Tomé su mano y sentí fuego dorado como fino hilo tejiendo un capullo dentro de mi cuerpo.

Pasé la lengua por mis labios.

—Pryn, sé que era unos años mayor que yo...

Cuatro años. Su mano se tensó en la mía. *Creo que sé lo que vas a pedirme y la respuesta es no.*

—Al menos, piensa en ello esta noche —dije.

Eres un excelente muchacho...

—¡Un muchacho! —la interrumpí.

Sí, eres un muchacho en muchos sentidos, y te quiero por ello. Tocó mi mejilla con las yemas de sus dedos. *Te quiero incluso más de lo que quiero a Tío Noe; pero por diversos motivos —incluso biológicos— nunca me podré casar contigo.*

—Me disgusta ser brutal, pero...

Entonces, no hablemos más del asunto y seamos buenos... amigos.

Pryn sonrió y me besó. Luego echó a andar apresuradamente hacia el barco. Sus sandalias golpearon el muelle y mi mente.

Mientras trepaba al puente de nuestro barco, Noe se volvió hacia mí. Se colocó bien las gafas, las cuales se le habían deslizado nariz abajo una vez más.

—Duke, me gustaría haberte podido criar junto con Pryn.

Me encogí de hombros mientras me sentaba en una silla.

—Usted no podía saber que había otros supervivientes.

Noe hizo una seña a uno de los obreros, el cual desamarró las cuerdas. Puso en marcha el motor, y el barco se estremeció, temblando en las frías aguas, murmurando soñoliento. Luego canturreó *John Henry* y *Old Man River* para sí mismo y echó a andar a través del océano, arrastrando cintas blancas tras sus cuarenta pies de longitud. Pryn estaba asomada a una portañola, contemplando el agua, mientras yo tomaba el anillo de oro y lo veía brillar en el aire cuando iba a unirse a otros muchos recuerdos.

—Fue un fallo imperdonable —estaba gritando Noe por encima del rugido de los motores— no haber investigado. Verás, tú eres muy especial, Duke.

—Bueno, de todos modos, estoy aquí.

—Sí, pero, ¿dónde es aquí? —rezongó Noe.

—¿Quiere usted una respuesta metafísica o geológica?

Noe se echó a reír.

—No, me refiero a quién eres tú realmente, Duke.

—La filosofía es lo último que esperaba de usted, Noe.

—Es y siempre será —dijo Noe—. Uno debe saber algo más que aceptar la evidente interpretación de la realidad. Un método científico muy pobre.

—Infiero de esto que desea usted otra respuesta que no le puedo dar.

—Lo que vas a saber hoy te dará la respuesta. Pero, recuerda —agitó un dedo hacia mí— que el principio de reinterpretación se aplica incluso a cosas más importantes. Recuerda lo que Lovisier dijo en cierta ocasión: «Lo Evidente es siempre lo Mínimo».

—Desde luego, Noe —dije, y esperé que me citara a Newton y a Fermi..., pero el experimento debía de haber sido importante para que Noe quebrantara sus hábitos.

—Quiero que busques una grabación en el edificio del Instituto. Está en el sótano, en una habitación donde guardábamos los archivos de nuestros proyectos secretos. Tiene un doble techo y está equipada con una cámara de descompresión. Le mostraré a Pryn un antiguo plano del lugar.

—¿Y yo seré la bestia de carga? —pregunté.

—No, tú eres la protección. No sabemos lo que puede quedar del acuario. —Noe paró el motor y nos acercamos a la costa—. La grabación que vas a buscar te enseñará dos cosas.

Y Noe hizo una pausa, esperando que le rogara que me las dijera.

—Sólo se me ocurre pensar en una —dije—. El principio de reinterpretación.

Sonrió alegremente.

—Aún eres un científico, Duke. Sí, es una aplicación directa. Las otras cosas creo que sólo deben ser reveladas después de que me asegure de que podrás resistir la impresión. Sabrás *quién* eres, Duke.

—Debe tratar de alguna cinta magnetofónica —dije.

—Es un informe verbal de John Gunnar, un buen subordinado.

—Entonces, será mejor que vayamos allá —le dije a Pryn, la cual hizo un gesto de asentimiento y se marchó.

—Duke —dijo Noe antes de que yo saliera—. Ten cuidado, muchacho.

Y a continuación hizo una cosa muy rara: me dio una cariñosa palmada en el hombro, acompañada de una tímida sonrisa. Luego dio media vuelta y se alejó rápidamente.

Pryn me estaba esperando en cubierta. Noté su mano sobre mi hombro.

Lo siento, Duke. No tenía intención de lastimarte.

—Ojalá no te hubiese encontrado nunca en aquel muelle —dije, y traté de librarme de su mano—. De todos modos, ya es tiempo de que me mueva. Últimamente no hacía prácticamente nada.

Comprendo, dijo Pryn.

Me aparté de ella porque estaba cansado de que fuera capaz de comprender cosas que yo no comprendía. Até a mi muñeca las correas de mi linterna, y luego me coloqué el aparato respiratorio, que es un producto milagroso de Noe y de los técnicos del Instituto. Consiste esencialmente en un casco con circulación continua de

aire y comunicadores portátiles. Un arreglo especial permite traducir al lenguaje humano el parloteo de los Chicos, y un adaptador que se maneja con la barbilla permite hablar el lenguaje de los delfines. Por desgracia, el aparato respiratorio no permite comunicar inflexiones ni tonos. Sin embargo, pueden reconocerse distintas voces. Coloqué unas cuantas flechas con la punta envenenada en la parte posterior del aparato y recogí mi fusil submarino.

Pryn me tocó en el hombro y yo di la señal de partida.

Debajo del agua no había complicaciones de ninguna clase. Ni siquiera corrientes peligrosas, desde que se produjo el cambio oceanográfico.

Pryn apoyó una mano sobre la cabeza de los Chicos y les dio instrucciones para que pudieran llegar al Instituto. Los Chicos salieron disparados a través del agua, llenos de deleite en aquel mundo sin paredes, mientras los mayores les seguíamos a un paso más moderado, nadando cerca de la superficie.

Nadie se había molestado en dinamitar aquellas partes de la Ciudad que resultaban peligrosas para la navegación, de modo que Noe había tenido que pararse sobre una de las zonas suburbanas, donde el terreno está más despejado. Si hubiera ido más al norte y al este, los hoteles y los edificios comerciales hubieran ensartado el barco con sus agujas. Sólo se habían derrumbado los edificios próximos a la Falla; los otros se sostenían bastante bien, lo suficiente como para permitir que sus ocupantes se ahogaran.

Pryn me hizo una seña cuando llegamos a orillas del barrio comercial.

Avanzaremos seis manzanas, giraremos a la derecha y entonces descenderemos.

Hice un gesto de asentimiento. Pryn apartó su mano mientras nadábamos para unirnos a los Chicos, los cuales daban vueltas ociosamente alrededor de los edificios más altos.

Los edificios permanecían silenciosos, ocultos en la oscuridad, altos gigantes de piedra hundidos en el fango. En las silenciosas oficinas, sobre las podridas alfombras, arriba y abajo de las cajas vacías de los ascensores, nadaban los peces. Los cangrejos se escurrían a lo largo de las aceras y pavimentos donde en otro tiempo habían repiqueteado los tacones.

Encendí mi linterna cuando calculé que había recorrido seiscientas yardas. Pryn encendió la suya y juntos iniciamos el descenso a la oscura y silenciosa Ciudad.

Caímos como ángeles a través del oscuro líquido nocturno, doblando las piernas y empujando suavemente las aletas contra el agua, viendo cómo a las arracimadas formas de la ciudad les crecían hombros, y cabezas, y dientes. Mis venas amenazaron con estallar cuando penetramos en la Ciudad.

Dos formas pasaron disparadas junto a nosotros: los Chicos competían para ver cuál de los dos llegaba antes al suelo de la Ciudad.

Conecté el transmisor.

«Aquí-afirmación».

Esperé hasta que las dos formas retrocedieron para ponerse a nuestra altura antes

de continuar descendiendo. Enfoqué mi linterna sobre una de las ventanas laterales y leí las letras doradas de un Dr. Roeke. D. D. S. y me pregunté si su cráneo yacía en alguna parte en el barro del fondo. Me sentía extranjero en esta nueva dimensión.

Recuerdo un parque al que mis padres me llevaron en cierta ocasión, lleno de secuoyas y pinos de California gigantes que envolvían años alrededor de sí mismos como musgo. Me sentí solo, terriblemente solo. A la luz del día parecían dormir, pero por la noche, al resplandor de la luna, se movían y susurraban acerca de lo numerosos que eran los insectos aquel año: y yo sabía que estaban hablando de mí. Pero en mi ciudad natal sólo hay una oscuridad expectante, cubierta de lógamo y barro.

Estás asustado, dijo Pryn mientras tocaba mi hombro. Sacudí la cabeza, y ella supo que mentía. Se encogió de hombros y nadamos por encima del parque con sus lechos de flores y sus bancos, donde la luz del sol parecía esperarle a uno eternamente sobre la hierba, pero la hierba había desaparecido y los árboles habían muerto en el agua salada. Luego, inmediatamente debajo, vi los edificios en forma de U del Instituto.

Nos detuvimos encima de la plaza central, con sus tilos rojos cubiertos ahora de excrementos marinos, y la fuente con sus retorcidas ballenas sumergida en el elemento que en otro tiempo le sirvió de juego.

Pulsé el transmisor con la barbilla. «Alto-afirmación».

«Aquí-pregunta», inquirió Ossie, retorciendo su cuerpo para apuntar al Instituto.

«Afirmación-respuesta», dije.

Pryn y yo nadamos hacia el Instituto. Las puertas estaban encalladas, negándose a girar sobre sus goznes, de modo que disparé una flecha a través de la puerta. Cargando el fusil submarino, lo sostuve en mi mano izquierda mientras desprendía algunos de los trozos de cristal en el agujero que había practicado. Proferí una maldición al cortarme en la mano con el cristal, y Pryn trató de restañar la sangre que ribeteaba el agua. Al resplandor de mi linterna, apuntada casualmente al interior, se removió una sombra oscura. Empujé bruscamente a Pryn contra la pared, protegiéndola con mi cuerpo, al tiempo que una forma gigantesca pasaba a través del cristal roto, esparciendo astillas por todas partes. Al enfocarla con mi linterna mientras giraba para otra pasada, pude ver los dientes del tiburón. Disparé una flecha que se arqueó sobre su lomo. Luego, el tiburón embistió y yo dejé caer el fusil mientras retorcía mi cuerpo, regateando y serpenteando alrededor de sus dientes.

«Peligro-afirmación», les grité a los Chicos mientras empuñaba una de las flechas que llevaba a la espalda. Los dientes llegaron terriblemente cerca de mi mano. Golpeé con la flecha, pero el agua privó de toda fuerza a mis golpes. La muerte debajo del agua es una pantomima, una especie de trágico ballet; y en una de sus figuras, un proyectil gris chocó contra el costado del tiburón.

«Matar-afirmación», dijo Ossie.

El tiburón rodó sobre sí mismo, para recuperar inmediatamente el equilibrio con un coletazo. Entonces, otro proyectil gris atacó su costado y el tiburón volvió a rodar,

lanzando dentelladas al vacío. Los Chicos daban vueltas en torno al escualo lentamente, casi perezosamente. Ossie rompió el círculo, embistiendo al tiburón una vez más.

El tiburón trataba de huir, pero los Chicos, golpeando su costado uno después del otro, le empujaban hacia el Instituto.

Pryn llegó a mi lado con el fusil que yo había dejado caer. Tiró de una de las flechas de mi espalda y apuntó cuidadosamente.

Toqué su brazo.

No tocaré a los Chicos, me aseguró.

Solté su brazo. Nunca discuto con Pryn.

Con un grito de *Matar*, Ossie se salió del círculo y atacó el costado del tiburón. Al rodar sobre sí mismo, el escualo dejó unos instantes su vientre al descubierto. Pryn disparó. Vi la flecha de punta envenenada alojada en el vientre del tiburón, el cual rodó en el agua. Pudo haber sido una hemorragia interna producida por los Chicos que finalmente alcanzó al cerebro del tiburón, o el veneno de efectos rápidos, pero tras unas convulsiones el escualo quedó inmóvil y flotó suavemente hasta el suelo de la plaza. Los Chicos continuaban trazando círculos por encima del tiburón. Luego, Ossie rompió el círculo y se acercó cautelosamente a la víctima.

El resultado de la inspección fue satisfactorio y los Chicos se acercaron a nosotros. Pryn los tocó a los dos y ellos parlotearon alegremente.

Manipulé el transmisor con la barbilla y dije «Caricia-amor», acariciando sus costados.

—¿Qué está ocurriendo ahí? —inquirió Noe con una voz desprovista de toda inflexión—. Os he oído disparar, y a los delfines gritando *Matar*. ¿Estáis todos bien?

—Yo me he hecho un corte en la mano, Noe —dije.

—Bueno, ten cuidado, podría atraer a peces rapaces.

Sonreí y tomé el fusil de manos de Pryn, utilizándolo como una maza para ampliar el agujero por el que había salido el tiburón. Luego cargué el fusil y les dije a los Chicos que permanecieran quietos. Retorciendo mi cuerpo a través del agujero, paseé la luz de mi linterna alrededor de la habitación.

—Noe, ¿cuántos dientes tiene un tiburón?

—Depende de la especie. ¿Por qué?

—Curiosidad científica —dije, y le hice una seña a Pryn para que se reuniera conmigo.

IV

Me entretuve leyendo los letreros que había sobre los tanques en los pasillos. Las barandillas destinadas a evitar que los chiquillos se acercaran demasiado aparecían cubiertas de una capa de moho rojizo. El agua salada había mordisqueado los títulos de los tanques. Una sombra se movió a mi derecha; levanté el fusil con mi mano derecha, en tanto la linterna atrapaba a un caballo de mar en su resplandor.

Pryn se detuvo delante de una puerta. Un esqueleto yacía delante de ella, los blanquecinos huesos cubiertos de harapos. Abrí la puerta y paseé la luz de mi linterna por la oscuridad circundante. Pryn nadaba a mi lado.

Entramos en una amplia habitación, llena de estanterías que alcanzaban una altura de diez pies. En ellas se pudrían fragmentos de libros y de documentos encuadernados. Pryn iluminó una puerta en la pared del fondo y nadamos hacia ella.

Le entregué el fusil a Pryn y ella me cubrió mientras yo luchaba con el volante, haciendo girar las oxidadas partes internas. Con un último crujido, la puerta se abrió y el agua me empujó a través de ella. Me apoyé en la pared y Pryn chocó contra mí al ser empujada también por el agua. Esperé hasta que la habitación estuvo casi llena antes de apretar un botón que había delante de mí. La puerta exterior se cerró lentamente detrás de nosotros. Casi inmediatamente empezó a funcionar una bomba en alguna parte y el nivel del agua empezó a descender. Cuando oí un siseo revelador de que la pequeña cámara estaba recibiendo aire, me quité el aparato respiratorio dejando que colgara a mi espalda y tomé el fusil de manos de Pryn.

Cuando sólo quedaban unos centímetros de agua en el suelo, la puerta interior se abrió automáticamente. Cuando entré en la otra habitación se encendieron unas luces.

—Habían instalado un pequeño generador aquí —dije. Olfateé el aire—. Y una planta de aire acondicionado. Noe no bromeaba: estaban preparados para cualquier cosa.

Pryn tomó mi mano.

Para casi cualquier cosa.

—¿Quién podía esperar la Inundación? —dije, mientras Pryn soltaba mi mano.

Pryn me hizo una seña para que aguardara y, despojándose de las aletas, empezó a recorrer los archivos alineados a lo largo de las paredes. En la habitación había dos mesas con máquinas de escribir y, junto a una de ellas, una pequeña grabadora.

Me acerqué a uno de los archivos y abrí un cajón. Cogí un puñado de documentos y los deposité sobre una de las mesas.

Me dediqué a repasarlos por encima hasta que mi mirada se posó en un título: HIBRIDACIÓN EXPERIMENTAL NUMERO 57.

Noe me había dicho que mi padre se había dedicado a la genética. Pero, a medida que iba leyendo, las palabras ardían en mi mente. Me estremecí dentro de mi húmedo traje.

«Informes sobre células de delfín irradiadas... fecundación positiva... en un tubo de ensayo... crecimiento estimulante... en un útero artificial... feto perfectamente formado... pronto nacerá... ¿Será un idiota?... parto normal... ¿éxito después de tantos fracasos?... El niño responde a los estímulos... los tests revelan una inteligencia asombrosa para el nivel de edad, pero, ¿podemos medir la inteligencia de acuerdo con los niveles humanos?... La capacidad craneal de los delfines es mayor que la del hombre... Externamente formado como *Homo sapiens*, pero, ¿qué es *Dolphinus sapiens*?... Bautizado...».

Una mano tocó mi hombro en aquel momento.

¿*Qué estás haciendo?*, preguntó Pryn.

Le entregué el documento a Pryn.

—¿Sabes qué estaban haciendo en el Instituto antes de la Inundación? ¡Fabricaban niños en tubos de ensayo, niños de una especie distinta!

Pryn tomó mi mano y me miró tranquilamente.

Noe me había hablado de ello. ¿Significa mucho eso?

—¡Sí! —Agarré a Pryn y la sacudí—. El informe dice que la cosa estaba creciendo con un alto nivel de inteligencia y...

Me interrumpí. Miré a mi alrededor, y la habitación se me apareció súbitamente como muy pequeña y amenazadora.

—Salgamos de aquí en seguida —dije, empujando a Pryn hacia la cámara de descompresión. Ella se resistió.

¿*Convierte eso a la criatura en un monstruo?*, preguntó apretando mi mano.

—Es un alienígena. Sus antepasados fueron delfines.

¿*Como Ollie y Ossie?*

—Ellos son distintos —dije, exasperado ante la idea de que el extraño ser pudiera encontrarse al otro lado de la pared, escuchando—. Ellos no se disfrazan de hombres. Ese ser... anda como un hombre, habla como un hombre. Sus genes fueron esculpidos y modelados. No es natural.

¿*Y si murió en la Inundación?*, preguntó Pryn.

—Muy bien. Está muerto.

Dejé de empujarla a través de la habitación y la miré a los ojos.

¿*Y si está vivo?*, preguntó Pryn, apretando más mi mano.

—En tal caso —dije tranquilamente—, tengo que matarle. No podemos permitirle vivir.

¿*Nosotros?*, inquirió Pryn, y echó a correr hacia la cámara de descompresión.

La seguí con la mirada, sin acertar a comprender su absurda lógica.

—¡Pryn, no! —grité desesperadamente, mientras la puerta se cerraba.

Corrí hacia la puerta y pulsé el botón que la abría, pero estaba bloqueado y continuaría estándolo mientras Pryn se encontrara en la cámara. Traté de abrir la puerta con las manos, pero no encontré ninguna ranura. Golpeé salvajemente la puerta, gritando:

—¡Lo siento, Pryn!

Mis puños se deslizaron por la lisa superficie y di media vuelta hacia las mesas. Sobre una de ellas había una cinta magnetofónica que Pryn debió colocar allí. La puse en la grabadora, me senté en el sillón y sonreí al oír la voz de mi padre, a pesar de lo que había ocurrido.

«Informe al Consejo de Directores, acerca del Experimento de Hibridación número 103. El niño, llamado Daucalion o Duke, ha respondido satisfactoriamente a todos los tests. Todo permite esperar que el experimento ha tenido tanto éxito como el número 57. El niño no tendrá que ser destruido como lo fueron los otros».

Las palabras descendieron como un reguero de agua helada desde mi mente a mi espina dorsal, mientras la cinta seguía desgranando los pensamientos del hombre muerto.

«Utilizando espermatozoos del Director Noe Selchey y un óvulo de delfín cuidadosamente desarrollado por medio de radiaciones, al igual que en el experimento número 57, el óvulo fecundado fue...».

Dejé a mi padre hablando tranquilamente de la inteligencia de su hijo adoptivo. Ser concebido fuera del matrimonio es una cosa, pero ser concebido mecánicamente en un tubo de ensayo es otra cuestión. Yo tengo pasiones y sangre dentro de mí... y ahora descubría que las pasiones y la sangre procedían de un experimento completamente artificial.

Agarré mi fusil y entré en la cámara de descompresión, colocándome las aletas y esperando impacientemente durante el proceso de descompresión. Llamé a Pryn una vez, pero las recias paredes no dejaban escapar ningún sonido. Finalmente salí de la cámara y nadé hacia la superficie.

—¡Pryn! —grité a lo largo de los pasillos.

Súbitamente, la voz de Ollie me golpeó el cerebro como un martillazo.

«Matar-afirmación».

Las emociones giraron sobre unos pies grasientos como aquellas enormes olas de la Inundación. Miedo. Repugnancia. Luego, mi alma se estrelló contra el suelo y mi espinazo fue arrancado de mi cuerpo. Contacto, carne con carne. Negrura.

«Matar-pregunta», inquirió la voz de Ollie.

Maldije la oscuridad y la reproducción mecánica que robaba todo significado a las voces.

Manipulé en el transmisor y grité:

—¿Qué es lo que pasa?

Luego, en silencio, comprendí que la pregunta era demasiado complicada para los Chicos. Manipulé nuevamente en el transmisor y pregunté:

—¿Peligro-preguntas?

«Matar-afirmación», respondió Ollie.

—Caricia-amor —significando uno de nosotros cuatro—, ¿peligro-pregunta? —inquirí.

«Matar-afirmación», fue la única respuesta de Ollie.

Nadé a lo largo de los pasillos, ignorado a cualquiera de las sombras que podían acechar en las sombras. Crucé el vestíbulo y vi el agujero en el lugar que había ocupado la puerta. Miré a través del agujero y vi una gran mancha oscura, de quince pies de altura, a cierta distancia. Su saco gelatinoso era transparente y de sus costados brotaban tres manojos de tentáculos. En la parte superior del saco veíase un ojo de gran tamaño. En uno de los manojos de tentáculos se debatía una forma pálida que era Pryn.

«Matar-afirmación», gritó Ossie, precipitándose contra el costado del animal. Pero su mole era demasiado poderosa para que los Chicos pudieran moverla. Ossie retrocedió para nadar en círculo alrededor del monstruo.

«Matar-afirmación», gritó Ollie, y se precipitó contra el costado del animal; y el animal se agitó frenéticamente, tratando de capturar a uno de sus agresores.

—¿Qué sucede ahí abajo, Duke? —preguntó Noe.

—Un monstruo ha capturado a Pryn —dije, y levanté mi fusil para disparar.

«Matar-afirmación», gritaron a coro dos formas disparadas en medio de la oscuridad del océano para precipitarse contra el cuerpo que se defendía torpemente de sus ataques.

—Ese monstruo, ¿tiene aspecto de pulpo y tres manojos de brazos en los costados?

—Sí, y parece tan enorme como la isla de Alcatraz. ¿Ha terminado de hacer preguntas?

Apunté cuidadosamente, para no herir a Pryn. Dos proyectiles como prolongaciones de mis ojos chocaron contra la carne blanca y pálida del animal.

—¡No dispires! —dijo Noe en tono apremiante—. ¡Es tu hermano!

—No le encuentro ningún parecido familiar —dije, y me acerqué un poco más para asegurarme de que no fallaba el disparo.

«Matar-afirmación», gritaron los Chicos.

—Tú no eres completamente humano, Duke. ¡No dispires! —repitió Noe.

—He oído la grabación —dije, reprimiendo el sollozo que asomaba a mi garganta.

—Yo no tenía hijos —continuó Noe—, y, bueno, ya conoces el resto. Pero también proporcioné espermatozoos irradiados para otras varias fecundaciones. Eso es un óvulo de pulpo fecundado.

—¿Qué experimento es? —inquirí.

—Pryn es el número 57. El éxito nos estimuló. Tú eres el número 103. El número 203 es tu hermano —dijo Noe—. A juzgar por su tamaño, ha crecido mucho desde la Inundación. No lo mates, Duke. Es tu misma carne y tu misma sangre.

Me eché a reír burlonamente al oír aquello.

«Matar-afirmación», repitieron los Chicos.

Levanté mi fusil y disparé. Vi cómo la flecha se clavaba en el ojo que me

contemplaba con curiosidad. Como Caín, vi brotar la sangre de la herida que había infligido a mi hermano. Brotó la sangre. Dolor. Me agarré la cabeza con mi mano libre y apreté fuertemente. Dolor. Dolor rojo. Mi vida. Aislamiento. Abundancia de pequeños animales de piel lisa para alimentarme. El aislamiento roto. Odio a los invasores. Mi vida solitaria en la oscuridad escapando ahora de mi Dolor.

El saco del animal se hinchó, y disparó un chorro de agua a la negrura de la Ciudad; pero continuó sujetando a Pryn.

Saboreé la sangre brotando de los labios que yo había mordido.

«Dolor-afirmación», dijo Ossie, nadando hacia mí.

—Caricia-amor, peligro-afirmación —dije a través del transmisor.

«¿Matar-pregunta?», inquirió Ollie.

—Afirmación-respuesta —dije, notando que los últimos vestigios del modo de pensar alienígena abandonaban mi mente como recuerdos.

—No puedes matar a tu propio hermano —suplicó Noe.

—¿Acaso se ha despertado su sentimentalismo? —grité.

—Me tiene muy trastornado todo esto —dijo Noe, pero el aparato respiratorio quitó toda emoción a sus palabras.

—Entonces, haga algo para remediarlo —dije, sentándome delante de la aleta dorsal de Ollie y nadando hacia Pryn.

—No puedo hacer nada —respondió Noe. Hizo una pausa y luego añadió—: Os quiero a todos.

—¡Cállese! —le grité a Noe.

Delante de nosotros, en la semioscuridad, había un saco blanco. Cerré mi mente al dolor que fluía de ella como su sangre. Luego, súbitamente, el animal hinchó sus mejillas mientras nos acercábamos y salió disparado por encima del parque hacia las altas agujas de piedra y acero. A la luz de mi linterna vimos unos pequeños arroyos de sangre, como cintas arrancadas que se hundían lentamente.

A orillas del distrito comercial el animal se detuvo, y luego reemprendió la marcha para chocar contra un edificio, demorándose unos instantes en el agujero que había hecho. Luego descendió a lo largo de la fachada, sin que la blanca mejilla de Pryn rozara el edificio. Nadamos rápidamente hacia el animal mientras se posaba sobre la acera. Los Chicos le rodearon mientras yo nadaba hacia la forma inmóvil de Pryn. Oí los latidos de su corazón y luego me volví hacia el animal.

El animal agitó hacia mí un manojo de tentáculos. Todos los turbulentos pensamientos de mi estirpe resonaron en la mente del animal. *Matar*, llegó el pensamiento, teñido de pesar. Coloqué una flecha en mi fusil y nadé hacia él. *Dolor. Matar. Basta.*

El animal abrió su boca situada debajo de su ojo. En el interior de la hendidura, vi un paladar sonrosado y una hilera de blancos dientes.

Matar, llegó la súplica. Apreté el gatillo y vi cómo la flecha penetraba y se hundía en la blanda piel. El animal se estremeció. *Carne-con-carne*, ¿pregunta?

Alargué una mano vacilante hacia su piel. Mi propia carne parecía desgajarse de mi brazo, pero le toqué.

Caricia-amor, ¿pregunta?, llegó el tembloroso pensamiento, bordeado de negro aislamiento, mientras la sangre se extendía lentamente por el oscuro mar.

—Afirmación, hermano —dije, y el animal quedó inmóvil.

«Peligro-afirmación», dijo Ossie.

—Negativa-respuesta —dije, y levanté la mano de la maltrecha carne de mi hermano.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Noe.

—Estoy limpiando sus porquerías —dije—. Bájeme un garfio.

—¿Para qué? —inquirió Noe.

—Para que pueda enterrar a mi hermano —repliqué.

Cogí a Pryn y la subí a la superficie, donde aún brillaba la luz del sol. Luego, con la ayuda de Ossie y Ollie subí a mi hermano a la cubierta del barco. Enterré a mi hermano en la tierra, donde podría ser devorado por los gusanos y disfrutar de su herencia.

Aparté la mirada de la luz que se desprendía del sol como brillantes copos, sin atender a las preguntas y a las torpes disculpas de Noe. Parece ser que los Chicos son hermanastros míos por parte de mi madre. Me reí ante lo irónico del caso, y luego me estremecí. Luché contra el deseo de mis manos de clavarse en mi carne para arrancar de ella todo átomo de delfín. Envidié a mi hermano que había acabado por aceptar la muerte con tanta placidez, después de que el dolor de vivir había sido demasiado intenso.

—¿Duke? —llamó Pryn, desperezándose a mis pies.

Dejé de pensar en mi nueva identidad, tomé su mano de mi tobillo y la acaricié entre mis manos medio humanas.

—Estoy aquí —dije.

¿*Qué era aquello?* preguntó Pryn.

—Qué, no. Quién —rectifiqué—. Era mi hermano.

¡*No!*

Vi el horror en su rostro y noté que su mano se estremecía entre las mías.

—Y yo soy igual que él. Ni siquiera puedo reclamar la pureza de tu estirpe. —Levanté la cabeza hacia el sanguinolento sol y sacudí las lágrimas de mis ojos—. ¿Por qué te acercaste a mí en el muelle?

¿*Qué?* Luego, su mano se tensó en la mía al darse cuenta de lo que yo intentaba. *No*, ordenó, mientras yo levantaba el fusil lentamente para apuntar a mi cabeza.

—Esta vez no puedes impedirlo, como hiciste antes. Ahora tengo mejores motivos.

Apreté el gatillo. Su mano agarró mi brazo, pero demasiado tarde. Sonreí triunfalmente mientras el dolor se instalaba en mi mente. Los Chicos de Selchey juntos.

Mi mente ya no existe. El dolor y las preocupaciones han desaparecido. Una soledad más profunda que la que poseyó a mi hermano en el Instituto me posee a mí ahora. Abro los ojos a Pryn, brillando como el sol sobre mí.

La oscuridad se retira, y la tristeza crea imágenes para ser conocidas y utilizadas más tarde. Noto su brazo cobijándome en sus curvas. El brazo de Pryn. Poco a poco, las barreras de mi mente se abren una a una delante de ella; y conozco, no la soledad, sino un mundo completamente nuevo, un mundo que pertenece a Pryn, y me relajo. Noto el vendaje en mi cabeza.

—¿No estoy muerto? —pregunto estúpidamente.

Pryn aprieta un dedo contra mi frente. *Demasiado densa*, dice, y sonrío. Y yo sé que ha llegado a tiempo, después de todo.

—De acuerdo —digo.

El hombre vive en el contexto de la naturaleza. Juega de acuerdo con las normas

pero, al revés de otros animales, puede manipular el juego cambiando las normas. Cada alteración requiere que el hombre se adapte de nuevo al nuevo juego, y así sucesivamente, *ad infinitum*. He perdonado a Noe porque comprendo al hombre solitario que se ocultó en la ciencia, del mismo modo que mi hermano se ocultó en el Instituto.

No vamos a ir al Instituto en una temporada. Noe me ha dado el barco para que lo utilicemos en nuestra luna de miel, pero primero iremos a New Milpitas de modo que pueda convertir a Pryn en una mujer honesta. Pryn ha insistido mucho en ello..., de modo que vamos a ir allí.

Noe no tendrá que hacer ningún otro cambio. Le he hecho prometer que si hay que crear alguna especie nueva Pryn y yo nos encargaremos de ello. Los genes de Pryn fueron completamente reconstruidos, lo mismo que los míos. Y si es un problema de fecundidad, no hay que olvidar que la fecundidad no fue nunca un problema por lo que a mí respecta.

El tiempo considerado como una hélice de piedras semipreciosas

Samuel R. Delany

Día: ordenada y abscisa del siglo. Ahora márcame un cuadrante. Tercer cuadrante si me haces el favor. Nací en el cincuenta. Estamos en el setenta y cinco.

A los dieciséis me dejaron salir del orfanato. Llevando a la rastra el nombre que me habían colgado (Harold Clancy Everet, y yo un crío apenas... cuántos apodos he tenido desde entonces; pero no te preocupes, me reconocerás por mi humareda), sobre las colinas de East Vermont, tomé una decisión:

Yo y Pa Michaels, quien a regañadientes me había dado trabajo a pedido del Documento con facha de Oficial con que te largan del orfanato, manejábamos el tambo de Pa Michaels, trece mil trescientas sesenta y dos Guernseys pías, dormidas todas en sus ataúdes inoxidables, alimentadas y drogadas por liquido rosado que fluía por venas de plástico transparente (la cosa es pegajosa y te embadurna las manos) ejercitadas por impulsores eléctricos que les hacen temblar los músculos, ellas ni siquiera despiertas a medias, y la leche cayendo directamente en cisternas inoxidables, Como quiera que sea. La Decisión (una tarde cuando estaba allí en los campos como el Hombre de la Azada, exhausto al cabo de tres horas de trabajo físico, contemplando la maquinaria del universo a través de la niebla de la fatiga) con toda la Tierra, y Marte, y los Satélites de Más Allá repletos de gente y qué sé yo, tenía que haber algo más que esto. Decidí apropiarme de algo de todo eso.

Así que le robé a Pa un par de tarjetas de crédito, uno de sus helicópteros y una botella de combustible blanco que el viejo pillastre destilaba para su gargüero, y alcé vuelo. ¿Probaste alguna vez aterrizar en curda., con un helicóptero robado, en el techo del edificio de Pan Am? Cafúa. Ganzúas y unos cuantos golpes bravos por medio había alcanzado la sabiduría. Pero no olvides esto, oh mi gran amor: cuento en mi haber con tres horas de trabajo honrado en un tambo hace menos de diez años. Y nadie me ha vuelto a llamar Harold Clancy Everet.

Hank Culafroy Eckles (pelirrojo, más bien indefinido, un metro ochenta y cinco) salió muy ufano del deposito de equipajes del espaciopuerto, llevando en su maletín un montón de cosas que no eran suyas.

A su lado el Hombre de Negocios decía:

—Ustedes, los jóvenes de hoy en día, me inquietan. Vuélvete a Bellona, digo yo. El solo hecho de haberte metido en líos con esa rubiecita que me contaste no es motivo para andar a los saltos de mundo a mundo, cariacontecido. ¡Hasta largar el

trabajo!

Hank se detiene y sonrío débilmente:

—Bueno...

—Reconozco que ustedes los jóvenes tienen sus necesidades reales, que quizá nosotros los más viejos no comprendamos, pero tienes que mostrar cierta responsabilidad para con... —Advierte que Hank se ha detenido frente a una puerta que dice HOMBRES—. Oh. Bueno, Ehh. —Sonrío abiertamente—. Fue un placer conocerte, Hank. Siempre es agradable encontrarse con alguien con quien vale la pena hablar en estas malditas travesías.

Hasta la vista.

Por la misma puerta, diez minutos después, sale Harmony C. Eventide, un metro ochenta justo (uno de los tacones falsos estaba rajado, así que metí los dos debajo de un montón de toallas de papel), pelo castaño (ni mi peluquero está seguro), oh tan acicalado y tan en onda, ataviado con ese mal gusto que es oh tan de buen gusto, un tipo de hombre con el cual ningún Hombre de Negocios entraría en conversación. Tomé el helicóptero regular desde el puerto hasta el edificio Pan Am (Aja., De veras. Borracho) salí de la Gran Terminal Central y caminé por la Cuarenta y Dos hacia la Octava Avenida, con un montón de cosas que no eran mías en un maletín.

La noche está tallada en luz.

Crucé el pavimento de plastiplex de la Gran Avenida Blanca —se me ocurre que le da a la gente un aire fantasmal, toda esa luz blanca bajo las barbillas— y esquivé los gentíos que subían en ascensores del subterráneo, el sub-subterráneo, y del sub-sub-sub (dieciocho y primera semana fuera de la cárcel rondé por ahí, birlándole cosas a la gente... pero con delicadeza, con delicadeza, así que nunca se percataban de que habían sido birlados), me abrí paso muy orondo entre una multitud de colegialas que se reían sin ton ni son y mascaban chicle y con luces centelleantes en el pelo, todas muy vergonzosas de sus blusas de plástico transparente que acaban de ser legalizadas otra vez —tengo entendido que los senos han entrado y salido de escena (por oposición a obscena) muchas veces desde el siglo XVII— así que miré apreciativamente; ellas se rieron un poco más. Cristo, pensé, cuando yo tenía su edad estaba en ese tambo maldito, y no lo pensé más.

La cinta del noticiero luminoso que circundaba la estructura triangular de Comunicaciones S.A., explicaba en inglés básico cómo se preparaba la senadora Regina Abolafia para iniciar su investigación sobre el Crimen Organizado en la Ciudad. Algunos días me hace tan feliz el ser desorganizado que no sé ni cómo decirlo.

Cerca de la Novena Avenida llevé mi maletín a un bar largo y muy concurrido, No había estado en Nueva York desde hacía dos años pero en mi último viaje solía andar por aquí un hombre que tenía verdadero talento para deshacerse de cosas que no eran mías con provecho, seguridad y rapidez. Ninguna idea de qué posibilidades tenía de encontrarlo. Me abrí paso a empujones entre un montón de tipos que bebían

cerveza. Aquí y allá había unos cuantos vejestorios bien acompañadas, vestidas al último grito del mes pasado. Cintas de humo se diluían en el ruido. No me gustan esos lugares. Los más jóvenes que yo eran todos farloperos o débiles mentales. Los más viejos sólo deseaban que llegaran más de los jóvenes. A empellones me acerqué al bar y traté de llamar la atención de uno de los hombrecitos de chaqueta blanca.

La ausencia de ruido a mis espaldas me hizo volver la cabeza...

Vestía una funda transparente ceñida en el cuello y las muñecas por grandes prendedores de bronce (oh, tan exquisitamente al borde del buen gusto); tenía el brazo izquierdo desnudo, el derecho cubierto por una gasa que era como vino. Se desenvolvía mucho mejor que yo. Sin embargo, una demostración tan ostentosa de que uno reconocía a primera vista las cosas buenas estaba absolutamente fuera de lugar en este bar. La gente hacía gran alarde de no reparar en ella.

Ella señaló su muñeca, la uña rojo-sangre apuntando a un fragmento amarillo-naranja en la garra de bronce de su brazalete.

—¿Sabe usted lo que es esto, señor Eldrich? —preguntó, al mismo tiempo el velo que le cubría el rostro se aclaró, y sus ojos eran de hielo, sus cejas, negrísimas.

Tres pensamientos: (Uno) Era una dama elegante, porque al volver de Bellona había el artículo del Delta sobre «telas evanescentes» cuyos matices y opacidad eran controlados por medio de joyas ingeniosamente disimuladas en las muñecas. (Dos) Durante mi último viaje aquí, cuando era más joven y Harry Calamine Eldrich, no hice nada demasiado ilegal (aunque uno le pierde el rastro a estas cosas); de todos modos no creía que bajo ese nombre pudieran arrastrarme a un calabozo por más de treinta días. (Tres) La piedra que ella señalaba...

—... ¿Jaspe? —pregunté.

Ella esperó que yo dijese algo más; yo espere que ella me diese motivos para soltar que yo sabía lo que ella estaba esperando (cuando yo estaba en la cárcel mi autor favorito era Henry James. De veras).

—Jaspe —confirmó.

—Jaspe...

Volví a instaurar la ambigüedad que tanto se esforzara ella por disipar.

—... Jaspe...

Pero ya empezaba a titubear, sospechando que yo sospechaba que su certeza era infundada,

—Bien, jaspe.

Pero por su cara supe que ella había visto en mi cara una expresión que le había revelado por fin que yo sabía que ella sabía que yo sabía.

—¿Con quién me ha confundido usted, señora?

—Jaspe, este mes, es la Palabra.

Jaspe es la consigna/clave/santo-y-seña que los Cantores de las Ciudades (quienes, el mes pasado, cantaban «Ópalo» por sus divinas heridas; y en Marte yo

había oído la palabra y la había usado tres veces, junto con varias imitaciones tortuosas, para asegurarme la posesión de lo que no era legalmente mío; y aún aquí pondero los Cantores y sus heridas) transmiten de boca en boca por esa hermandad liberal y picaresca con la que he fraternizado (con distintos disfraces) estos nueve años. Se renueva cada treinta idas; y a las pocas horas todos los cofrades la saben, a través de los Mis mundos y mundillos. Por lo general es gruñida por algún bastardo empapado en sangre que le cae a uno de los brazos desde algún portal oscuro: cuchicheada al oído cuando uno pasa por un callejón en sombras; garabateada en un pedazo de papel que le mete a uno en la mano algún roñoso que se mueve con demasiada rapidez entre la multitud. Y este mes, era: Jaspe.

He aquí algunas traducciones posibles:

¡Socorro!

o

¡Necesito ayuda!

o

¡Te puedo ayudar!

o

¡Te están vigilando!

o

Ahora no te están vigilando, así que ¡vuela!

Ultimo detalle sintáctico: Si la palabra es utilizada correctamente, uno nunca tendrá que pensar dos veces lo que significa en una situación dada. Dato importante para el uso: No confiar nunca en quien la emplea incorrectamente.

Esperé a que ella terminara de esperar.

Ella me abrió una cartera a quemarropa.

—Jefa del Departamento de Servicios Especiales Maudline Hinkle —leyó sin mirar lo que decía debajo de la insignia plateada.

—Se lo sabe al dedillo, Maud —le dije. Luego fruncí el ceño—. ¿Hinkle?

—Yo.

—Sé que no lo va a creer, Maud. Me da la impresión de ser una mujer que no tiene paciencia con sus errores. Pero mi nombre es Eventide. No Eldrich. Harmony C. Eventide. ¿y no es una suerte para todos que la palabra cambie esta noche? —Tal como se la pasa, la Palabra no es ningún secreto para los tiras. Pero me he encontrado con policías que hasta una semana después del cambio aún no estaban en onda.

—Está bien, entonces: Harmony. Quiero hablar con usted.

Levanté una ceja

Ella levantó otra, y dijo:

—Mire, si quiere llamarse Henrietta, a mí me da lo mismo. Pero ahora escúcheme.

—¿De qué quiere hablar?

—Crimen, ¿señor...?

—Eventide. Yo te voy a llamar Maud, así que será mejor que me llames Harmony. Es mi nombre verdadero.

Maud sonrió. No era una mujer joven. Hasta creo que tuvo unos añitos con el Hombre de Negocios. Pero usaba su maquillaje mejor que él.

—Probablemente yo sé de crímenes más que tú —dijo—. No me sorprendería en realidad que ni siquiera hubieses oído hablar de mi sección del departamento de policía. ¿Qué significa para ti Servicios Especiales?

—Eso es cierto. Nunca había oído hablar de ella.

—Durante los últimos siete años le has estado sacando el cuerpo con más o menos éxito al Servicio Regular.

—Oh, Maud, realmente...

—Los Servicios Especiales están destinados a aquellas personas cuya tasa de deshonestidad ha tomado de pronto un marcado incremento... lo bastante marcado con lo para hacer que nuestras lucecitas empiecen a parpadear.

—Seguramente no he hecho nada tan terrible como para...

—Nosotros no miramos lo que tú haces. Una computadora lo hace por nosotros. Nosotros no hacemos nada mas que controlar la primera derivación de la gráfica que lleva tu número. Tu curva está ascendiendo vertiginosamente.

—Ni siquiera la dignidad de un nombre...

—Somos el departamento más eficiente de la Organización Policial. Tómallo como una fanfarronada si quieres. O como simple información.

—Bueno, bueno, bueno, —dije—. ¿Tomas un trago?

El hombrecito de chaqueta blanca nos trajo dos, miró perplejo los lujos de Maud y luego se marchó a hacer otra cosa.

—Gracias. —Bajó de un sorbo la mitad como alguien mucho más robusto de lo que parecían indicar su muñecas,

—No es rentable perseguir a la mayoría de los criminales. Fíjate en los pistoleros de primera magnitud, Farnsworth, El Halcón, Blavatskia, Fíjate en los pequeños carteristas, los pasadores, escaladores, sub-empresarios. Los más encumbrados y los mas bajos de la escala, sus ingresos son muy estables. No son ellos realmente los que hacen zozobrar el bote social. Los Servicios Regulares se encargan de unos y otros. Creen estar haciendo un buen trabajo. No vamos a discutirlo. Pero digamos que un pasador quiere convertirse en un señor rufián; un sub-empresario de medio pelo pone la mira en llegar a ser pistolero de primera magnitud; es entonces cuando tropiezas con problemas que tienen repercusiones sociales desagradables. Es entonces cuando le toca actuar a Servicios Especiales. Tenemos un par de técnicas que dan excelentes resultados.

—Que ahora me vas a describir, ¿verdad?

—Así consiguen mejores resultados —dijo ella—. Una de ellas es la información holográfica, los bancos de hologramas, ¿Sabes lo que sucede cuando cortas por la mitad una placa holográfica?

—¿La imagen tridimensional se... corta por la mitad?

Negó con la cabeza.

—Ves la imagen íntegra, sólo que más borrosa, un poco fuera de foco,

—Eso sí que no lo sabía.

—Y si vuelves a cortarla otra vez por la mitad, se pone más borrosa todavía. Pero si te queda al menos un centímetro cuadrado del holograma original, sigues viendo la imagen íntegra, irreconocible pero completa.

Yo mascullé algunos mmm... admirativos.

—Cada puntito de emulsión fotográfica en una placa holográfica, a diferencia de lo que ocurre en la ortografía, te proporciona información acerca de toda la escena que ha sido holografiada. Por analogía, banco de información holográfica significa simplemente que cada fragmento de información que poseemos, sobre ti, digamos, se refiere a toda tu carrera, tu situación global, el conjunto completo de las tensiones que existen entre tú y tu medio. Los hechos específicos acerca de fechorías o felonías específicas los confiamos a Servicios Regulares. Tan pronto como contamos con datos de esta índole, nuestro método resulta muchísimo más eficiente para detectar, y hasta predecir, tu paradero e incluso lo que tienes entre manos.

—Fascinante —le dije—. Uno de los síndromes paranoides mas asombrosos que he encontrado jamás, Quiero decir, entablar simplemente conversación con alguien en un bar, A menudo, en hospitales, he conocido...

—En tu pasado —dijo ella sin vacilar— veo vacas y helicópteros. En tu no muy distante futuro hay helicópteros y halcones,

—Y dime, oh Bruja Buena del Oeste, cómo...

Y entonces se me revolvió todo por dentro. Porque se supone que nadie sabe lo de mi asunto con Pau Mochales excepto tú y yo. Ni siquiera el Servicio Regular que me rescató, perdida la chaveta, del pajarraco giratorio que avanzaba a los saltos hacia el borde del Pan AM consiguió sacarme nada. Me comí las tarjetas de crédito cuando los vi esperándome, y los números de serie habían sido limitados de todo cuanto pudiera haber tenido un número de serie por alguien más competente que yo: el buen señor Mochales se había jactado delante de mí, mi primera y solitaria noche de borrachera en el tambo, de cómo había conseguido la cosa en caliente en NW Hampshire.

—Pero ¿por qué —me espantan las frases hechas a que puede llevarnos la angustia— me dices todo esto?

Ella sonrió y su sonrisa se desvaneció detrás del velo.

—La información sólo es significativa cuando se la comparte —dijo una voz que era la suya desde el sitio donde estaba su cara.

—Epa, mira, yo...

—Es posible que muy pronto te caiga un buen taco de dinero. Si mis cálculos son correctos, haré que un helicóptero repleto de la flor y nata de la ciudad llegue para llevarte lejos cuando lo recibas en tus ávidas manitas. Esto es información...

Dio un paso atrás. Alguien se interpuso entre nosotros.

—¡He, Maui...!

—Puedes hacer lo que quieras con ella.

El bar estaba lo bastante atestado como para que el moverse con rapidez significara hacerse de enemigos. No sé, la perdí y me hice de enemigos, Algunos tipos estafalarios allí: con pelo grasiento que les colgaba en chuzas, y tres de ellos tenían dragones tatuados en los hombros esqueléticos, otro más con un parche sobre un ojo, y todavía otro que me arañó la cara con las uñas negras de alquitrán (tuvimos dos minutos de una furiosa piedra libre para todos, por si te perdiste la transición. yo me la perdí) y algunas de las mujeres gritaban. Yo pegaba y esquivaba. y de pronto el tenor de la barahúnda cambió, Alguien cantó:

—¡Jaspe!

En la forma en que tiene que ser cantada. Y quería decir que la jauría (el Servicio Regular ordinario y chambón que yo había estado esquivando estos siete años) se venía al humo. La camorra se volcó a la calle. Yo quedé atrapado entre dos roñas que se hacían mutuamente lo que correspondía, pero logré zafarme del tumulto sin más heridas que las que uno puede hacerse al afeitarse. La pelea se había dividido en secciones. Salí de una y me metí en otra que, lo advertí un momento después, no era más que un círculo rodeando a alguien que al parecer estaba de veras hecho un estropicio.

Alguien estaba tratando de contener a la gente.

Otro le estaba dando vuelta.

Hecho un ovillo en un charco de sangre estaba el hombrecillo a quien no había visto en dos años, el que solía ser tan hábil para deshacerse de cosas que no eran mías.

Tratando de no golpear a la gente con mi maletín, me escurrí entre la sartén y el fuego. Cuando vi a mi primer policía ordinario me esforcé en poner cara de alguien que acababa de acercarse para ver a qué se debía el alboroto.

Me salió bien.

Doblé por la Novena Avenida y había dado tras pasos en una fuga disimulada, pero veloz...

—¡Epa, espera! Quédate allí...

—Reconocí la voz (después de dos años, aparecerse así, la reconocí) pero seguí andando.

—¡Espera! ¡Soy yo, Halcón!

Y me detuve.

Todavía no has oído su nombre en esta historia; Maud mencionó a el Halcón, que es un pistolero multimillonario con base de operaciones en una región de Marte en la que nunca estuve (aunque tiene las zarpas hundidas hasta los espolones en ilegalidades a todo lo largo y lo ancho del sistema) y que no tiene nada que ver con

éste.

Retrocedí tres pasos hacia el portal.

Y allí una risa juvenil:

—Oh, viejo. Tienes cara de haber estado haciendo lo que no debes.

—¿Halcón? —le pregunté a la sombra.

Estaba todavía en la edad en que dos años de ausencia significan unos cuantos centímetros más de talla.

—¿Todavía andas por aquí? —le pregunte.

—A veces.

Era un chico sorprendente.

—Mira, Halcón, tengo que salir de aquí. —Volví la cabeza para echar una mirada a la trifulca.

—Vete. —Bajó la acera—. ¿Puedo ir contigo?

Curioso.

—Claro. —Me hace sentir muy raro que me pregunte una cosa así—. Vamos.

A la luz del farol de la calle, media cuadra más allá, vi que su pelo era todavía pálido como virutas de pino. Se lo podía tomar por un roña: chaqueta de terciopelo negro, mugrienta; sin camisa; pantalones jean negros remaduros... hasta en la oscuridad se notaba. Estaba descalzo; y la única forma de saber en una calle oscura que alguien ha andado descalzo por Nueva York durante días y días es saberlo de antemano. Cuando llegábamos a la esquina, levantó la cabeza y me sonrió a la luz del farol y se ajustó la chaqueta por, sobre las costras y costurones que le surcaban el pecho y el estómago. Los ojos eran verdísimos. ¿Lo reconoces? Si por una de esas fallas de la red de información a través de los mundos y mundillos no lo has reconocido, te diré, caminando a mi lado a la orilla del Hudson iba Halcón el Cantor.

—Eh, ¿cuánto hace que estás de vuelta?

—Unas pocas horas —le dije.

—¿Qué has traído?

—¿De veras quieres saber?

Hundió las manos en los bolsillos y echó atrás la cabeza con insolencia.

—Seguro.

Yo bufé como un adulto irritado por un chiquillo.

—Está bien. —Habíamos caminado una cuadra por la ribera; no había nadie por allí. —Siéntate.

—Se sentó a horcajadas en la viga costanera, balanceando un pie sobre la reluciente negrura del Hudson, Me senté frente a él y pasé el pulgar por el borde del maletín.

Halcón encorvó los hombros y adelantó el torso.

—A la flauta... —Me acribilló a mudas preguntas verdísimas—. ¿Puedo tocar?

Me encogí de hombros.

—Date el gusto.

Toqueteó con dedos que eran puro nudillo y uña comida. Tomó dos, las volvió a dejar, tomó tres.

—¡A la flauta! —murmuró—. ¿Cuánto puede valer todo esto?

—Unas diez veces más de lo que espero conseguir, Tengo que sacármelas de encima cuanto antes.

—Miró el pie que se balanceaba sobre el agua.

—Siempre te queda el recurso de tirarlas al río.

—No seas pesado. Andaba buscando a un tipo que solía rondar por el bar. Era muy eficiente. —Y por el medio del Hudson una chata-aliscafo rozó la espuma. Sobre su cubierta estaban posados una docena de helicópteros, destinados a la Base Patrullera cercana al Verrazano, sin duda. Pero por algunos momentos miré ahora al muchacho, ahora al transporte, lleno de sentimientos paranoides a causa de Maud. Pero la barca se perdió con un zumbido en la oscuridad—. Esta noche me lo hicieron picadillo.

Halcón metió las puntas de los dedos en los bolsillos y cambió de posición

—Lo cual me deja en la estacada. No pensé que se quedaría con todas pero al menos me hubiera mandado a otra gente que quizá sí.

—Esta noche voy a una fiesta —hizo una pausa para mordisquearse el resto de la uña del meñique— donde tal vez puedas venderlas. Alex Spinnel da una fiesta en honor de Regina Abolafia en la Cúpula.

—¿La Cúpula...?

Hacía tiempo que no parrandeaba con Halcón.

A las diez Caldera del Diablo; Cúpula a medianoche...

—Yo voy porque va a estar Edna Silem.

Edna Silem es la decana de las Cantoras neoyorkinas.

El nombre de la senadora Abolafia ya me había pasado por los ojos esa noche en una cinta de luz. Y en alguna de las interminables revistas que me tragué cuando volvía de Marte, recuerdo el nombre de Alexis Spinnel asociado a un párrafo que hablaba de una cantidad fabulosa de dinero.

—Me gustaría volver a ver a Edna —dije con displicencia—. Pero ella no se va a acordar de mí —La gente como Spinnel y su clase tiene su jueguito, y yo lo descubrí durante la primera etapa de mi amistad con Halcón. El que puede reunir bajo un mismo techo la mayor cantidad de Cantores de la Ciudad, gana. Hay cinco Cantores en Nueva York (comparte el segundo puesto con Lux de Iapetus). Tokio va a la cabeza con siete— ¿Es una fiesta de dos Cantores?

—Más bien de cuatro... si voy yo.

El baile inaugural del alcalde tiene cuatro.

Alcé la ceja correspondiente.

—Edna me tiene que pasar la Palabra. Cambia esta noche.

—Está bien —dije—. No sé lo que te propones, pero soy pierna.

Cerré el maletín.

Caminamos de regreso en dirección a Times Square. Cuando llegamos a la Octava Avenida y al primero de los pavimentos de plastiplex, Halcón se detuvo.

—Espera un minuto —dijo. Se abotonó la chaqueta hasta el cuello—. Vamos.

Pasearse por las calles de Nueva York con un Cantor (dos años atrás había dedicado mucho tiempo a preguntarme si eso era prudente para un hombre de mi profesión) es tal vez el mejor camuflaje posible para un hombre de mi profesión. Piensa en la última vez que viste a tu estrella favorita de trideo dar la vuelta a la esquina de la Cincuenta y Siete. Ahora di la verdad. ¿Reconocerías al hombrecito de chaqueta de tweed que la sigue a medio paso de distancia?

La mitad de la gente con que nos cruzábamos en Times Square lo reconoció. Con su juventud, su atuendo funerario, pies negros y claro pelo ceniciento, era de lejos el más pintoresco de los Cantores. Sonrisas; miraditas de soslayo; en realidad, muy pocos señalaron o miraron sin disimulo.

—¿Quién exactamente va a estar allí que pueda sacarme de encima este fardo?

—Bueno, Alex mismo se jacta de ser una especie de aventurero. A lo mejor los otros le siguen la corriente. Y puede darte más de lo que podrías sacar malvendiéndolas por la calle

—¿Les dirías que queman?

—Eso probablemente le dará más sabor a la cosa. Es un buscador de emociones.

—Si tú lo dices, amigo.

Descendimos al sub-sub. El hombre de la ventanilla del cambio iba a tomar la moneda de Halcón, y entonces lo miró. Empezó a decir tres o cuatro palabras que resultaron ininteligibles a través de su sonrisa y luego nos hizo ademán de que pasáramos.

—Oh, gracias, —dijo Halcón—, con cándida sorpresa, como si fuese la primera vez que le sucedía algo tan maravilloso. (Dos años atrás me había dicho sabiamente: «Tan pronto como empiece a poner cara de esperar que suceda, dejará de suceder»). Todavía me impresionaba la forma en que vivía su notoriedad. La vez que conocí a Edna Silem y se lo mencioné, ella me dijo con idéntica candidez: «Pero si es por eso que nos eligen»).

Entramos al coche iluminado y nos sentamos en el asiento largo; las manos de Halcón descansaban a sus costados, un pie apoyado sobre el otro. Frente a nosotros una barrita de masca-chicles de blusas claras contenía la risa y señalaba y trataba de que no se notara. Halcón ni se dignó mirarlas y yo, por mi parte, miré, tratando de que no se notara.

Formas oscuras pasaban veloces por la ventanilla.

Debajo del piso gris zumbaban cosas.

Una vez una sacudida.

Una salvada: afloramos a la superficie.

Afuera, la ciudad se vestía con sus mil lentejuelas, que luego arrojaba tras la arboleda del Fuerte Tryon. Repentinamente, a las ventanas del edificio de enfrente le salieron escamas brillantes. Detrás de ellas fulguraron los rieles de una estación. Llegamos a la plataforma bajo una ligera llovizna. El letrero decía: ESTACIÓN DOCE TORRES.

Sin embargo, en el momento en que llegábamos a la calle, el chubasco había pasado. Las hojas que asomaban por encima del muro chorreaban agua sobre los ladrillos.

—Si hubiera sabido que traía a un amigo habría hecho que Alex mandara un auto a buscarnos. Le dije que había cincuenta por ciento de probabilidades de que viniera.

—Entonces, ¿te parece que está bien que yo me cuele?

—¿Acaso no viniste aquí conmigo otra vez?

—También estuve aquí una vez antes de eso —dije—. Sigues pensando que está.

Me fulminó con la mirada. Bueno, Spinnel estaría encantado de recibir a Halcón aunque llevase a la rastra toda una pandilla de verdaderas rocosas. Con un ladrón más o menos presentable, Spinnel la sacaba barata. A nuestra vera irrumpían las rocas, alejándose rumbo a la ciudad. Detrás del portón, a nuestra izquierda, los jardines ascendían hacia la primera de las torres Los doce inmensos y lujosos edificios de departamentos amenazaban a las nubes más bajas.

—Halcón el Cantor —dijo Halcón al micrófono que estaba al costado de la puerta. Clang y tictictic y Clang. Subimos por la rampa en dirección a puertas y puertas de cristal.

Un grupo de hombres y mujeres vestidos de fiesta salían del edificio. Tres hileras de puertas más allá nos vieron. Los podías ver fruncir la nariz ante el desarrapado que de algún modo había logrado escurrirse en el vestíbulo (por un momento me pareció que uno de ellos era Maud, porque llevaba una funda de tela evanescente, pero se dio la vuelta; detrás del velo la cara era oscura como café tostado); uno de los hombres lo reconoció, le dijo algo a los otros. Cuando nos cruzamos con ellos estaban sonrientes. Halcón les prestó tanta atención como la que les había prestado a las chicas del subte. Pero cuando se hubieron alejado, me dijo:

—Uno de esos tipos te miraba a ti.

—Sí. Me di cuenta.

—¿Sabes por qué?

—Estaba tratando de recordar si nos habíamos visto antes.

—¿Lo conocías?

Asentí.

—En el mismo lugar en que te encontré a ti, sólo que justo cuando acababa de salir de la cárcel. Te dije que ya antes había estado aquí una vez.

—Oh.

Una alfombra azul cubría las tres cuartas partes del vestíbulo. Un gran estanque

ocupaba el resto donde había una hilera de arriates de tres metros y media de altura, coronados por braseros llameantes. El techo del vestíbulo abovedado llegaba hasta el tercer piso y era un caleidoscopio de espejos.

Volutas de humo trepaban en espiral hasta la ornamentada reja. Las imágenes se quebraban y recomponían en las paredes.

La puerta del ascensor nos envolvió con sus pétalos laminados. Se tenía una extraña sensación de inmovilidad mientras setenta y cinco pisos se desplomaban a nuestro alrededor

Salimos al paisaje de la terraza-jardín. Un hombre de tez muy tostada, muy rubio, que vestía una malla color albaricoque de cuyo cuello emergía una polera negra, bajó por las rocas (artificiales) entre los helechos (naturales) que crecían a la orilla del arroyuelo (agua verdadera; corriente falsa).

—¡Hola! ¡Hola! —Pausa—. Me alegra muchísimo que, después de todo, te hayas decidido a venir. —Pausa—. Por un momento pensé que no vendrías. —Las Pausas tenían por fin darle a Halcón la oportunidad de presentarme. Yo estaba vestido en forma tal que a Spinnel le era imposible saber si yo era un premio Nobel del montón con quien Halcón había estado cenando o un lacayo cuyos modales y principios dejaban aún mucho más que desear que los míos propios.

—¿Quieres darme la chaqueta? —sugirió Alexis.

Lo cual significaba que no conocía a Halcón tan bien como quería hacer creer. Pero sospecho que tenía la suficiente sensibilidad como para captar por las cositas heladas que pasaron por la cara del chico que debía olvidar su ofrecimiento.

Me saludó con una inclinación, sonriendo —casi lo único que podía hacer— y nos acercamos a los invitados.

Edna Silem estaba sentada en un transparente cojín inflable. El cuerpo inclinado hacia adelante, sosteniendo la copa con ambas manos, discutía sobre política con la gente que estaba sentada en el césped frente a ella. Fue la primera persona que reconocí (pelo de plata bruñida: voz de virutas de bronce). Emergiendo de los puños de su traje hombruno, las arrugadas manos que aferraban el copón, temblorosas por las vehemencia de sus argumentos, se hundían bajo el peso de gemas y plata. Al volver la mirada a Halcón, vi a una media docena cuyos nombres-caras vendían revistas, música, llevaban gente al teatro (el crítico teatral de Delta, qué tal), y hasta el matemático de Princeton que, según yo leyera unos meses atrás había encontrado la relación «quasar/quark».

Había una mujer a la que mis ojos volvían constantemente. A la mirada número tres la reconocí como la candidata a presidente más promisoría de los Neofascistas, la senadora Abolafia. Estaba de brazos cruzados y escuchaba con apasionado interés la discusión ahora circunscripta a Edna y un joven demasiado gregario cuyos ojos estaban hinchados por lo que acaso fuese la adquisición reciente de lentes de contacto.

—Pero no le parece, señora Silem, que...

—Usted debe recordar cuando hace predicciones como esa...

—Señora Silem, he visto estadísticas que...

—Usted debe recordar... —su voz se puso tensa y bajó de tono, hasta que el silencio entre las palabras fue tan expresivo como parca y metálica era la voz que si todo, todo, se supiese, las estimaciones estadísticas serían innecesarias. La ciencia de la probabilidad da expresión matemática a nuestra ignorancia, no a nuestra sabiduría, lo cual, estaba pensando yo, era una segunda cuota de la conferencia de Maud, cuando Edna levantó la cabeza y exclamo:

—¡Qué ven mis ojos, Halcón!

Todo el mundo se dio vuelta.

—Sí que me alegro de verte. Lewis, Ann —dijo ella: ya había allí otros dos Cantores (él moreno ella pálida, ambos esbeltos como juncos; sus rostros hacían pensar en esos estanques sin drenaje o tributarios con que uno tropieza en los bosques, límpidos y muy quietos; marido y mujer, habían sido designados Cantores al mismo tiempo el día antes de su casamiento siete años atrás).

—¡No nos ha abandonado después de todo! —Edna se puso de pie, extendió el brazo por encima de las cabezas de la gente sentada, y ladró a través de los nudillos como si su voz fuese un taco de billar—. Halcón, aquí hay gente que discute conmigo y que no sabe del tema ni la mitad de lo que sabes tú. Tú estarás de mi parte ahora, no...

—Señora Silem, yo no quise... —desde el suelo.

Entonces los brazos de Edna giraron seis grados, sus dedos, sus ojos y su boca se abrieron.

—¡Tú! —Yo—. ¡Querido mío, a quien menos esperaba ver aquí! Bueno, si hace casi dos años ¿no? —Bendita Edna, el lugar donde ella, Halcón y yo habíamos pasado juntos una larga noche de copas se parecía más al bar aquél que a la Cúpula—. ¿Dónde te habías metido?

—En Marte, casi todo el tiempo —confesé. En realidad, hoy mismo acabo de llegar—. Es tan divertido poder decir cosas como ésta en un sitio como éste.

—Halcón... ustedes dos —(lo cual quería decir o que se había olvidado de mi nombre o que me recordaba lo bastante como para no abusar de él)—, vengan aquí y ayúdenme a liquidar el buen licor de Alexis. —Traté de no sonreír mientras nos acercábamos a ella. Si algo recordaba, debía recordar mi ramo de actividades y debía de estarla gozando tanto como yo.

El alivio se esparció por la cara de Alexis: ahora sabía al menos que yo era alguien, aunque no qué alguien era.

Cuando pasamos junto a Lewis y Ann, Halcón obsequió a los dos Cantores con una de sus sonrisas luminosas. Ellos le devolvieron sonrisas apagadas. Lewis saludó con la cabeza. Ann amagó tocarle el brazo pero dejó el gesto inconcluso, y a la concurrencia no le pasó inadvertido el entendimiento.

Habiendo averiguado lo que queríamos beber, Alex nos lo estaba preparando en altos vasos con hielo molido, cuando el caballero de los ojos hinchados se acercó en busca de otro trago.

—Entonces, señora Silem, ¿qué es, en su opinión, lo que puede oponerse con validez a semejantes abusos políticos?

Regina Abolafia vestía un traje de seda blanca. Uñas, labios y pelo eran del mismo color; y sobre el pecho llevaba un alfiler de cobre labrado. Siempre me ha fascinado observar a personas acostumbradas a ser centro cuando alguien las desplaza. Hacía girar su copa y escuchaba.

—Yo me opongo a ellos —dijo Edna—. Halcón se opone. Lewis y Ann se les oponen. Y en última instancia, somos nosotros lo único que ustedes tienen.

Y su voz había adquirido esa resonancia autoritaria que sólo los Cantores pueden adoptar.

En ese momento la carcajada de Halcón se enredó en la trama de la conversación. Nos volvimos.

Se había sentado cruzado de piernas cerca del seto.

—Miren... —dijo en un susurro.

Ahora las miradas siguieron la suya. Estaba mirando a Lewis y Ann. Ella alta y rubia, él moreno y más alto, de pie muy quietos, un poco nerviosos, con los ojos cerrados (los labios de Lewis estaban entreabiertos).

—Oh —murmuró alguien que hubiera tenido que saber que era mejor callarse—, van a...

Yo miré a Halcón porque nunca había tenido la oportunidad de observar a un Cantor durante la actuación de otro. Juntó las plantas de los pies se tomó los dedos con las manos y adelantó el torso, las venas trazaban ríos azules en su cuello. El botón superior de la chaqueta se le había desprendido. Por encima de la clavícula le asomaban dos cicatrices. Quizá nadie lo notó excepto yo.

Vi a Edna que depositaba su copa con una mirada de radiante y expectante orgullo. Alex, que había apretado el botón del autoabar (es curioso cómo la automatización se ha convertido en la forma en que la flor y nata hace ostentación del exceso de mano de obra) para obtener más hielo picado, levantó la vista, vio lo que estaba por suceder y apretó el interruptor. El zumbido del autoabar se fue apagando. Sopló una brisa (artificial o natural, no sabría decírtelo) y los árboles nos dieron un shh final.

Uno por vez, luego a dúo, y otra vez en solo, Lewis y Ann cantaron.

Los Cantores son personas que miran las cosas, luego van y le dicen a la gente lo que han visto. Lo que los convierte en Cantores es la habilidad que tienen para hacer que la gente escuche. Esta es la esquematización más magnífica que soy capaz de hacer. El Posado, de ochenta y seis años, en Río de Janeiro, vio derrumbarse una manzana de favelas, corrió a la Avenida del Sol y empezó a improvisar, en rima y

métrica (no muy difícil en el portugués tan rico en consonancias), las lágrimas le surcaban las polvorientas mejillas, la voz restallaba contra el verdor de las palmeras en la calle soleada. Centenares de personas se paraban a escuchar; otras cien; y otras y otras. Y ellas contaban a otros centenares lo que habían oído. Tres horas después, centenares de las que se habían enterado llegaban al sitio de la catástrofe con mantas y provisiones, dinero, y, lo más increíble, la voluntad y la habilidad de organizarse y trabajar comunitariamente. Jamás un noticiero de trideo sobre un desastre produjo una reacción parecida.

Posado está considerado históricamente como el primer Cantor. El segundo fue Miriamne, en la ciudad techada de Lux, quien durante treinta años recorrió las calles metálicas cantando las glorias de los anillos de Saturno... los colonos no pueden mirarlos sin la ayuda de filtros debido a los rayos ultravioleta que emiten los anillos. Pero Miriamne con sus extrañas cataratas, se encaminaba cada atardecer a los suburbios de la ciudad, miraba veía y regresaba para cantar lo que había visto. Todo lo cual no habría tenido mayor significado a no ser que durante los días en que ella no cantaba —por estar enferma, o una vez que fue de visita a otra ciudad hasta la cual había llegado su fama— la Bolsa de Valores bajaba, el número de crímenes violentos se incrementaba. Nadie podía explicárselo. Todo cuanto pudieron hacer fue proclamarla Cantora. ¿Por qué surgió la institución de los Cantores, como brotó repentinamente en casi todos los centros urbanos a lo largo y a lo ancho del sistema? Algunos conjeturaban que fue una reacción espontánea contra los medios masivos de difusión que sofocan nuestras vidas. Porque si bien el trideo y la radio y las cintas noticiosas difunden información a través de los mundos, también propagan un sentimiento de alienación respecto de las vivencias personales. (¿Cuánta gente concurre todavía a los espectáculos deportivos o a los mítines políticos con pequeños receptores conectados a los oídos a fin de cerciorarse de que lo que están viendo es real?). Los primeros Cantores fueron proclamados por sus conciudadanos. Luego, hubo un periodo durante el cual cualquiera que lo deseara podía proclamarse Cantor, y la gente o bien lo seguía o lo hundía en el olvido a carcajadas. Pero para la época en que yo fui abandonado en el umbral de alguien que no me deseaba, la mayoría de las ciudades había más o menos establecido una cuota extraoficial. Hoy en día, cuando queda una vacante, los demás Cantores eligen al que habrá de llenarla. Los requisitos son cierto talento poético y teatral, así como también cierto carisma generado por las tensiones entre la personalidad y la red publicitaria en la que un Cantor queda atrapado inmediatamente. Antes de llegar a Cantor, Halcón había alcanzado cierta prodigiosa reputación con un libro de poemas publicado a los quince años. Recorría universidades y daba recitales, pero su fama era aún lo bastante exigua como para que le sorprendiese el que yo lo Conociera de oídas esa noche que nos encontramos en Central Park (yo acababa de pasar treinta días de placer como huésped de la ciudad y es asombroso lo que uno encuentra en la Biblioteca de las Tumbas). Hacia pocas semanas que había cumplido los dieciséis. Iba a ser proclamado Cantor sólo dentro de

cuatro días, pero él ya estaba enterado. Estuvimos sentados hasta el amanecer en la villa del lago, mientras él sopesaba con angustia los pros y los contras de su futura responsabilidad. Dos años después, sigue siendo, con una ventaja de media docena de años, el Cantor más joven de seis mundos. Para llegar a Cantor, no es imprescindible ser poeta, pero la mayoría son poetas o actores. Sin embargo, en el elenco intermundial figuran un estibador, dos profesores universitarios, una heredera de los millones Silitach (fíjelo con Silitachas), y por lo menos dos personas de antecedentes tan dudosos que el Aparato Publicitario, siempre tan hambriento de sensacionalismos, se ha puesto de acuerdo en no permitir que ninguno de ellos pase de corrector de pruebas. Pero, cualquiera sea su origen, estos surtidos y fulgurantes mitos vivientes, cantan las cosas del amor, de la muerte, del ir y venir de las estaciones, de las clases sociales, de los gobiernos, de la guardia palaciega. Cantan para grandes y pequeñas multitudes, para un trabajador que regresa a casa desde los muelles de la ciudad, en las esquinas de los barrios bajos, en los coches de lujo de los trenes suburbanos, en las elegantes terrazas-jardín de las Doce Torres, para la selecta soirée de Alex Spinnel. Pero desde que surgió la institución, se declaró ilegal el reproducir las «Canciones» de los Cantores por medios mecánicos (incluso publicar las letras), y yo respeto la ley, la respeto como sólo puede hacerlo un hombre de mi profesión. Ofrezco, pues, esta explicación en reemplazo de la canción de Lewis y Ann.

Terminaron, abrieron los ojos, miraron alrededor con expresiones que podían ser de turbación o de desprecio.

Halcón adelantaba el torso con una mirada de embelesada aprobación. Edna sonreía cortésmente. Yo tenía en el rostro esa clase de sonrisa que aparece cuando uno se ha sentido profundamente conmovido y complacido. Lewis y Ann habían cantado maravillosamente

Alex recobró el aliento, echó una mirada alrededor para ver en qué estado estaban todos los demás, vio, y apretó el botón del autobar que empezó a zumbar y a moler hielo. Nada de aplausos, pero empezaron los ruidos admirativos, la gente asentía, comentaba, murmuraba. Regina Abolafia se acercó a Lewis para decirle algo. Yo traté de escuchar hasta que Alex me empujó el codo con una copa.

Oh, perdone...

Transferí el maletín a la otra mano y, sonriéndole, tomé la copa. Cuando la senadora Abolafia se apartó de los dos Cantores, éstos estaban tomados de la mano y se miraban el uno al otro como avergonzados. Se volvieron a sentar.

La concurrencia se dispersó en grupos por los jardines, por los bosquecillos. En lo alto, las nubes de color gamuza deslucida se plegaban y despleaban a través de la luna.

Durante un rato permanecí a solas en un círculo de árboles escuchando la música, un canon en dos movimientos compuesto por de Lassus, programado para radio-

generadores. Recordé: un artículo aparecido la semana anterior en una de las revistas literarias de mayor circulación diciendo que esa era la única forma de eliminar la sensación de las barras divisorias impuestas a los músicos modernos por cinco siglos de métrica. Durante dos semanas más este sería un pasatiempo aceptable. Los árboles circundaban un estanque de rocas, sin agua. Bajo la superficie de plástico, luces abstractas se tejían y entretejían en radiaciones cambiantes.

—¿Me permite...?

Me di vuelta par encontrar a Alexis, que ahora no tenía ni idea de qué hacer con las manos. Estaba nervioso.

—... pero nuestro joven amigo me ha dicho que usted tiene algo que podría interesarme.

Yo empecé a levantar mi maletín, pero la mano de Alex bajó de su oreja (ya había pasado del cinturón al pelo, del pelo al cuello) para detenerme. Nuevo rico.

—Está bien. No necesito verlas todavía. En realidad, prefiero no hacerlo. Tengo algo que proponerle Naturalmente, me interesaría lo que usted tiene si son, en verdad, como Halcón las describió. Pero tengo un invitado que tendría aún más curiosidad.

Eso me sonó raro

—Sé que suena raro —reconoció Alexis— pero pensé que a usted podría interesarle sólo por lo que representa desde el punto de vista financiero. Yo soy un coleccionista excéntrico que podría ofrecerle un precio acorde con el uso que fuera a darles: excéntricos temas de conversación y, dada la naturaleza de la compra, tendría que limitar estrictamente el número de personas con quien tratarlo.

Yo hice un gesto de asentimiento.

—Mi invitado, en cambio, podría encontrarles una utilidad mucho mayor

—¿Podría decirme quién es ese invitado?

—Le pregunté, por fin, a Halcón quién era usted y él me dio a entender que estaba a punto de cometer una grave indiscreción social. Revelarle a usted el nombre de mi invitado sería cometer una indiscreción semejante. —Sonrió—. Pero la discreción es el principal ingrediente del combustible que trace girar la maquina social, señor Harvey Cadwaliter-Erickson... —Sonrió con picardía.

Nunca en mi vida fui Harvey Cadwaliter-Erickson, pero hay que reconocer que Halcón fue siempre un chico muy imaginativo. De pronto, una idea me vino a la mente: los magnates del tungsteno, los Cadwaliter-Erickson de Tythis en Tritón. Halcón no era solamente imaginativo, era tan brillante como siempre lo están diciendo las revistas y periódicos.

—¿Supongo que su segunda indiscreción será el decirme quién es ese misterioso invitado?

—Bueno —dijo Alex con la sonrisa del gato engordado a canario—. Halcón estuvo de acuerdo conmigo en que el Halcón bien podría tener curiosidad por ver lo que usted tiene allí (señaló), como en verdad la tiene.

Yo arrugué el ceño. Luego pensé montones de pensamientos pequeños y rápidos

que iré expresando a su debido tiempo

—¿El Halcón?

Alex asintió.

No creo haber estado realmente enojado.

—¿Me mandarías un momento aquí a nuestro joven amigo?

—Como usted quiera.

Alex me hizo una reverencia y dio media vuelta. Apenas un minuto después Halcón trepó por las rocas y entre los árboles, con una ancha sonrisa. Al ver que yo no le sonreía, se detuvo.

—Mmm... —empecé a decir.

Eché hacia atrás la cabeza con desparpajo.

Yo me rasqué la barbilla con un nudillo.

—... Halcón —le dije— ¿conoces un departamento de la policía llamado Servicios Especiales?

—He oído hablar.

—De pronto han empezado a interesarse mucho por mí.

—Diantre —dijo con genuina sorpresa—. Se supone que son muy eficientes.

—Mmmm —reiteré.

—Oye —anunció Halcón —¿Qué me dices de ésta? ¿Sabías que mi tocayo está aquí, esta noche?

—Alex no se pierde una. ¿Tienes alguna idea de por qué está aquí?

—Probablemente tratando de hacer algún trato con Abolafia. Su investigación comienza mañana

—Oh —Volví a pensar algunas de las cosas que había pensado antes—. ¿Conoces a una tal Maud Hinkle?

Su mirada perpleja decía «no» en forma bastante convincente.

—Dice ser uno de los eslabones superiores de la arcana organización que te nombré.

—No me digas.

—Esta noche, un poco más temprano, puso fin a nuestra entrevista con una pequeña homilía a propósito de halcones y helicópteros. Yo tomé nuestro encuentro subsiguiente como una mera coincidencia. Pero ahora descubro que la noche ha confirmado su intimación de pluralidad. —Sacudí la cabeza—. Halcón, me siento repentinamente catapultado a un mundo paranoide donde las paredes no sólo tienen oídos, sino probablemente ojos y largos dedos provistos de garras. Cualquiera de los que me rodean, sí, hasta tú mismo, podría ser un espía. Sospecho que cada rejilla de desagüe, cada ventana de segundo piso oculta binoculares ametralladoras, o algo peor. Lo que no puedo imaginar es de qué modo esas fuerzas insidiosas, por ubicuas y omnipresentes que sean, te indujeron a ti a atraerme a esta trampa intrincada y diabó...

—¡Oh, acaba! —Con un brusco movimiento de cabeza echó el pelo hacia atrás—.

Yo no te atraje...

—Tal vez no conscientemente, pero los Servicios Especiales tienen un Banco de Información holográfica, y sus métodos son insidiosos y crueles...

—Te dije que terminarías de una vez. —Y otra vez le pasaron por la cara toda clase de cositas duras—. Te imaginas que yo... —Entonces, supongo, se dio cuenta de lo asustado que estaba yo—. Mira, el Halcón no es un ratero ocasional. Vive en un mundo tan paranoide como éste en el que tú te encuentras ahora, sólo que siempre. Si está aquí, puedes tener la seguridad de que hay tantos de sus hombres (ojos, oídos y dedos) como de Maud Hickenlooper.

—Hinkle.

—Da igual. Ningún Cantor va a... Oye, crees de veras que yo...

Y aunque yo sabía que todas esas muequitas duras eran costras para enmascarar el dolor, dije:

—Sí.

—En una oportunidad hiciste algo por mí y...

—Yo te di algunos costurones más, eso es todo. Todas las costras cayeron.

—Halcón —dije—. Muéstrame.

Respiró hondo. Luego empezó a desabrocharse los botones de bronce. Las solapas de la chaqueta se abrieron. Los rayos de luz le tiñeron el pecho de cambiantes tonos pastel.

Sentí que se me arrugaba la cara. No quise apartar la mirada. En cambio, respiré entre dientes, con un siseo, lo cual no fue mejor.

Levantó la cabeza.

—Hay muchas más que la última vez que estuviste aquí, ¿no?

—Te vas a matar, Halcón.

Se encogió de hombros.

—Ya ni siquiera puedo reconocer las que puse yo.

Se las miró para señalármelas.

—Oh, vamos —dije, con excesiva brusquedad. Y por espacio de tres inspiraciones, se fue poniendo cada vez más tenso, hasta que lo vi extender la mano para alcanzar el último botón—. Muchacho —dije, tratando de reprimir en mi voz la desesperación— ¿por qué lo haces? —y terminé por reprimir todo. No hay nada más desesperante que una voz en blanco.

Se encogió de hombros, comprendió que yo no quería eso y por un instante la furia centelleó en sus ojos verdes. Yo tampoco quería eso. Entonces dijo:

—Mira... uno toca a una persona con suavidad con dulzura, y quizá hasta con amor. Y, bueno, supongo que entonces el cerebro recibe un mensaje y algo, allí, lo interpreta como placer. Quizás algo allá arriba en mi cabeza hace una interpretación totalmente equivocada del mensaje...

Yo sacudí la cabeza.

—Tú eres un Cantor. Se sabe que los Cantores son excéntricos, es claro, pero...

Ahora él sacudía la cabeza. Entonces la furia se despejó. Y vi que una expresión pasaba de uno a otro de todos aquellos puntos que habían transmitido dolor al resto de sus facciones, y se desvanecía sin siquiera manifestarse en una palabra. Una vez más se miró las heridas que se entretejían como una red sobre el cuerpo esbelto.

—Abróchate, muchacho. Me arrepiento de haber hablado.

A mitad de la solapa sus manos se detuvieron.

—¿De veras piensas que sería capaz de entregarte?

—Abróchate.

Lo hizo. Luego dijo:

—Oh —Y a continuación—: Es medianoche ¿sabes?

—¿Y?

—Edna acaba de pasarme la Palabra.

—¿Cuál es?

—Agata.

Asentí.

Terminó de abrocharse el cuello.

—¿En qué estás pensando?

—Vacas.

—¿Vacas? —preguntó Halcón—. ¿Por qué vacas?

—¿Has estado alguna vez en un tambo?

Negó en silencio.

—Para extraer el máximo de leche se debe mantener a las vacas en un estado de, por así decir, vida latente. Se las alimenta por vía intravenosa desde un gran tanque que bombea nutrientes por medio de tubos que se ramifican en conductos cada vez más pequeños hasta que llega a todos esos semicadáveres de alto rendimiento.

—Lo he visto en películas.

—Gente.

—¿... y las vacas?

—Tú me has pasado la Palabra. Y ahora empieza a propagarse, a ramificarse, yo se la digo a otros, y ellos se la dicen a otros, hasta que mañana a medianoche...

—Voy a buscar...

—¡Halcón!

Se volvió.

—¿Qué?

—Tú dices que no crees que voy a ser víctima de las maquinaciones de las fuerzas misteriosas que saben más que nosotros... Bueno, esa es tu opinión. Pero tan pronto como consiga deshacerme de este fardo voy a ahuecar el ala en la forma más espectacular que has visto en tu vida.

Dos arruguitas verticales surcaron la frente de Halcón.

—¿Estás seguro de que esto no lo he visto antes?

—A decir verdad me parece que sí. —Ahora yo sonreí.

—Oh —dijo Halcón. E hizo un ruido que tenía toda la estructura de una carcajada pero no era más que aire—. Iré en busca del Halcón.

Desapareció entre los árboles.

Levanté la cabeza y contemplé las pinceladas de luz de luna en el follaje.

La bajé para mirar mi maletín.

Arriba, por entre las rocas, esquivando los pastos altos venía el Halcón. Vestía traje de etiqueta gris; polera de seda gris. Por encima de la cara escabrosa, el cráneo estaba totalmente afeitado.

—¿El señor Cadwaliter-Erickson? —me tendió la mano.

Yo se la estreché: huesecitos puntiagudos envueltos en piel fofa.

—¿Cómo debo llamarlo a usted señor...?

—Arty.

—Arty el Halcón.

Yo traté de hacer ver que su elegancia gris me dejaba indiferente.

Me sonrió.

—Arty el Halcón. Eso es. Elegí ese nombre cuando era más joven que nuestro común amigo. Alex dice que usted tiene... bueno, algunas cosas que no son precisamente tuyas. Que no le pertenecen.

Asentí.

—Muéstremelas.

—Le dijeron que...

Aventó con un gesto el final de mi frase.

—Vamos, déjeme ver.

Extendió la mano, sonriendo con tanta afabilidad como un cajero de banco. Pasé el pulgar por el cierre de presión. La tapa hizo tsk.

—Dígame —le dije, mirando su cabeza todavía inclinada para ver lo que yo tenía —¿qué hace uno con los Servicios Especiales? Parece que me siguen los pasos.

La cabeza se levantó. La sorpresa se transformó lentamente en una mueca escabrosa.

—¡Qué me dice, señor Cadwaliter-Erickson! —Me miró abiertamente de arriba abajo—. Mantenga sus ingresos a un nivel parejo. Manténgalos a un nivel parejo, eso es algo que puede hacer.

—Si usted me compra éstas por un valor cercano al que tienen, me va a ser un poquito difícil.

—Me lo imagino. Siempre queda el recurso de darle menos...

La tapa volvió a hacer tsk.

—O, a falta de eso, podría tratar de usar la cabeza y ganarles la mano.

—Usted ha de haberles ganado la mano alguna que otra vez. Ahora está a flote, pero no siempre habrá sido así.

El gesto de asentimiento de Arty el Halcón fue abiertamente astuto.

—Parece que usted tuvo un encontronazo con Maud. Bueno, supongo que las felicitaciones son de rigor. Y las condolencias. A mi siempre me gusta hacer lo que es de rigor.

—Me da la impresión de que usted sabe cómo cuidarse. Quiero decir que me he dado cuenta que usted no se mezcla con los invitados.

—Hay dos fiestas aquí esta noche —dijo Arty—. ¿Dónde supone que desaparece Alex cada cinco minutos?

Arrugué el ceño.

—Ese juego de luces entre las rocas —señaló a mis pies— es un mandala de matices cambiantes en nuestro cielorraso. —Alex se rió entre dientes—. Se escurre bajo las rocas donde hay un pabellón de un lujo asiático...

—¿Y otra lista de invitados en la puerta?

—Regina figure en las dos. Y yo también. Y también el chico, Edna, Lewis, Ann...

—¿Se supone que yo debo enterarme de todo esto?

—Bueno, usted vino con una persona que está en ambas listas. Pensé...

Hizo una pausa.

Yo andaba en la mala. Bueno. Un bululú aprende con rapidez que el factor de verosimilitud al imitar a alguien de las altas esferas estriba en la confianza que uno tiene en su inalienable derecho de equivocarse.

—Le propongo una cosa —le dije—: ¿Qué le parece si me cambia éstas —levanté el maletín— por información?

—¿Quiere saber cómo escapar de las garras de Maud? —En seguida meneó la cabeza—. Sería muy estúpido de mi parte decírselo, aun cuando pudiera. Además, usted tiene la fortuna de su familia en la que respaldarse. —Se golpeó la pechera con el pulgar—. Créame, muchacho. Arty el Halcón no tuvo eso. Yo no tuve nada parecido a eso. —Sus manos se hundieron en los bolsillos—. Déjeme ver lo que tiene.

Yo volví a abrir el maletín.

El Halcón miró durante un rato. Al cabo de unos minutos levantó un par, las hizo girar, las volvió a dejar en el maletín y se metió las manos en los bolsillos.

—Le daré sesenta mil, en tabletas de crédito aprobadas.

—¿Y qué me dice de la información que le pedí?

—No le diré una sola palabra. —Sonrió—. A usted no le diría ni la hora.

Hay muy pocos ladrones exitosos en este mundo. Y todavía menos en los otros cinco. El deseo de robar es un impulso hacia lo absurdo y el mal gusto. (Los dones son poéticos, teatrales y cierto carisma a la inversa...). Pero es una ambición, como la ambición de mando, de poder, de amor.

—Está bien —le dije.

En alguna parte, por sobre nuestras cabezas oí un leve zumbido.

Arty me miró con simpatía. Metió la mano bajo la solapa de su chaqueta y saco un puñado de tabletas de crédito... las tabletas orladas de escarlata cuyos talones valen diez mil cada uno. Arrancó uno. Dos. Tres. Cuatro.

—¿Puede depositar todo esto sin problema...?

—¿Por qué supone que Maud me anda siguiendo?

Cinco. Seis.

—Está bien —le dije.

—¿Qué le parece si incluye el maletín? —preguntó Arty.

—Pídale a Alex una bolsa de papel. Si usted quiere, se las puedo mandar.

—Traiga para acá.

El zumbido se oía cada vez más cerca.

Levanté el maletín abierto Arty se metió con ambas manos. Las guardó apresuradamente en los bolsillos de la chaqueta del pantalón, bultos angulosos distendían la tela gris. Miró a derecha e izquierda.

—Gracias —dijo—. Gracias.

Dio media vuelta y bajó de prisa la cuesta con los bolsillos llenos de cosas que ahora no eran de él.

Levanté la vista para buscar a través del follaje la causa del ruido pero no pude ver nada.

Me agaché y abrí mi maletín. Di un tirón al cierre del compartimiento secreto donde guardaba las cosas que si me pertenecían y hurgué entre ellas apresuradamente.

Alex le estaba ofreciendo otro whisky a ojos-hinchados, mientras el caballero decía:

—¿Alguien ha visto a la señora Silem? ¿Qué es ese zumbido allá arriba...? — cuando una mujer voluminosa envuelta en un velo de tela evanescente avanzó a los tropezones por entre las rocas, gritando a voz en cuello.

Con manos como zarpas se arañaba la cara velada.

Alex se derramó soda en la manga y el hombre dijo:

—¡Oh, Dios mío! ¿Quién es ésa?

—¡No! —chilló la mujer—. ¡Oh, no! ¡Auxilio! —agitando los dedos arrugados brillantes de anillos.

—¿No la reconoce? —Este era Halcón hablando en un susurro al oído de alguien—. Es Henrietta, condesa de Effingham.

Y Alex, el oído siempre alerta, se apresuró en acudir en su ayuda. La condesa, mientras tanto, se agachaba entre dos cactus, y desaparecía entre los pastos altos. Pero toda la concurrencia fue tras ella. Estaban removiendo la maleza cuando un caballero de calva incipiente, vestido de frac, con corbata y moño y faja, tosió y dijo, con una voz muy angustiada.

—Discúlpeme. ¿El señor Spinnel?

Alex giró sobre sus talones.

—Señor Spinnel, mi madre.

—¿Quién es usted?

La interrupción trastornó terriblemente a Alex.

El caballero se irguió para anunciar:

—El Honorable Clement Effingham —y las perneras de sus pantalones se sacudieron como un terremoto en el momento en que se disponía a estrechar los talones. Pero la articulación falló. La expresión se diluyó en su cara.

—Oh, yo... mi madre, señor Spinnel. Estábamos abajo en la otra mitad de su reunión, cuando se puso muy nerviosa. Corrió aquí, escaleras arriba... ¡oh, le pedí que no lo hiciera! Sabía que a usted le molestaría. ¡Pero usted debe ayudarme! —y entonces miró para arriba.

Los otros también miraron.

El helicóptero oscurecía la luna, meciéndose entre sus dos parasoles gemelos.

—Oh, se lo suplico —dijo el caballero—. Usted busque por allí. Tal vez haya vuelto a bajar. Tengo que —miró rápidamente a ambos lados— encontrarla.

Corrió en una dirección mientras todos los demás corrían en otras.

Un estallido sincopó repentinamente el zumbido. Ahora en un rugido, mientras los fragmentos de plástico del techo transparente caían por entre las ramas con un castañeteo, chocaban contra las rocas.

Pude meterme en el ascensor y ya había presionado el borde del cierre del maletín, cuando Halcón se zambulló por entre los pétalos. El ojo eléctrico empezó a desplegarlos. Di un puñetazo al botón de CERRAR PUERTA.

El muchacho se tambaleó, rebotó de hombros en dos paredes, luego recuperó el aliento y el equilibrio.

—Ojo, hay policías bajando de ese helicóptero.

—Elegidos uno a uno por Maud Hinkle en persona sin duda.

Me arranqué de la sien el otro mechón de pelo blanco. Lo metí en el maletín arriba de los guantes de plastiderm (arrugas, gruesas venas azules, largas uñas de cornalina) que habían sido las manos de Henrietta, y que ahora descansaban entre los pliegues de gasa de su sari.

Luego, el tirón hacia abajo del ascensor al detenerse. El Honorable Clement estaba todavía a medias en mi cara cuando se abrió la puerta.

Gris sobre gris, con una expresión de profundo desaliento en el rostro, el Halcón se escurrió entre las puertas. A sus espaldas, la gente bailaba en un primoroso pabellón decorado con lujo asiático (y mandala de tonalidades cambiantes en el cielo raso). Arty me ganó en llegar al CERRAR PUERTA. Entonces me dirigió una mirada extraña.

Yo me limité a suspirar y terminé de sacarme a Clem.

—¿La policía está allá arriba? —reiteró el Halcón.

—Arty —le dije, ajustándome la hebilla del pantalón—, así parece. —El vehículo ganó velocidad—. Pareces casi tan nervioso como Alex. —Me encogí de hombros pare sacarme la chaqueta del frac, di la vuelta las mangas. saqué una muñeca y me arranqué la pechera almidonada con la corbata de moño negra, y la metí en el maletín junto con todas mis otras pecheras; di vuelta la chaqueta y me enfundé en el buen traje gris espigado de Howard Calvin Evingston. Howard (como Hank) es pelirrojo (pero no tan crespo).

El Halcón arqueó las cejas que no tenía cuando me saqué la peluca de Clem y sacudí mi propia cabellera.

—Veo que ya no anda por ahí con todas esas cosas abultadas en los bolsillos.

—Oh, ésas ya están a buen recaudo —dijo malhumorado—. Están a salvo.

—Arty —le dije adecuando mi voz al ingenuo registro de barítono inspirador de confianza de Howard— ha de haber sido mi vanidad descocada la que me hizo suponer que toda esa policía de Servicio Regular venía aquí sólo por mí...

El Halcón graznó literalmente.

—No se sentirían demasiado infelices si también me echaran el guante a mí.

Y desde su rincón, Halcón preguntó:

—Te has venido aquí con tu aparato de seguridad, ¿verdad, Arty?

—¿Y qué?

—Hay una forma en que puedes salir de ésta —me siseó Halcón. La chaqueta se le había abierto a medias sobre el estropeado pecho—. Y es que Arty te saque con él.

—Idea brillante —decidí—. ¿Quieres que te devuelva un par de miles por el servicio?

La idea no le causó ninguna gracia.

—No quiero nada de ti. —Se volvió a Halcón—. De ti necesito algo, chiquito. No de él. Mira, no estaba preparado para Maud. Si quieres que saque a tu amigo, tendrás que hacer algo por mí.

El muchacho parecía confundido.

Creí ver cierta presunción en la cara de Arty, pero se diluyó en una mueca de preocupación.

—Tienes que inventar alguna forma de llenar el vestíbulo de gente, y rápido.

Yo iba a preguntar por qué pero desconocía la magnitud del aparato de seguridad de Arty. Iba a preguntar cómo, pero el piso me empujó los pies y las puertas se abrieron de par en par.

—Si no lo puedes hacer —le gruñó el Halcón a Halcón— ninguno de nosotros saldrá de aquí. ¡Ninguno!

Yo no tenía idea de lo que iba a hacer el chico, Pero cuando me disponía a seguirlo al vestíbulo, el Halcón me asió por el brazo y siseó:

—¡¡Quédate aquí, pedazo de idiota!!

Di un paso atrás. Arty se apoyaba con todo su Peso en ABRIR PUERTA.

Halcón voló en dirección al estanque. Y se zambulló en él.

Llegó a los trípodes de tres metros y medio y empezó a escalar.

—¡Se va a lastimar! —murmuró el Halcón.

—No me digas —le dije, pero no creo que captara mi cinismo.

Por debajo del gran fuentón de fuego, Halcón hacia piruetas. De pronto algo se desprendió allí. Algo más sonó: ¡Clang! Y algo más cayó al agua con un chapoteo. El fuego se propagó veloz por el reguero y llegó al estanque, con llamaradas rugientes e infernales.

Una flecha negra con una cabeza dorada: Halcón se zambulló.

Me mordí el carrillo por dentro cuando sonó la alarma. Cuatro personas uniformadas avanzaban por la alfombra azul. Otro grupo que venía en dirección contraria, vio las llamas y una de las mujeres gritó. Yo solté el aire de los pulmones, pensando que la alfombra, las paredes y el cielo raso tenían que ser a prueba de incendio. Pero la idea se me perdió de vista ante los casi dieciocho metros de infierno.

Halcón salió a la superficie junto al borde del estanque en el único lugar libre de llamas, rodó sobre la alfombra, tapándose la cara con las manos. Y rodó, y rodó. Entonces se puso de pie.

Otro ascensor volcó su carga de pasajeros boquiabiertos y boqueantes. Una dotación franqueaba ahora las puertas con equipos extintores. La alarma seguía sonando.

Halcón se dio vuelta para mirar a la docena de personas reunidas en el vestíbulo. El agua formaba charcos sobre la alfombra alrededor de las perneras de su pantalón empapado y brillante. Las llamas convertían las gotas que le resbalaban por el pelo y las mejillas en cobre y sangre centelleantes.

Se golpeó con los puños los muslos mojados, inspiró profundamente, y en medio del rugido y las campanas y los murmullos, Cantó.

Dos personas volvieron a meterse en dos ascensores. Por una de las partes emergió media docena más. Los ascensores regresaron medio minuto después con una docena cada uno. Comprendí que el mensaje se estaba difundiendo en todo el edificio: había un Cantor Cantando en el vestíbulo.

El vestíbulo se llenó. Las llamas rugían, los bomberos se revolvían inquietos en sus puestos, y Halcón junto al estanque en llamas, los pies separados sobre la alfombra azul, Cantaba, y Cantó acerca de un bar próximo a Times Square lleno de ladrones farloperos, camorristas, borrachos, mujeres demasiado viejas para mercar con lo que todavía ofertaban y otros trueques un poco rufianescos por lo demás donde, en las primeras horas de la noche se había armado una trifulca, y un viejo había salido de la riña malherido.

Arty me tironeó de la manga.

—¿Qué...?

—Sígueme —siseó

La puerta del ascensor se cerró a nuestras espaldas.

Caminamos lentamente entre los oyentes embelesados, deteniéndonos para observar, deteniéndonos para escuchar. A decir verdad, yo no estaba en condiciones de hacerle justicia a Halcón. Buena parte de ese deambular lo dediqué a preguntarme qué clase de protección tendría Arty

Parado detrás de una pareja en salida de baño que guiñaba los ojos por el calor, decidí que todo era muy simple. Arty quería sencillamente escabullirse en medio de un gentío, así que había inducido a Halcón a que fabricara uno.

Para llegar a la puerta teníamos que atravesar prácticamente todo un cordón policial del Servicio Regular, que no creo tuviera nada que ver con lo que pudiese estar pasando en la terraza-jardín; se habían reunido allí con el solo objeto de ver el incendio y se habían quedado para escuchar el Canto. Cuando Arty palmeó a uno en el hombro, «Disculpe», para poder pasar, el policía lo miró, lo dejó de mirar y luego tuvo una brusca reacción de sorpresa al estilo Mack Sennet. Pero otro polizone captó toda la escena, y tocó al primero en el brazo y con un frenético y disimulado movimiento de cabeza lo disuadió. Luego los dos, deliberadamente, se pusieron de espaldas para escuchar al Cantor. Mientras se calmaba el terremoto de mi pecho, decidí que el aparato de seguridad del Halcón, los agentes y contraagentes, las maniobras y maquinaciones que se estaban desplegando en el vestíbulo en llamas, debía ser tan sutil e intrincado que intentar comprenderlo era condenarse a la paranoia total.

Arty abrió la puerta de calle.

De la última bocanada de aire climatizado salí a plena noche.

Bajamos a buen paso por la rampa.

—¿Eh, Arty?

—Tú tomas ese camino. —Señaló calle abajo—. Yo voy por éste.

—Eh... ¿qué camino es ése? —Señalé en mi dirección.

—La estación Doce Torres del sub-sub-subterráneo. Mira, te saqué de allí. Créeme, por el momento estás a salvo. Ahora toma un tren a algún lugar interesante. Adiós. Vete ahora.

Entonces Arty se metió los puños en los bolsillos y marchó de prisa calle arriba

Empecé a bajar, pegado al muro, temiendo que alguien desde un auto, al pasar, me acertase con un dardo o con un rayo de la muerte desde la espesura.

Llegué al sub

Y todavía no había pasado nada.

ÁGATA fue reemplazada por MALAQUITA:

TURMALINA:

BERILO (en ese mes cumplí los veintiséis):

PORFIRITA:

ZAFIRO (durante ese mes saque los diez mil que no había pellizcado y los invertí en El Glaciar, un palacio del helado perfectamente legal en Tritón —el primero y

único palacio del helado de Tritón— que prendió como la yesca, todos los inversores recibieron dividendos del ochocientos por ciento, fuera de broma. Dos semanas después había perdido la mitad de las ganancias en una serie de ilegalidades disparatadas, y me sentía muy deprimido, pero El Glaciar seguía rindiendo a manos llenas. Llegó la nueva Palabra):

CINABRIO:

TURQUESA:

OJO DE GATO: Héctor Calhoun Eisenhower se detuvo por fin y dedicó esos tres meses a aprender cómo convertirse en un miembro respetable de la clase media alta del bajo fondo. Este episodio da para una novela larga. Altas finanzas; grandes asesorías legales; selección de personal: ¡Fu! Pero las complejidades de la vida siempre me intrigaron Salí a flote. La regla básica es siempre la misma: observar con atención, imitar con eficiencia.

GRANATE:

TOPACIO (Murmuré esa palabra en la terraza de la Estación de Energía Trans-Satélite, y eso indujo a mis agentes a cometer dos asesinatos. Y ¿quieres que te diga una cosa? No se me movió un pelo):

AGUAMARINA:

Nos acercábamos al final de Aguamarina. Yo había regresado a Tritón exclusivamente por asuntos de El Glaciar. Era una mañana clara y hermosa: los negocios andaban sobre ruedas. Decidí tomarme la tarde libre e ir a hacer turismo a los Torrentes.

—... doscientos treinta metros de altura —anunció el guía, y todo el mundo a mi alrededor se apoyó en la barandilla y contempló allá arriba, a través del corredor de plástico, los acantilados de metano cubiertos de escarcha que se cernían sobre nosotros desde el frío resplandor verde de Neptuno.

—Avanzando unos pocos metros por la pasarela, damas y caballeros, captarán una primera imagen del Pozo de Este Mundo, donde, hace más de un millón de años, una fuerza misteriosa que la ciencia aun no ha podido explicar hizo que veinticinco millas cuadradas de metano congelado se licuefactaran por espacio de sólo unas pocas horas durante las cuales un remolino dos veces más profundo que el Gran Cañón de la Tierra quedó inmovilizado por los siglos de los siglos cuando la temperatura descendió una vez más a...

La gente avanzaba por el corredor cuando la vi, sonriente. Ese día mi pelo era negro e hirsuto, y mi tez, castaño oscura.

Sospecho que me sentí demasiado seguro de mi Y no me tomé el trabajo de alejarme. Hasta contemplé la posibilidad de un avance. De pronto ella lo echó todo a perder volviéndose bruscamente a mi y diciéndome con cara de piedra:

—¡Caramba, nada menos que Hamlet Caliban Enobarbus!

Los antiguos reflejos reacomodaron mis facciones para conciliar el gesto de confusión con la sonrisa de indulgencia. Perdón, pero me parece que usted se

equivoca... No, no lo dije.

—Maud —le dije—, ¿has venido hasta aquí pare decirme que me ha llegado la hora?

La cubrían varios matices de azul, con un gran broche azul en el hombro, evidentemente de cristal. Sin embargo, noté al mirar a los otros turistas que ella pasaba más inadvertida que yo en medio de toda esa finura.

—No —dijo—. En realidad estoy de vacaciones. Lo mismo que tú.

—¿Fuera de broma? —Nos habíamos quedado atrás—. Me estás tomando el pelo.

—Los Servicios Especiales de la Tierra, aunque cooperarnos con los Servicios Especiales de otros mundos, no tienen jurisdicción oficial en Tritón. Y puesto que has venido aquí con dinero y que la mayoría de tus ingresos declarados provienen de El Glaciar, si bien los Servicios Regulares de Tritón podrían tener interés en echarte el guante, los Servicios Especiales todavía no te siguen el rastro. —Sonrió—. Aún no he ido al Glaciar. Sería realmente divertido poder contar que me llevó allí uno de los dueños. ¿Te parece que podríamos ir a tomar algo?

La arremolinada corona del Pozo de Este Mundo se alejó en su opalescente magnificencia. Los turistas contemplaban y el guía seguía hablando de índices de refracción, ángulos de declive.

—Me parece que no confías en mí —dijo Maud.

Mi mirada decía que estaba en lo cierto.

—¿Has tenido alguna vez algo que ver con drogas? —preguntó de pronto.

Fruncí el ceño.

—No, hablo en serio. Quiero tratar de explicarte algo... un detalle que quizá haría más fácil la vida para ambos.

—Periféricamente —dije—. Estoy seguro de que toda la información consta en tus prontuarios

—Durante varios años yo estuve envuelta en eso mucho más que periféricamente —dijo Maud—. Antes de entrar en los Servicios Especiales estuve en la División Estupefacientes de la policía regular—. Y la gente con quien tratábamos durante las veinticuatro horas del día eran drogadictos o traficantes. Para agarrar a los grandes teníamos que hacernos amigos de los pequeños. Para agarrar a los más grandes teníamos que hacernos amigos de los grandes. Teníamos que vivir según sus horarios, hablar su misma jerga, durante meses y meses y meses vivir en las mismas calles, en el mismo edificio. —Se apartó de la barandilla para dejar pasar a un jovencuelo—. Dos veces me tuvieron que dar licencia pare hacer curas de desintoxicación de morfina mientras estuve en el escuadrón. Y mi hoja era más limpia que la de la mayoría.

—¿A dónde quieres llegar?

—A esto. Tú y yo navegamos ahora en las mismas aguas, aunque sólo sea por las profesiones que uno y otro hemos elegido. Te sorprendería saber la cantidad de conocidos comunes que ya tenemos. No te asombre que nos encontremos un día

cruzando la Plaza Soberana de Bellona, y luego, dos semanas más tarde, caigamos al mismo restaurante en Lux de Iapetus a la hora de la comida. Aunque los círculos en que nos movemos abarcan mundos, son los mismos, y no tan grandes.

—Vamos —No creo que mi voz sonara feliz—. Permíteme que te ofrezca ese helado.

Emprendimos el regreso por el sendero para peatones.

—¿Sabes una cosa? —dijo Maud—. Si consigues no caer en manos de los Servicios Especiales de aquí y de la Tierra durante un tiempo suficiente, tarde o temprano estarás en la cima con enormes ingresos que crecerán como bola de nieve en una pendiente. Puede que te lleve unos cuantos años, pero es posible. Ahora no hay ningún motivo para que seamos enemigos personales. Quizás algún día llegues a ese punto en que los Servicios Especiales pierdan interés en ti como presa. Oh, pero nos seguiremos viendo, encontrándonos. Mucho de nuestro material informativo lo conseguimos de la gente de arriba. Y también nosotros estamos en condiciones de ayudarte a ti, ¿te das cuenta?

—Has estado despachando hologramas otra vez.

Ella se encogió de hombros. Su rostro era decididamente espectral bajo el pálido planeta. Cuando llegamos a las luces artificiales de la ciudad, dijo:

—Oh, conocí a dos amigos tuyos hace poco, Lewis y Ann.

—¿Los Cantores?

Asintió.

—Oh, en realidad yo no los conozco mucho.

—Ellos parecen saber muchas cosas sobre ti. Quizá por intermedio del otro Cantor, Halcón.

—Oh —volví a decir—. ¿Te dijeron como estaba?

—Hace un par de meses leí que se estaba recuperando. Pero desde entonces, nada.

—Eso es más o menos lo que yo también sé —dije.

—La única vez que lo vi fue cuando lo saqué —dijo Maud.

Arty y yo habíamos salido del vestíbulo antes de que Halcón terminase. Al día siguiente, me enteré por las cintas noticiosas que, cuando hubo terminado de Cantar, había largado la chaqueta con un movimiento de hombros, dejado caer los pantalones y se había vuelto a meter en el estanque.

La dotación de bomberos se había despertado bruscamente, la gente empezó a correr de acá para allá y a gritar: lo habían rescatado, con el setenta por ciento del cuerpo cubierto de quemaduras de segundo y tercer grado. Yo me había dedicado con ahínco a no pensar en eso.

—¿Tú lo sacaste?

—Sí. Yo estaba en el helicóptero que aterrizó en el techo —dijo Maud—. Pensé que a ti te impresionaría verme.

—Oh —dije—. ¿Cómo llegaste a sacarlo?

—Cuando ustedes emprendieron la retirada, la guardia de seguridad de Arty se las ingenió para trabar los ascensores más arriba del piso setenta y uno, así que nosotros no llegamos al vestíbulo hasta después que ustedes salieran del edificio. Fue entonces cuando Halcón trató de...

—¿Pero en realidad fuiste tú quien lo salvó?

—¡Los bomberos de ese barrio no habían tenido un solo incendio en doce años! No creo que supieran siquiera cómo se manejaba el equipo. Hice que mis muchachos cubrieran el estanque de espuma, entonces me metí y lo saqué...

—Oh —volví a decir. Había hecho todo lo posible, casi lo había logrado, en estos once meses. No estaba allí cuando sucedió. No era asunto mío. Maud estaba diciendo:

—Pensamos que quizás él nos diera una pista para llegar a ti. Pero cuando lo llevé a la villa estaba totalmente inconsciente, no era nada más que un horrible montón de heridas abiertas, chorreando...

—Debí imaginarme que los Servicios Especiales también usan a los Cantores —dije—. Todos lo hacen. La Palabra cambia hoy, ¿no? ¿Lewis y Ann no te dijeron cuál es la nueva?

—Los vi ayer y la Palabra no cambia hasta dentro de ocho horas. Además, no me la dirían a mi, en todo caso. —Me miró de soslayo y frunció el ceño—. Claro que no.

—Vamos a tomar unos helados —le dije—. Vamos a charlar de naderías y a escucharnos el uno al otro con atención, mientras adoptamos un aire displicente; tú tratarás de pescar al vuelo cosas que te ayudarán a agarrarme y yo trataré de pescar al vuelo lo que dejes escapar que pueda ayudarme a darte el esquinazo.

—Umhm —asintió.

—En todo caso, ¿por qué te acercaste a mi en aquel bar?

Ojos de hielo:

—Ya te lo dije, simplemente porque navegamos en las mismas aguas. No es nada raro que ambos estemos en el mismo bar la misma noche.

—Sospecho que esta es justamente una de las cosas que yo no tengo que comprender ¿mmm?

Su sonrisa fue oportunamente ambigua. No insistí.

Fue una tarde muy aburrida. No podría repetir ni una sola de las tonterías que intercambiamos mientras parloteamos por sobre las montañas de crema batida coronada de cerezas. Empeñábamos ambos tanta energía en mantener la apariencia de estar divirtiéndonos, que dudo que ninguno de los dos pudiera encontrar la forma de pescar algo significativo; si es que se dijo algo significativo.

Se marchó. Durante un rato mis melancólicos pensamientos giraron en torno del ennegrecido y chamuscado fénix.

El mayordomo de El Glaciar me llamó a la cocina para preguntarme por un embarque de leche de contrabando (El Glaciar elabora todos sus helados) que yo

había logrado escamotear en mi último viaje a la Tierra (es asombroso lo poco que ha progresado la explotación lechera en los últimos diez años: me deprime pensar lo fácil que fue engatusar a ese vermontés fanfarrón) y bajo las luces blancas y entre las grandes batidoras de plástico, mientras yo trataba de aclarar las cosas hizo algún comentario acerca del Emperador de las Cremas Heladas Heist; que no me cayó nada bien.

Hacia la hora en que empezó a caer la clientela nocturna, y la maquinita a tararear, y las paredes de cristal a centellear; y la troupe —una novedad de esa semana— a dejarse convencer de salir a escena a pesar de todo (un baúl de disfraces se había perdido en tránsito lo había sido escamoteado, pero eso yo no se lo iba a decir), y yo, yendo de mesa en mesa, personalmente, había pescado a una jovencita muy mugrienta, evidentemente idiotizada por la falopa, tratando de robarle la cartera a un cliente por detrás de una silla —no hice más que tomarla por la muñeca, hacer que la soltara y acompañarla hasta la puerta delicada, delicadamente mientras ella me miraba parpadeando con ojos dilatados y el cliente nunca se enteró— y la troupe, habiendo decidido qué demonios, estaba actuando au naturel, y todo el mundo se estaba divirtiendo a lo grande, yo me sentía realmente mal.

Salí al aire libre, me senté en los anchos escalones y gruñía cada vez que tenía que correrme para dejar salir o entrar a la gente. Cuando andaba por el gruñido número setenta y cinco, la persona contra quien gruñía se detuvo a mi lado y me retumbó en la cabeza.

—Estaba seguro de que terminaría por encontrarte si te buscaba con bastante empeño. Quiero decir si realmente buscaba.

Miré la mano que aleteaba sobre mi hombro. seguí el brazo hasta el cuello de la polera negra, donde había una cabeza carnosa, calva, sonriente.

—Arty —dije—. ¿Qué estás...?

Pero él seguía palmoteándome y riéndose con imperturbable gamutlicheit.

—No te imaginas el tiempo que me llevó conseguir una foto tuya, muchacho. Tuve que sobornar a uno del Departamento de Servicios Especiales de Tritón. Ese truco de los cambios súbitos. Tu gran treta. ¡Grandiosa! —El Halcón se me sentó al lado y dejó caer la mano sobre mi rodilla—. Flor de negocio tienes aquí. Me gusta, me gusta mucho —Huesecillos en buñuelo venoso—. Pero todavía no lo bastante como para hacerte una oferta. A pesar de todo, estás aprendiendo rápido. Yo te puedo asegurar que estás aprendiendo rápido. Voy a sentirme orgulloso de poder decir que yo fui el que te dio la primer gran oportunidad. —Retiró la mano y empezó a amasársela con la otra—. Si tienes intenciones de mudarte entre los grandes, tienes que tener por lo menos un pie bien plantado en la margen derecha de la ley. La cuestión es que te hagas indispensable a la gente que vale la pena, una vez hecho eso, un rufián que se precie tiene las llaves de todas las cajas fuertes del sistema. Pero no te estoy diciendo nada que tú ya no sepas.

—Arty —le dije— ¿te parece conveniente que nos vean a los dos, aquí, juntos...?

El Halcón se puso la mano sobre la solapa y la sacudió con aire de desaprobación.

—Nadie nos puede sacar una foto. Mi escolta anda por aquí. Nunca salgo a la calle sin mi aparato de seguridad. He oído decir que tú también anduviste metiendo mano en este negocio de la seguridad —lo cual era cierto—. Buena idea. Excelente. Me gusta la forma en que te estás manejando.

—Gracias, Arty, esta noche no estoy muy en vena. Salí aquí a tomar un poco de aire...

La mano de Arty volvió a revolotear

—No te aflijas. No me quedaré mucho. Tienes razón. No nos deben ver. Sólo que pasaba por aquí y quise saludarte. Nada más que saludarte. —Se puso de pie—. Eso es todo.

Empezó a bajar los peldaños.

—¿Arty?

Volvió la cabeza.

—En algún momento, pronto, regresarás; y entonces querrás comprarme mi parte en El Glaciar, porque yo habré crecido demasiado; y yo no querré vender porque pensaré que soy lo bastante grande como para pelearte. Así que por un tiempo seremos enemigos. Tú tratarás de matarme. Yo trataré de matarte a tí.

En su cara, primero la mueca de confusión; luego la sonrisa indulgente.

—Veo que has captado la idea de la información holográfica. Muy bien. Bien. Es la única forma de ganarle la mano a Maud. Asegúrate de que toda la información que tienes te dé un panorama total de la situación. Es la única forma de ganarme la mano también a mí. —Sonrió, empezó a dar media vuelta pero se le ocurrió otra idea—. Si puedes resistirme el tiempo suficiente, y seguir creciendo, mantén tu sistema de seguridad al pelo, podría llegar el momento en que a ambos nos convenga trabajar otra vez juntos. Si puedes aguantar, volveremos a ser amigos. Algún día. Mantente alerta. Espera.

—Gracias por decírmelo.

El Halcón miró su reloj.

—Bueno. Adiós. —Pensé que por fin iba a marcharse. Pero volvió a mirarme—. ¿Tienes la nueva Palabra?

—Es cierto —dije—. Salía esta noche. ¿Cual es?

El Halcón esperó a que la gente que bajaba se alejara. Miró presuroso alrededor, luego se inclinó hacia mí y haciendo bocina con las manos, dijo roncamente:

—Pirita —y me hizo una gran guiñada—. Me la acaba de pasar una fulana que la consiguió directamente de Colette (una de los tres Cantores de Tritón). —Entonces se dio la vuelta, bajó, meneándose, los escalones, y se abrió paso a fuerza de hombro entre el gentío que pasaba por la rambla.

Yo me quedé allí, sentado, rumiando la mufa del año, hasta que tuve que levantarme y caminar. Todo cuanto el caminar hace por mis estados depresivos es

redoblar el ritmo de mi paranoia. Cuando regresaba había elaborado ya la trama de todo un sistema alucinatorio: El Halcón había empezado a tejer a mi alrededor una verdadera red de seguridad que concluía cuando todos quedábamos atrapados en un callejón sin salida, y yo, tratando de conseguir ayuda, gritaba «¡Pirita!», que resultaba no ser para nada la Palabra, sino que servía para identificarme al hombre de los guantes negros con el revolver/la granada/el gas.

Había una cafetería en la esquina. A la luz de la ventana, apiñados en el cordón de la acera sobre las ruinas, había un grupo de roñosos (a la Tritón: cadenas alrededor de las muñecas, abejorros tatuados en las mejillas, botas de tacones altos los que podían pagárselas). A horcajadas sobre los faros delanteros hechos añicos estaba la pequeña morfinómana que horas antes echara de El Glaciar.

En un impulso me acerqué a ella.

—¡Eh, tú!

Me miró por debajo del pelo que parecía heno pisoteado, los ojos pura pupila.

—¿Tienes ya la nueva Palabra?

Se frotó la nariz, ya enrojecida de tanto rascarla

—Pirita —dijo—. Llegó hace alrededor de una hora.

—¿Quién te la pasó?

Consideró mi pregunta.

—La conseguí de un tipo que dice que la consiguió de un fulano que llegó esta noche de Nueva York a quien se la pasó un Cantor llamado Halcón.

Los tres roñas que estaban más cerca se esforzaban por no mirarme. Los que estaban más lejos se permitieron una ojeada.

—Oh —dije—. Oh. Gracias.

La navaja de Occam junto con cualquier información verídica sobre la forma en que actúan los equipos de seguridad, lima en gran parte las asperezas de esa paranoia. PIRITA. En un determinado nivel de mi línea de trabajo, la paranoia no es más que una enfermedad profesional. Al menos tenía la certeza de que Arty (y Maud) la padecían probablemente tanto como yo.

Las luces estaban apagadas en la marquesina de El Glaciar. Entonces recordé y corrí escaleras arriba.

Pero la puerta estaba cerrada con llave. Golpee un par de veces con los puños sobre el cristal, pero ya todos se habían ido a casa. Y lo peor era que lo podía ver allí, sobre el mostrador del vestuario, bajo la lamparilla anaranjada. Probablemente el Mayordomo lo había puesto allí, pensando que tal vez yo regresaría antes de que todos se marchasen. Mañana a mediodía Ho Chi Eng tenía que ir a buscar su reserva para la Suite Marigold de la Nave Interplanetaria El Cisne platinado que patria a las trece y treinta con destino a Bellona. Y allí, detrás de las puertas de cristal de El Glaciar, esperaban la peluca correspondiente, junto con los párpados epicánticos que dividirían por la mitad los endrinos ojos de azabache del señor Eng.

Hasta pensé en entrar como un ladrón. Pero la solución más práctica era hacer que los del hotel me despertasen a las nueve y entrar con el hombre de la limpieza. Di media vuelta y empecé a bajar los escalones; y la idea que se me ocurrió me entristeció terriblemente, así que parpadeé y sonreí sólo por reflejo: quizá fuese mejor dejarlo allí hasta la mañana, porque de todos modos no había en él nada que no era mío.

La raíz cuadrada de cerebro

Fritz Leiber

—De modo que viaja usted a menudo en platillos volantes, Mr. Satanelli —dijo cortésmente el Joven Modesto,

DODGSON, CHARLES LUTWIDGE. Véase Lewis Carroll. - Universal American Encyclopedia.

alzando su voz sólo lo suficiente para que resultara inteligible a través de la barahúnda de una fiesta en Hollywood, amplificada (la barahúnda) por un techo de veinte pies de altura y por las enormes cajas de resonancia de cinco habitaciones contiguas. Los pesados cortinajes eran discordantemente psicodélicos entre las amplias extensiones de cristal, en tanto que los muebles, con sus cromados y sus trapecios de rubia madera y almohadones tubulares y multicolores como píldoras de barbitúricos, semejaban más unas elegantes máquinas para el tratamiento de enajenaciones o para viajar a través del tiempo que divanes y sillones. Aquí y allí, envueltas en brillantes minitocados y estacionadas como estatuas, veíanse unas jovencitas con aspecto de starlets, de expresiones inteligentes, bellas, desconcertadas o levemente preocupadas, como si hubieran empezado a preguntarse si estaban allí como seres de carne y hueso o como un simple adorno.

El Joven Modesto tenía aquella expresión astuta y manhattaniana que en Nueva York resulta eficaz e incluso agresiva, pero que en Los Angeles, donde el metal es el oro, resulta un poco afeminada. Se había quedado muy serio después de formular su pregunta.

Morpheo Satanelli cubileteó diestramente su martini dentro de su copa, a fin de que no se derramara a consecuencia del cariñoso doble empujón que acababa de recibir de dos hermosas mujeres que no eran starlets, ataviadas respectivamente de azul y dorado. Respondió tranquilamente:

—Al igual que los demás, usted está interesado en los aspectos materiales de mis experimentos con platillos volantes y mis contactos con las gentes del espacio: lo cual encontrará perfectamente explicado en ese compendio del saber humano que es la Universal American Encyclopedia. Mas, para mí, lo espiritual

PERSONALIDAD DUAL, la supuesta distinción y acción potencialmente independiente de cada uno de los hemisferios cerebrales; de uno de los cuales, el izquierdo, proceden todos los impulsos vitales buenos y nobles, en tanto que del otro proceden todas las influencias malignas. Universal American Encyclopedia.

tiene la mayor importancia. «Morpheo, elévate a un plano superior —me sugiere siempre mi áureo Guía—. Te hemos hecho la gracia de esta visión infinita, para que puedas apartar los ojos de tu mezquino entorno terráqueo. Morpheo, ¿recuerdas la luz de la luna sobre Venus? ¿Los ondulantes mares de Mercurio acariciados por suaves lluvias? Morpheo, Morpheo...».

Una mano morena y rapaz, brillante de perlas, agarró el brazo del Joven Modesto.

—Esta es Friday Morphy —interrumpió la anfitriona, empujándole hacia un vestido blanco dentro del cual se encontraba una joven de cabello rubio platino y facciones hispano-irlandesas—. Friday recuerda todas sus vidas pasadas. Estamos registrándolas todas en mi antigua grabadora..., bobinas y bobinas.

Friday sonrió gravemente.

—He vivido y revivido muchas vidas. Ahora mismo, sueca, siglo diecisiete —dijo, con una monotonía musical.

—Eso suena un poco como un viaje a través del tiempo...

MANLIUS, MARCUS CAPITOLINUS, el salvador de Roma durante la invasión de los Galos, en el año 309 antes de Jesucristo. Cayó en desgracia a los ojos de los patricios, y murió ajusticiado el año 384 a. de J.C., despeñado desde lo alto de la roca Tarpeya. - Universal American Encyclopedia.

como ciencia-ficción —intervino un Anciano Vulgar, volviéndose hacia ellos mientras hablaba. Era obeso y parecía discretamente alegre.

—Algo por el estilo —dijo Friday.

El Joven Modesto dirigió una amistosa sonrisa al recién llegado y luego le preguntó cortésmente a Friday:

—Supongo que habla usted el sueco. El sueco del siglo diecisiete, claro.

Friday sacudió la cabeza tristemente.

—Nunca me acuerdo de los idiomas. Sólo de los acentos.

—El tropismo de inteligibilidad universal —explicó Morpheo Satanelli—. Cada mensaje tiende hacia un lenguaje que comprenda el auditorio, casi siempre inglés. De otro modo, los frutos de la mediación se perderían en la traducción, aparte de los gastos que comportaría esta última.

—Declaro —afirmó la Anfitriona con voz chillona —que hay más sabiduría secreta bajo este techo que en aquella inmensa biblioteca subterránea que Helena —Helena Blavatsky— visitó en el Tíbet.

Simultáneamente, el Anciano Vulgar murmuró aparte al Joven Modesto:

—Realmente, se encuentra uno con peces muy raros

UVA ESPIN, el fruto de la Ribes grosularia, y también el propio arbusto. El fruto es una baya succulenta, muy sana y agradable, de diversos colores: blanquecina, amarilla, verde y roja. Una especie americana tiene hermosas flores blancas y se

cultiva como arbusto ornamental, especie de Lofio, alcanza una longitud de 4 a 5 pies y un peso de 15 a 170 libras. Es pardo oscuro por encima, y blanco sucio debajo, y de aspecto horroroso (siendo conocido también como «pico ancho» y «pez diablo»). Su apetito es voraz, y se alimenta indistintamente de toda clase de peces, devorando ocasionalmente algunas aves, tales como gaviotas y patos. El pejesapo no sirve prácticamente para nada. - Universal American Encyclopedia.

aquí.

Aunque el Joven Modesto pareció momentáneamente regocijado por aquella observación, la cual demostraba que tenía un compañero en sufrimiento, había cierta tensión en su voz cuando dijo:

—Miss Morphy... y sir... Mr. Morpheo me ha estado hablando de sus viajes a bordo de platillos volantes. Estaba a punto de preguntarle qué es lo que hace volar a los platillos.

—Morpheo Satanelli. Para muchos planetas —rectificó el hombre aludido.

—De acuerdo, Satanelli. ¿Tiene algún parentesco con el individuo que dirige el Primer Templo de Culto Satánico en San Francisco? —preguntó el Joven Modesto, convertido en osado por la presencia del Anciano Vulgar junto a él.

—Ninguno —respondió Morpheo secamente—. Anton sigue otro camino —añadió—. En cuanto a la fuerza motriz de los platillos, funcionan por el color de los rayos: verde para la atracción, rojo para la repulsión, amarillo hacia el sol, azul hacia las estrellas, violeta...

—Eso fue lo que Jacob Boehme le dijo a Newton —confirmó Friday.

Morpheo se encogió de hombros.

—Yo no estoy interesado en la técnica. Eso es más propio de Gloriana Grant. —Señaló a la mujer no starlet del vestido dorado, y luego bajó el tono de su voz para informarles—: Ha ofrecido a las Fuerzas Aéreas los planos de la nave espacial que le envió su marido desde Saturno, pidiendo sólo dos millones...

—Tres millones, pero aceptaría dos y medio —rectificó alegremente Gloriana Grant, acercándose a ellos. Una de dos, o tenía un oído excepcional, o era cierto lo que se decía de su finura de oído, especialmente para las palabras relacionadas con el dinero—. Y esos dos millones y medio están destinados ya a un Centro de Supervivencia para cuando el peso de los icebergs hunda el mundo en 1985.

—¿Su... marido? Si he entendido bien... desde Saturno... ¿sí?... ¿Le ha enviado los planos de una nave espacial mediante una nave espacial? —inquirió el Joven Modesto con una suavidad que sus labios reseco desmentían.

Ella respondió vivamente:

—No, por telepatía: es mucho más seguro, más rápido, libre de vigilancia y, en su aspecto telequinético, el arma secreta maestra del universo. —Luego, su voz se convirtió en un susurro mientras revelaba (apretando el brazo de la mujer no starlet vestida de azul, la cual inclinó la mirada, presa de confusión)—: El Grupo de Asalto

Psiónico de Linda Lee, de la Jack Hemlock Society, desintegró el mes pasado por medio de rayos de energía mental

NEURASTENIA, un trastorno nervioso funcional resultante de la debilidad o agotamiento de los centros nerviosos. Entre los síntomas corrientes se encuentran la falta de energía, debilidad, irritabilidad, insomnio, acusado pesimismo, cefalgias, presión en la parte superior de la cabeza, dolor en la espalda, fallos de la memoria, desarreglos menstruales en las mujeres, trastornos sexuales en los hombres y trastornos gastrointestinales. El principal factor predisponente es la masturbación. - Universal American Encyclopedia.

siete satélites-espía rusos. Su destrucción es segura, porque las estaciones de rastreo han estado detectando fragmentos fantasmas de ellos en sus pantallas.

—¡Hurra por la vieja Linda! —gritó una recia voz masculina desde cierta distancia.

—¿De veras? —inquirió el Joven Modesto en tono algo estridente, mientras el Anciano Vulgar tiraba subrepticamente de su manga. Resonaron unos pasos detrás de él. Continuó—: En tal caso...

Un robusto brazo uniformado se enroscó alrededor de su hombro por un lado, y una corriente de aliento saturado de alcohol le abofeteó desde el otro. Al volverse, encontró su cara a unas pulgadas de otra cara áspera y papuda, con pelambreira plateada encima y un cuello con tres estrellas debajo.

—Querida Linda —dijo aquella cara—, tendrías ya diecisiete Medallas de Honor del Congreso si yo comandara el Ejército. Gloriana, cariño, ¿cuándo vas a entrar en razón en lo que respecta al precio? —A continuación se dirigió al Joven Modesto—: Le he estado observando, hijo, y puedo asegurarle que no ha aprendido aún a desenvolverse en estos ambientes. ¿Me permite una sugerencia amistosa? No ponga nunca en cuarentena la palabra de las personas interesantes

ANNEBERG, MOSES LOUIS, nació en Alemania y llegó a los Estados Unidos a edad muy temprana. Empezó su carrera como vendedor de periódicos en Chicago, más tarde ingresó en el departamento de circulación del Examiner de Chicago, y en 1904 había ascendido a director de aquel departamento. En 1926 abandonó la organización Hearst para poder dedicarse por entero a sus propias publicaciones, las cuales incluían el Daily Racing Form y el Nation-Wide News Service, y a sus numerosos negocios. Poco después Anneberg fundó la Miami Tribune, la Radio Guide, la Screen Guide y las Official Detective Stories. En 1936 sorprendió al mundo del periodismo al pagar la suma de 15.000.000 de dólares al contado a Mrs. Eleanor Elverson Patenotre por el Philadelphia Inquirer. En esta publicación se reflejó la capacidad directiva y la política progresista de Moe Anneberg, como es popularmente conocido. El autodidacta Anneberg, que cumplió 59 años el 11 de febrero de 1937, es una verdadera inspiración para la juventud de América. Anneberg se interesó por el

arte durante muchos años, posee una hermosa colección de obras maestras antiguas y es también un apasionado pescador. Su finca de Great Neck, en Long Island, es un verdadero palacio, y posee además una residencia de invierno en Miami Beach, un rancho en Wyoming y otras mansiones en Nueva York y Filadelfia. Murió oscuramente en una penitenciaría federal, a la cual había sido enviado por eludir el pago de impuestos. - Universal American Encyclopedia.

que dicen que están trabajando en beneficio de América. Por absurdas que resulten las cosas que dicen, pueden ser ciertas, ¿Tiene la Gente del Espacio observadores entre nosotros? ¿Agentes en la Casa Blanca? ¿Oficiales de enlace en el

ISLAS SHANTAR, un archipiélago del Mar Egeo, separado del continente siberiano por un estrecho canal; tiene una superficie de 1.100 millas cuadradas. La mayor de las diez grandes islas es Shantar. Esas islas no están habitadas, pero son visitadas por los buques mercantes. - Universal American Encyclopedia.

Pentágono? Ni siquiera yo podría decirlo con seguridad... y no lo haría si pudiera. Pero sé esto. —Su mirada se paseó del rostro del Joven Modesto al rostro del Anciano Vulgar—: extirpen el escepticismo de sus mentes y la debilidad de sus corazones. De un extremo a otro del país, tenemos grupos de investigación y de desarrollo que trabajan en todos los problemas del universo: fuerza motriz espacial, energía antigraavedad, incluso la fuerza motriz de los colores de Morpheo. Tenemos grandes cerebros en acción.

—General, si espera que sus cerebros realicen algo, será mejor que les diga que desconecten sus cabezas y sintonicen sus redas —interrumpió un hombre de rostro ojoso contra cuyo plexo solar, en vez de una corbata, colgaba un racimo de campanillas doradas—. La escalerilla genética que enseñó a trepar a mis acólitos, pisando firme en los infinitos peldaños del código de la DNA, conduce desde el nivel del ombligo hasta Dios, en ambos sentidos. Hasta hoy, sólo hemos descendido hasta la explosión de los protones que empieza este universo, y ascendido hasta el calor mortal que lo termina, pero, ¿quién sabe cuán lejos podemos haber llegado mañana? Sólo para estar a salvo de las hijas de Kali y de la muerte por el fuego

COMBUSTIÓN, el acto de arder, el estado de ser quemado. La Combustión Espontánea es la Combustión que se produce sin que el hombre ponga nada de su parte para producirla. Una Combustión del cuerpo humano producida por causas internas ocultas, se afirma que ha ocurrido varias veces, la mayoría de los casos en mujeres aficionadas con exceso al alcohol, y muy obesas o muy delgadas. Incendiadas accidentalmente por una brasa o una vela, o incluso por una chispa, se dice que su tronco ha ardido con gran rapidez, dejando un residuo de grasa y de cenizas fétidas, de olor nauseabundo, y conteniendo un hollín muy penetrante. Como posibles causas se han señalado el alcohol que saturaba sus cuerpos, la electricidad, el

hidrógeno fosfórico u otros gases inflamables liberados por la descomposición de las estructuras, aunque el tema exige hechos modernos comprobados y elucidación científica reciente. La mayoría de los químicos opinan que la Combustión del cuerpo humano del modo descrito es una imposibilidad. - Universal American Encyclopedia.

hay que mantenerse centrado. —Inclinó la mirada y tocó las campanillas doradas de modo que resonaran apagadamente contra el centro de su torso—. Lo mejor para centrarse es el oro. Y después los diamantes —añadió,

—Lo sé —dijo el general, con una sonrisa indulgente—. O'Leary se ocupa de eso.

—En Hight-Ashbury... —intervino una voz.

—Todo lo de Ashbury ha sido trasladado al Cañón Topanga —replicó otra voz.

—Muy interesante —observó el Anciano Vulgar.

El Joven Modesto asintió, con una considerable tensión en su cuello.

Un hombre de baja estatura y músculos de luchador de karate, con atuendo de playboy, entró como un meteoro, acompañado de dos monstruos con rostros de Frankenstein y cuatro beldades microvestidas y recién salidas de algún plató, a juzgar por su maquillaje pancromático.

—Los secretos del universo dejan de serlo en cuanto son atrapados por una cámara cinematográfica —dogmatizó el recién llegado—. A mí me llaman el Niño Prodigio

BONAPARTE, JEROME, nacido en 1784, se convirtió en oficial de marina y al principio de la guerra con Inglaterra se vio obligado a refugiarse con su barco en Nueva York, donde contrajo matrimonio con una joven norteamericana, Elizabeth Patterson, y vivió por espacio de dos años (1785-1789).

BOYER, JEAN PIERRE, Presidente de la República de Haití, fue un mulato, nacido en Port-au-Prince en 1776. Fue educado en Francia y en 1796 ingresó en el servicio militar. - Universal American Encyclopedia.

de Sunset Strip, de modo que escuchen con atención mi profecía de esta noche: cuando llegue, la Gran Película Norteamericana será un filme publicitario de tres horas de duración. Todos nuestros modernos Shakespeares son escritores publicitarios. Cuando esa basura dorada

MUERTE ELÉCTRICA, muerte resultante de la electricidad descargada a través del sistema animal. Cuando la electricidad se aplica a la ejecución de criminales (electrocución), la víctima es sentada en un sillón (silla eléctrica) y atada a él. Un electrodo con una superficie almohadillada húmeda se coloca contra su cabeza o alguna parte contigua. Otro electrodo se coloca contra alguna de las partes inferiores, y una corriente de una dinamo alterna circula durante quince o más segundos. La diferencia de potencial aplicada a los electrodos suele ser de unos 2.200 voltios. Este

elevado voltaje es necesario para vencer la resistencia del cuerpo, la cual varía de 20.000 a 60.000 ohmios. Una corriente de tres centésimas (0,3) de amperio suele ser fatal, aunque no siempre. - Universal American Encyclopedia.

dé en el blanco, habrá sabiduría cósmica esparcida por las paredes del Kremlin y de la Ciudad Prohibida.

Con un tic facial inmediatamente reprimido, el Niño Prodigio se alejó, seguido de sus acompañantes.

—Sólo viene a robar nuestras mejores ideas para sus películas —comentó Morpheo en tono acibarado, para añadir inmediatamente—: Claro que, si nuestras ideas se extienden, ¿qué importa el vehículo?

—La mano izquierda ayuda a la mano derecha —aprobó la Anfitriona—. El orgiástico Tantrie, el meditativo Tantric...

—La Pasión Satánica... Estaciones de

DIABLO, el tema de una asombrosa cantidad de especulaciones ociosas. — Universal American Encyclopedia.

la Cruz Invertida... Anton LaVey... —flotó una voz—. Wilhem Reich... La sustancia química del sexo, azul como un bebé... ¿O es sonrosado?

—Ron Hubbard... ¿Ha pagado usted 1.500 dólares por Excalibur?

—Roger Babson... La Fundación rechazó el ensayo de Gloriana, porque demostraba que la gravedad era una ilusión.

—Symmes, Teed, Burroughs... nuestra tierra hueca.

—Ignatius Donnelly, Hans Hoerbiger, Hans Schiller Bellamy, Immanuel Velikovsky... nuestro mundo golpeado muchas veces por cometas, lunas, planetas... Creo que si fuera hueco no podría resistirlo, pero supongo...

Mientras flotaban aquellas otras voces, el Joven Modesto y el Anciano Vulgar empezaron a alejarse.

La Anfitriona dijo, tras dirigirles una mirada fugaz:

—Tengo la impresión de que esos dos no encajan aquí.

—Dos —dijo Gloriana Grant—. El número de la discordia. Los números son misteriosos.

LOUISIANA, un estado de la parte central del sur de los Estados Unidos; limita con Arkansas, Mississippi, el Golfo de Méjico y Texas; admitido en la Unión el 30 de abril de 1812. En 1936 había en todo el Estado 1.318 blancos, 4.552 mexicanos, 776.326 negros, 1.536 indios, 522 chinos y 52 japoneses. - Universal American Encyclopedia.

—¡Escépticos! —exclamó Morpheo—. Los números siempre están de acuerdo con uno.

—Es evidente que esa pareja no había estado nunca en Bootcamp Pacific — observó el general.

—¡Oh! Son unos don nadie —resumió Linda Lee.

El Joven Modesto se sentó en un sillón complicadamente tubular.

—Este es un lugar muy fastidioso —dijo—. Oyendo hablar a esa gente, uno juraría que no pueden pertenecer a una raza que domina los vuelos espaciales

ARMADILLO, nombre hispanoamericano, incorporado al inglés, de varios mamíferos pertenecientes al orden Edentata, familia Dasipodidos, y su típico género Dasipus. El nombre implica que llevan una armadura. Cuando el animal se ve en peligro, puede improvisar un agujero y desaparecer en él con asombrosa rapidez. - Universal American Encyclopedia.

y la energía atómica.

—Pertenecen a ella —observó el Anciano Vulgar—. Y pronto alcanzarán el subespacio y viajarán hasta las estrellas.

—Escribiré un informe veraz, pero me pondrán de patitas en la calle —dijo el Joven Modesto quejumbrosamente—. Y en cuanto a mi artículo para la Enciclopedia Galáctica...

—Mis jefes son terriblemente incrédulos, también —declaró el Anciano Vulgar —, y los editores de la Galáctica todavía más. Es una suerte que nuestros caminos se hayan cruzado. Tal vez en otra ocasión...

—Sí, bueno... —empezó a decir el Joven Modesto, volviéndose hacia el Anciano Vulgar.

Con un ahogado pop, el sillón de curvas almohadilladas que ocupaba el Anciano Vulgar había desaparecido junto con su ocupante, sin dejar detrás de él más que una momentánea corriente de aire helado.

El Joven Modesto sonrió astutamente y murmuró para sí:

—... espacio.

Los tubos de su sillón empezaron

CARROLL, LEWIS. Véase Dogdson, Charles Lutwidge. - Universal American Encyclopedia.

a brillar débilmente. Elevándose sólo una fracción de pulgada por segundo, pero adquiriendo rápidamente velocidad, el sillón cruzó silenciosamente el umbral de la puerta, apuntado directamente a Marte.

El rastro del miedo

Katherine Mac Lean

El hambre no es una cosa tan terrible como parece. Algunos individuos que conocen los yogas Zen y Jaine me han dicho que podían pasar treinta días sin comer. Me enseñaron cómo. El único problema es que, cuando uno deja de comer, temblequea. Cuando yo tocaba un edificio, tenía la impresión que el mundo estaba temblando.

Si dijera en la oficina de colocación que el dinero de mi beca de estudiante se había volatilizado, me darían un subsidio de ayuda a los adultos y un billete para que abandonara Nueva York y no regresara nunca. No pensaba decírselo.

Ahmed el Árabe llegó a lo largo de la acera, caminando rápidamente. Ahmed solía ser el rey de nuestra pandilla infantil, y solía pedirme que le ayudara. Este año, Ahmed había ingresado en la Brigada de Rescate. Tal vez me permitiera ayudarlo; tal vez pudiera conseguir un empleo para mí.

Le hice una seña cuando estuvo más cerca.

—¡Ahmed!

Continuó caminando, de prisa.

—¡Hola, George! Vamos.

Eché a andar a su lado, acomodando mi paso al suyo.

—¿Por qué tanta prisa?

—Mira las nubes, muchacho. Algo está a punto de ocurrir. Tenemos que evitarlo.

Levanté la mirada hacia las nubes. Unas nubes sucias colgando sobre la ciudad, que parecían a punto de estallar y de esparcir fuego y mugre. En el Instituto de Psicología-A decían que la gente suele reaccionar de acuerdo con su estado de ánimo. Mi estado de ánimo era deplorable, pero a pesar de ello no sabía lo que en realidad significaba aquel cielo. Oscuro, sí, pero inofensivo.

—¿Qué es eso? —pregunté—. ¿Niebla?

Ahmed se detuvo y me miró a la cara.

—No. Es miedo.

Tenía razón. El miedo se extendía como una bruma a través del aire. Había miedo en las amenazadoras nubes y en la oscuridad a través de los rostros de la gente. La gente andaba bajo el pesado cielo, encogida como si cayera una fría llovizna. Por encima de nosotros, los edificios parecían tambalearse.

Cerré los ojos, pero aquella impresión no se desvaneció.

El año pasado, cuando Ahmed estaba haciendo prácticas para ingresar en la Brigada de Rescate, abrió un libro de texto y trató de explicarme algo acerca de la

diferencia entre realidad interna y realidad externa, y de cómo una multitud puede ser presa del pánico cuando todos sus componentes individuales ven la misma idea. Abrí los ojos y estudié a la gente que pasaba junto a mí. En Nueva York, la gente siempre parece tener prisa. ¿O acaso veían todos ellos los edificios tambaleándose y como a punto de caer? ¿Tenían miedo de mencionarlo?

—Ahmed, ¿qué pasaría si todos empezáramos a aullar: «¡Terremoto!» al mismo tiempo? ¿Seríamos presa de una ola de pánico?

—Probablemente. —Ahmed me estaba mirando con mucha atención ahora—. ¿Cómo te encuentras, George? Tienes cara de enfermo.

—Me siento miserable. Algo marcha mal en mi cabeza. Tengo vértigo.

El hablar empeoraba la cosa. Apoyé mi mano contra una pared. Las paredes oscilaron, y me sentí como tumbado en el suelo, a pesar que estaba de pie.

—¿Qué diablos me pasa? —inquirí—. No puedo estar enfermo por haberme pasado por alto un par de comidas, ¿verdad? —El mencionar la comida hizo que mi estómago se sintiera raro, vacío y seco. Súbitamente pensé en la muerte—. Ni siquiera tengo hambre —le dije a Ahmed—. ¿Estoy enfermo?

Ahmed, que había sido rey de nuestra pandilla infantil cuando éramos niños, era el único que conocía las respuestas.

—Muchacho, eres un excelente *pick up*. —Ahmed estudió mi rostro—. Alguien está en dificultades, cerca de aquí, y tú has sintonizado con él. —Miró hacia el cielo, por oriente y occidente—. ¿Qué camino es el peor? Tenemos que localizarle rápidamente.

Contemplé la Quinta Avenida. Los gigantescos edificios de cristal se erguían y resplandecían inseguros, mostrando nubes de color verde oscuro a través de ellos, y reflejando nubes grises como disolviéndose en el cielo. Tendí la mirada a lo largo de la calle Cuarenta y Dos hasta los gigantescos arcos del Centro de Transporte. Volví a contemplar la Quinta Avenida, hasta más allá de los leones de piedra de la Biblioteca, y luego hacia el este, hacia los letreros de neón y la excitación.

La oscuridad llegó hasta mí con dientes, como una boca gigantesca. Difícil de describir.

—Mal asunto —dije, temblando—. Mal asunto en todas direcciones. ¡Es toda la ciudad!

—No puede ser —dijo Ahmed—. Tenemos que estar cerca del lugar donde se encuentra la víctima.

Acercó el transmisor que llevaba en la muñeca a su boca y pulsó el botón de contacto.

—Estadísticas, por favor.

Una voz respondió:

—Aquí, estadísticas.

Ahmed articuló cuidadosamente:

—Llamada de emergencia. Agente de Rescate 54B. Deme las tendencias del día

en las admisiones en hospitales, todas las que sobrepasen el sigma recíproco 30. Señale el centro de cualquier zona con un aumento anormal de —me observó unos instantes— vértigos, fatiga y depresión aguda. —Volvió a observarme—. Revisen los casos de síndromes de ansiedad general y de hipocondría.

Esperó a que el Departamento de Estadística reuniera los datos.

Me pregunté si debía estar orgulloso, o avergonzado, o sentirme enfermo.

Ahmed esperó: delgado, eficiente, impaciente, con cejas negras y ojos negros. Parecía casi el mismo cuando él tenía diez años y yo nueve. Sus padres eran inmigrantes, y hablaban un idioma extranjero, pero eran orgullosos. Otra persona hubiera ardido en odio o en amor por las chicas, pero Ahmed ardía en amor por las Ideas. Sus ideas acerca de la aventura le convirtieron en rey de nuestra pandilla infantil. A veces entrábamos en lugares prohibidos sólo para ver cosas, y cuando estábamos atrapados consultaba una pequeña baraja, o unos dados, y nos sacaba de apuros rápidamente: como si tuviera un mapa. Tenía la idea que el aspecto de un lugar revelaba su estrella; un lugar de mala suerte tenía mal aspecto. Cuando me consultaba, o me preguntaba qué opinión tenía del aspecto de un lugar, yo me sentía orgulloso.

Nos dejó a todos atrás. Todos fuimos al mismo Instituto, pero Ahmed el Árabe obtuvo las mejores notas. Todos los miembros de nuestra pandilla aceptaron sus subsidios de adulto y abandonaron la ciudad, a excepción de Ahmed el Árabe y yo. Y había oído decir que Ahmed era el mejor detector de la Brigada de Rescate.

La radio de su muñeca zumbó y Ahmed la acercó a su oído. Una voz emitió cifras y términos estadísticos. Ahmed miró a su alrededor a la gente que pasaba, sorprendido, y luego me miró a mí con una expresión de respeto.

—El foco se encuentra en Manhattan. Se presentan mujeres con embarazo psicosomático. Mujeres embarazadas con pesadillas. Hombres con úlceras y cánceres imaginarios. Montones de suicidas, y montones de informes de hospitales de casos de melancolía suicida aguda. Tenías razón. Toda la ciudad se encuentra en dificultades.

Eché a andar a lo largo de la calle Cuarenta y Dos, en dirección a la Sexta Avenida, con paso rápido.

—Necesito más ayuda. Ensayar técnicas distintas.

Un letrero colgante anunció: *Sala de Té Gitana, Té Oriental, Pasteles Exóticos, Lectura de la Personalidad y el Futuro*. Ahmed empujó las puertas de vaivén y subió por una escalera mecánica, de dos en dos peldaños para ganar tiempo. Me mantuve pegado a sus talones. Desembocamos en el centro de un amplio restaurante de techo bajo, con mesas pequeñas y sillas muy altas.

Cuatro ancianas estaban reunidas alrededor de una mesa, mordisqueando unas pastas y hablando. Un financiero estaba sentado junto a una ventana leyendo el *Wall Street Journal*. Dos jóvenes estudiantes ocupaban una mesa adosada a la pared de cristal y contemplaban la calle Cuarenta y Dos y la multitud que circulaba por ella. Una mujer obesa estaba sentada ante una mesa, en un rincón, sosteniendo una revista

delante de su rostro. Las cuatro ancianas dejaron de hablar y el financiero dobló su periódico y lo dejó a un lado, como si Ahmed y yo fuésemos mensajeros de malas noticias. Todos estaban nerviosos y deprimidos, como yo mismo: esperando lo peor de un mundo desahuciado.

La mujer obesa inclinó la revista y nos miró por encima del borde. Ahmed se dirigió hacia ella. La mujer dejó la revista encima de otra mesa al ver que nos acercábamos. Su rostro era ovalado y agradable, surcado de sonrisas. Me saludó con un gesto y me sonrió, pero no le sonrió a Ahmed, sino que le miró directamente a los ojos mientras se sentaba delante de ella.

Ahmed se inclinó a través de la mesa.

—De acuerdo, Bessie, también usted lo siente. ¿Ha localizado quién es?

La mujer habló en voz baja e intensa, como si temiera hablar en voz alta:

—Es lo primero que he sentido esta mañana al despertar, Ahmed. He tratado de localizarla para comunicarlo a la Brigada de Rescate, pero la víctima está *sintiendo*, no pensando. Y crea eco en tantas otras personas, porque ellas no dejan de pensar en los motivos por los que se sientan tan...

Hizo una pausa, y supe lo que estaba tratando de describir. Intentar describirlo empeoraba la cosa.

Luego habló en voz todavía más baja, y su rostro tenía una expresión preocupada:

—La sensación de un mal sueño está planeando sobre nosotros, Ahmed. Me pregunto si estoy...

No quería hablar de ello, de modo que lo lamenté por ella y cuando vi que Ahmed abría la boca para formular una pregunta, intervine:

—¿A qué se refiere al decir que la gente crea ecos? ¿Cómo llega a toda esa multitud?...

Agité vagamente la mano, señalando la ciudad y la gente. La Brigada de Rescate tenía como misión la de rescatar a las personas perdidas. La ciudad no estaba perdida.

Ahmed me miró con aire impaciente.

—A los adultos no les gusta utilizar la telepatía. Hacen ver que no pueden valerse de ella. Pero, supongamos que un hombre cae por el hueco de un ascensor y se rompe una pierna. Nadie le encuentra, no puede llegar a un teléfono, de modo que se desespera y empieza a utilizar la energía mental. Trata de enviar sus pensamientos con la mayor fuerza posible. Ignora la fuerza con que puede enviarlos. Se limita a emitir: «¡Socorro! ¡Tengo una pierna rota!». La gente entra cojeando en las clínicas de emergencia y los aparatos de rayos X examinan docenas de piernas sanas. Los médicos les dicen que se marchen a sus casas. Pero ellos están captando el pensamiento: «¡Socorro! ¡Voy a morir si no acude alguien en mi ayuda!». De modo que la gente no se mueve de los alrededores de las clínicas e importuna a los médicos. Está asustada. La Brigada de Rescate utiliza a esas personas como rastro. Cuando se produce una oleada anormal de gente que pide ayuda en un distrito, tratamos de localizar el centro del conflicto y encontrar a alguien realmente en apuros.

Cuanto más hablaba Ahmed, mejor me sentía. Sus palabras me desconectaron del mal humor del día, y la tarea de la Brigada de Rescate empezaba a sonar como algo que yo podía hacer. Sé lo que sienten las personas sólo estando cerca de ellas. Tal vez la Brigada de Rescate me ofreciera un empleo si podía demostrar que era capaz de detectar personas.

—Estupendo —dije—. ¿Y lo de evitar asesinatos? ¿Cómo hacen eso?

Ahmed sacó su insignia de plata y la miró.

—Te daré un ejemplo. Imagina a un chico inteligente y sensible, dotado de una gran fantasía. Está siendo maltratado por un padre estúpido. No dice nada; se limita a imaginar lo que le hará al hombre cuando él sea mayor. Siempre que el padre le pega, el chico aprieta los puños, y sonrío, y se concentra en una idea, imaginándose a sí mismo con un hacha en la mano destrozando la cabeza de su padre. Piensa intensamente. Mucha gente del distrito no tiene nada que hacer ni nada en que pensar. Nunca planean ni imaginan nada, y sólo actúan a base de los pocos pensamientos que llegan a ellos. ¿Comprendes?

—Y realizan lo que el chico está pensando —dije, con una sonrisa.

Ahmed observó mi sonrisa con una expresión de disgusto y se volvió hacia la mujer gorda.

—Bessie, tenemos que localizar a esta víctima. ¿Qué dicen las hojas de té acerca del lugar en que se encuentra?

—No se lo he preguntado. —Bessie alargó la mano hacia la otra mesa y levantó una taza vacía. Tenía unas cuantas hojas de té, mojadas, en el fondo—. Confiaba en que ustedes la encontrarían.

Se puso en pie y se alejó en dirección a la cocina.

Yo no me había sentado. Ahmed me miró con una expresión disgustada.

—Deja de cambiar de tema. ¿Quieres ayudar a rescatar a alguien, o no?

Bessie regresó con una tetera redonda y una taza limpia sobre una bandeja. Colocó la bandeja sobre la mesa, llenó la taza y luego devolvió la mitad del humeante té a la tetera. Recordé que uno de los medios de obtener información consistía en observar cómo interpreta la gente formas peculiares tales como manchas de tinta y hojas de té y permanecí en silencio, tratando de no distraer a Bessie.

Bessie se sentó lentamente en su silla, removió el té en la taza y miró dentro de ella. Nosotros esperamos. Bessie agitó la taza, sin dejar de mirar; luego cerró los ojos y soltó la taza. Permaneció inmóvil, con los ojos cerrados.

—¿Qué era ello? —preguntó Ahmed en voz baja.

—Nada, nada, sólo un... —Se interrumpió y carraspeó—. Sólo un maldito y asqueroso cráneo de mono.

Aquello tenía que ser un indicio peor que sacar el as de espadas al cortar una baraja. Muerte. Empecé a sentirme enfermo otra vez. ¿Muerte para Bessie?

—Lo siento —dijo Ahmed—. Pero, continúe, Bessie. Pruebe otra vez desde otro ángulo. Necesitamos el nombre y la dirección.

—Ella no estaba pensando en su nombre y dirección —dijo Bessie, que continuaba con los ojos cerrados.

Súbitamente, Ahmed habló con una extraña voz. Yo había oído aquella voz hacía años, cuando Ahmed era el jefe de nuestra pandilla: cuando hipnotizaba a otro chico. Era una voz suave y profunda, y penetraba dentro de uno.

—*Necesita usted ayuda y nadie ha ido a ayudarla. ¿Qué está pensando?*

La pregunta penetró en mi cerebro. Una respuesta se abrió allí y empecé a contestar, pero Bessie lo hizo antes que yo.

—Cuando no pienso, me limito a cerrar los ojos y a permanecer inmóvil; no siento nada, todo se aleja de mí. Cuando empiezan a ocurrir cosas desagradables, puedo permanecer alejada y negarme a regresar.

La voz de Bessie era soñolienta.

Las mismas ideas soñolientas se habían formado en mi cerebro. Bessie las estaba recitando por mí. Súbitamente, temí que la oscuridad me tragara. Era como una nube nocturna, o como una almohada, flotando en las profundidades e invitando a apoyar la cabeza en ella, pero se movió un poco y mostró una hilera de agudos dientes, de modo que uno sabía que era un tiburón dispuesto a devorar a quien se acercara lo suficiente.

Bessie abrió los ojos de golpe y se puso en pie, exhalando un profundo suspiro. Por lo visto, el sueño la había asustado. Me alegré porque hubiera salido del trance. Había estado descendiendo en la oscuridad hacia el negro monstruo.

—Si el trance es demasiado profundo, podría producirle la muerte —dije, apoyando enérgicamente una mano en el hombro de Ahmed para advertirle que no llegara demasiado lejos.

—No me importa quién de ustedes habla por ella —dijo Ahmed, sin volverse—. Pero tienen que aprender a separar sus pensamientos de los de ella. Ustedes no están pensando en morir: la víctima, sí. Está en peligro de muerte, en alguna parte. —Volvió a inclinarse hacia Bessie a través de la mesa—. ¿Dónde está?

Apreté con más fuerza el hombro de Ahmed, pero Bessie tomó obedientemente la taza y miró de nuevo dentro de ella. Su rostro era ovalado e ingenuo, pero decidí que Bessie era más valiente que yo.

Me acerqué a Bessie para mirar en la taza por encima de su hombro. En el fondo de la taza había unas cuantas hojas de té, dispersas. Bessie golpeó suavemente el lado de la taza con un dedo. Las hojas formaron una especie de dibujo, pero no supe distinguir lo que era, exactamente. Parecía significar algo, pero no pude verlo con claridad.

Bessie habló cariñosamente:

—Tienes sed, ¿verdad? Vamos, vamos, dulzura. Nosotros te encontraremos. No te hemos olvidado. Límitate a pensar en el lugar en que estás, y nosotros...

Su voz se convirtió en un murmullo ininteligible. Soltó la taza y se cubrió la cara con las manos.

Oí un susurro.

—Cansada de intentarlo, cansada de sonreír. Dejen que nazca la muerte. La muerte vendrá a destruir el mundo, el cruel, podrido...

Ahmed alargó los brazos por encima de la mesa, agarró a Bessie por los hombros y la sacudió.

—Bessie, despierte. Ésa no es usted. Es la *otra*.

Bessie apartó las manos de un rostro cambiado. La expresión sonriente había desaparecido.

—Es cierto —murmuró—. ¿Por qué esperar que alguien nos ayude y nos ame? Todos nacemos y morimos. Nadie puede evitar eso. No hay motivos de esperanza. La esperanza hace daño. La esperanza le haría daño a *ella*.

Me molestó oír hablar a Bessie. Era como si estuviera muerta. Era un cadáver parlante.

Bessie pareció hacer un esfuerzo para recobrar y centrar su atención en Ahmed para informar, pero uno de sus ojos se desenfocó y no pareció verle.

—La esperanza hace daño —dijo—. Ella odia la esperanza. Ella trata de matarla. Siente mi pensamiento y piensa que mis sensaciones de vida y esperanza fueron las suyas. Yo estaba recordando cómo Harry me ayudó siempre, y ella ha estallado en negrura y odio... —Volvió a cubrirse el rostro con las manos—. Ahmed, Harry está muerto. Y ella ha matado al fantasma de Harry en mi corazón. No regresará nunca más, ni siquiera en sueños.

Su rostro estaba muerto, como una máscara.

Ahmed volvió a sacudirla por los hombros.

—¡Bessie, despierte! ¿No le da vergüenza?

Bessie se irguió.

—Es cierto. Todos los hombres son bestias. Ninguno es capaz de ayudar a una mujer. Tú quieres que te ayude en tu trabajo para que te den otra medalla por encontrar a esa muchacha, ¿verdad? Ella te tiene sin cuidado.

Su rostro se estaba oscureciendo, convirtiéndose en algo peor, que me recordó las formas negras de las nubes.

Tenía que sacarla del trance, pero no sabía qué hacer.

Ahmed golpeó la taza con la cucharilla y habló en voz alta y casual.

—¿Cómo marcha el restaurante, Bessie? ¿Qué tal se portan las nuevas chicas?

Bessie contempló la taza, sorprendida, y luego dirigió una vaga mirada a su alrededor.

—No hay muchos clientes en este momento. No es la mejor hora. Las chicas están en la cocina... —Su rostro empezó a recobrar su expresión normal, sonriente—. ¿Quieres que las chicas te sirvan algo, Ahmed?

Se volvió hacia mí con una amabilidad profesional y sus palabras fueron menos mecánicas.

—¿Quiere tomar algo, joven? Al parecer le sobran energías, porque aún no se ha

sentado... A todos los jóvenes les gustan nuestros pastelillos de miel a la turca.

Su mirada no estaba aún enfocada sobre mí, no me veía, en realidad, pero le devolví la sonrisa, contento al comprobar que se sentía mejor.

—No, señora, gracias —dije, y miré a Ahmed para ver lo que quería a continuación.

—Los pastelillos de miel de Bessie son famosos —dijo Ahmed—. Están rellenos de miel y se deshacen en la boca. —Se puso en pie, con aire cansado—. Me llevaré una docena.

La mujer gorda le miró, parpadeando. Su rostro ya no parecía enfermo y envejecido, pero carecía de expresión, como ve uno su propio rostro al mirarse al espejo por la mañana.

—Pastelillos de miel —repitió Bessie—. Una docena.

Hizo sonar una campanilla que había en el centro de la mesa y se puso en pie.

—Espérame abajo —me dijo Ahmed. Se volvió hacia Bessie—: ¿Recuerda aquella vez que se presentaron los participantes en la Convención de Mueblistas y todos querían langosta y lectura de la palma de la mano al mismo tiempo? ¿Dónde consiguió usted todas aquellas langostas?

Se alejaron juntos hacia el mostrador. Una muchacha muy bonita, que llevaba un delantal plisado, salió apresuradamente de la cocina y se situó detrás de la barra.

Bessie se echó a reír, con una risa que resonó en todo el local.

—¿Si lo recuerdo, dices? ¿Cómo podría olvidarlo? ¡Imagínate lo que significa tratar de localizar veinte lectores de la palma de la mano, en diez minutos, por teléfono! Desde luego, te quedé muy agradecida cuando me enviaste aquellos veinte muchachos, chicos y chicas, para leerles las palmas de la mano a mis mueblistas. Los nervios no me abandonaron hasta que vi que los clientes sorbían literalmente sus palabras. Pensé que habías sacado a una tribu de gitanos de la cárcel. *Jo, jo*. No sabía que me habían mandado a todos los alumnos de la clase de Análisis de Personalidad Sospechosa.

Bajé hasta la acera. Unos instantes después se presentó Ahmed.

—Toma, lleva eso —dijo, entregándome la bolsa de pastelillos de miel.

Olián muy bien. Tomé la bolsa y hundí decididamente la mano en ella.

—Te he dicho que los lleves, no que te los comas.

Saqué la mano de la bolsa y seguí a Ahmed, el cual había empezado a bajar las escaleras del Metro. Yo temblaba hasta el punto que bajé los peldaños de uno en uno, y no de dos en dos. Cuando llegué abajo, Ahmed estaba estudiando los letreros que indicaban las direcciones que seguían los diversos trenes que circulaban por aquella línea. Por primera vez me di cuenta que él estaba preocupado y no se sentía seguro de sí mismo. No sabía qué camino seguir. Para mí resultaba una novedad que Ahmed no supiera qué camino seguir.

Ahmed estaba pensando en voz alta:

—Sabemos que la víctima es hembra, adulta, más joven que Bessie,

probablemente embarazada, y que está atrapada en algún lugar en el que no hay comida ni agua para ella. Esperaba ayuda de la persona a la cual ama, quedó decepcionada, y ahora está furiosa con la idea del amor y odia pensar en la gente prestando ayuda.

Recordé el rostro de Bessie, súbitamente enfermo y envejecido, después que la víctima había captado el pensamiento de Bessie de prestar ayuda. La *cólera* parecía ser la reticencia del año. Recordé el cielo amenazador, y contemplé a la gente que se apresuraba, pálida y ansiosa. Pasaron dos muchachas. Una de ellas se apretaba el estómago con una mano y murmuraba algo acerca del Alka-Seltzer, y la otra tenía los ojos enrojecidos, como si hubiera estado llorando. ¿Puede una persona en apuros hacerle eso a toda una ciudad llena de gente?

—¿Quién es ella, Ahmed? —pregunté—. Quiero decir, ¿qué es ella, a fin de cuentas?

—Ojalá lo supiera —dijo Ahmed. Súbitamente me atacó otra vez con su pregunta, utilizando aquella profunda voz hipnótica para precipitarme en los negros remolinos del miedo a la muerte—: *Si tuvieras sed, mucha sed, y hubiera un solo lugar en la ciudad al que pudieras acudir para adquirir una bebida, ¿dónde...?*

—No tengo sed. —Traté de tragar saliva, y noté mi lengua hinchada, mi boca seca y llena de arena y mi garganta empedrada de grava seca. El mundo oscilaba. Planté firmemente los pies en el suelo para no perder el equilibrio—. *Tengo sed. ¿Cómo lo has conseguido? Quiero ir a la taberna del Caballo Blanco de la Bleeker Street y beberme un galón de cerveza.*

—Tú eres mi brújula. Vamos allá. Invito yo.

Ahmed echó a correr hacia uno de los andenes. Le seguí, agarrando la bolsa de pastelillos de miel como si fuera una maleta llena de piedras. El olor me hacía sentirme hambriento y débil. Aún podía andar, pero estaba convencido que si Ahmed volvía a empujarme hacia aquel humor sombrío una vez más, tendrían que recogerme en una camilla.

Me senté en el vagón con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza colgando. Ahmed me observaba atentamente, como si yo fuera un diagrama médico.

—Muchacho, me gustaría ver las estadísticas de suicidios en este momento. Me basta con verte para saber que son pésimas.

Me quedaba la vida suficiente para sentirme enojado.

—Tengo mis propios sentimientos, que no son los sentimientos de un niño. He estado enfermo todo el día. Un virus, o algo por el estilo.

—¡Maldita sea! ¿Es que no vas a entenderlo nunca? Tenemos que rescatar a esa muchacha porque está transmitiendo que se siente enferma.

Miré al suelo entre mis pies.

—Ese es un motivo mezquino. ¿Por qué no puedes rescatarla simplemente porque se encuentra en dificultades? Déjala que transmita. La Escuela Superior de Psicología-A dice que todo el mundo transmite.

—Escucha... —Ahmed se inclinó hacia adelante para comunicarme una idea. Sus ojos empezaron a brillar a medida que la idea se apoderaba de él—. Tal vez ella transmite en un tono demasiado fuerte. Estadística ha estado reuniendo datos sobre tendencias e impulsos en la acción popular. En su opinión, las personas que transmiten en un tono demasiado fuerte podrían ser los causantes de algunas de las acciones de masas.

—No lo entiendo, Ahmed.

—A veces, por ejemplo, localizan un gran impulso de la gente para ir a Coney Island en un día nublado, sin que haya suficientes trenes para todos y provocando con ello una congestión del tráfico. Comparan aquel día con otros días nublados, con la misma temperatura y en la misma época del año, de otros años, y tratan de elucidar la causa. A veces es una fábrica que ha dado fiesta a sus obreros; pero a veces es un hombre que tiene el día libre y se va a la playa, y una multitud de mil o más personas, de todos los puntos de la ciudad, personas que no conocen a aquel hombre, experimentan el súbito deseo de ir a la playa y se ponen en marcha casi al mismo tiempo, llenando los trenes por espacio de una hora y dificultando la tarea del personal de Control de la Corriente de Tráfico.

—¿Se trata de un club?

Yo estaba tratando de captar lo que Ahmed quería decir, pero no acababa de ver claro en el asunto.

—No —dijo Ahmed—. No se conocen unos a otros. Se ha comprobado. Los expertos en Tráfico empiezan a investigar. Y descubren que la mayoría de las personas que forman parte de aquellas multitudes son obreros con un IQ por debajo de cien, pero que llevan una vida normal. Parecen estar controlados por un hombre que se encuentra en el centro del impulso y que tiene un motivo para ir en aquella dirección. El personal de Estadística da a ese hombre el nombre de *Arquetipo*. Es una antigua palabra griega. El original del que otras personas son simples copias: un hombre real y un millar de ecos.

La idea respecto a que algunas personas eran «ecos» me desconcertó. Parecía insultante llamar a alguien un eco.

—Deben estar equivocados —dije.

—Escucha... —Ahmed se inclinó hacia adelante, con los ojos brillantes—. Ellos creen que están en lo cierto: un hombre y un millar de ecos. Comprobaron las vidas de los que parecen estar en el centro. Los Arquetipos son personas normales, enérgicas, que viven de un modo normal. Cuando las cosas marchan como de costumbre para el Arquetipo, actúa normalmente y todos los que están controlados por él actúan con normalidad, ¿entiendes?

No lo entendía, y no me gustaba.

—Una persona sana y normal no desea controlar a nadie —dije, pero sabía que estaba atenuando la situación. Los humanos pueden ser malos. A la gente le gusta dominar a otras personas—. Escucha —dije—, a algunas personas les gusta tomar

consejo. Tal vez es algo así como un consejo.

Ahmed se reclinó hacia atrás y pellizcó su barbilla.

—Es posible. Tal vez el Arquetipo no sabe que está transmitiendo. No hace más que lo que el hombre normal quiere hacer. Resuelve los mismos problemas..., y los resuelve mejor. Transmite en tono alto, agradable, simples pensamientos, fáciles de escuchar para los que tienen la misma clase de vida y de problemas. Quizás más de la mitad de la población con un IQ inferior a 100 ha aprendido a utilizar el *pick up* telepático y deja que el Arquetipo piense por ellos.

Ahmed se excitaba cada vez más, con los ojos fijos en el cuadro que veía en su cerebro.

—Tal vez la gente que deja que el Arquetipo gobierne sus vidas ni siquiera sabe que está siguiendo las ideas de otro. Se limita a encontrar en un rincón de su mente esas valiosas ideas que resuelven sus problemas. ¿Te has dado cuenta que la mayoría de personas creen que pensar significa sentarse, con la mirada perdida, apoyando la barbilla en la mano, como si se escuchara una música lejana? A veces dicen: «Cuando hay demasiado ruido, *no puedo oírme a mí mismo pensar*». Pero cuando un intelectual, un verdadero pensador, está pensando...

Me eché a reír, interrumpiéndole.

—Cuando un intelectual está pensando, pone el motor en marcha, se inclina hacia adelante, clava los ojos en uno y prácticamente trepa la pared con cada palabra, como tú, Ahmed. ¿Eres tú un Arquetipo?

Sacudió la cabeza.

—Sólo para mi tipo de persona. Si un tipo medio de persona empezara a captar mi tipo de pensamiento, no resolvería sus problemas, de modo que lo ignoraría.

Yo me reí de buena gana. La risa alejaba los fantasmas de la desesperación que roían mi alma.

—¡Tu tipo de persona! ¡Ja, ja! Muéstrame una. ¡Jo, jo! ¿Ignorarlo? Si un hombre encontrara tus pensamientos en su cerebro acudiría a un psiquiatra. Creería que estaba perdiendo la chaveta.

Delante de nosotros vimos el gran «14» que indicaba que habíamos llegado a la estación de la calle Catorce. Cuando nos dirigíamos hacia la puerta del vagón vi a una muchacha arrodillada lateralmente en uno de los asientos. Pensé que se estaba atando el lazo de un zapato, pero al volverme vi que estaba semienroscada sobre sí misma, con el dedo pulgar en la boca. Regresión. Retorno a la infancia. Derrota.

Me recorrió un estremecimiento de temor. La derrota no podía llegar tan fácilmente. Ahmed se había bajado y estaba a medio camino de la escalera mecánica.

—¡Ahmed! —grité.

Sin volverse, agitó una mano haciéndome una seña para que le siguiera.

Cuando llegué a la calle vi que Ahmed desaparecía en el interior de la taberna del Caballo Blanco. Eché a correr detrás de él y entré en el local, envuelto en una semipenumbra. Nada parecía moverse. Al cabo de unos instantes mis ojos se

acostumbraron a la penumbra y vi a Ahmed con los codos sobre el mostrador, sorbiendo una cerveza y hablando del tiempo con el tabernero.

Era demasiado para mí. El mundo estaba desquiciado en un sentido, y Ahmed estaba desquiciado en un sentido distinto.

Tenía sed, de modo que apoyé los codos sobre el mostrador a cierta distancia de Ahmed y decidí llamar al tabernero.

—Una cerveza. —Señalé a Ahmed con un gesto—. Él pagará.

Hablé en tono normal, pero el tabernero se sobresaltó y se movió rápidamente. Dejó una botella delante de mí y frotó el mostrador con un paño.

—Buen tiempo —dijo, y miró a su alrededor con los hombros encorvados, mirando por encima de sus hombros—. Me gustaría estar en la calle respirando un poco de aire fresco. ¿Había estado aquí alguna vez?

—Sí —dije—. Y me gustó.

Recordé a las personas que me habían mostrado el lugar. Jean Fitzpatrick —que me había leído algunas de sus poesías en una reunión de amigos— y un tipo muy simpático, su marido, Mort Fitzpatrick. La joven me había dicho que ella y su marido tenían una casa en la vecindad y que podía visitarles cuando quisiera.

Aquel tipo de invitación significaba que los Fitzpatrick eran unos bohemios, de los que coleccionan obras de arte, libros raros y amigos ocasionales. Ese tipo de gente siempre tiene la puerta abierta y una taza de café para sus amigos.

—¿Viven todavía por aquí Jean y Mort Fitzpatrick? —le pregunté al tabernero.

—Supongo que sí, aunque hace días que no han venido por aquí. —Continuó frotando el mostrador con el paño, alejándose en dirección a Ahmed—. No me extrañaría nada que se hubieran mudado.

Ahmed sorbía su cerveza y nos miraba de reojo, como un desconocido.

Salí a la calle, meditando en lo absurdo que resultaba ser un detector. Y decidí visitar a Jean Fitzpatrick y hablar con ella de lo malo que había sido el día para mí. Estaba seguro que después de hablar con Jean el mundo volvería a convertirse para mí en un lugar soportable.

Ahmed me alcanzó y me tomó por el brazo. Contuve mi deseo de girar en redondo y golpearle, y me limité a detenerme, mirando fijamente delante de mí.

—¿Estás furioso? —inquirió Ahmed, inclinándose un poco para mirarme a la cara—. ¿Cómo te sientes?

—Ahmed, lo que yo siento es asunto mío. ¿De acuerdo? Quiero visitar a una joven que vive cerca de aquí. Quiero asegurarme que ella está bien. ¿De acuerdo? No quiero mezclarme con tu Brigada de Rescate. No me esperes. ¿De acuerdo?

Eché a andar de nuevo, pero Ahmed continuó pegado a mis talones. Yo había expresado claramente que no quería compañía. Y por otra parte no deseaba apabullarle, porque en otros tiempos había sido amigo mío.

—¿Puedo acompañarte? —inquirió Ahmed cortésmente—. Tal vez pueda ayudar...

Me encogí de hombros. ¿Qué importaba, a fin de cuentas? Estaba cansado, y Ahmed no tardaría en volver a sus asuntos. La idea de hablar con Jean Fitzpatrick resultaba consoladora, sedante. Tomaríamos café, nos contaríamos chistes y nos olvidaríamos del mundo.

La casa de los Fitzpatrick era una de aquellas pequeñas mansiones construidas hace un siglo, cuando la ciudad era un pueblo, amorosamente restaurada a base de trabajo manual y revestida de muchas capas de pintura por decoradores voluntarios. Resplandecía de pintura blanca y puertas y persianas rojas, con arriates debajo de cada ventana en los cuales crecían enredaderas y flores silvestres.

Llamé con los nudillos en la resplandeciente puerta roja. Nadie contestó. Vi un timbre en uno de los lados y lo pulsé. Se oyó un melodioso campanilleo, pero nada se movió en el interior de la casa. Empuñé el pomo de la puerta pero no giró: estaba cerrado con llave.

Tuve la impresión que habían cerrado la puerta al verme llegar. Era un mal día para mí, desde luego, pero no podía ir más lejos. No tenía otro lugar al cual dirigirme.

Tiré del pomo una y otra vez, tratando de hacerlo girar. Empezó a hacer un ruido rechinante, como de cadenas, o como un despertador en un hospital. El sonido penetró en mi sangre y casi heló mi mano. Pensé que había algo detrás de la puerta, y pensé que se estaba abriendo y que un monstruo de rostro cadavérico estaba allí, esperando.

Di media vuelta y cuidadosamente, silenciosamente, bajé los dos peldaños hasta la acera. Estaba tan aturdido que me pareció oír que la puerta se abría con un chirrido, y creí notar el viento helado de alguien que extendía los brazos para agarrarme.

No miré hacia atrás. Me limité a alejarme en la misma dirección por la que había llegado, fingiendo que no había querido tocar aquella puerta.

Ahmed trotaba a mi lado, maniobrando de un modo absurdo para observar mi rostro.

—¿Qué pasa? —inquirió.

—Ella no... No había nadie.

Era una mentira. En aquella casa había alguien o algo.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó Ahmed.

—Directamente al río —dije, y me eché a reír. La risa sonó muy rara y me lastimó el pecho como una tos—. El agua es un espejismo en el desierto y uno anda por la seca arena buscando agua para ahogarse en ella. Y uno muere sobre la seca arena, arrastrándose, buscando agua. Nadie le ve. La gente vuela a cierta altura y ve el reflejo del cielo en las falsas olas. Llegan unos buzos y encuentran una momia disecada en el fondo y toman notas, maravillándose porque creen que hay agua en el río. Pero todo es una mentira.

Me detuve. Las gigantescas dársenas estaban a la vista, y entre ellas los antiguos y pequeños muelles. No conducía a nada avanzar en aquella dirección, ni en cualquier

otra dirección. El mundo estaba arrugado y viejo, con millares de años de polvo acumulados sobre él: un féretro de momia. Mientras estaba allí de pie el mundo se empequeñeció, cerrándose sobre mí como una tapadera recluyéndome en un ataúd. Yo estaba muerto, tendido, a pesar de encontrarme de pie sobre la acera. No podía moverme.

—Ahmed —dije, oyendo mi voz desde una gran distancia—, sácame de esto. ¿Para qué sirve un amigo?

Danzó a mi alrededor como un duendecillo maligno.

—¿Por qué no te ayudas a ti mismo? —inquirió.

—No puedo moverme —contesté, mostrándome notablemente razonable.

Continuó dando vueltas a mi alrededor, observando mi rostro. Se movía a saltos, como un bicho buscando un lugar para morder. Me imaginé a mí mismo disparando una rociada de insecticida sobre él.

Súbitamente utilizó la voz, la clara y profunda voz hipnótica que penetra en el oscuro mundo privado en el que vivo cuando estoy dormido y soñando.

¿Por qué no puedes moverte?

El abismo se abrió debajo de mis pies.

—Porque he caído —contesté.

Utilizó de nuevo la voz, que penetró hasta un mundo interior donde los sueños vivían y eran reales todo el tiempo. Yo estaba encogido y débil, tendido sobre polvos y harapos. Llevaba allí largo tiempo. La voz de Ahmed me alcanzó, preguntando:

¿Has caído muy lejos?

Medí la distancia con los ojos. Estaba cansado, y el esfuerzo para pensar resultaba muy duro. Diez o doce pies hasta el rellano, luego otro tramo de empinados peldaños..., y la muerte esperando abajo.

—Muy lejos —contesté—. Estoy demasiado pesado. La escalera es empinada.

Tienes la boca seca.

Podía sentir la sed como llamas, resecaando mi garganta, espesando mi lengua mientras Ahmed formulaba la pregunta, la pregunta crucial.

Dime, ¿cuál es tu nombre?

Traté de contestar con mi verdadero nombre, George Sanford. Oí una voz que decía:

—Jean Dalais.

¿Dónde vives?, preguntó Ahmed con la voz penetrante que resonaba dentro de mi cráneo y resonaba en el otro mundo maligno donde yo, o alguien, estaba tendido en el suelo oliendo a polvo para toda la eternidad.

—En la planta baja —me oí contestar a mí mismo.

¿Dónde estás ahora?, inquirió Ahmed con la misma voz penetrante.

—En el infierno —respondió la voz desde mi cerebro.

Apunté cuidadosamente para derribarle de un solo golpe. Era peligroso. Tenía que pararle los pies y dejarle sin sentido. Golpeé con todas mis fuerzas, con odio. Ahmed

cayó hacia atrás y yo eché a correr. Corrí y corrí, una manzana, dos manzanas. Mis piernas eran las mías, mi cuerpo era el mío, mi mente era la mía. Yo era George Sanford y podía moverme sin temor a caer. Nadie estaba detrás de mí. Nadie estaba delante de mí. El sol brillaba a través de las nubes, la fresca brisa soplaba a lo largo de las aceras vacías. Estaba solo. Había dejado atrás aquel mundo de horror...

Esta vez sabía lo que tenía que hacer para mantenerme al margen del asunto. No pensar en ello. No recordar lo que Ahmed estaba tratando de hacer. No molestarme en rescatar a nadie. Dar un paseo a lo largo del borde de los muelles a la semivelada luz del sol y pensar cosas alegres, o no pensar en nada.

Miré hacia atrás y Ahmed estaba tendido en la acera, lejos. Recordé que yo era excepcionalmente fuerte y que el entrenador me había advertido que me lo pensara dos veces antes de golpear a alguien.

¿Qué había dicho yo? *Jean Dalais*. Jean Fitzpatrick me había enseñado algunas de sus poesías, firmadas con este último nombre. ¿Eran la misma persona Jean Dalais y Jean Fitzpatrick? Es posible que fuera su nombre antes de casarse con Mort Fitzpatrick.

Había pasado junto a la casa blanca de persianas rojas. Miré hacia atrás. Sólo estaba a media manzana de distancia. Retrocedí, antes que el miedo pudiera volver a hacer presa en mí, y manipulé el pomo, y empujé la puerta, y observé la cerradura.

Ahmed estaba detrás de mí.

—¿Sabes forzar cerraduras? —le pregunté.

—Demasiado lento —me contestó en voz baja—. Vamos a intentarlo con una ventana.

Tenía razón. La primera ventana que encontramos sólo estaba fijada con el hollín de Nueva York. Con las manos tiznadas trepamos a la cocina. La cocina estaba limpia, a excepción de una ensaladera con una ensalada deshidratada. El fregadero estaba seco, el aire viciado.

Era de buena educación anunciar a gritos nuestra intrusión.

—¡Jean! —grité.

Me contestaron los ecos y el silencio, y algo pequeño cayendo de una estantería, arriba. El fantasma volvió a erguirse en mi mente y se situó detrás de mí, con las garras extendidas. Miré por encima de mi hombro y sólo vi la cocina vacía. Se me puso la piel de gallina. Tenía miedo de hacer ruido. Miedo que la muerte me oyera. Tenía que aullar; miedo de aullar. Tenía que moverme; miedo de moverme. Agonizando de cobardía. Los pensamientos de otro ser, con el olor de la enfermedad, el ardor de la sed, la energía de la rabia.

Apoyé una mano sobre la mesa de la cocina.

—Arriba en el ático —dije.

Ahora sabía lo que me pasaba. Jean Dalais era un Arquetipo. Estaba delirando y soñando que era yo. O yo era realmente Jean Dalais, sufriendo a través de otro sueño de rescate, y estaba soñando que unas personas desconocidas se encontraban en la

planta baja, en mi cocina, buscándome. Yo, Jean, odiaba aquellas alucinaciones. Ataqué las soñadas imágenes de hombres con una sensación de enfermiza debilidad, con el recuerdo del tiempo que había transcurrido sin que nadie me ayudara, con el odio a un mundo que le atrapaba a uno y convertía la esperanza en una mentira.

—Sube a echar una mirada, Ahmed —dijo la boca de George Sanford.

La otra figura del sueño se inclinó y dejó un teléfono en el suelo.

—Cuando yo grite, marca el 0 y avisa a la Brigada de Rescate para que venga inmediatamente —dijo Ahmed—. ¿De acuerdo, George?

Subió la escalera silenciosamente, de dos en dos peldaños. Desapareció de mi vista y oí el sonido de sus pasos, muy leves, como si anduviera de puntillas. Incluso Ahmed temía despertar a los fantasmas.

¿Qué había dicho Bessie acerca de la víctima? «La esperanza hace daño». Ella había tratado de infundir esperanza a la víctima, y la víctima le había hundido en el corazón una daga de odio y de desesperación.

¡Por eso estaba yo sentado en el suelo!

¡Peligro, George, *no pienses!* Cerré los ojos y dejé mi mente en blanco.

El sueño del rescate y las imágenes de hombres desaparecieron. Yo era Jean Dalais hundiéndome en la oscuridad, una cálida y aterciopelada oscuridad, sin sentir, sin pensar, sólo con la presión del suelo del ático contra mi rostro.

Un extraño ruido hizo temblar el suelo y un sonido restregante excitó mi curiosidad. Empecé a despertar de nuevo. Era un sonido familiar, familiar desde el otro mundo y la otra vida, hacía seis días, hacía una eternidad, casi olvidado. El suelo del ático se apretó contra mi rostro con un olor a polvo. El ruido y el sonido restregante se repitieron, metal contra madera. Sentí curiosidad. Abrí los ojos secos y llenos de arena y levanté la cabeza, y el movimiento volvió a precipitar mi cuerpo en el infierno de la sed y los dolores de la debilidad.

Vi los dos extremos de la escalerilla de aluminio surgiendo a través de la trampilla del ático. La escalerilla me estaba mirando, invitándome a trepar por ella. Maldije a la escalerilla. ¿Para qué sirve una escalerilla si uno no puede moverse? Hacía mucho tiempo que había descubierto que el moverme provocaba los dolores del parto. No era conveniente tener un niño aquí. Era preferible permanecer inmóvil.

Oí una voz.

—Está aquí, George. Llama a la Brigada de Rescate.

Odié la voz. Otra voz imaginaria en la larga pesadilla de rescates imaginarios. ¿Quién era «George»? Yo era Jean Dalais.

George. Alguien había llamado a «George». Abajo, en la pequeña cocina imaginada imaginé una pequeña imagen de un hombre alargando la mano hacia un teléfono caído a su lado, en el suelo. Marcó el 0. Una voz femenina formuló una pregunta. La imagen del hombre dijo «Brigada de Rescate» en tono vacilante.

El teléfono zumbó y luego una voz profunda dijo: «Brigada de Rescate».

En el ático supe que estaba en marcha un sueño de la Brigada de Rescate. Lo

había soñado antes. Hablé a través de la pequeña imagen del hombre.

—Me llamo Jean Fitzpatrick. Me encuentro en el número 29 de la Washington Street. Estoy atrapada en el ático, sin agua. Si no fueran ustedes tan estúpidos, me hubieran encontrado hace mucho tiempo. Dense prisa. Estoy embarazada.

Hizo que la imagen del hombre dejara caer el receptor. El sueño de la planta baja se desvaneció de nuevo mientras la imagen del hombre se cubría el rostro con las manos.

Mis ojos secos estaban cerrados, el suelo del ático volvía a apretarse contra mi rostro. Cerca de mí crujió la escalerilla, y luego crujió el suelo del ático: algo pesado se deslizaba sobre él cuidadosamente. Después, una mano levantó mi cabeza y noté el frescor del gollete de una botella contra mis labios. Abrí la boca y empecé a tragar.

George Sanford, yo, apartó las manos de sus ojos y miró el teléfono. Ahora, yo no estaba tendido en el suelo; no estaba bebiendo; no tenía sed. ¿Había avisado a la Brigada de Rescate cuando Ahmed me llamó? Un pequeño maniquí de hombre en la mente de Jean Fitzpatrick había llamado por teléfono y colgado, pero el maniquí era yo, George Sanford: 1,83 de estatura. No soy muñeco de ninguna mujer. La fuerza de la telepatía es intensificada por la emoción y la necesidad, y la mujer del ático tenía suficiente emoción y necesidad, pero nadie podría haberme hecho aquello si yo no hubiese querido ayudar. Nadie.

El sonido musical de una sirena acercándose, aumentando de volumen. Se detuvo delante de la puerta. Alguien aporreó la madera. Yo me encontraba bien ahora, pero no tenía ganas de moverme.

—Pasen —grité.

Hicieron girar inútilmente el pomo de la puerta. Me levanté a abrir y luego me apoyé en el respaldo de una silla.

Agentes de la brigada de emergencia con uniformes azules y blancos.

—¿Está usted enfermo?

—Yo no, la mujer del ático.

Señalé la escalera y se precipitaron hacia ella, portando su camilla y sus botiquines.

Ya no había sed ni necesidad que impulsaran la mente de Jean, pero nuestras mentes seguían conectadas hasta cierto punto, ya que noté el pinchazo de una aguja hipodérmica en un muslo, y luego el vértigo y el temor se desvanecieron, el mundo recobró su equilibrio, la cocina no era un ático polvoriento sino únicamente una cocina limpia y vacía, y toda la luz solar del mundo penetraba por las ventanas.

Respiré profundamente y me desperecé, notando los músculos fuertes y entonados en mis brazos y piernas. Subí al segundo piso y sostuve la escalerilla mientras los hombres de la Brigada de Rescate bajaban el cuerpo de una mujer inconsciente desde el ático.

Era una joven de cabellos rizados, muy delgada de brazos y piernas, con el rostro manchado por la suciedad y las lágrimas. Estaba embarazada.

Contemplé cómo se alejaba la camioneta azul y blanca de la Brigada de Rescate.

—¿Quieres acompañarme y presenciar cómo presento mi informe? —me preguntó Ahmed.

Al salir de la cocina miré a mi alrededor buscando los pastelillos de miel, pero la bolsa había desaparecido. Debí dejarla caer en alguna parte.

Nos dirigimos a la comisaría de policía más cercana y allí Ahmed se instaló en un escritorio desocupado para redactar su informe. Yo encontré un montón de historietas en la sala de espera y escogí el que prometía más acción, a juzgar por la cubierta. Mis manos temblaban un poco porque tenía hambre, pero me sentía satisfecho e importante.

Ahmed escribió unas cuantas líneas y luego empezó a manipular en la calculadora que había sobre el escritorio. Se interrumpió, fijó la mirada en un punto indeterminado, me miró a mí y volvió a escribir, mirándome de cuando en cuando. Me pregunté qué estaba escribiendo acerca de mí. Deseaba que la Brigada de Rescate leyera cosas agradables acerca de mí y se decidiera a ofrecerme un empleo.

—Me he portado bien, ¿no es cierto, Ahmed?

—Sí.

Escribió algo, leyó las instrucciones para el párrafo siguiente, empezó a morder el extremo de la pluma y clavó la mirada en el techo.

—¿Sería yo un buen detector? —pregunté.

—¿Qué notas obtuviste en el Análisis de Variación en el Instituto?

—No llegué a examinarme. Me suspendieron en probabilidad en Álgebra, en la sexta-B...

—La Brigada de Rescate quiere unos informes que puedan pasar a las máquinas de estadística. Mira... —Me acerqué al escritorio y me mostró un espacio que había llenado con algunas cifras y un extraño símbolo que parecía una *d* acostada—. ¿Puedes leer eso, George?

—¿Qué dice?

—Dice probabilidad .005. Eso significa que hay doscientas probabilidades contra una a que encontraras la taberna del Caballo Blanco por casualidad, cuando era el lugar que solía frecuentar Mrs. Fitzpatrick. He obtenido la cifra contando por encima el número de tabernas que figuran en la guía telefónica. Más de doscientas tabernas. Doscientos dividido por uno, igual a doscientos. Si hubieras probado en otra taberna antes de acudir a la correcta, las probabilidades serían doscientas divididas por dos, igual a cien. Tu promedio es doscientos, ¿comprendes? En la Brigada opinan que cuarenta es un buen promedio.

Miré a Ahmed con una expresión de asombro. En el Instituto tuvieron paciencia conmigo por espacio de dos cursos antes de darme por inútil. Sin aprobar la probabilidad en Álgebra, no podía estudiar Psicología-B, Historia, Dinámica Social, Análisis de Sistemas, Dirección Comercial, Programación ni Trabajo Social. Ni

siquiera podía estudiar la carrera de agente de Tráfico. Podía haber estudiado Reparaciones Electrónicas, pero yo quería trabajar con personas, no con aparatos de televisión, de modo que renuncié. No estaba capacitado para estudiar aquellas asignaturas, pero podía realizar la clase de trabajo que necesitaba la Brigada de Rescate.

—Ahmed, yo encajaría en la Brigada de Rescate. No necesito estadísticas. Recuerda que te dije que estabas presionando demasiado a Bessie. Tenía razón, ¿no es cierto? Y tú estabas equivocado. Eso demuestra que no necesito adiestramiento.

Ahmed suspiró.

—Lo siento, George, pero eso no te concede ningún promedio. Todas las personas de corazón blando se asustan cuando ven a alguien penetrando en una zona traumática del mundo subjetivo. Y siempre tratan de evitarlo. Tú hubieras dicho que la estaba presionando demasiado, aunque hubieses estado equivocado.

—Pero estaba en lo cierto.

Ahmed se incorporó a medias en su asiento, pero cambió de idea y volvió a sentarse.

—No importa que estuvieras en lo cierto. Lo que cuenta es que escogiste la taberna del Caballo Blanco de entre todas las tabernas que podías haber escogido, lo que cuenta es que escogiste la casa de la joven de entre todas las direcciones que podías haber escogido. Voy a multiplicar las dos cifras, una por otra. Eso elevará tu promedio a más de ochenta mil, probablemente. Un promedio más que excelente.

—Pero yo fui a la taberna sólo porque tenía sed. No puedes incluirlo en mi cuenta. Y fui a la casa de la joven porque quería verla. Tal vez ella me atrajo hacia allí. ¿Comprendes?

—¡No me importan los motivos que pudieras tener! Fuiste al lugar correcto, ¿no es cierto? La encontraste, ¿no es cierto? —Ahmed se puso en pie y elevó el tono de su voz—. Estás hablando como si viviéramos aún como en 1950, cuando tu abuela explotaba una tienda. No me importan tus motivos, a nadie le importan ya los motivos. Lo único que nos importa son los resultados, ¿comprendes? No sabemos por qué ocurren las cosas, pero si cada uno redacta buenos informes acerca de ellas, con estadísticas claras, podemos introducir los informes en las máquinas, y las máquinas nos dirán exactamente lo que está ocurriendo, y podremos trabajar con eso, porque eso son hechos producidos en el mundo real. Sé que tú puedes localizar personas. Tus motivos no importan. ¡Las teorías científicas acerca de las causas no importan!

Tenía el rostro enrojecido y gritaba, como si yo hubiese hablado mal de su religión o algo por el estilo.

—Me gustaría disponer de teorías para algunas de las causas. Pero si la estadística dice que cuando algo raro ocurre aquí siempre ocurre algo raro allí inmediatamente después, no tenemos por qué conocer la conexión que existe entre los dos hechos; lo único que tenemos que hacer es esperar la segunda cosa cada vez que vemos que ocurre la primera. ¿Comprendes?

No sabía de qué me estaba hablando. Mis profesores me habían dicho cosas como aquélla, pero Ahmed era un amigo y no tenía por qué gritar.

—Ahmed —dije—, ¿sería yo un buen detector?

—¡Serías un gran detector! —Inclinó la mirada hacia su informe—. Pero no puedes ingresar en la Brigada de Rescate. El reglamento dice que en tu cabeza deben haber sesos en vez de piedras. Te ayudaré a encontrar otro empleo, no te preocupes. En cuanto termine este informe te prestaré cincuenta dólares. Y ahora déjame tranquilo. Vete a leer algo.

Me sentí miserable, pero no me moví de allí, porque aquélla era mi última posibilidad de conseguir un verdadero trabajo. La Brigada de Rescate me necesitaba. Las personas perdidas iban a necesitarme.

—Ahmed —dije, en el tono más firme que pude encontrar—, *tengo* que ingresar en tu departamento. Tienes que inventar algo para que pueda ingresar.

Resulta duro contemplar a un tipo fuerte y seguro de sí mismo cambiando de idea. Por regla general Ahmed siempre sabe lo que está haciendo, nunca vacila. Pero ahora se quedó mirando fijamente su informe, conteniendo la respiración, pensando intensamente. Luego se apartó del escritorio y empezó a pasear de un lado para otro por el pequeño despacho.

—¿Qué diablos me pasa? —inquirió finalmente—. Se me habrá aflojado algún tornillo. El trabajo de oficina me está ablandando. —Tomó su informe de encima del escritorio—. Vamos, trataremos de burlar el reglamento.

—No podemos aceptar a su amigo. —El jefe de la Brigada de Rescate sacudió la cabeza—. No superaría las pruebas. Usted mismo lo ha dicho.

—El *reglamento* dice que George tiene que superar las pruebas a base de pluma y papel. —Ahmed se inclinó sobre el escritorio de su jefe y extendió una mano, para dar más énfasis a sus palabras—. El reglamento ha sido redactado por unos burócratas sin el menor contacto con la realidad, a fin que sólo puedan obtener un empleo las personas con unas mentalidades mezquinas como las tuyas. El reglamento es algo que utilizamos para tratar con las personas que no conocemos y que no nos importan. Pero conocemos a George y sabemos que le necesitamos. ¿Cómo podríamos falsear las pruebas?

El jefe extendió una mano, con la palma hacia abajo.

—Tranquílcese, Ahmed. Aprecio en lo que vale su entusiasmo, pero tal vez podamos admitir a George legalmente. Sé que cortó de raíz una epidemia de histeria y de trastornos psicosomáticos, y que ahorró mucho tiempo y dinero a los hospitales. Quiero tenerle en el departamento, pero no vamos a quebrantar el sistema para admitirlo. Podemos utilizar el sistema.

El jefe pulsó el interruptor del intercom y acercó sus labios al micrófono.

—Póngame con el jefe de Contabilidad.

El aparato respondió al cabo de unos instantes y el jefe habló de nuevo. Era un

hombre robusto, alto, que empezaba a engordar más de la cuenta.

—Jack, escuche, necesitamos los servicios de un experto, y no podemos admitirle porque su peso y su estatura no son los reglamentarios, o algo por el estilo. ¿Cómo podríamos pagarle?

El llamado Jack habló brevemente en términos contables:

—... Contingencias, servicios, emolumentos... Consultor... Servicios prestados, tiempo y resultados, con estadísticas de probabilidades de ahorro de gastos en el departamento, etcétera, etcétera.

—De acuerdo. Gracias. —Desconectó el intercom y se volvió hacia Ahmed—. Solucionado. Su amigo queda admitido.

Me dolían los pies y las manos me temblaban hasta el punto que tuve que introducir las en mis bolsillos, afectando una *pose* de indiferencia. Sólo pensaba en restaurantes, en los que servían los platos más colmados por menos dinero.

—¿Cuándo van a pagarme? —pregunté.

—El próximo mes —dijo Ahmed—. Te pagarán al final de cada mes por el trabajo que hayas realizado en cada uno de los casos, por separado. No pongas esa cara de decepción. Ahora eres un experto consultor. Estás incluido en mi cuenta de gastos. Tengo que pagar tus comidas y facilitarte los medios de transporte hasta el escenario del crimen cada vez que te consulte.

—Consúltame ahora —dije.

Comimos opíparamente en un antiguo restaurante italiano: entremeses, lasañas, pan francés cortado a gruesas rebanadas, montañas de mantequilla, cuatro tazas de café y postres. Todo muy en su punto y en abundancia. Después de la segunda taza de café dejé de temblar.

Había algo raro en aquel restaurante. Alguien estaba planeando un asesinato, pero no iba a mencionárselo a Ahmed hasta después de los postres.

Probablemente me obligaría a rescatar a alguien, en vez de comer.

Una visita al Hospital General Cleveland

Sydney J. van Scyoc

Protegiéndose cuidadosamente los ojos, Albin Johns se quitó el depilatorio de las mandíbulas y se enjuagó la cara con agua. Luego se miró al espejo. Vio un rostro moreno, inteligente, severamente juvenil.

Parpadeó, estremeciéndose. Su mano alcanzó el frasco de píldoras de color rosa. Introdujo una en su boca y tragó, como cada mañana. Frunció el ceño ante la etiqueta del frasco. UNA AL DÍA. PARA LA MEMORIA.

Le fastidiaba no recordar por qué tragaba aquella píldora diariamente. Parecía un acto puramente maquinal de mano y boca, un movimiento muscular más allá del control de la voluntad. Ciertamente, algunas mañanas el motivo asomaba momentáneamente tan cerca como aquella inquietante cara en el espejo. Pero siempre se desvanecía.

Por regla general, inmediatamente después de haber tragado aquella píldora para la memoria.

El medidor del tiempo dio la hora. El platillo de Johns zumbó suavemente delante de la ventana, anunciando su llegada desde la torre de estacionamiento. Apresuradamente, Johns ató a su muñeca la grabadora, después de asegurarse de que la noche anterior había colocado en ella una cápsula nueva.

Era un golpe de suerte, sólo tres meses después de haber salido de la escuela de periodismo, ser enviado al Hospital General Cleveland sustituyendo a Tac Turber. Turber se había encargado de la columna médica local durante diecisiete años, hasta su reciente enfermedad. Nadie, en el *News Tribune*, sabía cuánto tiempo pasaría Turber en Florida, convaleciendo: tal vez semanas, tal vez meses. Si Johns conseguía dar amenidad a sus crónicas del hospital, podían asignarle otras de las tareas habituales de Turber, hasta que Turber regresara.

Johns se alisó los cabellos nerviosamente, resistiendo el impulso de mirarse al espejo. El platillo zumbó de nuevo. Johns se acercó a la ventana, respiró profundamente y confió.

En vano.

—Albin, temí que te hubieras dormido —trinó su madre desde el estado de Washington. Su imagen apareció en la pared que daba al oeste, con una taza de café en la mano—. Estaba a punto de proyectarme en el dormitorio para comprobarlo.

Aunque limitada a un solo plano, su madre controlaba el circuito que obligaba a Johns a mantenerse eternamente en guardia.

—Tuve que pedir una camisa limpia —murmuró, mirando con expresión de

desaliento a la ventana, tan cerca, tan lejos.

La imagen de su madre frunció el ceño.

—¿Por qué no la pediste anoche, Albin? ¿Antes de acostarte?

El rostro de su madre era muy parecido al que Johns había contemplado en el espejo, moreno, inteligente, prometiendo miríadas de opiniones agresivamente articuladas.

—Yo... me ocupé de todo lo demás. Recargué mi grabadora y pedí unos zapatos limpios. De todo lo demás.

Se ladeó hacia la ventana y el platillo que esperaba detrás de ella.

Su madre le miró severamente.

—No lo entiendo, Albin. Antes del accidente, *nunca* te hubieras olvidado de pedir una camisa limpia. Esta es la clase de cosas que cabía esperar del pobre Deon. Pero tú fuiste siempre *meticuloso*, Albin. Yo solía decir: «Albin es hijo mío; Deon es hijo de su padre».

—Tomo una píldora para la memoria cada mañana, mamá.

Johns había llegado a la ventana. La abrió. El platillo, por su parte, abrió la escotilla.

—Tomas una píldora para la memoria cada mañana, pero estás a punto de salir por la ventana sin desayunarte —dijo su madre secamente—. Cada día te pareces más a Deon, Albin. Renunciar a la carrera de derecho por la escuela de periodismo. Olvidarte de pedir camisas limpias, salir sin desayunarte... A veces pienso que tratas de *ser* tu hermano. —Su rostro adquirió una expresión amenazadora—. ¿*Estás* tratando de imitar a Deon porque murió en aquel espantoso accidente? ¿Como en una especie de justificación?

—No... desde luego que no.

Johns retrocedió a través de la habitación hasta el mostrador de servicio. Allí le esperaba el desayuno, siete píldoras verdes, dos cápsulas violeta, una oblea. Por desgracia, su mano temblaba. Las píldoras se esparcieron a través de la alfombra.

—¡No, no! No te arrastres por el suelo con la ropa limpia. Pide píldoras nuevas, Albin —gritó su madre desde el estado de Washington.

Avergonzado, Albin se incorporó rápidamente y pidió las píldoras.

—Estoy haciendo todo lo que una madre puede hacer —gimió su madre—. Superviso tu desayuno cada mañana. Compruebo que al menos salgas de casa con algo de alimento en tu estómago. —Sus facciones se ensancharon ominosamente—. Albin, ¿quieres que vaya ahí? ¿Necesitas a tu madre?

Johns tartamudeó:

—¡N-n-no!

—Bien. Toma un sedante, Albin. Volveremos a hablar esta noche.

Albin Johns respiró de nuevo. Cogió un sedante del mostrador y se lo tragó. Al cabo de un instante, se tomó también una aspirina. Por algún motivo, tenía dolor de cabeza.

Fortalecido, se acercó a la ventana.

—Albin, ten cuidado —suplicó inesperadamente su madre desde la pared—. Ya sabes cuánto padezco.

Suspirando, se encaró con ella.

—Sí, mamá.

—Eres todo lo que tengo, Albin. Prométeme que tendrás cuidado.

Johns lo prometió. Luego trepó al platillo.

Permaneció unos instantes suspendido al lado del edificio, tranquilizándose a sí mismo. Su madre tenía la obsesión de que había resultado herido en el accidente que había causado la muerte a su hermano mayor, Deon, hacía un año, al estrellarse el platillo en el cual viajaba. Era inútil explicar, repetidamente, que si él hubiese estado involucrado en aquel accidente, lo recordaría, aunque fuese de un modo fragmentario.

Por desgracia, ni siquiera podía recordar a su hermano Deon.

Eso le desconcertaba, lo admitía. Estaba virtualmente seguro de que Deon no era un producto de la imaginación de su madre. Su padre hablaba también de Deon, insistentemente. Incluso habían sacado el álbum familiar, en ocasión de la última visita de Albin.

Albin se había negado a examinar la fotografía de su hermano muerto. Ahora inventaba pretextos para no ir a Washington. Prefería tratar con su madre bidimensionalmente.

Tranquilizado, tomó los controles. El platillo se deslizó por encima de la ciudad.

Hoy empezaba realmente su carrera, después de muchos años de anticipación. Había editado el periódico del Instituto durante tres años. Había obtenido el número uno en la escuela de periodismo. Había jugado a ser periodista desde el momento en que aprendió a escribir.

Sonrió, recordando. Cuando era un chiquillo, disfrutaba escribiendo los monólogos de su madre, palabra por palabra:

«... y has vuelto a olvidarte de limpiarte las uñas». «... lo mismo que tu padre. Te marchas sin dejar un mensaje en el mostrador. He pasado horas de angustia». «Tu hermano, Albin, nunca hubiera...».

Retrocedió en el recuerdo. Volvió a avanzar:

«... lo mismo que tu padre...». «Tu hermano, Albin...».

El platillo osciló, trabado por el repentino espasmo de Johns. Una apretada faja aplastó su pecho. El sudor empapó su frente.

Respirando profundamente, aflojó su presión sobre los controles del platillo. Sistemáticamente, relajó los músculos agarrotados por el pánico.

Desde hacía tiempo era víctima de ocasionales momentos de pánico. Desde la época en que se suponía que había resultado herido en el accidente. Con su hermano. Deon.

Apretó los dientes y repitió la secuencia. Accidente. Hermano. Deon.

Se relajó, sonriendo, casi orgulloso. Su madre tenía razón. La muerte de su hermano había sido un golpe desorientador. El restablecimiento requería tiempo y paciencia.

Atisbo por encima del borde del platillo. Debajo de él vio los resplandecientes edificios del Hospital General Cleveland. Johns hizo descender el platillo hasta la altitud de control. La autoguía emitida por el sistema de estacionamiento del hospital bloqueó los controles manuales. El platillo se posó sobre la torre de estacionamiento.

Johns se apeó y echó una mirada alrededor de la torre, notando que volvía la tensión. La escotilla se cerró detrás de él. Johns empezó a andar, siguiendo las flechas que brillaban a través del pavimento.

Las flechas le condujeron a lo largo de un oscuro y neblinoso pasillo. Johns vaciló, contemplando las flechas que iba dejando atrás: era indudable que señalaban la neblinosa oscuridad como su camino hacia el hospital.

Cuando desembocó en el vestíbulo, Johns se sintió agradablemente relajado. Un anciano guardián salió a su encuentro. Johns le mostró su carné de periodista y el permiso para visitar el hospital.

—Del *News Tribune*, ¿eh? —dijo el guardián, devolviéndole los documentos—. ¿Es su primera visita al General Cleveland?

Johns asintió, contemplando con aire inquieto el abovedado vestíbulo. Le resultaba extrañamente familiar, como si lo hubiese visto antes, desde un ángulo distinto, con el sol reflejándose en las cristaleras multicolores.

El guardián dejó oír una risita.

—Bueno, ha visto usted a menudo nuestro establecimiento por vidi. Le hace sentir a uno como si hubiese estado aquí en persona.

Johns frunció el ceño. No recordaba haber captado nunca un vidi del General Cleveland. Pero, después de todo, había muchas cosas que no recordaba. A pesar de su píldora diaria.

El guardián le dio una amistosa palmada en el hombro.

—Siguiendo esa raya azul llegará usted a la oficina del Dr. Jacobs. ¡Trátenos bien en sus crónicas!

La raya azul se alargaba a través del vestíbulo y se adentraba en otro túnel oscuro y neblinoso. Johns respiró profundamente. Todo su cuerpo se relajó.

La recepcionista, sonriendo, le dijo:

—El Dr. Jacobs le recibirá inmediatamente.

El Dr. Jacobs era un anciano de porte erguido y ojos claros y penetrantes. Estrechó fríamente la mano de Johns.

—Hemos lamentado mucho la enfermedad de Mr. Turber —dijo—. Supongo que no conoce usted la naturaleza exacta de esa enfermedad, Mr. Johns.

—Nadie parece conocerla exactamente —admitió Johns.

El Dr. Jacobs asintió con un gesto.

—Y supongo que no ha estado usted nunca aquí en calidad de paciente.

Johns se sintió extrañamente conturbado ante aquella pregunta.

—Estoy... seguro de que no.

El Dr. Jacobs suspiró, enfurruñado.

—Bueno, supongo que al menos habrá repasado las columnas que Turber escribió el pasado año.

Johns asintió. Las columnas estaban frescas en su mente, ricas en detalles, atestadas de estadísticas, pero perfectamente legibles.

—Entonces, sabrá usted que a través de diagnósticos emitidos por computadoras y de un sistema de atención médica automatizada, hemos llegado a superar el factor humano que durante siglos fue un lastre para la medicina. Hemos alcanzado la perfección en el cuidado físico.

»Pero con el paso de los años hemos aprendido a reconocer la importancia de los factores extramédicos. Ni siquiera lo mejor en cuidados puramente físicos es suficiente para un paciente ansioso, deprimido o atormentado por preocupaciones financieras o personales. Por eso, todos los hospitales modernos importantes disponen de equipos de asistentes sociales que prestan un apoyo moral y práctico al paciente. Esto facilita un grado óptimo de restablecimiento. El paciente vuelve a la comunidad completamente reajustado, convertido de nuevo en un miembro útil de la sociedad.

Los pálidos ojos del Dr. Jacobs brillaron fanáticamente.

—La decana de nuestras asistentes sociales ha consentido en permitir que usted la acompañe en su ronda diaria. Miss Kling recuerda perfectamente la época en que los médicos actuaban de un modo personal, visitaban a docenas de pacientes diariamente y emitían todos sus diagnósticos sin la ayuda de las computadoras. —El Dr. Jacobs taladró a Johns con una severa mirada—. Gozará usted de libertad para observar los métodos de trabajo de miss Kling, para interrogarla acerca de sus recuerdos de otras épocas y para formarse sus propias ideas acerca de los progresos de la medicina durante el último cuarto de siglo.

—Se lo agradezco mucho —musitó Johns.

Jacobs pulsó un botón en su escritorio. La pared del fondo de la oficina se deslizó a un lado.

—Pase a la cámara de descontaminación, por favor. Deje sus vestidos y sus objetos personales en la estantería. Pulse el botón blanco para soltar el gas descontaminador. Luego, póngase el mono esterilizado. Miss Kling le esperará en el pasillo exterior.

Johns vaciló.

—Me gustaría conservar la grabadora, Dr. Jacobs.

—Mr. Johns, no podemos permitir objetos personales en las salas. Existe un peligro constante de contaminación. Mr. Turber redactó siempre sus crónicas de memoria.

Enrojeciendo, Johns entró en la cámara. La pared volvió a deslizarse, ahora en sentido contrario. Johns se despojó de su grabadora de mala gana, recordando la facilidad con que Turber había utilizado nombres y fechas, términos médicos, estadísticas.

Suspirando, se desvistió.

Distraídamente, inclinó la mirada hacia su torso. Las yemas de sus dedos temblaron incrédulamente sobre las cicatrices rojas que cruzaban su abdomen. Las miró fijamente, sin comprender.

Cerró los ojos, volvió a abrirlos.

Las cicatrices continuaban allí.

La mano de John salió disparada hacia adelante, como en busca del frasco de píldoras de color de rosa del anaquel de su cuarto de baño.

En vez del frasco encontró un botón blanco. Lo apretó, desesperadamente. Una nube multicolor penetró en la cámara. Johns aspiró profundamente.

Notó que se aliviaba su tensión. Agradecido, volvió a aspirar con fuerza. Se desplomó, inconsciente.

Cuando recobró el conocimiento, el techo brillaba con tonos morados, sonrosados y verdes.

Una risa profunda llegó a sus oídos.

—Ha absorbido usted esa agradable nube con tanta intensidad, que he tenido que ponerle el mono yo misma.

Ruborizándose, Johns se incorporó.

—¿Miss Kling?

Era una mujer de edad más que mediana, de aspecto bovino y rostro rojizo, con cabellos de acero, un fuerte brazo derecho y un brillo lascivo en la mirada.

—Yo misma. Debo decir que sus cicatrices tienen un aspecto magnífico, joven Johns.

Johns la miró con aire desconcertado.

—¿No se acuerda usted de mí? —inquirió miss Kling—. Así van las cosas: en cuanto nos pierden de vista, se olvidan de nosotros. Bueno, vamos. Tengo mucho trabajo.

Desorientado, Johns la siguió a lo largo de un pasillo al que a intervalos se abrían puertas de acero numeradas.

—Visitaremos primeramente la diecisiete —dijo miss Kling, abriendo una de aquellas puertas.

Las piernas de Johns le llevaron a través de la puerta, y luego se convirtieron en piedra. Notó un súbito dolor en la mandíbula, en tanto que el sudor empapaba su rostro, frío como el mármol.

La sala era una extensión de cristal negro, sobre la cual se alzaban varios cubículos. Los cubículos eran de cristal y estaban brillantemente iluminados,

permitiendo ver perfectamente su interior. Una suave música resonaba a través de la sala, pero por debajo de ella zumbaba y gruñía una maquinaria invisible. Unos pequeños y resplandecientes robots destellaban sobre el suelo de cristal.

Johns gimió, incapaz de moverse.

Miss Kling rió estruendosamente. Empuñó un aerosol que llevaba colgado de la cintura. Al cabo de unos instantes Johns se sintió envuelto en una nube mentolada.

—Respire a fondo, pero no vuelva a tragársela.

El cuerpo de Johns recuperó su flexibilidad. La roca de su pecho se disolvió. Con un parpadeo, se desprendió de la última telaraña de pánico.

—Un pequeño trauma, simplemente —dijo miss Kling—. Les ocurre a muchos de nuestros pacientes cuando vuelven aquí. Empezará usted a desarrollar una tolerancia para su amnesia dentro de unos meses. Tendremos que reajustar su medicación.

Johns sonrió con aire condescendiente. No había estado hospitalizado en su vida, desde luego. Y las píldoras que tomaba eran para mejorar su memoria, no para bloquearla. Pero se sentía demasiado relajado para discutir.

—Primera estación: Maternidad. No se preocupe, no verá ningún cuadro plástico.

Con una sonrisa procaz en los labios, miss Kling le precedió a lo largo del suelo de cristal.

Johns examinó someramente los cubículos. Un sistema superior, sin duda alguna. Cada ejemplar, albergado en su propio entorno esterilizado.

Las madres dormitaban, daban cabezadas, contemplaban el vidi. Unos hilos conectados a sus muñecas y sienes transmitían datos del paciente al sistema monitor central. Encima de cada cubículo había un tablero de controles manuales.

Miss Kling se detuvo delante de un cubículo y agitó una mano en dirección a la muchacha que estaba dentro.

—Buenos días, Edna —dijo.

La muchacha se aplastó contra el cristal. Era como una ciruela demasiado madura con unos cabellos llameantes y unos salvajes ojos negros.

—¡Usted! ¿Dónde está mi hijo? A los tres días me dijo usted que me lo traerían al día siguiente, sin falta. Han pasado diez días y aún no lo he visto. Primero fue la campaña para que firmara los documentos de adopción. ¡Ja! Luego me dijo usted que esperaba a que me repusiera del todo para traérmelo. Y, hace tres días, ese cuento de que había nacido deforme...

Miss Kling sonrió cariñosamente.

—Hemos esperado hasta el último momento por si podía sobrevivir, Edna. Queríamos ahorrarte la impresión de verlo, si no podía vivir.

—Ya le dije a usted que no soy tan tonta como para no haberme fijado en el niño cuando di a luz. Lo miré bien. Pesaba más de nueve libras y lo tenía todo en su sitio. Unos pulmones como fuelles. El mismo médico lo dijo. Yo...

—Vamos, Edna, tranquilízate —dijo miss Kling—. Una muchacha sola no hubiese podido cuidar a un niño tan terriblemente impedido. Los gastos...

Los dedos de miss Kling hurgaron en el tablero de control. Una niebla multicolor se extendió por el cubículo.

El rostro de la muchacha había palidecido de rabia.

—¡No necesito el dinero de ningún *hombre*! ¡Tengo diecinueve años! Me gano muy bien la vida haciendo *streap-tease*. Y voy y vengo como me da la gana. No me importa que Gordy se largara con aquella pecosa Gandí antes de que yo le llevara a la Alcaldía.

Miss Kling sonrió.

—Querida, yo no soy nadie para juzgar tu concepto de la moralidad. Sólo estoy aquí para ayudarte.

La muchacha se interrumpió bruscamente. Parpadeó varias veces y se dejó caer de rodillas en medio de la niebla multicolor.

—¿Qué decía usted de mi niño? —balbuceó.

—No tardarás en verlo, Edna. ¡Pobrecillo!

Edna sollozó.

—¡Pobrecillo! —repitió—. ¡Y todo por culpa de Gordy! El tiene la culpa de que nuestro niño naciera deforme. Y luego se largó...

—Ahora, Edna, vendrá una de nuestras pequeñas máquinas —dijo miss Kling—. Te pondrá una inyección. Se la ponemos a todas las madres solteras. No te dolerá nada, y durante años y años no tendrás que preocuparte por los niños.

—¿No tendré que preocuparme? —murmuró Edna.

—Quiero decir que no tendrás hijos, al menos en los próximos cinco años. Para entonces es muy posible que estés casada.

Edna sonrió dulcemente, enroscada sobre sí misma en el suelo. Sus cabellos rojizos cubrieron su rostro.

Johns la miró, apaciblemente dormida sobre el suelo de cristal, envuelta en la nube multicolor. Luego se dio cuenta de que miss Kling se había alejado. Echó a andar apresuradamente detrás de ella.

—No estaba enterado de la existencia de esa ley, miss Kling.

—¿Qué ley?

—La que permite esterilizar a las madres solteras por un período de cinco años.

—¿Quién ha dicho que existía una ley? —Cogió un aerosol que colgaba de su cintura—. El aire se está viciando.

Roció el aire generosamente. Johns frunció el ceño.

—Nunca hubiese creído que un individuo tenía poder para tomar ese tipo de decisión por otro individuo. Quiero decir...

Se interrumpió, parpadeando a través de la pálida nube surgida del aerosol.

La voz de miss Kling cayó sobre él, sugestionadora. —Mis muchachas están aquí para restablecerse, joven Johns. No quiero que se preocupen por las leyes, ni que tomen decisiones importantes por sí mismas. Si una muchacha ha escarmentado, me olvido de la inyección. Pero si veo que va a aterrizar aquí otra vez, que va a dejar que

abusen de ella y la abandonen, le doy la mejor clase de protección. Para eso estoy aquí, joven Johns: para que mis pacientes tengan lo que necesitan. Ahorrándoles todo tipo de preocupaciones.

La nube se había deslizado dulcemente en los pulmones de Johns. Johns sonrió. Luego tuvo que secarse una lágrima.

—Eso es... Eso es...

No podía expresar sus sentimientos. ¡Pensar que en esta Institución, amplia e impersonal, la valerosa miss Kling defendía a sus pacientes y luchaba por ellas!

—Me alegro de que lo entienda. —Miss Kling volvió a colgarse el aerosol a la cintura. Se detuvo delante de un cubículo que contenía a una muchacha pálida y delgada, de poco más de veinte años—. Buenos días, Trenda. Soy Mabel Kling, la asistente social. ¿Cómo se encuentra?

La muchacha alzó la mirada distraídamente.

—Estoy bien, gracias —dijo, pasándose una mano por la mejilla para borrar una lágrima.

Miss Kling sonrió alegremente.

—La enfermera le traerá a su hijo dentro de unos instantes. ¿No quiere ponerse un poco guapa, para su primera visita?

—¿Mi... hijo? —tartamudeó la muchacha.

Los dedos de miss Kling hurgaron en el tablero de control. El cubículo empezó a llenarse de niebla.

—Es un verdadero machote. Esta mañana pesaba casi diez libras: cualquiera juraría que tiene ya un par de semanas. Tiene unos pulmones como fuelles. Y un mechón de pelo rojizo. Como su padre.

La muchacha se incorporó, desconcertada.

—Pero... el niño no tenía que nacer hasta dentro de tres meses. Me dieron inyecciones, pero los dolores no cesaban y...

Miss Kling dejó oír una risita.

—Ocurre continuamente. Siempre tenemos muchachas que dan a luz con varias semanas de anticipación. A veces, la máquina de sumar de la vieja Naturaleza no utiliza las mismas matemáticas que el resto de nosotros.

La muchacha luchó para creer lo que estaba oyendo.

—¿Quiere usted decir que el niño se encuentra bien? ¿No nació demasiado pronto?

—Usted misma podrá verlo dentro de un par de minutos. ¿Se siente con fuerzas para sostener diez libras de carne sonrosada?

—¡Oh, sí! —El cubículo estaba lleno de niebla. El rostro de la muchacha había enrojecido de excitación—. Yo... incluso pensé que había oído que alguien decía que era una niña...

La dejaron pintándose los labios excitadamente, envuelta en una nube de color lavanda.

—Este es uno de los casos que me compensan de todos los sinsabores de mi trabajo —dijo miss Kling—. Esa muchachita tenía el corazón destrozado, y yo he resuelto la situación del mejor modo posible. Cuando se lleve el niño a casa, ni siquiera recordará sus horas tristes.

Miss Kling se acercó a otra paciente, pero Johns estaba demasiado abrumado por la emoción para interesarse por lo que sucedía.

Luego, miss Kling repasó su lista e hizo un gesto de satisfacción.

—Hemos terminado con Maternidad. Ahora iremos a Cirugía. —Sonrió—. Tac Turber era un verdadero apasionado de la Cirugía. ¿Lo sabía usted?

Johns no pudo contestar: tenía la boca terriblemente seca.

—¿Vamos? —sonrió miss Kling.

La siguió a través del resplandeciente pasillo, cada uno de sus pasos más tembloroso que el anterior. Finalmente, dijo:

—He leído en alguna parte que..., que toman órganos de una persona y... los trasplantan a otra. Riñones, y corazones, y bazos. Incluso he leído que han trasplantado cerebros... algunas veces.

Miss Kling abrió la puerta de Cirugía. Miró fijamente a Johns.

—¿Dónde ha leído todo eso?

—No..., no lo recuerdo. En las columnas de Tac Turber no, desde luego. —En tono esperanzado, aventuró—: Supongo que ya no se hacen esas cosas...

Miss Kling dejó oír una risita.

—Piense un poco, joven Johns. Si tuviera usted el corazón de un hombre, el hígado de otro hombre y tal vez un lóbulo del cerebro de otro hombre, se sentiría un poco desorientado, ¿no es cierto?

—*¡Desde luego!*

La exclamación brotó con inesperada energía.

—No podría tirar de su propio peso si no estuviera seguro de su identidad, ¿no es cierto?

—*¡Desde luego!*

—¿Y cree que nuestros excelentes doctores se dedican a recomponer cuerpos humanos como el que recompone una muñeca? ¿A enviar personas al mundo sin una identidad definida? ¿Cree que yo permitiría que uno de mis pacientes saliera de aquí sin un nombre?

—No. Desde luego que no.

Johns frunció el ceño, tratando de seguir la argumentación de su interlocutora.

—¿Entonces?

Miss Kling entró en la sala de Cirugía.

Aquí, el suelo era blanco. Los cubículos quirúrgicos eran espaciosos y estaban brillantemente iluminados y atestados de complicados instrumentos. Unas figuras vestidas de blanco se movían de un lado para otro. Las autocamillas transportaban

silenciosamente a inconscientes pasajeros.

—Antiguamente, los médicos invertían tanto tiempo en tareas rutinarias que apenas podían ocuparse en serio de la cirugía propiamente dicha. Ahora, las máquinas se ocupan de las toses y de los estornudos, de vendar las heridas, y los médicos pueden dedicar todo su tiempo a su verdadera tarea.

—Comprendo —dijo Johns, notando que la cabeza le daba vueltas.

La sangre zumbó en sus oídos. Sus manos temblaron. Incapaz de resistir, ladeó su cabeza para contemplar el techo.

—Nunca había estado aquí —gimió. No podía inclinar la cabeza—. Nunca había estado en este hospital. Nunca había visto este techo. Nunca...

Miss Kling aplicó un inhalador a su nariz. Se resistió, luego aspiró. Al cabo de unos instantes, su cabeza se inclinó. Se sintió súbitamente pesado, tórpido.

—Nunca había estado aquí —murmuró.

—Desde luego que no —se apresuró a decir miss Kling—. No tiene usted ninguna cicatriz, ¿verdad?

Johns frunció el ceño, tratando de recordar.

—Yo...

—Bueno, si no tiene usted cicatrices, no puede haber estado en Cirugía, ¿no es cierto?

—Desde luego —dijo Johns, con una sensación de alivio. Luego añadió, quejumbrosamente—: Me duele mucho la cabeza.

Miss Kling tocó la parte posterior de la cabeza de Johns.

—¿Aquí? ¿Donde le colocaron la placa de acero inoxidable?

Johns asintió.

—Sostenga el inhalador. Yo iré a buscar a la Pequeña Bayer.

Volvió con una pequeña máquina, muy delgada. La máquina agarró su brazo, le inyectó algo y se alejó rápidamente.

El dolor cesó. Miss Kling apartó el inhalador y roció generosamente a Johns con el aerosol. Johns aspiró y sonrió estúpidamente.

—Ahora, apuesto a que está usted cansado de tanto pasear —dijo miss Kling—. ¿Qué le ha parecido nuestra sala de Cirugía?

—Muy interesante —murmuró Johns.

En realidad, no recordaba haber visto absolutamente nada de la sala de Cirugía.

—Hummmm, hummmm —refunfuñó miss Kling—. Entonces, bajaremos a la fiesta.

Johns la siguió por el largo y resplandeciente pasillo, sonriendo agradablemente. La fiesta. Siempre le habían gustado las fiestas.

Quedó un poco sorprendido cuando miss Kling abrió la puerta que ostentaba el letrero SALA TERMINAL.

—Todos nuestros pacientes terminales celebran una pequeña fiesta antes de

marcharse. Pero rara vez vienen sus seres queridos a pasar los últimos momentos con ellos. Tac Turber se sentirá muy complacido.

Johns se sintió levemente sorprendido.

—Mr. Turber apenas me conoce.

Miss Kling sonrió.

—Va usted a hacerse cargo de su columna, ¿no es cierto? Esto le convierte casi en un hijo suyo.

Johns penetró en la sala, detrás de miss Kling. Los pacientes le saludaban alegremente desde sus encristaladas cajas. Miss Kling correspondía a todos aquellos saludos agitando la mano.

Finalmente, Johns dijo, en tono de incredulidad:

—¿Todas esas personas van a morir?

—Para eso están aquí —respondió miss Kling alegremente.

Johns contempló aquellos rostros sonrientes, con el ceño fruncido.

—Yo cuidé a mi propia madre durante su última enfermedad —añadió miss Kling—. Estuve junto a ella diecisiete meses, noche y día. No podía costearle una máquina para que la atendiera, y no quería enviarla a una clínica.

Johns emitió un murmullo de simpatía.

—En cuanto la diagnosticaron supe que nunca se restablecería. Pero en aquella época lo único que se podía hacer era permanecer junto al enfermo y contemplar cómo se iba consumiendo.

»Siempre recuerdo aquello cuando vengo aquí. Me siento orgullosa de que mis pacientes no tengan que soportar aquellos sufrimientos. Aquí, el final es rápido y alegre, con su filete y su whisky. Y saben que si algo puede ser aprovechado de sus cuerpos, nuestros cirujanos lo encontrarán. El espíritu puede morir, joven Johns, pero el tejido continúa viviendo.

Al doblar una esquina se encontraron con Tac Turber, encristalado. Miss Kling dio unos golpecitos en el cristal y abrió la jaula.

Tac Turber se incorporó en el lecho. Era un hombre alto y de aspecto robusto.

—¡Bien, bien! ¡Oí decir que le habían ascendido, Johns!

Estrechó cordialmente la mano del joven.

Johns tartamudeó:

—El editor Downs me ha encargado que redacte su columna... hasta que usted regrese.

Turber sonrió.

—Entonces, es suya para toda la vida, muchacho. —Palmeó la espalda de Johns—. Supongo que todo el mundo está enterado de que no voy a volver...

—Nos habían dicho que estaba usted en Florida restableciéndose de... lo que sea.

—Habladurías, muchacho, habladurías —rió Turber—. No, voy a emprender un viaje a otra vida. Una vida distinta, pero tan útil como la que ya hemos vivido. Lo único que lamento es no poder redactar una última columna. Siempre he deseado

escribir sobre el trabajo que se lleva a cabo aquí, en Cirugía. —Enarcó las cejas—. Pero, ignoro por qué motivo, siempre me olvidaba de hacerlo, en cuanto salía del hospital.

Miss Kling dijo:

—No se puede abarcar todo.

Turber sacudió la cabeza impacientemente.

—No, no se trata de eso. —Se volvió hacia Johns—. Hay tanta excitación, Johns, tanto que ver... A veces, cuando regresaba al platillo, apenas me acordaba de escribir el informe que tenía en la mano. —Frunció el ceño pensativamente—. Supongo que me paraba a utilizar una de las máquinas de la oficina del director. Pero más tarde...

Sacudió la cabeza, desconcertado.

Miss Kling salió del cubículo y se acercó al tablero de control. Luego volvió a entrar, cerrando detrás de ella. Una niebla multicolor empezó a levantarse del suelo.

Turber olfateó el aire. Su ceño se desarrugó. Sonrió.

—Bueno, ha sido un buen salto, Johns. Usted no recuerda los antiguos tiempos, los antiguos hospitales, el miedo y la incertidumbre que el animal humano tenía que soportar.

El cristal de la entrada del cubículo se deslizó a un lado. Entró una mesa-robot sobre ruedas, transportando un banquete.

Los ojos de Turber se iluminaron.

—Parece que han pensado también en usted, Johns. —Vertió whisky en los dos vasos, luego enarcó las cejas—. En cambio, se han olvidado de usted, miss Kling.

Miss Kling refunfuñó:

—Ya estoy acostumbrada. Nunca piensan en enviar un vaso de whisky para mí. Asisto a todas las fiestas de la sala, pero nunca hay un vaso para mí.

Turber levantó un tablero y hurgó en los controles de la mesa. Como por arte de magia, brotaron cubiertos, servilletas y vasos. Turber vertió whisky en una docena de vasos. Alzó dos:

—¡Un brindis por la inmortalidad!

—¡Un brindis por su hígado y sus pulmones inmortales! —rugió miss Kling, tambaleándose—. ¿Saben una cosa, muchachos? Tenía que haber puesto a refrescar filtros nasales hace una hora. Y me he olvidado de hacerlo. ¡Vaya! ¡He olvidado mis filtros frescos, y ahora voy a olvidarme de todo!

Johns rió por cortesía. Luego rió algo más. Y después estalló en estruendosas carcajadas, tragando el whisky tan rápidamente como Turber lo escanciaba.

Luego, la botella quedó vacía. Los filetes estaban fríos, sin tocar. Se oyó un chirrido de ruedas, y una autocamilla entró en el cubículo.

—¡Mi coche! —Turber saltó a bordo. Se dejó caer sobre su espalda, rugiendo de placer—. ¡A casa, James!

Una mascarilla cayó pesadamente sobre su rostro. Turber agitó los brazos unos instantes y luego se quedó inmóvil. La camilla se alejó, chirriando.

Miss Kling contempló los filetes fríos con una expresión de pesar.

—Joven Johns, creo que hemos olvidado algo. Pero no consigo recordar qué.

Johns dijo, en tono solemne:

—Van a descuartizar al viejo Tac y a utilizar sus órganos, ¿no es cierto?

—¡Nunca he dicho eso! —Miss Kling enarcó las cejas y miró a Johns con aire pensativo—. Pero recuerdo a un muchacho. No, dos muchachos. Hermanos. Uno moreno, muy guapo. Como usted, en realidad. Y otro pelirrojo, dos o tres años mayor. Sufrieron un accidente cuando iban en su platillo. El moreno quedó con la parte posterior de la cabeza aplastada, y el pelirrojo quedó herido en el vientre. —Se rascó la barbilla pensativamente—. Pero creo que es todo lo que puedo recordar.

Johns asintió con un gesto.

—Yo ni siquiera puedo recordar eso. Lo olvido cada mañana a las ocho.

Miss Kling asintió. Luego, sus ojos se iluminaron. Sacó un pequeño frasco verde de su cintura.

—¡Mi spray para recordar! Al menos, recuerdo esto. Si pulverizo aire de un color equivocado, pulverizo el verde y todo vuelve a la normalidad.

Pulverizó aire verde.

Johns olfateó. El verde era muy fresco, muy limpio. Aspiró profundamente.

—Eso es. Limpia todas las sinapsis. O algo por el estilo.

Fue como si el aire verde hubiera penetrado en cámaras olvidadas de la mente de Johns, librándolas de toda obstrucción.

—*Ahora recuerdo* —dijo.

Volaba muy bajo sobre el campo en su viejo platillo. Un día de primavera. Su hermano se removía nerviosamente en el asiento del pasajero.

Su hermano: Albin. Su moreno y meticuloso hermano menor, que se había detenido en Ohio en su camino de regreso al este, a la Facultad de Derecho.

Él —Deon— sonrió con aire tranquilizador. El platillo había empezado a ratear y a perder altura, y él estaba regresando a la ciudad, como medida de precaución.

Volvió a producirse el rateo. Deon manipuló en los controles fríamente. De pronto, sonó la señal de alarma. Los controles saltaron de sus manos.

Estaban cayendo. Oyó la voz de su hermano:

—Deon, ¿no puedes...?

Impacto. Unos minutos de dolorosa semiinconsciencia. Abrió los ojos y vio a su hermano —Albin— caído cerca de él, con una astilla de metal clavada en su abdomen, la parte posterior de su cabeza aplastada, el brillante y meticuloso cerebro destruido.

Más tarde volvió a abrir los ojos. Se encontraba en una ambulancia.

—Este ha recibido en el vientre —dijo la voz del médico, a su lado.

—Y éste también. Y en la parte posterior de la cabeza. ¿Cree usted que podrán combinar las piezas?

A su lado, la voz anterior dijo, en tono indiferente:

—Han resuelto casos más difíciles.

Johns supo que a continuación vería el techo, *aquel* techo blanco. Volvería la cabeza y vería a su hermano, Albin, boca abajo sobre la camilla contigua. Luego...

Luego cayó pesadamente sobre el lecho que Turber había dejado vacío. Miss Kling sacó una mascarilla de su cintura y la aplicó al rostro de Johns.

—¿Se siente mejor? —inquirió, al cabo de unos instantes.

—Creo que sí.

Miss Kling quitó la mascarilla. Sobre la mesilla de noche había un pequeño espejo. Johns estudió el rostro moreno e inteligente que era el suyo, pero que no era el suyo.

—Me quedan unas cuantas visitas por hacer —murmuró miss Kling, pensativamente—. Pero antes le llevaré a la cámara de hipnotismo.

Tambaleándose, Johns la siguió a través del resplandeciente pasillo hasta la puerta señalada con un ojo gigantesco, hipnótico.

—Pase usted, joven Johns. Ahí dentro le atenderán. Harán que su memoria vuelva a ser lo que tiene que ser. Y le darán algo para que se conserve así.

Johns empujó la puerta obedientemente.

En el último momento, miss Kling le agarró por el brazo.

—Es usted un buen muchacho, Johns. Los dos lo son.

Sus labios rozaron su mejilla.

Johns entró en la oscura cámara de hipnotismo.

Minutos después —¿o eran horas?— Johns se instalaba ante los controles de su platillo, en la torre de estacionamiento del Hospital General Cleveland. Antes de poner el vehículo en marcha, echó una ojeada a los papeles que llevaba en la mano.

Muy raro. Tenía que haber utilizado una máquina de la oficina del director para mecanografiar el material, mientras se mantenía fresco en su memoria. Pero no recordaba haberlo hecho. Y la redacción no correspondía siquiera a su estilo habitual. Tendría que retocarlo.

Leyó por encima el párrafo que se refería a miss Mabel Kling, la decana de las asistentes sociales. Sonrió. A juzgar por lo escrito, era un personaje gruñón. Lástima que no hubiera podido conocerla personalmente. Pero si el mes próximo Tac Turber continuaba en Florida, convaleciendo de su enfermedad, tal vez Johns volvería a visitar el hospital.

Metió los papeles en el portapliegos, junto con el frasco de píldoras de color violeta, en cuya etiqueta podía leerse: DOS AL DÍA. PARA LA MEMORIA.

Empuñando los controles, hizo que el platillo se remontara por encima de la torre del Hospital General Cleveland. Abrió un poco la escotilla lateral para notar en el rostro la fresca brisa de las alturas.

El sol brillaba en un cielo sin nubes. Los caminos del cielo se extendían delante

de él, azules e invitadores. Incluso a aquella altura podía sentir la primavera planeando sobre la tierra con su cálido verdor.

Un pensamiento floreció en su mente, como si hubiera sido plantado allí. Johns lo examinó, sonrió, y lo hizo suyo: ¡Un gran día para estar vivo!

El truce de la espada

H. H. Holis

A última hora de la tarde de un desagradable día de otoño, un topólogo de cuarenta años, profesor de matemáticas en una Universidad a la que despreciaba, importunado por sus alumnos y decepcionado por haber hecho ya todo lo importante que haría en su vida, tropezó con un grupo de estudiantes que enarbolaban flores y pancartas. Antes de que pudiera recuperar los libros que se le habían caído y alejarse para continuar redactando mentalmente una memorable carta de dimisión, su mirada cayó sobre una desaseada jovencita, y quedó irremediabilmente atrapado.

Con la intención de romper el hechizo, se acercó osadamente a ella y le dijo:

—¿No eres alumna de mi clase de topología elemental?

La muchacha lamió el helado de fresa que sostenía en una mano y respondió, muy seria:

—Está usted loco. Yo no soy estudiante. Soy una gitana vagabunda que dice la buenaventura. —Acercó el helado a los labios del profesor para que lamiera—. ¿Tiene usted un lugar al que podamos ir, y le diré la buenaventura?

El matemático supo que la muchacha no era gitana, ya que nuestros modernos y civilizados calés no se permiten el ir tan sucios como iba ella. Estaba convencido de que ella le engañaba, pero se encontraba tan deprimido que dijo:

—De acuerdo. Vamos a mi apartamento y me dirás la buenaventura y otras mentiras hasta que el mundo se derrita.

Se marcharon cogidos de la mano ante la mirada de cuarenta testigos. Sin embargo, dentro de su propia subcultura, los estudiantes rebeldes se atenían a un rígido código; y habrían muerto antes que informar al Decano de la Facultad de lo que había sucedido. De modo que nadie se enteró de la inmoralidad en que había incurrido el profesor al llevarse una alumna a su apartamento.

Cuando la hubo despojado de sus ropas, la muchacha apareció tan sucia como su aspecto externo inducía a suponer; sin embargo, el profesor no renunció a aprovecharse de ella. Más tarde, la convenció para que se duchara. Y cuando se marchó, con sus cabellos color ron partidos en dos largas trenzas, la muchacha parecía una Exploradora recién frotada.

La suciedad resultó ser para ella el equivalente del maquillaje que utilizan las muchachas normales; cuando el profesor la encontró al día siguiente iba tan deleznablemente tiznada como siempre, y lamía un helado de grosella.

Se cogieron de la mano y se marcharon directamente al apartamento del profesor. La joven apenas habló hasta última hora de la tarde, después de que se hubieron

duchado juntos. Se estaba secando el pelo, y la información brotó confusamente.

—Hoy he estado en el despacho del Director —dijo— y le he contado lo que hay entre nosotros.

El profesor se sentía tan satisfecho que contempló la ruina de su carrera académica con placer.

—De acuerdo, charlatana. ¿Cómo vamos a vivir ahora?

—La verdad es que no soy gitana —dijo ella—, pero la otra vez que me escapé de casa estuve con unos feriantes. Conozco el truco de las espadas. Tú podrías ser un mago indio. Podríamos montar un número, unirnos a unos feriantes y viajar con ellos.

—¡Puedo hacer algo mejor que eso! —exclamó el topólogo—. Hace mucho tiempo que no me dedico a la mecánica, pero tengo un pequeño laboratorio que servirá para el caso. Acompáñame al sótano del Departamento de Psicología, y te enseñaré algo que no vas a creer.

—Vamos allá, nene —replicó su enamorada—. Te sorprenderá lo que yo puedo creer.

Se acercaron a las silenciosas jaulas en las cuales se guardaban los animales para los experimentos, y el profesor sacó de una de ellas un robusto ratón. A continuación cogió unas tiras de plástico transparente, encendió un mechero de gas y destapó un frasco de adhesivo plástico. En unos minutos el topólogo construyó un recipiente que desafiaba a la mirada en lo que respecta a definir su forma exacta, pero que a simple vista parecía un cilindro. En un abrir y cerrar de ojos, metió al ratón dentro del cilindro y cerró la parte superior. El ratón podía ser visto a través del plástico, pero parecía encontrarse en una postura fija, flotando en el aire con las patas y la cola extendidas, tal como había sido introducido en el recipiente.

Calentando una varilla puntiaguda, el profesor practicó un agujero, primero en un lado del pandeado cilindro, luego en el otro. Cuando la larga aguja se hubo enfriado, introdujo su aguda punta a través de un agujero y atravesó el corazón del roedor, haciendo salir después la punta por el segundo agujero. Agitando el cilindro sobre la mano de la muchacha, el profesor depositó una gotita de sangre arterial ratonil sobre su muñeca.

Mientras contemplaba la gotita de color escarlata, unas lágrimas asomaron a los ojos de la muchacha.

—¡Asesino de ratones! —sollozó—. ¿Crees acaso que un ratón salvaje se metería en ese tubo de plástico?

—Corazón mío —replicó el profesor—, no es un tubo. Ni siquiera es un cilindro, y desde luego no es una ratonera. Es una tesela, como sabrías si hubieras leído una obra muy popular sobre topología.

—¡Oh! Sé perfectamente lo que es una tesela: un dado con un dado en cada uno de los lados. Pero esa ratonera no me parece que sea seis dados rodeando a un dado.

—Desde luego que no, ya que de ser así nuestro ratón estaría muerto. Esto es una tesela, es decir, una ilusión temporal.

—¡Una ilusión temporal!

—Sí, querida —dijo el profesor—, una ilusión temporal. La topología nos enseña que las propiedades matemáticas pueden ser completamente independientes de la forma aparente. Un círculo continúa siendo un círculo, aunque parezca una pasta empanada, como ocurre cuando es arrastrado sobre una superficie ondulada. Esta ratonera es un dado cubicado, parcialmente desplazado a lo largo de la dimensión del tiempo. Por eso tiene un aspecto deforme. Ven, tócalo.

Desde luego, al tacto parecía bastante sólido: un dado con un dado en cada uno de los lados; pero incluso cuando se sostenía en la mano y se tocaba, el objeto seguía pareciendo un cilindro ondulado, y el ratón seguía permaneciendo inmóvil, aparentemente muerto.

—¡Este ratón está muerto! ¡Ecch! —exclamó la muchacha.

El topólogo tiró de la diminuta espada, abrió la parte superior de la caja y depositó al ratón sobre su mano. El animalito se sentó inmediatamente sobre sus patas traseras y agitó las patas delanteras, como pidiendo queso.

—¿Cómo has hecho eso? —gritó la muchacha, excitada.

—Es muy sencillo —respondió el pensador—. El exterior fluctúa con este momento del tiempo, debido a la leve torsión que le di a la forma cuando lo construía; pero el interior está fijo en el tiempo, porque la mayor parte de la masa interna está extendida alrededor del continuo, muy amplio pero finito, de espacio y tiempo que es nuestro universo. El «tiempo» ha pasado tan lentamente para este pequeño granuja, que los procesos de regeneración y de reparación de su cuerpo se han desarrollado como instantáneamente, y la herida aparentemente mortal sólo fue para él un leve pinchazo. ¿Crees que podrías meterte en una gran tesela como ésta y dejar que yo te atravesara con una espada..., sabiendo que no sufrirías el menor daño?

La muchacha palmoteó de placer.

—¡Oh, sí, cariño! Eso sería un truco mucho más desconcertante para el espectador que el antiguo truco de la espada.

El número obtuvo un éxito sensacional. Los espectadores quedaban embobados por la belleza de la muchacha. Y cuando el topólogo introducía una afilada espada a través de su maravilloso cuerpo, tan ligero de ropa como permitían las leyes locales, las multitudes se quedaban con la boca abierta. Cuando se hacía girar la caja para mostrar la punta enrojecida de la espada, las mujeres —y muchos hombres— se desmayaban. Más tarde, pagaban un dólar por cabeza por examinar la diminuta herida mientras se cerraba y desaparecía, habitualmente debajo de uno de los espectaculares senos de la muchacha.

Aquella vida de feriantes fue un idilio. Sin embargo, aunque cuarenta años no significan que un hombre sea viejo, tampoco significan que sea joven; y el profesor de matemáticas terminó por descubrir que volvía a sentirse fastidiado. El vocabulario

de la muchacha no mejoraba, y su afición favorita continuaba siendo el consumo de helados. La diferencia de sus edades era suficiente para que sus actitudes sexuales básicas resultaran irreconciliables. Para él, el amor carnal necesitaba el estímulo de lo «prohibido»; para ella, el acto sexual era una función natural, como el respirar o el defecar, de modo que entre los dos no cabía un entendimiento total, ni siquiera en la cama.

De acuerdo con la moda que había adoptado su generación, la muchacha era fiel. Podría haber otros más tarde, pero ahora ella no concedía sus favores a nadie. Al profesor le era negado incluso el acibarado condimento de los celos.

Cada noche, al final de su última actuación, cuando entraban en su alojamiento, solía levantar los brazos y, marcando unos pasos de baile como una danzarina de un harén, decía: «Ayúdame a prepararme para el baño, cariño».

Casi no sostenían ninguna otra conversación.

Al final, el idilio se convirtió en una esclavitud para el profesor. Encontró algún respiro cuando descubrió que un fakir hindú, que formaba parte del espectáculo durmiendo sobre clavos, vertiendo plomo derretido en sus ojos, etcétera, era un ex profesor de Matemáticas de la Universidad de Rawalpindi. Hablando con él, el topólogo pudo evitar el volverse completamente loco. Sin embargo, estaba un poco chiflado. Detestaba a la muchacha y sólo soñaba en lo que haría cuando ella le abandonara; pero ella no se marchaba y continuaba levantando sus brazos delante de él y marcando pasos de baile, tan exquisitamente fastidiosa como un perrito que continúa tirando del calcetín de uno cuando ha dado por terminado el juego.

Empezó a actuar de mala gana; en realidad, la tesela sólo le había interesado realmente en su fase experimental. En cierta ocasión la espada que empujaba se desvió del agujero y cayó de punta sobre el dedo gordo de su pie derecho. Aquella fue una herida real, en el tiempo real, no extendida a lo largo del continuo espacio-tiempo, y por espacio de una semana le produjo unos terribles dolores. Cada vez que cojeaba, el dolor le reafirmaba en su decisión de librarse de la muchacha, hasta que al fin su fecunda mente topológico encontró el medio.

El profesor poseía una colección de espadas que utilizaba para su espectáculo, y una noche dejó junto a su cama, al alcance de la mano, una imitación bastante lograda de una espada corta romana. En su época, aquella espada había representado un gran avance tecnológico para los fabricantes de armas, y a la belleza de su forma añadía un terrible poder de penetración.

Cuando terminó la última función, el profesor se mostró más cariñoso que de costumbre con la muchacha. Y mientras se secaban el cuerpo el uno al otro, después de su baño ritual, el profesor besó a su compañera y le dijo:

—Querida, ¿te importaría dejarme practicar la última parte del número? Últimamente no me siento muy seguro en escena...

Ella estaba tan contenta al ver que él volvía a estar contento, que accedió inmediatamente. De modo que montaron una tesela de repuesto que guardaban en su

alojamiento y la muchacha se introdujo en ella con una sonrisa que casi hizo reconsiderar al profesor lo irremediable del acto que había planeado. Luego recordó los meses de fastidio y endureció su corazón. Sin que le temblara el pulso, introdujo la espada lo más cerca posible del corazón de la muchacha, al tiempo que con el pie daba un par de golpes a la construcción de plástico, modificando su forma: en vez de un cilindro pandeado, como hasta entonces, apareció como un solo dado de unas seis pulgadas de lado, con un dibujo abstracto en cada cara.

El dado era mucho más pesado de lo que parecía, ya que una parte substancial de la masa de la muchacha estaba distribuida a lo largo del conjunto del continuo espaciotiempo cilíndrico esférico. Mientras contemplaba la superficie lisa como un espejo de una de las caras del dado, un ojo y una ceja se extendieron lentamente a través del plano; pero en aquel ojo no había pánico ni reconocimiento. El profesor se dio cuenta de que para la ocupante de aquella caja singular, sus movimientos eran tan rápidos en apariencia como para resultar una simple maculatura. Silbando, el profesor introdujo el pesado dado en su maleta y salió de su alojamiento. Se cruzó con el fakir hindú y le dijo:

—Hasta la vista, amigo. Nos hemos cansado de este circo y de sus pulgas y vamos en busca de nuevos horizontes.

Así desapareció Grax, el Espadachín del Tiempo, y apareció de nuevo un topólogo de gran talento que se había tomado unas vacaciones fuera de temporada.

Las frustraciones que casi le habían consumido antes de su aventura parecían haberse desvanecido. Se instaló con placer en una nueva rutina académica y se convirtió en un experto en su ejecución. Cada cinco años, quizá, tenía un alumno realmente prometedor; pero la escasez ya no le preocupaba. El caso era ascender en el escalafón académico.

El pesado dado era ahora un pisapapeles sobre el escritorio de su apartamento. Nadie reconoció nunca en los dibujos abstractos de sus lados los contornos topologizados de un ser humano muerto. A grandes intervalos, aparecía a través de una de las caras del prisma alguna característica anatómica identificable con la cual el profesor había trabado íntimo conocimiento, y entonces experimentaba una vaga sensación de pesar, recordando la única aventura de su vida y su trágico desenlace. Pero en aquellas raras ocasiones llenaba su pipa, abría la Revista de Topología y volvía a sumergirse en la vida apacible de la Universidad.

Cuando tenía sesenta años y era casi calvo, apareció en su clase el estudiante de sus sueños, que comprendía todo lo que él decía en su difícil especialidad y replicaba con elegante desparpajo y desacostumbrada intuición a sus complicados planteamientos matemáticos. Objetivamente, sabía que el muchacho lo era todo menos guapo, pero subjetivamente (y en privado, desde luego, ahora era muy formal) consideraba que el muchacho tenía «muy buen aspecto». Esta sensación le intrigó hasta que un día, repasando unos antiguos boletines universitarios, encontró un retrato suyo de su época de estudiante. Su mejor alumno era lo bastante parecido a él

como para poder ser su doble, o al menos su hermano menor.

Poco después de aquello, el profesor confió al muchacho la historia de su escapada. Al hacerlo obedeció a un impulso inexplicable, sabiendo que no era prudente; pero el muchacho empezaba a revelar el mismo raro talento que el profesor poseía para traducir las abstracciones topológicas en utensilios que hacían cosas peculiares. Y a pesar de que el muchacho afectaba la amoralidad total propia de su generación, quedó impresionado por el relato; impresionado y también intrigado. Cogió la caja y la sacudió.

—Tal vez está viva —dijo—. Después de todo, el interior sólo ha sido un instante. Vamos a abrirla.

—No seas ridículo —dijo el profesor, tomando la caja y colocándola de nuevo sobre su escritorio—. En primer lugar, ella no está viva. Mientras se encuentre dentro del dado, no existirá ninguna prueba del crimen. En segundo lugar, si estuviera viva, podría acudir a la policía; o, peor aún, podría decidirse a renovar aquellas horribles y fastidiosas relaciones. Y en tercer lugar, no podemos abrirla. El dado es ahora un sistema cerrado, y ninguna parte del interior es asequible a este aspecto del tiempo y del espacio. Eventualmente, será distribuida de un modo equitativo a través de todo el universo. ¡Decididamente, no! Te prohíbo que pienses en ello. ¿Cuándo vas a darme aquel documento sobre los reinvertebrados topológicos?

La conversación languideció, y el estudiante no tardó en despedirse. Un par de días más tarde, el profesor encontró al muchacho hurgando en los bordes del dado con un aparato a base de espejos, lo cual provocó una acalorada discusión, pero paulatinamente sus relaciones volvieron a ser casi tan cordiales como antes.

Un día, el estudiante se presentó en el apartamento del profesor llevando en la mano un pequeño trozo de metal, cuya forma resultaba muy difícil de determinar. Mejor dicho, parecía cambiar de forma continuamente.

—¿Qué diablos llevas ahí? —preguntó el profesor, en tono irritado.

—Es una cinta movediza, cromada, retráctil, invertida y universal —dijo el joven.

El profesor se echó a reír. Todos los escolares saben que una cinta movediza es una tira de cualquier material, uno de cuyos extremos ha sido retorcido (media vuelta) antes de unirlo al otro para formar un aro. La consecuencia de aquella media vuelta es que la cinta movediza se convierte en una figura geométrica que tiene un solo lado y un solo borde; aunque el sentido común puede distinguir claramente, al examinarla, que tiene dos lados y dos bordes. Sin embargo, un lápiz que trace una línea partiendo del centro de «un lado» se encontrará con su propia señal, cuando tendría que verse una línea dibujada sobre «ambos lados»... Porque sólo hay un lado, ¿os dais cuenta?

Pero todos los escolares saben lo que es una cinta movediza: una simple curiosidad. El profesor le explicó todo esto a su alumno, y terminó diciendo:

—Y supongo que ahora vas a decirme que tiene alguna aplicación práctica.

—Sí —dijo el muchacho—, la tiene.

Y antes de que el profesor pudiera impedirlo, se acercó al escritorio, hurgó en el dado con la cinta movediza metálica y sacó los restos de una espada corta romana.

Al cabo de unos instantes, el cilindro había recobrado su antigua forma y tamaño y una joven completamente desnuda había salido de él. Estupefacto, el profesor vio una sonrosada herida triangular, que evidentemente había acabado de cicatrizar, debajo del seno izquierdo de la muchacha.

—¡Cariño mío! —exclamó ella—. ¡No vuelvas a utilizar esa cuchilla de carnicero! ¡Ha sido algo horrible!

Y envolvió al estudiante en un apasionado abrazo.

Luego vio al profesor y se ocultó detrás del joven.

—¿Quién es ese viejo calvo? —inquirió—. Yo sé lo que hay que hacer con los viejos verdes, cariño.

Y, tras un guiño y un gesto de asentimiento, la joven y el estudiante introdujeron al profesor en el dado expansionado y lo distorsionaron hasta que se convirtió en una pequeña caja.

Incluso en el interminable instante en que se ha convertido en el interior del dado, el tiempo ha empezado a parecerle muy largo al topólogo. Sabe que la muchacha y el estudiante se han convertido en polvo hace ya mucho tiempo en el caleidoscópico mundo exterior. Está empezando a ser transparente, de modo que sabe que su substancia se está extendiendo lentamente a lo largo de todo el continuo espacio-tiempo cilíndrico esférico. Ha comprendido que cuando él esté completamente distribuido, el universo llegará a su fin; y ha redactado mentalmente un asombroso documento, explicando todo el fenómeno. Lo único que siente es que nunca podrá enviarlo a la Revista de Topología para su publicación.

Los constructores de nubes

Colin Kapp

I

Más cerca del suelo ahora, los sonidos del campo y los sonidos del bosque ascendían hasta él con la increíble claridad que nunca había dejado de asombrarle, a pesar de que no era un novato en el aire. Soplaban una brisa muy leve, y nada perturbaba la fidelidad de los gritos animales y del canto de las aves que llegaban hasta donde él navegaba.

La zona no era rica, pero la estimó bien abastecida, y esto representaba una fortuna en aquellos tiempos. Habiendo cruzado las paupérrimas tierras del norte, y los pozos de escoria y fisuras negras que separaban las llanuras, estaba en condiciones de apreciar la verde feracidad y la sensación de vida abundante y próspera en el suelo, debajo de él. Y en el lejano horizonte, la gran cadena dentada de montañas, cayendo hacia el mar, explicaba por qué Timor, el Constructor de Nubes, había escogido este rincón del mundo para instalar sus astilleros. Aparte de los dirigibles de Timor, no había otro medio para entrar o salir de la región. Ningún otro medio, a menos que se fuera lo bastante osado o lo suficiente estúpido para enfrentarse con los riesgos del mar.

La perspectiva resultó más bien agradable para Jacobi. El sol estaba muy alto pero no demasiado cálido para la deficiente toldilla del globo. El aire era fresco y vigorizante, con una claridad cristalina que resultaba balsámica para los ojos y los pulmones. Más allá de lo que cabía esperar en términos razonables, la ligera brisa le conducía hacia su destino con tanta seguridad como si él mismo hubiese trazado su ruta. Este era un buen día para las aves y para los que iban a bordo de las naves fabricadas por los Constructores de Nubes.

Había pan y carne salada en su bolsa. En el saco había vino, de sabor áspero y dulzón al mismo tiempo. Jacobi se preparó un refrigerio. Por encima de él, el único mechero ardía con una uniformidad azul apenas visible a la intensa claridad del sol. Debajo, la sombra del globo se deslizaba sobre las copas de los árboles como dedos de Afrodita, con una intangible caricia. Jacobi tuvo la impresión de que Catenor iba a gustarle.

Aunque perdía altura lentamente, no hizo ninguna tentativa para ajustar el mechero. En primer lugar, quedaba poco gas en las esferas después del largo viaje, y Jacobi tenía el instinto de conservación propio de un hombre de las nubes. Y en

segundo lugar, la creciente incidencia de tierras cultivadas sobre los bosques sugería que se encontraba cerca de su destino. De acuerdo con sus cálculos, su actual curso debía llevarle lo bastante cerca de los astilleros como para ser divisado por el vigía. Buscó atentamente la señal de humo que indicaría que había sido avistado y le señalaría el momento más oportuno para aterrizar. Pero los vientos favorables que soplaron desde su salida de Annonay le habían llevado a su destino unos días antes de lo que razonablemente cabía esperar, y no habría ningún vigía apostado, a menos que se esperase el regreso de alguna nave local.

De modo que Jacobi vio la ciudad de Catenor dos millas a su derecha, y había apagado ya su mechero, antes de que la columna de humo se alzara para darle la bienvenida. Escogiendo un campo completamente libre de árboles, Jacobi empezó a preparar su descenso. Manipuló en las cuerdas que controlaban las grandes válvulas de cuero situadas en la parte superior del globo, soltando parte del aire caliente que le transportaba, pero conservando el suficiente para aminorar el impacto del aterrizaje.

Con unas condiciones casi perfectas y el favor de los dioses, el globo se posó suavemente sobre el suelo. Jacobi abrió del todo las válvulas. La brisa arrastró perezosamente el globo mientras se deshinchaba. La tela estaba cuidadosamente plegada cuando llegaron las carretas.

—¡Bien venido a Catenor! —El hombre que conducía la carreta que iba en cabeza extendió una mano nudosa—. No te esperábamos tan pronto.

—Los dioses se han mostrado propicios —explicó Jacobi—. El viaje desde Annonay ha durado tres días menos de lo que había previsto.

La segunda carreta se adelantó para cargar la tela, la barquilla y el equipo auxiliar.

—¿Cómo está Lyons? —inquirió el conductor de la primera carreta.

—Próspero, pero turbulento. Como siempre, desde luego. ¿Conoces Lyons?

—Hice el aprendizaje allí antes de venir a Catenor.

—¡Ah! Eso explica que nuestros hombres manejen una nave estilo Guild. ¿No echas de menos aquello?

—No —el hombre se pasó los dedos por los cortos cabellos—. Lyons no es malo, pero no tiene las posibilidades de Catenor. El único problema que tenemos aquí son las incursiones aéreas.

—¿Incursiones aéreas?

—Sí, piratas que llegan de más allá de las montañas. Atacan las aldeas una o dos veces al año, en busca de ganado, de cereales o de cualquier cosa que les apetezca. Las últimas veces llegaron incluso a los arrabales de Catenor. Ahora tenemos nuestra propia milicia, pero no puede estar en todos los sitios al mismo tiempo. Cuando llega al escenario de un ataque, los piratas han desaparecido ya con su botín.

—Mal asunto —dijo Jacobi—. ¿Qué clase de naves utilizan?

—Una variada colección de ellas, capturadas por toda Europa. Unas buenas, otras malas, aunque corre el rumor de que ahora disponen de algunas de motor.

—¿De motor? —inquirió Jacobi, interesado—. He oído hablar de ellas. En los Urales hay un constructor que adapta motores a sus naves. Pero su enorme peso anula la mayor parte de las ventajas.

Los hombres de Catenor habían terminado de cargar el globo. Jacobi montó en la primera carreta y los pacientes caballos volvieron a la vida.

Cuando emprendieron la marcha, Jacobi divisó varias columnas de humo que se alzaban de los campos alrededor de Catenor. Interrogó a su compañero con la mirada.

—¡Oh! ¿Eso? —dijo el conductor, con aire divertido—. Están encendiendo las fogatas para asar los bueyes del banquete. Esta noche serás el huésped de honor de la ciudad. Será un festín digno de recordar.

—Me siento muy halagado —dijo Jacobi—. ¿Siempre acogen así a los viajeros? Su compañero se echó a reír.

—No siempre. Pero primero tengo que entregarte a Timor. Si quieres un consejo, no te doblegues ante él. Respeta a los hombres que conocen sus propias mentes y su propia valía. No tiene tiempo ni compasión para los tontos. Es un hombre duro, pero también el mejor constructor que hayas conocido.

—Eso me han dicho.

—Y, con tu ayuda, algún día construiremos en Catenor mejores naves que cualquiera de las que Annonay puede ofrecer.

El rostro de Timor estaba hecho de cuero, el cual se agrietaba para dejar ver una voluntad de hierro debajo. Tomó los documentos de Jacobi y examinó cuidadosamente los sellos antes de añadir el suyo. A continuación, Jacobi ofreció su daga, como exigían las normas Guild. En el rostro de Timor apareció súbitamente una expresión de incredulidad. Alargó la mano hacia el arma, pero cambió de idea.

—Es mejor que la conserves, Viajero. Cuando vuelvan los piratas podrás necesitarla.

—Maestro, sabes que no puedo hacer eso —dijo Jacobi en tono firme—. Las normas Guild exigen que te rinda mis armas. Legalmente, yo soy tu sirviente y tú mi protector hasta que expire el contrato que hemos establecido y que los Guild y tú habéis sellado.

—¡Muy bien! —Los ojos de Timor se fruncieron—. Pero no todas las leyes elaboradas en Annonay tienen vigencia en Catenor. Si se presentan los piratas y yo pongo un arma en tus manos, espero que la usarás. Si no aceptas eso ahora mismo, será mejor que le devuelva al Guild su valioso contrato.

—Debiste contratar a un mercenario y no a un Viajero.

—¡Zeus! —El rostro de Timor se nubló de rabia—. ¿Te llamas a ti mismo un hombre de las Nubes y no empuñarías un arma ni siquiera para protegerte a ti mismo? ¿Qué clase de cobardes están criando ahora en Annonay? En mis astilleros no hay sitio para mozalbetes y llorones desarmados.

—En tal caso, discútelo con los Guild, no conmigo —dijo Jacobi tranquilamente

—. Y si llegan los piratas, ¿qué resulta más difícil: enfrentarse a ellos con las armas desenvainadas o con los brazos cruzados?

—Pero, ¿qué sentido tiene eso?

—Un viajero sólo debe cumplir las obligaciones relacionadas con su trabajo. Cualquier hombre que esté en condiciones de satisfacer a los Guild el precio convenido, puede alquilarlo. Pero el Viajero no puede tomar partido por nadie. Su siguiente contrato puede ser con un enemigo del anterior contratante.

—¿Incluso con un pirata de las nubes?

—Con cualquier hombre que pueda pagar. Las normas Guild no establecen ninguna distinción entre los hombres.

La conversación había tenido lugar dentro del portal de la residencia de Timor y, en consecuencia, a salvo de posibles interrupciones. Sin embargo, su aislamiento quedó cortado por un clamor procedente del exterior: el cortejo de bienvenida había llegado a la puerta.

Jacobi miró a Timor rectamente a los ojos.

—Bueno, Maestro, ¿aceptas el contrato, o debo regresar a Annonay?

Fuera, alguien estaba gritando el nombre de Jacobi. Un grupo de muchachas, en primer término, murmuraba atrevidos comentarios mirando a través del portal. El escenario estaba a punto para un explosivo carnaval.

Timor frunció sus resecos labios.

—Te quedarás, desde luego. Si te dejara regresar a Annonay, dudo de que los Guild me enviaran otro Viajero. ¡Némesis se los lleve! Sin embargo, la culpa es mía. Insistí en que mandaran un Viajero de mente fuerte y brazo fuerte. Y ahora me encuentro con que no puedo digerir la primera ni utilizar el segundo... —En su curtido rostro se dibujó una leve sonrisa—. Bien venido a Catenor, Jacobi. Si te atienes con tanta firmeza al resto de tu contrato, creo que me sentiré muy satisfecho.

Todo Catenor, al parecer, iba a participar del festín. Y desde las zonas circundantes, hasta donde se había extendido la noticia, llegaban los campesinos, en carreta, a caballo o a pie, deseosos de unirse al jolgorio.

Era una noche ideal. El cielo claro y el ambiente tibio y balsámico relajaban el espíritu, en tanto que la leve brisa transportaba excitantes aromas a buey asado y a madera quemada. Los porches de las casas aparecían adornados con farolillos, y ardientes antorchas, llevadas en procesión o esparcidas entre la multitud, iluminaban las calles tan claramente como si fuera de día. Ataviados con sus mejores vestidos, las muchachas semejabán airoso pavos reales a la oscilante luz. Y, por encima de todo, Dionisio miraba hacia abajo desde las nubes, se frotaba las manos y sonreía con aire de aprobación.

Criado en climas más sofisticados, Jacobi se sintió desconcertado por el pagano entusiasmo de la multitud. Había en ella una compartida sensación de alivio de los temores y privaciones del pasado, y esto resultaba difícil de comprender para Jacobi.

Luego, la ola de emociones le envolvió, en medio de un espontáneo estallido de saludos y de felicitaciones que parecían desmesurados para lo que la situación requería.

Jacobi fue llevado en hombros a través de la ciudad y luego hasta las afueras, donde las fogatas proyectaban el opalino resplandor que convertía a los hombres en dioses y a las mujeres en ninfas. La cerveza y el vino circulaban generosamente, y el festín era una parodia cómica, bárbara y voraz de una comida. Más tarde, vuelta a las cubas de cerveza y a las barricas de vino, y de allí otra vez a la ciudad, donde todo el mundo conocía su nombre y le trataba como a un amigo.

Aunque sus impresiones de la velada eran de un continuo torbellino de lugares, escenas e innumerables personas, Jacobi empezó gradualmente a distinguir algunos rostros que veía más regularmente que otros. Uno de ellos pertenecía a una joven morena y muy atractiva, cuya infatigable vivacidad había animado el festín en el campo. Recordaba haber bebido vino con ella y un posterior encuentro, aparentemente casual, cuando regresaba a la ciudad.

Ahora, ella estaba cerca, casi reclamando su atención. Jacobi no creía en las casualidades, ni en las oportunidades desaprovechadas. A favor del barullo que reinaba en la calle avanzó hacia ella, la arrastró hasta una esquina y la besó. La joven respondió a su caricia, pero la reacción de los juerguistas locales fue de sorpresa y casi de perplejidad. Al notarlo, Jacobi experimentó la sensación de que se había pasado de la raya, incluso en una noche como aquélla. Dado que había estado saboreando labios propicios desde que empezó el festín, la actitud de la gente le resultó inexplicable y desconcertante.

Luego, alguien lanzó un «¡Viva!» coreado por la multitud. En medio de un torrente de risas, Jacobi y la joven fueron izados en hombros y transportados en triunfo a través de las calles. Por desgracia, las rutas de sus respectivos porteadores divergían, y la joven se perdió gradualmente de vista. Cuando Jacobi consiguió escapar, su compañera había desaparecido.

No se molestó demasiado en buscar. Por la mañana podría efectuar las pesquisas necesarias, pero ahora sólo cabía pensar en divertirse. Encontró otro alegre grupo y se unió a él, y no tardó en perderse en el vino, en la risa y en la amable compañía. Finalmente regresó con ellos a los campos para comer y cantar, antes de instalarse cerca de una de las grandes fogatas, cansado e inmensamente feliz. Realmente, había sido un festín digno de recordar.

Apenas se había puesto cómodo, meditando soñoliento en los acontecimientos del día, cuando alguien vertió un poco de vino sobre su cabeza. Se volvió airadamente, para ver a la joven de cabellos negros huyendo entre las sombras de las parejas agrupadas alrededor del moribundo fuego. Jacobi no estaba ahora de humor para una persecución, y puesto que le había encontrado estaba seguro de que la joven volvería. Se tumbó de espaldas, pero esperó como un gato con los músculos prestos a dispararse. Otro chorro de vino, y Jacobi se volvió con la rapidez de un tigre y agarró

a la joven por la muñeca. Sin dejar de reír, ella soltó la copa de vino y trató de liberarse; luego se quedó quieta.

—Dime —inquirió Jacobi—, ¿siempre tratáis así a los Viajeros en Catenor?

—Rara vez. —Los ojos de la muchacha, iluminados por el fuego, reflejaban descaro y picardía—. Pero el de hoy es un día especial.

—¿En qué se distingue este día de los otros?

—En que has llegado tú —dijo ella, sencillamente.

Algo en su acento hizo creer a Jacobi que aquello no era un mero cumplido inspirado por la coquetería. Tiró de ella hacia abajo y se tendió a su lado.

—¿Cómo te llamas?

—Melanie —respondió la joven, arrimándose más a él.

—Muy bien, Melanie. Ahora dime por qué mi llegada convierte el día de hoy en algo especial.

—¿Por qué? —inquirió ella a su vez, intrigada—. Porque te hemos esperado durante tanto tiempo, sencillamente. Durante años enteros Timor deseó disponer de un Viajero Guild para que le enseñara a construir las nuevas naves. Los Guild le ofrecieron un centenar, pero él prefirió esperar a Jacobi.

—¿Había oído hablar de mí?

—¿Hablar de ti? Jacobi, ¿qué estás diciendo? Esperó tres años, reuniendo el dinero para comprar tu contrato. En esos tres años, los piratas se han presentado aquí siete veces. Treinta hombres han muerto en la lucha y más mujeres de las que me atrevo a contar han sido raptadas por los bandidos. Ese es el precio que hemos pagado por esperar a Jacobi.

—Comprendo.

Jacobi no comprendía absolutamente nada, pero su experiencia le aconsejaba mostrarse prudente. Cuando los piratas atacaban a una sociedad estática y feudal, no todos los hombres morían a manos de los asaltantes, y no todas las mujeres eran raptadas contra su voluntad por los piratas. Pero su reputación en Catenor parecía injustificada. Otros Viajeros se habían hecho legendarios por sus conocimientos, por su habilidad o por su coraje como combatientes. Pero él sólo se dedicaba a la ciencia. Nadie tenía derecho a considerarle como un semidiós.

—¿Y tú crees que mi llegada aquí va a cambiarlo todo? —preguntó finalmente.

La joven se echó a reír.

—¡Jacobi!

—¿Sí?

—Me estás decepcionando. ¿Vas a estar hablando toda la noche?

Jacobi se arrimó más a ella.

—Lo siento. Tengo muchas cosas en que pensar.

Fijó su mente en otros aspectos más ciertos de su reputación. Y, por la mañana, Melanie no estaba decepcionada, ni mucho menos.

II

Catenor era una ciudad limpia y agradable, como la mayoría de ciudades en las que se utilizaba el gas metano como combustible de las aeronaves. Esto se debía, en gran parte, a que el sistema de producción de gas pagaba a buen precio los residuos orgánicos susceptibles de descomposición.

Los astilleros se encontraban a una milla de la ciudad, y la carretera entre la ciudad y los astilleros estaba bordeada de cámaras subterráneas en las cuales se almacenaban las basuras y todos los desperdicios de las casas de labor y de las granjas. De aquellas cámaras extraía Timor el gas para utilizarlo o venderlo y, a cambio de su aportación, los campesinos recibían los abonos que mantenían el suelo tan feraz en tantas millas a la redonda.

Cerca de los astilleros, un río pequeño pero muy caudaloso hacía girar las hélices que proporcionaban energía a los talleres de Timor. Allí, el gas era tratado y comprimido por medio de potentes ingenios atmosféricos, pero éstos no eran visibles desde la carretera. Una vez tratado, el gas era introducido a presión en las esferas que alimentaban los mecheros de las aeronaves. En los últimos ataques de los piratas, el repuesto de esferas había sido uno de sus principales objetivos; los piratas codiciaban el valioso gas, y no les gustaba dejar intacto detrás de ellos lo que no podían llevarse. Por este motivo, Timor guardaba sus existencias de gas muy bien protegidas detrás de una fuerte empalizada. Jacobi observó todo aquello mientras andaba por la carretera en dirección a los astilleros. Su mirada crítica analizaba todos y cada uno de los aspectos de las instalaciones de Timor. De un modo casi empírico, Timor construía en sus astilleros unas aeronaves cuya durabilidad y alcance eran la envidia de muchos que estaban mejor dotados técnicamente. Sólo la enorme influencia de los Guild había conseguido construir unas naves superiores a las de Timor, y ahora Timor trataba de equilibrar la balanza importando el conocimiento y la ciencia Guild para unirlos a su propia habilidad y experiencia. Pero era una importación que prometía ser más provechosa incluso de lo que Timor había esperado.

Jacobi sabía que al término de su contrato en Catenor el jaleo de los ingenios atmosféricos sería reemplazado por el silbido de los ingenios a vapor de alta presión, y que la turbina a vapor no tardaría en ser descubierta. Tal vez, con las técnicas y las ideas que dejaría detrás de él, alguien en Catenor empezaría incluso a experimentar con los conceptos poco conocidos de una extraña fuerza llamada electricidad. Y aquellas cosas serían incidentales a su aportación a los métodos de construcción de aeronaves.

Hacía menos de una hora que había amanecido y el aire conservaba aún el frescor nocturno, pero en los astilleros reinaba ya una gran actividad. Las forjas de los herreros chispeaban con el pulso regular de los fuelles, y el martillo y el yunque tintineaban un coro que tenía de todo menos melodía. En el taller de hilatura, los

cantos de las mujeres revelaban el satisfactorio progreso en la confección de cuerdas y aparejos. Sólo el taller de costura mantenía su acostumbrado silencio, mientras las costureras de ojos agudos daban millares de puntadas diminutas para formar las costuras de los tableros de tela con los cuales se confeccionaban los enormes globos.

Timor estaba en su oficina. Jacobi llamó a la puerta con los nudillos y entró, algo vacilante después de su primera entrevista con el Maestro. Fiel a su reputación, Timor fue directamente al grano, sin andarse con rodeos.

—¿Es cierto, Jacobi, que en Annonay los astilleros de los Guild están construyendo aeronaves que no necesitan mecheros?

Jacobi asintió.

—Es verdad. Están llenas de un gas llamado hidrógeno, el cual es más ligero que el aire. No hay que calentarlo.

—¿Más ligero que el aire? —Timor pareció dispuesto a discutir la afirmación. Pero cambió de idea y extendió las manos—. Si tú lo dices, tiene que ser verdad. Dime, ¿pueden esas naves flotar indefinidamente sin necesidad de combustible?

—Tanto como indefinidamente... Pierden un poco de gas, el cual tiene que ser reemplazado.

—Comprendo. —Timor meditó unos instantes—. Entonces, una nave que no necesita combustible para flotar tiene una autonomía de vuelo casi ilimitada, y a un costo muy bajo...

—Desde luego.

—Pero, si poseen todas esas ventajas, ¿por qué no vemos más naves de éstas?

—Las veremos algún día, cuando hayamos aprendido a construirlas y a manejarlas mejor. Por el momento, resultan peligrosas y difíciles de controlar. Debido a su poco peso, las maniobras para el descenso y para la ascensión son más complicadas que en una nave normal.

—Una nave muy rara —comentó Timor con aire pensativo—. ¿Podríamos construir una en Catenor?

—Si tienes carbón, constructores de hornos y caldereros, sí. Dispones ya de todo lo demás que se necesita.

—¿Y tú nos enseñarás a hacerlo?

—Mi conocimiento es tuyo, Timor. Pero no menosprecies ni las dificultades ni los peligros de la aventura.

—Dificultades y peligros forman parte de nuestra industria —dijo Timor—. Pero lo tendré en cuenta. Constrúyeme una nave de hidrógeno como las que construyen en Annonay. Cuando esté terminada, dispongo de algunos de los mejores hombres de las Nubes. Con su habilidad y tus conocimientos, aprenderemos a domarla. Si esas naves son capaces de hacer lo que tú describes, algún día una nave de Catenor dará la vuelta al mundo.

Jacobi sonrió.

—Una noble ambición, Maestro.

—Sí. Pero no imposible. Al parecer, los antiguos solían hacerlo.

—Eso dicen las leyendas.

—¿Leyendas? —En los ojos de Timor apareció una expresión de reto—. He oído decir que en Annonay las *hazañas de los antiguos* eran algo más que leyendas.

Jacobi se encogió de hombros.

—Se cuentan muchas cosas de los dioses y de los antiguos. Por mi parte, prefiero dedicar mi tiempo a estudiar la ciencia de las aeronaves.

—¿De veras? —inquirió Timor en tono de incredulidad—. Tu reputación dice otra cosa. Se te atribuyen grandes conocimientos de la ciencia de los antiguos. Personalmente, opino que las aeronaves son un simple ejercicio de aplicación.

Jacobi miró a Timor a los ojos.

—Una opinión muy arriesgada, Maestro.

—Pero cierta, ¿eh? No, no te preocupes. Todo lo que ocurra entre estas paredes es cuenta nuestra, exclusivamente. Pero, si vamos a trabajar juntos, es preferible que nos comprendamos el uno al otro plenamente.

—Creo que ya nos comprendemos el uno al otro, Maestro. Pero me interesa saber una cosa: ¿de dónde has sacado la idea?

—Simple deducción. Los Viajeros del Guild vienen siempre a enseñar: nunca a aprender. De modo que, ¿quién enseña a los Guild? ¿De dónde proceden todos sus conocimientos?

—Eso debes preguntárselo a los ancianos Guild.

—Ya lo hice, pero se mostraron más reticentes incluso que tú. ¡Némesis se los lleve! De modo que extraje mis propias conclusiones. Sospecho que tienen algún oráculo, algún medio para acceder a los conocimientos de los antiguos.

—Suponiendo que eso fuera cierto —dijo Jacobi—, ¿qué diferencia habría?

Timor extendió sus manos expresivamente.

—El conocimiento es poder, Jacobi. Y teniendo acceso a esa clase de conocimientos, los Guild llegarían a ser la mayor potencia del mundo.

—Pero no lo son —dijo Jacobi, sonriendo.

—No parecen serlo. Y éste es el misterio. Los Guild tienen influencia, sí, pero lo único que hacen, aparentemente, es enseñar el arte de construir aeronaves.

—Lo cual tiende a desvirtuar tu teoría.

—No, —Los astutos ojos de Timor escrutaron minuciosamente el rostro de Jacobi—. No. Más bien me hace creer que tienen alguna razón muy poderosa para obrar de ese modo. Me gustaría mucho conocer esa razón. De manera que si quieres conservar el secreto, Jacobi, desde ahora te advierto que no te descuides ni un solo instante. Porque no soy el único que sostiene esa teoría, y algunos no vacilarían en llegar mucho más lejos que yo para encontrar la respuesta.

El enorme baúl que constituía la pieza central de sus pertenencias estaba forrado exteriormente de cuero curtido, muy recio, brillante tras años de pulimentado y

encerado. La cerradura, una rara muestra de la habilidad de un artesano excepcional, aparecía ligeramente mellada por la tentativa que para abrirla llevó a cabo un audaz ladrón. Pero a Jacobi no le preocupaba lo más mínimo la posibilidad de una tentativa de robo. Debajo del cuero y de la madera de encina, había una lámina de un acero especial, y la propia cerradura era producto de otra época y estaba fuera del alcance de las herramientas y de la habilidad mecánica existentes en Catenor.

Había buscado deliberadamente alojamiento en la ciudad, lejos de los astilleros y de la residencia que acostumbraban proporcionar. Los dioses habían favorecido su búsqueda, y había alquilado un ático, cómodamente amueblado, que cubría toda la superficie del inmueble. Los amplios ventanales admitían abundante luz durante el día, y a través de ellos se divisaba un hermoso paisaje campestre. Allí podría gozar de aislamiento, sin ser observado por nadie.

Jacobi se aseguró de que había cerrado la puerta, abrió el baúl, sacó un aparato y lo depositó sobre la mesa. Pulsó una tecla y acercó los labios al aparato.

—Jacobi llamando a Control de Annonay —dijo. Se produjo un breve silencio antes de que el aparato contestara.

—Control de Annonay al habla. —La voz iba acompañada de un fondo torrencial, semejante al sonido de las olas al resbalar sobre una playa—. Le escucho, Jacobi. ¿Cómo van las cosas?

—Bien —dijo Jacobi—. Tal como suponíamos, Timor sospecha de los Guild, aunque no tiene la menor idea de lo que están haciendo. Afortunadamente, su curiosidad le hace muy receptivo a las ideas nuevas. Sugiero que debemos absorber a Catenor con toda la rapidez posible.

—De acuerdo —dijo la voz del Control de Annonay—. Hemos progresado con demasiada lentitud en Catenor y en el oeste, y con demasiada rapidez en Annonay. La discrepancia empieza a hacerse evidente. Se ha hablado incluso de trasladar los astilleros fuera de Annonay para ralentizar un poco las cosas.

—Suponía que podríamos llegar a eso —dijo Jacobi—. Por mucho cuidado que se ponga en guardar un secreto, siempre transpira algo. Catenor sería un buen lugar para un nuevo astillero Guild, si consigo acabar con las incursiones de los piratas.

—¿Es un problema grave?

—Hasta ahora, no, pero amenaza con serlo. Al parecer, los piratas disponen ahora de algunas aeronaves de motor, y si saben utilizar esa ventaja pueden acabar con Catenor antes de que yo ponga en marcha las cosas.

—Me ocuparé de ese asunto. Dudo de que los ancianos aprueben una acción directa contra los piratas, pero probablemente le concederán a usted plenos poderes para que maneje la situación del modo que resulte más favorable para Catenor.

—Los plenos poderes son lo único que necesito —dijo Jacobi—. Volveré a llamar más tarde.

—De acuerdo. Plantearé la cuestión a los ancianos y trataré de que adopten una rápida decisión. Y, Jacobi...

—¿Sí?

—Prométame una cosa. La tarea que le espera es muy ardua, y no podemos permitirnos ninguna complicación. Deje en paz a las mujeres.

—¡No quiera Némesis que toque una! —dijo Jacobi.

—Eso no es una respuesta, y usted lo sabe. Algún día, Jacobi, va usted a enfrentar una mujer con los principios Guild. Y ese día cometerá usted un error. Pero con el tipo de mercancía que estamos manejando, no podemos cometer errores. La gente ha incendiado el mundo por muchísimo menos.

Jacobi desconectó el aparato, pero lo contempló pensativamente largo rato antes de volver a introducirlo en el baúl. Su compacta pesadez se adivinaba por los bloques de cristal y cerámica de su interior: circuitos monolíticos plenamente integrados y en estado sólido, y el inagotable generador semiconductor basado en el efecto de Seebeck. Técnicas de la era de los milagros. Sin embargo, para Jacobi el aparato no era un anacronismo ni un futurismo. No era más que una de aquellas porciones de vida aceptadas que, exceptuando los círculos Guild, debían permanecer para siempre en la sombra. Y Jacobi tenía conciencia de que las sombras se cerraban más estrechamente a su alrededor cada día.

Finalmente, cerró el baúl y encendió la lámpara de petróleo, ya que la oscuridad era cada vez más intensa. Alguien le había dejado unas rosas en un jarrón sobre la mesa, y el perfume, inadvertido hasta entonces, le hizo pensar en labios, y en vino, y en una muchacha llamada Melanie... Melanie, con una cabellera nocturna y una fabulosa capacidad para hacer el amor. Lentamente, las sombras se espesaron. Y, de pronto, obedeciendo a un súbito impulso, Jacobi decidió abandonar la habitación en busca de vida y de luz.

En la calle principal había una taberna donde los sonidos de alegre expresión superaban la capacidad del local para mantenerlos confinados. La luz, las risas y la música fluían a través de puertas y ventanas en una marea amistosa que se extendía por la calzada y que atrajo irresistiblemente sus pies. Al entrar, se topó con el conductor de la carreta que le había recibido al llegar a Catenor. El individuo le acogió cordialmente, encargó dos jarras de cerveza y arrastró a Jacobi a un rincón, con aires de conspirador.

—Eres un tipo raro, Jacobi. Antes de llegar tenías una excelente reputación, ¿sabes? Pero ahora la tienes mejor... o peor, según como se mire.

Y palmeó la espalda de Jacobi, con una risotada.

—Sabes más que yo —dijo Jacobi, en guardia—. Bebí más de la cuenta. ¿Qué fue lo que hice?

—No hay muchos hombres en Catenor capaces de tocar a la hija de Timur..., aunque ella les diera la oportunidad de hacerlo, cosa que no haría.

—¿La hija de Timor? ¿Quieres decir que esa chica, Melanie, es hija de Timor?

—¿Acaso no lo sabes? Por lo visto, Timor no te ha echado hoy la vista encima, ya

que en caso contrario no te quedaría ninguna duda.

—He pasado la mayor parte del día con él —dijo Jacobi—. Pero no me ha dicho una sola palabra. Tal vez lo ignora.

Su interlocutor enarcó las cejas.

—No ocurre nada en Catenor que Timor ignore. Acepta un buen consejo, amigo. Ándate con pies de plomo. Timor y su hija son de la misma madera. Ninguno de los dos daría nada si no esperase recibir mucho más a cambio. Pregúntate a ti mismo, Jacobi, qué es lo que esperan obtener de ti.

Jacobi se unió al jolgorio general, en tanto que una parte más seria de su mente trataba de analizar la situación. Olvidó sus anteriores sentimientos de orgullo, porque ahora se daba cuenta de que la conquista había sido demasiado fácil. La noche anterior, Melanie había sido el cazador y Jacobi el cazado... y Timor no había dicho una sola palabra. ¿O sí? Jacobi recordó los astutos ojos de Timor sobre su rostro y la voz que decía: «... y algunos llegarían mucho más lejos que yo para encontrar la respuesta».

Pero, ¿cuánto esperaba obtener Timor a cambio de su hija?

III

Timor fue en busca de un calderero que tenía su taller cerca de los bosques. Los constructores de hornos llegaron en una aeronave tras recorrer cien millas, escucharon la proposición de Jacobi y sacudieron negativamente sus cabezas. Luego decidieron quedarse. Jacobi, luchando con la falta de una tecnología establecida que un astillero Guild le hubiese proporcionado, era paciente. Modificó y simplificó sus diseños para adaptarlos a las herramientas y capacidades asequibles, confiando en que podría alcanzar su objetivo sin sacrificar la seguridad. Tenía conciencia de los aspectos más sutiles del ejercicio. Dada la necesidad de un producto y la certeza de que podía ser fabricado, las técnicas para su producción crecerían como semillas en las mentes de los hombres. Si conseguía construir una planta para producir hidrógeno en Catenor, a otros les resultaría mucho más fácil construir plantas similares en el futuro.

Teniendo en cuenta la cantidad y pureza del hidrógeno que necesitaba, decidió construir dos plantas complementarias: una caldera de vapor para producir el hidrógeno, y un generador de gas para regenerar las capas férricas de la caldera.

Enfrascado en los problemas que planteaba tan ambiciosa aventura, en la que figuraba como proyectista, inventor, supervisor y fuente de casi todos los conocimientos que exigía, Jacobi trabajaba hasta el agotamiento. Con frecuencia dormía en su oficina de los astilleros entre los planos y herramientas, demasiado fatigado para andar hasta su alojamiento en Catenor. En tales condiciones casi olvidó a la morena Melanie, ya que no disponía de tiempo ni de energías para dedicarlas a lo que no fuera su trabajo. Después de muchos días de incesante actividad, Timor, temiendo por la salud de Jacobi, le ordenó que se tomara un descanso. Jacobi se marchó a su apartamento y durmió veinticuatro horas de un tirón.

Le despertó el perfume de unas rosas recién cortadas que lucían sobre la mesa y saltó rápidamente de la cama, dándose cuenta de que alguien le había visitado mientras dormía. Sin embargo, no encontró ninguna huella del intruso, salvo que las rosas marchitas que el día anterior estaban en el jarrón se encontraban ahora en el cubo de la basura. Después de asegurarse de que la puerta estaba cerrada, abrió su baúl y colocó el aparato de comunicación sobre la mesa. Cuando pulsó la tecla que lo ponía en marcha, por la ranura del fondo empezó a salir una tira de papel. Jacobi la cogió y leyó lo que aparecía impreso en ella:

- CONTROL DE ANNONAY A JACOBI - URGENTE - GUILD
APRUEBA SUS PLENOS PODERES CONTRA LOS PIRATAS -
INDISPENSABLE SUPERACIÓN DE CATENOR SEGÚN PLANES
TRAZADOS - SITUACIÓN DE DESEQUILIBRIO CON ANNONAY SE

HACE CRITICA - PUNTO FINAL.

Jacobi estuvo a punto de establecer contacto verbal con Annonay, pero cambió de idea. Incluso a la luz del día, otra capa de sombras parecía cerrarse alrededor de sus hombros, y se sintió súbitamente deprimido ante el peso de las obligaciones que gravitaban sobre él. En su interior, algo le apremiaba a conseguir una libertad personal que sabía que nunca podría alcanzar. La mercancía Guild era realmente peligrosa.

Unos pasos en la escalera que conducía a su ático le arrancaron de su ensueño. Guardó el aparato en el baúl antes de atreverse a abrir la puerta. Era Melanie, con besos, pasteles, pan y vino. Jacobi, recién levantado, no se había dado cuenta de lo intenso que era su apetito. Y más tarde, mientras el sol poniente manchaba de rojo el techo con su luz, Melanie y él se sentaron a comer.

Cuando Melanie se hubo marchado, Jacobi buscó la tira de papel con el mensaje de Annonay... y descubrió que había desaparecido. Comprendió que acababa de cometer un error, tal como Annonay le había advertido. Pero, incluso así, intuyó que su posición se había hecho más sólida. En efecto, ahora sabía que la curiosidad de Timor era tan insaciable como la pasión por el amor de su hija. Y que él podría utilizar ambos factores en beneficio del Guild o en su propio beneficio.

Habiéndose asegurado de que la construcción de la planta de hidrógenos se había iniciado con buen pie, Jacobi volvió su atención a la construcción de la nave. Esto no resultaba tan difícil, dado que la mayoría de las técnicas eran comunes con las que Timor utilizaba ya. Pero la tarea requería una serie de cálculos, ajenos al empirismo de Timor. También en los diseños había que introducir numerosas modificaciones de detalle. Jacobi insistió en que las anillas de hierro que iban fijadas alrededor de la barquilla fueran reemplazadas por piezas de cobre batido, para eliminar el posible peligro de las chispas eléctricas. Quería construir también una torre de amerizaje, pero renunció en principio a la idea porque, no disponiendo de motores, sabía que una vez fuera de la torre, por favorables que fuesen los vientos, ninguna nave podría regresar a aquel punto concreto para amerizar. Pero Timor no estuvo de acuerdo con la objeción y ordenó que se cortaran los abetos más altos del bosque para construir una plataforma de altura suficiente para que aterrizara en ella la nave.

La planta productora de coque fue la primera que funcionó. Timor estaba más interesado en el alquitrán que en el propio gas del carbón, pero Jacobi fabricó unos mecheros que proyectaban una luz más intensa que las antorchas utilizadas alrededor de los astilleros, y los obreros las adoptaron rápidamente. Entretanto, sus existencias de coque aumentaban satisfactoriamente.

Durante ese período hicieron su aparición los piratas. Jacobi estaba en los astilleros con Timor, explicándole cómo podía ser transportado el hidrógeno, en condiciones de seguridad, desde la caldera a la nave. Encima de ellos, un cielo opaco

presagiaba una lluvia inminente. En los astilleros existía ya cierta aprensión. Esta era la época de las incursiones, y un cinturón de nubes bajas con vientos favorables eran condiciones ideales para los piratas del aire. Habían sido apostados ya vigías en las torres, y nadie se sorprendió al oír los cuernos y los gritos de «¡Piratas a la vista!».

Fieles a su estrategia típica, los piratas habían pasado de largo, volando a gran altura, y ahora regresaban con vientos propicios. Así podrían descender a voluntad, asegurar su botín y escapar de nuevo a las nubes con la seguridad que les proporcionaba el saber que cualquiera que se atreviera a perseguirles tendría que adentrarse en la peligrosa región montañosa que era el territorio de los piratas. Ninguna de las naves de Timor había regresado después de haber penetrado en aquella región.

Los vigías tenían una vista de águila, y Timor y Jacobi tuvieron que escrutar largamente el cielo para localizar los puntos identificados ya como naves piratas. Timor fue el primero en verlas y profirió una exclamación de enojo:

—¡Carroñas! —dijo—. Sólo tres, pero esta vez llevan motores. ¿Dónde está nuestra defensa contra eso?

La pregunta era retórica, y Jacobi no la contestó. Su mirada localizó los objetos e incluso a aquella distancia pudo comprobar que Timor estaba en lo cierto. En la parte posterior de cada barquilla había un abultado motor provisto de una hélice. La posibilidad de moverse a una velocidad ligeramente superior a la del viento, o de resistirlo, confería a aquellas naves una ventaja decisiva. Las naves de Timor, como todas las naves normales, podían controlar la ascensión y el descenso, pero en lo que respecta a la velocidad y a la dirección dependían por entero de los vientos.

Sin embargo, los piratas disponían de otra ventaja. Además de conferir un grado de control sobre la velocidad, los motores permitían también una limitada capacidad de maniobra. Lo estaban demostrando en aquel momento. Sus naves no seguían la dirección del viento sino que avanzaban oblicuamente a aquella dirección, a fin de que su curso les llevara lo más cerca posible de los astilleros. Para conseguirlo utilizaban quillas de lona montadas sobre un armazón debajo de la barquilla, lo cual, combinado con el impulso proporcionado por la hélice, les permitía escoger la dirección deseada, hasta cierto punto.

Jacobi pudo captar la rabia y el interés que experimentaba Timor a medida que las heterodoxas naves se acercaban a sus astilleros. Desde luego, no se trataba de una incursión propiamente dicha. Con sólo tres naves, transportando un puñado de hombres cada una de ellas, era absurdo creer que pensaban en aterrizar. Lo más probable era que se tratara de una expedición de reconocimiento, destinada a preparar una futura incursión. Cuando soplaran vientos favorables se presentarían con un centenar de naves, armados y en condiciones de llevarse todo lo que necesitaran o les apeteciera.

—Jacobi. —Timor se había acercado silenciosamente al Viajero, sin dejar de observar las naves piratas—. Si consiguiera apoderarme de uno de esos motores,

¿podrías hacerlo funcionar para mí?

—Sí. O copiarlo y construir más. Pero son demasiado pesados para tu tipo de viajes. Necesitarías demasiado gas para los mecheros a fin de mantener la estabilidad. Y eso limitaría tu autonomía de vuelo.

—Pero tu nave de hidrógeno podría transportar uno sin ver limitada su autonomía.

—¡Es cierto!

—Bien.

Timor había tomado una repentina decisión. Echó a correr a través de los talleres aullando órdenes a sus operarios. Al principio, Jacobi no comprendió su intención, pero súbitamente vio claro en el sentido de la conversación.

En cuatro puntos de los astilleros había otras tantas naves preparadas para remontarse, a la espera únicamente de un cambio de viento que las arrastrara al sudeste con cargamentos de cerdos para vender. Los gruñidos de los animales soltados precipitadamente en los patios y el intenso movimiento de hombres alrededor de las naves indicaban a las claras un cambio de plan. Los mecheros empezaron a arder con una clara luminosidad, mientras los operarios se afanaban preparando las naves para el vuelo. Cuando todo estuvo a punto, Timor les ordenó que esperasen mientras él observaba la velocidad y la dirección de las naves piratas, preocupado por no remontarse demasiado pronto y ser transportado por el viento más allá del campo de batalla.

Cuando se dio cuenta de lo que Timor pretendía, Jacobi se movió también. La oscura capa de nubes y la inminente lluvia le dieron una súbita inspiración. Corrió hacia el taller donde guardaba sus herramientas y sus efectos personales. En su maletín había una bolsa impermeable, cuidadosamente atada. Jacobi se la colgó al cinto y tomó también una pequeña arma en forma de tubo terminado en una empuñadura que se adaptaba a la palma de la mano. Luego se dirigió hacia el lugar donde se encontraban las naves de Timor, preparadas para despegar. Observando la posición de los piratas, escogió la nave que en su opinión sería la primera en interceptar a un globo enemigo y trepó a bordo.

Timor estaba en la barquilla y le vio subir. Enarcó las cejas y pareció a punto de gritar algo, pero ninguna palabra llegó a los oídos de Jacobi.

A una señal de Timor, las cuerdas fueron soltadas y las cuatro naves remontaron el vuelo al unísono, en una tentativa de interceptar y, si era posible, abordar a los piratas.

Pero la tentativa estaba condenada al fracaso desde el primer momento. El aire de los globos de Timor se había recalentado durante la espera, y las naves ascendían a una velocidad superior a la normal. Aunque los mecheros fueron apagados rápidamente, las naves de Timor alcanzaron la altura de las naves piratas demasiado pronto y continuaron ascendiendo. Algunos de los hombres de Timor llevaban ballestas, pero los pinchazos practicados en la tela de los globos piratas por los dardos

de acero eran demasiado pequeños. Por otra parte, se encontraban a demasiada altitud y demasiado lejos para poder apuntar con posibilidades de éxito a los hombres que ocupaban las barquillas enemigas. Lo único que podían intentar era acercarse lo suficiente como para enganchar los aparejos enemigos con las cuerdas provistas de garfios.

Frenéticamente, las naves de Timor soltaron aire a fin de descender hasta el nivel de los piratas. Pero el proceso era lento, y las naves enemigas habían cambiado bruscamente de rumbo. Dado que Timor sólo podía controlar la altura y no la dirección de sus naves, la situación no tenía remedio. La nueva dirección de los piratas estaba calculada para ponerse fuera del alcance de los dardos y de los garfios lo antes posible y, al mismo tiempo, demostró la superioridad de los motores en el combate o en la defensa.

Jacobi se hizo cargo rápidamente de la nueva situación, pero no tardó en darse cuenta de que la nave pirata que volaba a la derecha de la formación enemiga y que avanzaba a una velocidad ligeramente superior a la del viento, seguía un curso levemente oblicuo y no tardaría en pasar razonablemente cerca y por debajo de la nave en que él se encontraba. Jacobi abrió su bolsa impermeable con un cuidado especial y luego empuñó el arma que había sacado de su maletín.

En la bolsa había unos pequeños dardos de metal. Tras doblar el arma por el centro, Jacobi introdujo en ella varios de aquellos dardos y volvió a cerrar el arma. A continuación apuntó al globo pirata, esperando su oportunidad. Durante unos minutos pareció que su plan quedaría en agua de borrajas. La nave sobre la cual estaba centrada su atención se desviaba rápidamente de su curso, y la pérdida de aire del globo en el cual volaba estaba reduciendo la diferencia de altura sin acercarse más a las naves.

Finalmente calculó que las dos naves estaban a punto de alcanzar el mayor grado de aproximación posible. Levantando su arma, apuntó cuidadosamente al globo enemigo. Resonaron varios estampidos reveladores de que el arma había funcionado, aunque no podía saber si sus dardos habían dado en el blanco o se habían perdido en el aire. Jacobi volvió a cargar el arma y continuó disparando sus dardos. Por encima de las naves, el cielo estaba cada vez más oscuro, en tanto que debajo de ellas los bosques permanecían silenciosos y sombríos. Ahora, sólo el tiempo diría si sus proyectiles habían encontrado el blanco deseado.

Timor había contemplado con el mayor interés todas aquellas maniobras. Acercándose a Jacobi, cogió su arma y la examinó con gran curiosidad.

—Si las ballestas no pueden proporcionarme un motor, ¿qué posibilidades crees tener con esto? ¿O acaso sólo te interesaban los cuervos?

La última frase no era tanto una pregunta como una sugerencia para obtener más información.

Jacobi mantuvo su rostro inexpresivo.

—Conseguir un motor es tarea tuya, Timor. Que no se diga que un Maestro busca

la ayuda de un mozalbete o de un llorón. E incluso los cuervos fueron más listos que yo.

Timor le dirigió una inquisitiva mirada. Aunque ahora se encontraban casi al mismo nivel que los globos de los piratas, las rutas divergentes de las dos formaciones los habían separado demasiado, incluso para un tiro de ballesta. Pero Jacobi continuó observando atentamente a su presa.

—Estás tramando algo —dijo Timor—. De no ser así, no hubieras venido.

—¿Yo? —inquirió Jacobi con fingida candidez.

—Sí, Jacobi. Tus planes incluyen algo más que la construcción de aeronaves.

—¿Tienes alguna queja de mí? ¿No cumplo satisfactoriamente las cláusulas del contrato?

—Demasiado satisfactoriamente. Has realizado más progresos en unas semanas que la mayoría de los hombres en toda una vida. Esto es lo que me hace sospechar. No se me escapa que todo lo que haces tiene al menos dos finalidades.

—¡Némesis se lleve la idea! ¿Hasta qué punto deseas apoderarte de ese motor?

—Si no puedo combatir a los piratas en el cielo, será mejor que deje de construir naves en Catenor.

—Eso es lo que pensé —dijo Jacobi—. Cuando los piratas se hayan alejado lo suficiente, dejarán de utilizar sus motores: tienen que ahorrar combustible y no derrocharlo en maniobras de corto alcance. Entonces se dejarán arrastrar por el viento convencidos de que no les perseguiremos hasta las montañas. Conserva tu altitud y no los pierdas de vista. Es posible que uno de ellos no vaya muy lejos.

—Comprendo —dijo Timor—. No me habían dicho que entre tus numerosos talentos figuraba también el de la adivinación.

—Nada de eso. Puedo conseguirlo con un poco de ayuda.

—¿En qué sentido?

—Reza para que llueva.

IV

Tal como Jacobi había predicho, las naves piratas, habiéndose alejado lo suficiente como para verse libres de molestias, pararon sus motores y navegaron con los mismos vientos que arrastraban a las naves de Timor. De este modo siguió un período de tablas, durante el cual las naves piratas hicieron lo posible por ganar altura y las naves de Timor por seguir las.

Jacobi se mantenía a la expectativa, contemplando las nubes cada vez más cargadas de lluvia y las oscuras crestas de las montañas hacia las cuales estaban siendo arrastrados. Debajo de las montañas, el amplio lecho del río brillaba como una cinta de acero, separando las tierras feraces de las laderas *de roca gris*.

El tiempo empezaba a ser muy importante. Si la lluvia llegaba antes de que las formaciones alcanzaran el río, lo más probable sería que Timor consiguiera su presa. Pero si tardaba más en llegar, los piratas se pondrían a salvo en las montañas y Timor no se atrevería a seguirles a través del agua. Si las naves de Timor cruzaban las montañas, quedarían aisladas de toda posible ayuda y tendrían que posarse en el suelo a la espera de un cambio de viento. Esto podría significar una prolongada espera y, dado el apresuramiento con que habían salido de Catenor, no llevaban provisiones de ninguna clase. Además, si caían en territorio de los piratas no podrían esperar ayuda ni misericordia de unos bandidos ansiosos por añadir nuevas unidades a su flota.

Pero una desgracia más próxima acechaba a la nave de Timor. En los astilleros, las naves habían sido preparadas cuidadosamente; pero, mientras esperaban un cambio de viento, los operarios habían utilizado mecheros auxiliares a fin de conservar todo el gas en las esferas que iban acopladas a la barquilla. Las esferas fueron instaladas apresuradamente cuando estaba a punto de iniciarse el ascenso. Desgraciadamente, la esfera acoplada a la nave de Timor no fue convenientemente asegurada. En un momento determinado, se soltó del lugar donde estaba encajada y cayó en dirección al suelo. La pérdida de aquel peso hizo que la nave saliera disparada hacia el cielo, antes de iniciar su lenta e inevitable caída, a medida que el aire del globo fuera enfriándose.

Jacobi notó que la nave ascendía bruscamente, y los gritos de desesperación del hombre que cuidaba del mechero le hicieron comprender lo ocurrido. Estuvo a punto de llorar de rabia, ya que las gotas de lluvia, cada vez más numerosas, presagiaban que la nave de los piratas y su motor estarían a su merced al cabo de unos minutos.

Ante la situación con que se enfrentaba la nave de Timor, Jacobi trepó por los cordajes que rodeaban el globo, siendo imitado inmediatamente por el resto de los tripulantes, los cuales no ignoraban que el lugar más seguro en caso de caída era la parte superior del globo, con algo debajo para aminorar el golpe al llegar al suelo, y con menos posibilidades de resultar aplastado por la desinchada envoltura. Pero, a la altura en que se encontraban, sus posibilidades de sobrevivir eran mínimas, y en sus

ojos se reflejaba el miedo que experimentaban.

Las otras naves de Timor, al darse cuenta de lo que ocurría, empezaron también a descender: inicialmente con más rapidez, dado que podían expulsar aire caliente, cosa que a Timor le estaba vedada. La preocupación de Timor era la de conservar todo vestigio de estabilidad que el aire que se enfriaba en el globo podía proporcionarles, pero se hallaban a una altura peligrosa y no confiaba en conseguirlo. Jacobi concentró su mirada en la nave que había recibido sus dardos, rezando para que la lluvia no se demorase ni un segundo más.

Los dioses fueron clementes. Las nubes vaciaron generosamente su carga, y en aquel mismo instante el globo de la nave pirata se iluminó con varias lenguas de fuego, claramente visibles a pesar de la creciente distancia. Las lenguas de fuego se extinguieron rápidamente, pero no sus efectos: en la tela del globo se habían abierto unos agujeros a través de los cuales un hombre podría haber introducido la cabeza. Luego, la nave pirata empezó también a caer.

La situación de la nave de Timor era ahora realmente crítica. El ángulo de su descenso amenazaba con arrastrarles a través del agua para chocar contra el pie de la montaña con fuerza mortal, y Timor no se atrevía a hacer más agudo aquel ángulo soltando viento, ya que ello hubiera aumentado la velocidad de su caída. Haciéndose cargo rápidamente de la situación, Jacobi descendió por el cordaje y encontró a Timor solo en la barquilla.

Al verle aparecer, Timor sonrió forzosamente.

—¿Y ahora qué, Viajero? ¿Tienen los Guild respuestas para esta situación, también?

—Sí —dijo Jacobi—. Haz que esos hombres bajen y hagan lo que haga yo. Es nuestra única posibilidad de salvación.

Trepando de nuevo por el cordaje hasta la parte inferior del globo, sacó un cuchillo y empezó a cortar la tela. Timor le observó por espacio de unos segundos antes de adivinar su propósito. Luego se movió como una furia, maldiciendo y cortando con su cuchillo, y llamando al resto de la tripulación para que hiciera otro tanto. A medida que era cortado el gran círculo en la parte inferior del globo, el mechero y su soporte cayeron al vacío. Libre de aquel peso y abierto al aire, el medio globo se extendió como una seta gigantesca dentro de los límites del cordaje, y su velocidad de descenso disminuyó sensiblemente.

Entonces, Jacobi dirigió su atención hacia abajo y cortaron las principales cuerdas, en los puntos más bajos posible. La barquilla se desprendió y cayó espectacularmente, dejando a los hombres colgados del cordaje con el gigantesco hongo de tela muy inestable ahora y amenazando con perder aire y deshincharse. Pero con la ayuda de los dioses y bajo el látigo de la blasfema lengua de Timor consiguieron situarse de modo que sus pesos se equilibraran, manteniendo así la estabilidad de su valioso dosel. Su velocidad volvió a disminuir, pero a pesar de ello varios de los hombres hubieran resultado seriamente lesionados de no haber caído en

medio del río.

Cuando su cabeza rompió la superficie del agua, Jacobi se soltó rápidamente del cordaje y empezó a nadar en dirección a la orilla más próxima. Era un mal nadador, y dudó seriamente de su capacidad para recorrer aquella distancia. Desde luego, no estaba en condiciones de retroceder para asegurarse de que los otros se habían librado del cordaje y podían escapar. Nadó obstinadamente hacia un grupo de árboles que era lo único que podía ver de la playa, confiando en que los calambres que solían hacer presa en él siempre que nadaba no le atacarían antes de ponerse a salvo.

Durante un largo rato, sus esfuerzos no parecían disminuir la distancia que le separaba de los árboles, y empezó a perder la esperanza. Se estaba fatigando rápidamente con el desacostumbrado ejercicio, y su nadar se había convertido en una especie de chapoteo espasmódico, que le hacía derrochar energías y no le permitía ganar terreno. Luego, el calambre agarrotó los músculos de su pierna derecha, y en un momento de pánico se hundió dolorosamente en el agua, dejando de nadar.

Volvió a la superficie ávido de aire, escupiendo agua y peligrosamente a punto de ahogarse. Pero unas fuertes manos le agarraron por los hombros y Jacobi dejó de moverse y permitió que aquellos brazos le arrastraran hasta la orilla.

Agotado, Jacobi se dejó caer sobre la arena y permaneció unos instantes completamente inmóvil. Luego miró a su alrededor. Al parecer, todos los miembros de la tripulación habían conseguido salvarse. A cierta distancia vio a Timor, tendido boca abajo sobre sus brazos, y cubierto del barro a través del cual se había arrastrado al salir del agua. Incluso desde aquella distancia pudo ver que los hombros de Timor se agitaban convulsivamente y, temiendo que estuviera enfermo, Jacobi se acercó a él y le volvió boca arriba. Pero lo que agitaba el cuerpo de Timor era la risa. Al ver a Jacobi, dejó de reír, se incorporó y apoyó un brazo cubierto de barro sobre los hombros del Viajero.

—¡Para ser un no combatiente, Jacobi, has dado muestras de una excepcional capacidad para hacer la guerra y para sobrevivir!

—¿Acaso pensabas que todo lo que procedía de Annonay era académico?

—No. Esperaba también sentido común. Pero no milagros. ¿Qué hiciste con la nave de los piratas?

—Disparé contra ella unos dardos cuya punta era de un metal llamado sodio. El sodio estaba cubierto con una capa de pintura para protegerlo en mi bolsa. Pero, al quedar expuesta a la humedad, la capa de pintura se disolvió y el metal descompuso el agua violentamente, con desprendimiento de hidrógeno y producción de llama.

—¿Un metal que produce llama? —Timor le dirigió una rápida mirada y luego se encogió de hombros—. Extrañas herramientas para un Viajero Guild, desde luego. ¿Tienen también una aplicación pacífica?

—No.

—Lo que imaginaba —dijo Timor—. Siempre he sabido que en los Guild había algo más que bondad e inteligencia. ¿Qué me dices ahora de tus pretensiones de no

combatir?

—Disparé aquellos dardos en beneficio de los Guild, no en beneficio tuyo.

—¡Comprendo! ¿Y cómo puedes decidir, en Catenor, lo que beneficia a los Guild?

—Ya lo sabes, Timor. Y, si no lo sabes, pregúntaselo a Melanie.

Timor rebuscó en sus empapadas ropas y sacó de un bolsillo los húmedos y arrugados restos de lo que había sido el mensaje que Jacobi recibió de Annonay.

—¡Némesis se lleve a todos los Viajeros de dos caras! Me he equivocado contigo, muchacho, no tengo inconveniente en admitirlo. Sospechaba de ti y de tu excesiva listeza. Continúo sospechando, pero ahora sé que estás trabajando a favor mío. Me has construido una nueva nave, has destruido a mi enemigo y me has salvado la vida. Y a cambio de ello dudo de ti y robo tus mensajes.

—Y me prestas a tu hija —dijo Jacobi burlonamente.

Timor sonrió.

—Y te presto a mi hija —dijo.

No tardaron en oír los cuernos a través de la espesura del bosque y respondieron a gritos, ya que no disponían de cuernos para contestar. Afortunadamente, fueron oídos y posteriormente localizados por las tripulaciones de las otras naves de Timor que habían aterrizado sin novedad. Habían montado un campamento y encendido una fogata, rociando la leña húmeda con gas metano de una de las esferas.

Los restos de la nave pirata fueron localizados a unas dos millas de distancia, enredados en los árboles. Los tripulantes estaban muertos y la barquilla destrozada, pero el valioso motor apareció casi intacto y fácilmente recuperable. Timor dirigió su rescate, con paciente cuidado. Para él, aquel motor representaba el comienzo de una nueva era en Catenor y no podía permitirse ningún riesgo capaz de comprometer su botín. Finalmente, el motor quedó depositado sobre la arcilla del bosque, en espera de que llegaran las carretas de Catenor para transportarlo a los astilleros.

Cuando Jacobi examinó el mecanismo descubrió, no el motor de gas rudimentario que suponía, sino un tipo muy perfeccionado de diesel. Entonces supo a ciencia cierta lo grave que se había puesto la situación en Annonay.

Con Timor apoyándole ahora incluso más, Jacobi se encontró controlando casi por completo los astilleros de Catenor, y los trabajos encaminados a desarrollar el proyecto de la nave de hidrógeno progresaron rápidamente. La planta de hidrógeno quedó terminada mucho antes de que la nave estuviera construida. Jacobi trabajaba duramente, pero cada noche encontraba tiempo para ir a Catenor a descansar y a ver a Melanie. Al cabo de tres semanas, y con el beneplácito de su padre, la joven decidió instalarse en el ático y convertirse oficialmente en su amante. Estabilizada así su vida sentimental, Jacobi pudo dedicar todas sus energías al trabajo.

Las nubes tormentosas que planeaban sobre Annonay no le afectaron. La mercancía Guild era explosiva y debía ser manejada con cuidado incluso por aquellos

amamantados en su servicio. Una fuga incontrolada de avances tecnológicos desde Annonay a un mundo que no estaba preparado para recibirlos, había proporcionado grandes ventajas y beneficios a unos cuantos individuos carentes de escrúpulos, y la opinión pública había reaccionado violentamente contra los Guild. Se trataba de un abuso de confianza que sólo el tiempo podía enmendar. Entretanto, los Guild no tenían otra alternativa que la de reducir sus operaciones en Annonay a la construcción de formas establecidas de aeronaves.

Seis semanas más tarde el proyecto de Jacobi quedó terminado. La planta de hidrógeno trabajaba a pleno rendimiento, y disponía de un grupo de operarios excelentemente preparados. La nave, con el motor diesel y una generosa reserva de combustible, se encontraba al pie de la plataforma de amerizaje, esperando la carga de gas que le proporcionaría flotabilidad sin mecheros. Disponía también de un sistema de timones para facilitar las maniobras direccionales. Al día siguiente efectuaría su primer vuelo. Las últimas revisiones de Jacobi le confirmaron en su confianza de que la aventura sería un éxito. Regresó junto a Melanie lleno de esperanzas.

Violando las normas Guild, no había hecho un secreto de su aparato de comunicación desde que Melanie se trasladó al ático. Ahora reposaba permanentemente sobre una mesita, preparado para su contacto nocturno con Annonay. Melanie permanecía alejada del aparato, intuyendo que formaba parte de otra época y tenía poderes y contenidos cuyos secretos jamás lograría comprender. Este factor, más que cualquier otro, estableció entre ellos una especie de separación y envolvió las insoportables sombras de aislamiento con mucha más firmeza alrededor de los hombros de Jacobi.

Aquel día, cuando llegó a casa, Melanie se quejó de que el aparato había estado emitiendo unos extraños ruidos, como si tratara de llamar la atención. Jacobi inspeccionó el cajetín que almacenaba los mensajes.

Lo que encontró allí le cogió preparado y desprevenido al mismo tiempo:

- CENTRO DE RECUPERACIÓN DE INFORMACIÓN TÉCNICA DE NUEVA YORK - VÍA SATÉLITE Y SUBCENTRO DE LA GAUDE - A JACOBI EN CATENOR - EMPIEZA MENSAJE CITANDO SITUACIÓN CRITICA - MOTINES EN ANNONAY - ASTILLEROS GUILD ABANDONADOS - OPERACIONES EUROPEAS EN PELIGRO - INDISPENSABLE ASEGURE USTED CATENOR PARA NUEVOS ASTILLEROS GUILD - NEGOCIE CON TIMOR SOBRE CUALQUIER BASE - FIN DEL MENSAJE.

- CONTROL DE YORKTOWN.

Jacobi leyó el mensaje y lo guardó en uno de sus bolsillos sin decirle nada a Melanie. Más tarde trató de establecer contacto con el Control de Annonay, pero no

consiguió su propósito. Tal como se deducía del mensaje, la instalación de Annonay había dejado de funcionar. Que los historiadores futuros vieran esto como el final de una era fallida, o como un simple retroceso temporal en una de las aventuras más osadas del género humano, dependía en gran parte de él. Pero Jacobi estaba cansado por el exceso de trabajo, y el cerebro que le guiaba estaba también cansado de tanto saber, de tanto pensar, de tantas obligaciones. Y agobiado por la soledad que le separaba de Melanie incluso en plena euforia carnal.

Descubrió súbitamente que necesitaba tiempo para pensar, para preguntarse seriamente, quizá por primera vez en su vida, si el objetivo que determinaba la existencia de los Guild era un ideal merecedor de lo que exigía de él. Resultaría demasiado fácil adaptarse a la vida sencilla de Catenor, casarse con Melanie, tener hijos, construir aeronaves en los astilleros de Timor y olvidar a los Guild y sus intrigas y obligaciones y su dedicación a una abstracción llamada posteridad. Recordó el latigazo de su propia rabia contra aquellos que se habían mostrado débiles y habían desertado. Sólo ahora podía comprender lo precipitado de unos juicios cuando uno no ha sido sometido a prueba, y lo difícil que resulta predecir las propias reacciones bajo el impacto de la emoción y del exceso de trabajo.

Melanie debió intuir el conflicto que se estaba desarrollando en su interior y hasta qué punto se encontraba ella involucrada en aquel conflicto, ya que se esforzó en tranquilizarle y, cuando hicieron el amor, se mostró afectuosa y tierna, olvidando sus habituales desmelenamientos eróticos. Jacobi se durmió en sus brazos, pero con un sueño inquieto, lleno de pesadillas en las que se mezclaban cámaras subterráneas con microfilmes, pantallas cinematográficas y grabadoras electrónicas. Cuando despertó, más fatigado que antes de acostarse, tardó largo rato en convencerse de que el sonido de los cuernos y los gritos de «¡Piratas a la vista!» no formaban parte de su pesadilla.

Su confusión era más explicable por el hecho de que sabía que una incursión de los piratas a aquella hora era casi una imposibilidad. En primer lugar, los piratas no llegaban nunca de noche; y en segundo lugar, los vientos no eran favorables. Se necesitaba tener mucha confianza en las propias fuerzas —o estar loco— para aterrizar en Catenor en tales condiciones.

A no ser que se tratara de un grupo muy numeroso de piratas...

Esta última idea cristalizó como una aterradora posibilidad. Sabiendo que Timor tenía un motor y un Viajero, los piratas podían haberse dado cuenta de que la oposición del sector de Catenor se haría cada vez más fuerte, provocando quizás en último término la destrucción de las fuerzas invasoras. En tales circunstancias, el contragolpe lógico consistía en un ataque en masa con todos los elementos disponibles, para ahogar la oposición potencial mientras era potencial. Esto significaba que los astilleros serían el punto central del ataque, y que el objetivo de la expedición no sería el pillaje, sino la destrucción.

Entonces supo Jacobi que su conflicto anterior había quedado resuelto. Ahora podía darse cuenta de que lo opuesto a los principios del Guild era una especie de

anarquía bárbara y dolorosa. Se vistió apresuradamente, y Melanie, que también se había despertado, se incorporó en un espasmo de pánico y agarró su muñeca.

—¡Jacobi, no me dejes!

Jacobi apartó su brazo cuidadosamente.

—Tengo que ir a los astilleros, Melanie. Lo sabes perfectamente.

—Sí.

Melanie sabía que Jacobi tenía que ir allí, pero confiaba en retenerle con la fuerza de su amor. Cuando Jacobi llegó a la puerta, volvió la cabeza y las lágrimas en los ojos de Melanie le acusaron de traición. Tuvo que cerrar la puerta apresuradamente detrás de él para no oír los sollozos de Melanie. Estaba seguro de que si abría de nuevo la puerta se quedaría allí.

Las calles estaban llenas de hombres que corrían de un lado para otro. Por encima de todos los ruidos nocturnos, los cuernos continuaban pregonando la alarma desde algún lugar lejano. Jacobi se dirigió directamente a los astilleros, medio al trote. Detrás de él podía oír las carretas que se dirigían a las afueras de Catenor, en tanto que delante de él se encendían fogatas alrededor del perímetro de los astilleros. Hasta entonces no había encontrado la menor señal de la presencia de los piratas, y sólo la evidencia de los cuernos parecía indicar que realmente habían llegado.

En las verjas de los astilleros fue interceptado por un operario armado con una lanza que le obligó a retroceder hasta el círculo de luz proyectado por una fogata para proceder a su identificación. Su vitriólica condena de la demora fue digna del propio Timor, y una de las verjas se abrió inmediatamente para dejarle entrar. Una vez dentro, Jacobi se encontró completamente solo, cosa que favorecía sus planes. Estaba a medio camino de su destino cuando estalló una fuerte lucha cerca de la empalizada del gas, y a la luz de las llamas se hizo evidente que el objetivo de los piratas eran en efecto los astilleros de Catenor.

Al pie de la plataforma de amerizaje yacían los componentes de su nave de hidrógeno. Al otro día hubiera remontado orgullosamente el vuelo para que todo Catenor pudiera apreciar los progresos en la construcción de naves. Esta noche era un montón de tela, cuerdas y lona encima de la barquilla que contenía el motor. Jacobi sabía lo que tenía que hacer, exactamente. Quitó el tapón del tanque de combustible y dejó que el petróleo fluyera sobre la barquilla. Cuando estuvo seguro de que la barquilla y las cuerdas estaban empapadas, les prendió fuego. Las llamas, que devoraron rápidamente barquilla, tela, cordaje y plataforma, interrumpieron por unos instantes la lucha. Pero la nave de hidrógeno no formaría parte del posible botín de los piratas.

Catenor había subestimado las fuerzas atacantes. Confabulados temporalmente, al parecer, con otras bandas piratas, los asaltantes habían reunido más de ciento cincuenta naves, todo un ejército aguerrido e implacable. Por la mañana, la batalla estaba casi decidida. El ataque a los astilleros había constituido una maniobra de diversión: el grueso de las fuerzas piratas se había dirigido directamente a Catenor, con un objetivo específico: rehenes. Mujeres y niños habían sido conducidos como ganado a los campos, y los que intentaron resistir fueron degollados sin piedad. Las bolsas de resistencia en la ciudad habían sido aniquiladas, y al amanecer la cuarta parte de Catenor se había convertido en humeantes ruinas.

Engañado por la táctica enemiga y furioso por lo salvaje del ataque, Timor, que mantenía los astilleros intactos a excepción de la empalizada del gas, se negó a rendirse. Los piratas le enviaron el torso desmembrado de una joven y le prometieron mandarle otro cada hora hasta que cediera. No tardaron en aparecer banderas blancas en las torres de los vigías, y los piratas tuvieron paso franco. Jacobi esperaba con los brazos cruzados sobre el pecho, sabiendo que él solo tendría que ganar la batalla que el resto de Catenor había perdido. El mensaje del cuerpo mutilado de la joven no le había pasado por alto. Al margen de las normas Guild, un Viajero convertido en beligerante después de ser testigo de semejante atrocidad no era enemigo de despreciar.

Timor, con aire enfurecido, salió al encuentro del jefe pirata y sus ayudantes. Le derribaron al suelo, le propinaron una tanda de puntapiés y entraron en los astilleros arrastrando una cautiva detrás de ellos. La cautiva era Melanie, con las manos atadas y revolviéndose como una furia. Los piratas la ataron a un poste.

—¿Dónde está el Viajero?

—Aquí.

Jacobi avanzó con los brazos cruzados.

—¡Ah! —exclamó el jefe de los piratas, un gigante barbudo llamado Dacon—. De modo que tú eres Jacobi. Hemos oído hablar de ti. —Señaló con un gesto a Melanie, que luchaba inútilmente para librarse de sus ataduras—. En realidad, sabemos todo lo que has estado haciendo en Catenor. La mujer es un precioso rehén para asegurar tu cooperación.

—Los Guild no son susceptibles al chantaje —dijo Jacobi—. Ni hacen nada por la fuerza. En tu calidad de hombre de las nubes, si puedes costear el servicio de los Guild, lo recibirás. En caso contrario, puedes pudrirte.

—¿Servicio? ¡Maldito perro! —exclamó Dacon, furioso—. No es servicio lo que quiero de ti: es hidrógeno.

—¿Hidrógeno? ¿En aquellos globos?

Jacobi miró a través de los campos hacia el lugar donde se hallaban esparcidas las

naves piratas.

—Sí, en aquéllos, Viajero.

—No —dijo Jacobi secamente—. Si quieres hidrógeno, será mejor que contrates un Viajero a los Guild. Hay más hidrógeno que naves para llenar.

—¡Por Zeus! Podría pagar trescientos hombres por un contrato Guild. Pero, ¿por qué habría de molestarme, si tú me lo darás gratis?

—Los Guild no dan nada gratis. Si quieres hidrógeno, paga el precio Guild.

Jacobi se volvió y echó a andar deliberadamente hacia la oficina de Timor. No había dado una docena de pasos cuando fue agarrado bruscamente y obligado a volverse de nuevo hacia el jefe pirata.

—Confundes tu posición aquí, Viajero. ¿Tendremos que tratarte como hemos tratado a Timor?

—No —replicó Jacobi—, el que confunde su posición eres tú. No puedes matar a todos los habitantes de Catenor, porque son mucho más numerosos que tus hombres. Sólo te protegen los rehenes. Pero si continúas cometiendo atrocidades con ellos, dejarán de constituir una protección para ti. Llegado el caso, la población te hará pedazos sin más armas que sus manos.

Dacon se echó a reír.

—No tenemos la intención de quedarnos aquí.

—Tienes allí algunas pequeñas naves —dijo Jacobi, señalando hacia los campos—. Han efectuado ya un largo viaje. No irás a decirme que tienes suficiente combustible para que tus mecheros os lleven a todos a través de las llanuras.

—No —dijo Dacon, desconcertado por la exactitud de las conclusiones de Jacobi—. De ahí nuestro interés por el hidrógeno. Con él podremos marcharnos sin utilizar combustible.

—Si no pagas el precio Guild, no recibirás hidrógeno de mí.

—Creo que sí. —Dacon miró hacia el lugar donde se encontraba Melanie—. Allí hay una muchacha bonita. Supongo que no te gustaría oírla aullar.

Jacobi le miró rectamente a los ojos.

—Inténtalo. Comprueba cuántas mujeres tienes que torturar o cuántos niños necesitas mutilar para que la población decida terminar con vosotros a cualquier precio.

Escupió despreciativamente a los pies del pirata de las nubes, dio media vuelta y echó a andar, rogando a las sombras de los Guild que la responsabilidad obturase sus oídos con arcilla y arrancase los ojos de su imaginación. Cada paso que daba era un esfuerzo deliberado, y cada movimiento muscular exigía un control voluntario como si, en los últimos minutos, hubiese olvidado cómo se anda. Llegó a la escalera que conducía a la oficina de Timor y ascendió los tres primeros peldaños antes de atreverse a volver la mirada. Detrás de él no se había oído ningún sonido.

Dacon le había seguido y se hallaba a diez pasos de distancia, mirando a Jacobi.

—¡Muy bien, Viajero! ¿Cuál es el precio Guild del hidrógeno?

—Este, simplemente: que cuando lo tengas abandones Catenor inmediatamente. No más asesinatos, no más violaciones, no más rehenes.

—¿Sólo eso? —El rostro de Dacon reflejó su incredulidad—. No lo entiendo, Viajero. ¿Qué ganan los Guild con eso?

—Eso es cuenta de los Guild. ¿Quieres pagar más?

—No. Acepto el precio. A cambio de mis naves llenas de hidrógeno haré que todo marche como deseas. Pero nosotros hemos venido aquí por un motivo: para destruir los astilleros de Timor. En tu trato no dices nada de eso.

Jacobi se encogió de hombros.

—Deja intacta la planta de hidrógeno, pero con el resto puedes hacer lo que te plazca. No es asunto mío.

Timor había vuelto a entrar en los astilleros, con la boca ensangrentada. Desposeído del aura de control y autoridad que normalmente exhibía, parecía haber envejecido de un modo increíble. Ahora no era más que un hombre viejo y derrotado, ignorado por los piratas e incapaz de sobreponerse a la nueva situación. Encontró a su hija atada a un poste, trató de interponerse, pero los piratas se limitaron a amenazar a la joven con un cuchillo y Timor se alejó, impotente. Luego vio a Jacobi y a Dacon y se acercó a ellos con paso vacilante para enterarse de lo que estaban hablando.

Súbitamente, profirió un rugido de rabia y se irguió, recobrando por unos instantes su antigua arrogancia.

—¡Jacobi, por los dioses, yo no hago ningún trato con asesinos!

—El trato ya está cerrado en nombre de los Guild —replicó Jacobi.

—Entonces, los Guild tendrán que responder de él. No obtendrás ninguna ayuda de Catenor.

—Necesito los operarios para fabricar hidrógeno.

—Cualquiera de mis hombres que te ayude tendrá ocasión para lamentarlo más tarde. Y tú mismo tendrás que marcharte de aquí si ayudas a ese aborto del infierno.

—En tal caso, vete con las mujeres y los niños —dijo Jacobi—, ya que has entrado en tu segunda infancia de un modo demasiado repentino. —Se volvió hacia Dacon—. Tráeme hombres y les enseñaré lo que tienen que hacer. Empieza a acercar tus naves y prepara el mayor número posible de cuerdas.

—No sacarán hidrógeno de aquí —dijo Timor.

Avanzó hacia la escalera con una expresión asesina en la mirada.

Esta vez fue Jacobi el que derribó a Timor de un golpe.

La consigna se extendió rápidamente y los hombres de Catenor apoyaron de un modo unánime a Timor. Ningún operario colaboraría con los piratas, ni siquiera bajo amenaza de muerte, y los piratas terminaron por expulsarles de los astilleros. En la ciudad, Jacobi se convirtió en un ser despreciable por sus actividades colaboracionistas, aunque no había tenido ocasión de explicar el trato que había concluido, ni había intentado hacerlo. Melanie fue una de las últimas en abandonar

los astilleros. La llevaron, desatada ahora y silenciosa, junto al resto de las mujeres. Lo único que hizo al cruzar la verja fue escupir a la cara de Jacobi y mirarle, no con rabia, como cabía esperar, sino con aversión y repugnancia, como se mira algo indeciblemente sucio.

Los sentimientos contra Jacobi estaban más que justificados. Disponiendo ya de algunas aeronaves de motor, los piratas poseían una gran superioridad de vuelo. Si disponían también de hidrógeno, serían intocables. No sólo Catenor, sino toda la provincia estaría permanentemente abierta al pillaje, y ningún hombre podría levantar su mano contra los piratas por miedo a las represalias. Esto, unido a la pérdida de los astilleros de Timor, sumiría de nuevo a la región en las tinieblas del oscurantismo y de la pobreza, que con tanto esfuerzo habían logrado superar.

A pesar de lo ocasional de su confabulación, los piratas eran muy eficientes a la hora de trabajar. Muchos de ellos habían sido operarios de astilleros, expulsados de sus empleos por una u otra circunstancia. Al contrario de lo que esperaba, Jacobi no encontró ninguna dificultad para aleccionar a una cuadrilla en el manejo de la planta de hidrógeno, en tanto que otros grupos acercaban las naves para su llenado. A medida que recibían su carga, las naves eran lastradas con sacos de arena y arrastradas fuera del recinto para dejar sitio a otras naves.

Con ciento cincuenta naves que llenar, los progresos eran lentos y Jacobi dudó de que las reservas de carbón fuesen suficientes. Pero haciendo funcionar continuamente la planta elaboradora de coque, y con las reservas que ya había acumulado, consiguió disponer de casi todo el gas que necesitaba. Rechazó algunas de las naves más pequeñas como inadecuadas para su llenado, y los piratas prefirieron quemarlas a dejarlas en Catenor.

La operación se prolongó por espacio de tres días. En aquel tiempo, los rehenes pudieron regresar a la ciudad sin que nadie les molestara. Los piquetes de piratas de guardia en la ciudad habían desaparecido de las calles, y el grueso de las fuerzas atacantes se hallaba ahora concentrado en los astilleros. Los propios astilleros estaban siendo destruidos sistemáticamente: las fraguas aplastadas, los talleres de costura y cordaje incendiados, las cámaras de metano agujereadas y las bombas y cañería dobladas y rotas. A través de la devastación, Timor vagabundeaba diariamente sin que nadie se metiera con él, contemplando cómo reducían a escombros la obra de toda su vida. Ocasionalmente se acercaba a Jacobi y le contemplaba en silencio, con un rostro completamente inexpresivo.

Todo quedó terminado a última hora de la tarde del tercer día. Dado que el control de la altitud en las naves llenas de gas no podía obtenerse sin una pérdida de hidrógeno, Jacobi había sugerido que las diversas naves se mantuvieran juntas atándolas por grupos. La idea de una ciudad aérea de naves unidas agradó a los piratas, los cuales partieron en tres grupos de naves unidas por medio de cuerdas. Las naves de mayor tamaño, entre ellas la de Dacon, quedaron sueltas y como una especie de retaguardia hasta que la fuerza principal hubo remontado el vuelo.

Los ciudadanos de Catenor se mantuvieron al margen de lo que sucedía, no deseando provocar un incidente innecesario. Pero se habían reunido en los campos entre Catenor y los astilleros, observando y esperando. Dacon contempló aquella horda con una expresión divertida. Cuando los piratas se marcharon, Jacobi quedaría como único ocupante de los restos de lo que en otros tiempos habían sido astilleros de Catenor. Y Jacobi no era muy popular.

Como gesto final, el pirata llamó a Jacobi a su lado y señaló la marea humana que llenaba los campos.

—¿Qué me dices de eso, Viajero? ¿No te gustaría convertirte en un pirata de las nubes? Nosotros podríamos utilizar tus conocimientos, en tanto que tus amigos no se andarán con chiquitas a la hora de pasar cuentas. No les hemos dejado madera para construir una horca, pero indudablemente se darán por satisfechos lapidándote.

—Gracias —dijo Jacobi—, pero correré el riesgo quedándome aquí. Apuesto a que viviré lo suficiente para cumplir mi contrato.

Dacon se encogió de hombros.

—En tal caso, tienes más confianza que yo en la naturaleza humana. Hasta la vista, Viajero, y cuida de esa planta de hidrógeno. Algún día puedo necesitar más, y entonces volveremos.

—Le diré a Timor que la conserve para ti. Poca cosa más puede hacer.

Cuando los piratas se hubieron marchado, Jacobi se sentó sobre un montón de escombros y contempló cómo las naves se remontaban hasta convertirse en sombras entre las nubes, y luego se desvanecían. Su desaparición fue tan absoluta como si nunca hubiesen existido. Pero las huellas de su reciente paso eran inconfundibles. Los otrora soberbios astilleros de Catenor habían quedado reducidos a montones de escombros, cenizas y desolación. Si Jacobi había necesitado alguna vez algo que le recordara que el ideal de los Guild era el único camino, el cuadro que le rodeaba resultaba más que suficiente para disparar sus reacciones.

En medio del silencio que le rodeaba tenía conciencia de que los ciudadanos de Timor y los operarios habían llegado a los astilleros, e intuyó más que vio que Timor iba al frente de ellos. No se molestó en volverse y enfrentarse con aquella gente, ya que cualquier tentativa de explicación estaba condenada al fracaso. Harían con él lo que se habían propuesto hacer, por encima de todo. De manera que permaneció sentado, a la espera de los acontecimientos.

La mano que cayó súbitamente sobre su hombro le pilló desprevenido.

—¡Paz, Jacobi! —Era Timor, con la mirada fija en las nubes tras las cuales habían desaparecido los piratas—. Creo que ahora sé lo que has hecho. —Se sentó en los escombros, al lado del Viajero—. Prométeme que pocos de ellos estarán vivos por la mañana.

Jacobi se volvió y miró a Timor rectamente a los ojos.

—Espero que no más de tres docenas.

—¿Y cuántos estuvieron aquí?

—Alrededor de seiscientos.

—Ya —dijo Timor, meditando en la enormidad del acontecimiento que se avecinaba—. Teniendo en cuenta que eres un no beligerante, Jacobi, constituyes un terrible enemigo. ¿Cómo ocurrirá?

—Después de la puesta del sol, cuando la atmósfera se enfríe, perderán altura —explicó Jacobi—. Debido a que olvidé darles ciertas instrucciones, algunos de ellos intentarán encender sus mecheros, para calentar el gas. Los que lo hagan, verán arder o estallar sus naves. Y las que están atadas a ellas correrán la misma suerte.

—¿Y si no se les ocurre encender sus mecheros?

—En tal caso, cada una de las naves tiene en alguna parte de su cordaje uno de mis dardos de sodio. Tal vez mañana o pasado mañana encuentren lluvia o humedad suficiente... Si seis de esos seiscientos hombres están vivos dentro de tres días, será únicamente porque los dioses les habrán bendecido. ¿Es suficiente venganza para ti, Maestro?

—¡Venganza, sí! —dijo Timor, dirigiendo una entristecida mirada a las ruinas que le rodeaban—. Pero no compensación. Catenor pasará momentos muy difíciles antes de que volvamos a construir aeronaves.

Mientras hablaba, resonó un apagado trueno en las alturas. Levantando la mirada hacia el cielo vieron una nube que se iluminaba, teñida de rosa por dentro, y oyeron otros truenos. Luego, a través de los campos empezaron a caer naves envueltas en llamas, iluminando a unos hombres que se precipitaban a la muerte. El espectáculo se prolongó durante quince increíbles minutos. Durante aquel espacio de tiempo cayó tal vez una tercera parte de la flota pirata, y los que escaparon llevaban la semilla de sodio de su propia muerte en alguna parte del cordaje. Al margen de las normas Guild, un Viajero convertido en beligerante después de ser testigo de semejantes atrocidades no era enemigo de despreciar.

A pesar de lo doloroso de sus pérdidas, aquella noche los ciudadanos de Catenor celebraron la victoria de Jacobi. Por primera vez en lo que alcanzaban sus recuerdos, la amenaza de los piratas había sido extirpada por completo de la ciudad. La pérdida de los astilleros y la muerte de algunos seres queridos entristecían la ocasión, pero no apagaron su expresión. Sin embargo, esta vez Jacobi no consiguió identificarse con el jolgorio. El peso de la obligación Guild gravitaba ahora fuertemente sobre sus hombros, y su velo de sombras resultaba sofocante alrededor de su rostro. Al igual que a Timor, los recientes acontecimientos le habían envejecido notablemente, y empezaba a discernir lo pesado de las cargas que los ancianos Guild solían asumir.

Separándose temprano de los que pretendían agasajarle, se dirigió a casa de Timor. El Maestro estaba descansando. Su rostro, a la claridad de la lámpara de petróleo, estaba más arrugado y más envejecido de lo que Jacobi recordaba haber visto antes. Sin embargo, sus astutos ojos no habían perdido su penetrante intensidad.

—No es una visita social lo que te trae aquí a esta hora, Jacobi.

—No. Quiero comprar tus astilleros para los Guild.

Timor se encogió de hombros.

—No tengo astilleros. Solamente quedan montones de escombros.

—Mucho mejor. Nos ahorrará los trabajos de demolición. Las naves que queremos construir aquí no necesitarán tela ni cordajes.

—Hablas de un modo enigmático —dijo Timor, con aire fatigado—. No existe esa clase de naves. Pero, de todos modos, fija tus condiciones.

—Los Guild pagarán un precio razonable por tus astilleros, tal como estaban antes de que llegaran los piratas. Se establecerá aquí una célula Guild, y tú te convertirás en un anciano Guild. Todo el personal que tenías continuará a tus órdenes. Los Guild construirán escuelas, bibliotecas, hospitales, fábricas y todo lo que Catenor necesita para desarrollarse como la capital industrial y comercial de Europa.

Timor permaneció en silencio largo rato, meditando. Luego dijo:

—Concluyes tus tratos del mismo modo que luchas, Jacobi: sin condiciones.

—Entonces, ¿trato hecho?

—Trato hecho. Sería estúpido decir que no. Pero que conste que sólo me compras los conocimientos y la habilidad manual de unos cuantos centenares de operarios.

—Es lo único que necesito —dijo Jacobi—. Con eso, todo lo demás llegará por sus pasos contados.

—Y, si me convierto en un anciano Guild, ¿significa eso que también sabré de dónde proceden los conocimientos de los Guild?

—Su administración formará parte de tus responsabilidades —dijo Jacobi—. Los antiguos poseían unas máquinas a las que llamaban computadoras que podían leer y tener conciencia de lo que leían. Redujeron inmensas bibliotecas a tiras de película y carretes de cinta magnetofónica y dieron acceso a las computadoras a esos depósitos de información. Un hombre podía preguntar todo lo que se sabía sobre un tema determinado, y las máquinas le daban la respuesta. Luego, cuando empezó la última era oscurantista, los antiguos guardaron sus máquinas en lugar seguro para que nosotros las encontráramos.

—De modo que ése es el oráculo del cual obtienen los Guild sus conocimientos...

—Es algo más tangible que un oráculo, pero funciona igual. Desde su edad más temprana, los Viajeros son educados en escuelas Guild donde el nivel de conocimientos facilitado por las computadoras se encuentra dos siglos por delante de la época en que vivimos.

—Entonces, el objetivo de los Guild no es el de mejorar el arte de construir aeronaves, sino el de extender estos conocimientos.

—Exactamente —dijo Jacobi—. Pero extenderlos de un modo que su introducción no provoque más miseria de la que alivie. El conocimiento es poder, y nosotros no queremos crear poderosos tiranos a través de nuestros propios esfuerzos.

—Pero, ¿por qué fingen concentrarse en las aeronaves?

—Porque son un buen pretexto, y significan un avance tecnológico que

automáticamente deriva a otras muchas habilidades y comercios. De este modo, los Guild pueden remodelar comunidades enteras sin que nadie sospeche la causa de la transformación.

—Yo la sospechaba —dijo Timor tranquilamente—. Por eso Catenor esperó tres años la llegada de Jacobi. Insistí en que quería lo mejor de lo mejor, ¿sabes?

Al salir de la casa de Timor, Jacobi dio un largo rodeo por los campos que circundaban la ciudad, medio temiendo efectuar el siguiente movimiento, debido a los años de compromiso que significaría para él. A lo largo de los oscuros caminos, guiado ocasionalmente por la luz de la luna, se cruzó con varias parejas que habían desdeñado los festejos de la ciudad para entablar unos contactos más profundos y personales. Por un instante deseó que Melanie estuviera a su lado, pero rechazó furiosamente la idea, sabiendo que los sueños separados por dos siglos de educación técnica resultaban irreconciliables.

Mirando hacia el futuro, empezó a trazar sus planes. Los antiguos astilleros, junto con los terrenos contiguos, serían una pista de aterrizaje: con césped, al principio, para empezar con biplanos. Más tarde —mucho más tarde—, pistas de hormigón para los aviones de chorro. Así nacería en Catenor una nueva raza de aeronaves. Y algún día, quizás, incluso naves espaciales...

Sus pasos le llevaron al ático. Ahora parecía tan vacío e impersonal como su vida. Melanie no volvería a pisarlo. El depósito de mensajes de su comunicador contenía un signo de interrogación, indicando que el aparato había sido contactado en ausencia suya y que se esperaba una respuesta. Jacobi meditó unos instantes y luego pulsó la tecla de contacto y marcó su mensaje lentamente, notando que sus manos estaban temblando.

JACOBI - CATENOR - A TIRC YORKTOWN NUEVA YORK VÍA LA GAUDE Y SATÉLITE - EMPIEZA MENSAJE - ASTILLEROS DE CATENOR DESTRUIDOS POR LOS PIRATAS - CIUDAD Y POBLACIÓN SUSTANCIALMENTE INTACTAS - PIRATAS DESTRUIDOS - INSISTO INMEDIATA PROMOCIÓN CATENOR A NIVEL CINCO IMPERATIVA DE OTRO MODO OPERACIONES EUROPA EN PELIGRO - JACOBI - CATENOR.

La reacción fue inmediata. Antes de que Jacobi hubiera apartado sus dedos del teclado empezó a asomar la respuesta.

TIRC NUEVA YORK A JACOBI URGENTE - EXCELENTE DECISIÓN SI PUEDE USTED MANEJARLA - GUILD HA APROBADO YA FASE CINCO EN CATENOR - ENVIAMOS AYUDA INMEDIATA POR

MEDIO DE DIRIGIBLES DE HELIO - TODAS LAS OPERACIONES EUROPEAS CENTRADAS AHORA EN CATENOR BAJO CONTROL - BUENA SUERTE - QUE SENSACIÓN PRODUCE ENCONTRARSE DIRIGIENDO LA PROPIA EMPRESA CIVILIZADORA.

Los dedos de Jacobi volvieron al teclado y, después de establecer contacto, marcó una sola palabra como respuesta:

- INFERNAL.

Entorno total

Brian W. Aldiss

I

—¿Qué es ese poema acerca de «cavernas inconmensurables para el hombre»? — preguntó Thomas Dixit.

El eco de su voz se perdió entre las cavernas, y la pregunta quedó sin respuesta. Peter Crawley, que caminaba un par de metros detrás de él, no dijo nada, perdido en sus propios ensueños.

Hacía más de un año que Dixit había sido encarcelado aquí. Y había aprovechado su tiempo libre en la zona de reajuste para venir a echar una última mirada a estos lugares antes que todo quedara definitivamente demolido. En aquellas grandes construcciones de hormigón se movían aún muchos hombres —en su mayor parte técnicos indios—, acarreando instrumentos. Los cables se arrastraban por todas partes; pero la desolación era principalmente un efecto de la constante abrasión que todas las superficies habían soportado. La gente había fluido aquí como el agua en una caverna subterránea; y su vida corporativa había fluido de un modo similar, oculta, olvidada.

Dixit estaba profundamente conmovido al pensar en toda aquella vida. Era de los pocos hombres que habían sobrevivido a ella.

Antiguos rencores se despertaron en él y se volvió para hablarle directamente a su compañero.

—¡Qué monumento al sufrimiento humano! Tendrían que dejarlo todo en pie, como recuerdo imperecedero de lo que ocurrió.

El hombre blanco dijo:

—El Gobierno de Delhi se niega a tomar en cuenta esa sugerencia. Comprendo su punto de vista, pero también me doy cuenta que esto sería una gran atracción turística.

—¡Atracción turística! ¿Es eso todo lo que significa para ti?

Crawley se echó a reír.

—Como siempre, eres demasiado impulsivo, Thomas. Yo tomo todo este asunto mucho menos a la ligera de lo que supones. Pero ocurre que el turismo me atrae más que el sufrimiento humano.

Caminaban uno al lado de otro. Nunca habían conseguido ponerse de acuerdo.

Las destartaladas fachadas de los inmuebles —ahora vacíos, otrora atestados de

gente— se erguían a ambos lados, con las puertas abiertas como bocas de ancianos dormidos. Los espacios parecían enormes; las sombras y los ecos que pertenecían a aquellos espacios parecían prolongarse indefinidamente. Pero, antes..., apenas había existido espacio para respirar.

—Recuerdo lo que dijo tu camarada, el senador Byrnes —observó Crawley—. Puso de relieve las enseñanzas que el Este y el Oeste habían extraído de este experimento. Desde luego, los sociólogos trabajan todavía a base de sus hallazgos; y han elaborado ya algunas fórmulas sorprendentes para los grupos sociales. Pero la gente que vivió y murió aquí aspiraba al control de lo ultrapequeño, y en ese terreno es donde se han producido los mayores progresos. Habían aprendido ya a desarrollar energía de su propia materia genética. Otra generación, y podrían haber producido lo definitivo en el control automático de la población humana: anoestrus, en los cuales la excesiva proximidad de otros miembros de la especie conduce a la reabsorción de la materia embriónica en la hembra. Nuestros hombres de ciencia podrían haberles ayudado, y los especialistas en genética predijeron que dentro de diez años...

—Sí, sí, de acuerdo. El progreso es maravilloso. —Dixit sabía que se estaba mostrando descortés. Aquellas cosas eran importantes, de importancia revolucionaria para una Tierra atestada. Pero él hubiese preferido pasear solo por aquellos parajes.

Indudablemente, también la India había aprendido, tal como acababa de afirmar Peter Crawley. Ya que el hinduismo había sido sometido a prueba aquí, y había demostrado sus terribles fuerzas y debilidades. En aquellos laberintos, la gente no había claudicado en unas condiciones mortales..., ni había pensado en zafarse de su destino. *Dharma* —el deber— había sido más fuerte que la humanidad. Y esta revelación estaba cambiando ya la mentalidad y el destino de una sexta parte de la especie humana.

—El progreso es maravilloso —repitió Dixit—. Pero lo que se produjo aquí fue esencialmente una experiencia religiosa.

—Apuesto a que no opinabas así cuando te enviamos aquí, hace un año —replicó Crawley.

¿Qué había sentido entonces? Dixit se detuvo y alzó la mirada hacia la lóbreguez de las escaleras. Lo único que acudió a él fue el recuerdo de aquella espantosa corriente de vida y de la gente que había formado parte de ella, cuyos breves años se habían evaporado en aquellas cavernas, cuyos pies habían hollado interminablemente aquellas madrigueras...

II

Los peldaños de hormigón ascendían en la oscuridad. Los peldaños eran amplios, e incontables niños se sentaban en ellos, quietamente, apoyándose unos en otros. A aquella hora la actividad era mínima, e incluso los niños más pequeños apagaban sus gritos por unos instantes. Sin embargo, no había silencio en los peldaños; el silencio no era nunca completo allí. Siempre, en último plano, el ruido de voces. Voces y más voces. Nunca silencio.

Shamim era mayor, de modo que prefería hacer sus mandados a esta hora del día, cuando las multitudes que se apretujaban en el Entorno Total eran menos espesas. Se detuvo junto a un vendedor ambulante al pie de la escalera, curioseando la mercancía. El buhonero la conocía, sabía que era demasiado pobre para comprar algo, y ni siquiera la apremiaba para que se marchara. Malti, la hija mayor de Shamim, esperaba a su madre en los primeros peldaños.

Malti y su madre eran vigiladas desde lo alto de la escalera.

Una luz ardía en lo alto de la escalera. Había ardido allí durante veinticinco años. Pero recientemente la habían cubierto casi enteramente de barro, oscureciendo así el rellano. Un hombre furtivo llamado Narayan Farhad vigilaba allí, agachado, una sombra entre las sombras.

Un mes antes, Shamim se había sometido a una operación ilegal en uno de los pequeños aposentos del Gran Mirador, sobre su alojamiento. Los efectos de la operación estaban aún con ella; debajo de su *sari* de algodón, su delgado y moreno cuerpo estaba abombado.

Malti era su segunda hija mayor, una dócil muchacha que no había sido concebida cuando se inició el experimento del Entorno Total. Pero incluso la docilidad tiene sus límites. Viendo que su madre se demoraba más de la cuenta, Malti murmuró impacientemente y pasó delante, subiendo los infectos peldaños, ansiosa por llegar a casa.

Extractos del informe de Thomas Dixit al senador Jacob Byrnes, en América:

Para dotar de variedad al habitat, el Entorno ha sido dividido en diez bloques, cada uno de ellos con una altura de cinco pisos, lo cual permite un ocasional espacio abierto, del tamaño de un bolsillo. La arquitectura difiere ligeramente en cada bloque. En uno de ellos se presenta una especie de aldea hindú; en otro, las casas son espaciosas y parecen estar separadas, aunque emparedadas entre bloques: no necesito añadir que ahora están irremediabilmente atestadas. En la mayoría de los bloques, el espacio asequible está lleno de pisos. A pesar de esta tentativa de diversificación, un expurgo general de los estilos arquitectónicos orientales y occidentales, y el

hecho que todo ha sido construido de hormigón o de un parastireno para ahorrar dinero, ha conducido a una horrible uniformidad. No puedo imaginar nada más hostil a los valores espirituales de la vida.

La sombra oculta entre las sombras se movió. Miró ansiosamente hacia la luz, la cual albergaba también un ojo-espía; se produciría una señal de alarma, y los *sprays* no tardarían en eliminar el barro con que había ensuciado la instalación; pero, de momento, podía actuar sin ser observado.

Narayan mostró sus viejos dientes mientras Malti subía los peldaños hacia él, maniobrando para eludir a los chiquillos. Era demasiado vieja para que en el mercado de esclavos pagaran un precio realmente bueno por ella, pero todavía era fuerte; no le resultaría difícil desprenderse de ella inmediatamente. Desde luego, Narayan conocía su historia, a pesar que vivía en un bloque distinto del suyo. ¡Malti! Pronunció su nombre en el último segundo, mientras saltaba sobre ella. A pesar de su vejez, Narayan era ágil. Rodeó el cuerpo de Malti con sus brazos, la levantó en vilo y echó a correr aprisa, asustado, pegando una mano a la boca de la muchacha para silenciar sus gritos de terror. ¡Un viejo listo, Narayan!

Las escaleras ascienden hasta lo alto de las cuatro esquinas del Entorno Total, enlazando un bloque con otro. Ahora son simplemente hormigón y metal, dado que los forros de plástico han sido arrancados de ellas desde hace mucho tiempo.

Aquellas escaleras son los puntos débiles de los pequeños imperios, transitorios y brutales, que se forman en cada bloque. Siempre están vigiladas, aunque los guardianes pueden ser sobornados. A veces, las pandillas o «asociaciones» toman posesión de una escalera, mediante un acuerdo o por la fuerza.

Shamim gritó, respondiendo a los chillidos de su hija. Empezó a trepar la escalera lo más rápidamente posible, tropezando con los pies de los niños, sacando una daga de debajo de su *sari*. Era una daga de plástico, modelada de una pieza del Entorno.

Mientras subía llamaba a Malti y pedía ayuda. Cuando llegó al rellano se encontraba en el piso superior de su bloque, el Noveno, donde ella vivía. Allí había mucha gente, de pie, sentada en cuclillas, paseando. Apartaron la mirada de Shamim, haciéndose los ciegos. También Shamim había obrado de un modo similar cuando otros estaban en apuros.

Respirando agitadamente, se detuvo y levantó la mirada hacia el techo del bloque, teñido de azul para simular el cielo, lleno de grietas que discurrían de un modo irregular a través de él. Los peldaños continuaban ascendiendo allí, hasta el tejado del Bloque. Shamim vio piernas, plantas de pies amarillos que desaparecían, rostros

mirándola desde arriba, hostiles. Mientras bajaba corriendo la escalera, los que la contemplaban desde arriba empezaron a tirarle cosas. Un objeto puntiagudo se estrelló contra su mejilla y le produjo un corte. Con la cara llena de sangre, empezó a gemir. Luego echó a correr entre la multitud hacia su alojamiento.

He pasado un mes examinando los microarchivos. A veces, un bloque entero queda unificado bajo un fuerte caudillo. En el Bloque Noveno, por ejemplo, se alcanzó la unificación bajo un hombre llamado Ullhas. Era un hombre fuerte, y un gran histrión. Eso ocurrió hace tiempo, cuando las condiciones no eran tan desesperadas como ahora. Las cosas han cambiado, y a medida que el Entorno se descompone los caudillos se han hecho más déspotas.

Las dinámicas de la unidad son tales que para un bloque siempre resulta insuficiente permanecer simplemente unificado; los jóvenes necesitan siempre proyectar sus agresiones al exterior. De modo que el caudillo de un bloque siempre trata de tiranizar al bloque de encima o al de debajo, el que parece ser más débil. Es una situación lamentable. Por regla general, en medio de una incursión se produce una contraincursión de otros bloques.

Veo muy difícil interrumpir esta continua degradación de la vida humana.

Como de costumbre, el alojamiento estaba atestado. Aunque no se encontraba allí ninguno de los hijos de Shamim, estaban los nietos —incluida la nieta coja, Shirin— y seis biznietos, ninguno de los cuales tenía más de tres años. El tercer marido de Shamim, Gita, se hallaba ausente. Al llegar allí, Shamim estalló en llanto, mientras Shirin la consolaba y trataba de mantener alejados a los pequeños.

—Gita ha ido a buscar la comida. Voy a avisarle —dijo Shirin.

Cuando el IIDUE —Instituto de Investigación de la Densidad Ultra-Elevada— empezó a funcionar, hace veinticinco años, todas las parejas escogidas para vivir en el Entorno Total debían tener menos de veinte años. Antes de ser internadas, eran vacunadas contra todas las enfermedades. Entonces había mucho espacio para cada una de las parejas; disponían de pisos enteros y de los mejores alimentos; y ningún control de la natalidad. Este ha sido siempre el eje principal del experimento del IIDUE. Ahora, aquella primera generación ha envejecido profundamente. Son personas viejas a los cuarenta y cinco años. Todo su ciclo vital ha sido rápido: pubertad temprana, senectud precoz. Las generaciones segunda y tercera han demostrado una notable capacidad de adaptación; una cuarta generación empieza ya a hacer pinitos, y se estará reproduciendo antes que sus edades alcancen las dos cifras, caso de continuar la actual tendencia. Y se permite

que continúe.

Gita era más joven que Shamim, un hombre bajo y delgado que sabía desenvolverse. No era un héroe, pero poseía cierto estilo. Su objeto-vital colgaba osadamente de una cadena alrededor de su cuello, en vez de permanecer oculto, como la mayoría de los objetos-vitales de la gente. Estaba en la cola de la comida, charlando con unos amigos. Gita sabía entablar alianzas. Con un grupo de amigos había formado una pequeña asociación destinada a garantizar que la comida llegara sin tropiezo a sus hogares. De modo que no solían encontrar dificultades en los atestados pasillos del Bloque Noveno.

En aquel momento, el equilibrio de poder en el bloque era muy complejo. Como resultado de ello, reinaba una paz aceptable, que podía prolongarse por espacio de varias semanas si el hombre fuerte del Bloque Superior no intervenía.

En las paredes de cada piso de cada uno de los bloques hay unas ventanillas protegidas por una reja para la entrega de alimentos. Antes de cada entrega suenan dos golpes de gong. Después del segundo, las ventanillas se abren y aparecen humeantes platos. Colinas de arroz, aliñado con carne y especias. Todos los hombres se adelantan con sus recipientes. Por regla general hay allí sacerdotes para bendecir la comida.

Unos grandes montacargas rugen arriba y abajo en el corazón de la inmensa torre, transportando raciones a todos los pisos. En los primeros años se suministraba también alcohol. Se interrumpió el suministro cuando provocó disturbios; lo cual no equivale a decir que no se consuma en el Entorno. La ración de alimentos del IIDUE ha sido generosa desde el primer momento y se ha mantenido al mismo nivel por cabeza, aunque, como usted sabe, los alimentos son ahora sintéticos en un noventa por ciento. Nadie se hubiese muerto de hambre, si los alimentos se hubieran repartido equitativamente en el interior de la torre. En algunos de los bloques, algunas veces, es compartido aún con equidad.

Uno de los hijos de Gita, Jamsu, había visto al raptor Narayan subiendo al Bloque Superior con Malti forcejeando. Con los ojos brillantes de excitación, se acercó a la cola donde se encontraba Gita y agarró el brazo de su padre. Jamsu tenía algo de su padre en él; se refugiaba siempre en la seguridad del número, y no hacía lo que sus hermanos y hermanas: querer vivir por su cuenta, casándose y luchando por un cuarto o un espacio de su propiedad.

Le estaba contando a su padre lo que había ocurrido cuando se presentó Shirin con la noticia.

Asintiendo con aire grave, Gita dijo:

—Quédate con nosotros, Shirin, mientras recojo la comida.

Vació su ración en el recipiente familiar. Jamsu tomó un puñado de arroz.

—Ha sido un viejo asqueroso del Bloque Superior llamado Narayan Farhad —dijo Jamsu, con la boca llena—. Es uno de los granujas que están pegados a los faldones de...

Dejó que su voz se apagara.

—¡Y no acudiste en socorro de Malti! ¿No te da vergüenza? —dijo Shirin.

—Podían haberle matado —dijo Gita, mientras avanzaban a través de la multitud en dirección a su alojamiento.

—En el Bloque Superior se están haciendo muy fuertes —dijo Jamsu—. Me he enterado de todo. No debemos provocarlos, o nos atacarán. Dicen que se está formando un ejército regular...

Shirin le interrumpió, en tono impaciente.

—¡Eres un niño! Adelante, di de quién se trata... El nombre que no te atreves a mencionar es el de Prahlad Patel, ¿no es cierto? ¿Acaso es un dios o algo por el estilo? Le tienes miedo incluso desde tan lejos, ¿verdad?

—No te metas con el chico —dijo Gita. Mantener la paz en su amplia y heterogénea familia era una gran responsabilidad, casi superior a sus fuerzas. Cuando llegaron al alojamiento familiar, se dirigió en seguida a Jamsu y a Shirin en voz baja:

—Malti era una de las hijas favoritas de Shamim, y ahora la ha perdido. Nos vengaremos de ese Narayan Farhad. Esta noche, Jamsu, tú y yo iremos a ver al sacerdote Vazifdar. Siempre nos ha arreglado los asuntos, y tal vez el gran Patel reciba una advertencia.

Inclinó una mirada pensativa hacia su objeto-vital. «Esta noche —se dijo a sí mismo— tendré que aventurarme solo y arriesgar mi vida por el bien de Shamim».

La asociación de Prahlad Patel ha prosperado hasta el punto que actualmente domina todo el Bloque Superior. Su nombre es conocido y temido, creemos, en tres o cuatro bloques. Es el más fuerte —y en algunos aspectos el más moderado, por raro que parezca— de los caudillos del Entorno Total en estos momentos.

Aunque puede ser brutal, Patel parece inclinarse por la paz. Desde luego, no revela nada y puede tener planes que mantiene en secreto. Pero nosotros creemos que su interés radica en algo que no es la conquista. Tiene sólo diecinueve años, pero sus cabellos son ya grises, y se dice que su aspecto hiela la sangre y reduce al silencio a sus seguidores. Le he estado observando muchas horas desde que acepté encargarme de esta tarea.

Patel tiene una gran ventaja en el Entorno Total. Vive en el Bloque Décimo, en lo alto del edificio. En consecuencia, sólo puede ser invadido desde abajo, y el Bloque Noveno no representa en este momento ninguna amenaza, ya que está orientado e influido por el grupo de sacerdotes, de los

cuales el más ilustre es un tal Vazifdar.

Las escaleras entre los bloques son siempre puntos de fricción. Ningún caudillo tuvo nunca el poder suficiente para resistir un ataque desde arriba y desde abajo. Las escaleras son utilizadas también por alborotadores individuales, ladrones, fugitivos políticos, prostitutas, esclavos escapados, rehenes... Los guardianes pueden ser sobornados, o favorecer sus relaciones multitudinarias, o unirse al enemigo por uno u otro motivo. Patel, al encontrarse en el Bloque Superior, tiene sólo cuatro puntos débiles que vigilar, en vez de ocho.

Vazifdar era asombrosamente sagrado y asombrosamente influyente. Se susurraba que su objeto-vital era el más complicado de todo el Entorno, pero no había nadie que pudiera presumir de haber puesto los ojos sobre él. Debido a su reputación, muchos de los residentes del bloque de Gita —sí, y desde más lejos— solicitaban la ayuda de Vazifdar. Una corriente de hombres y mujeres circulaba siempre a través de su alojamiento, incluso cuando se encerraba para meditar a solas, muy lejos de este mundo.

El sacerdote tenía un piso con un balcón que se abría a la parte central del bloque. Muchos parientes y discípulos vivían allí con él, de modo que las habitaciones habían sido cuidadosamente separadas por medio de biombos. Todo el día, los discípulos más jóvenes parloteaban como pájaros en el balcón, discutiendo entre sí mismos la inmensa sabiduría de las sentencias de Vazifdar.

Todos los discípulos, todos los parientes, amaban a Vazifdar. Habían existido parientes que no amaban a Vazifdar, pero todos ellos habían fallecido mientras dormían. El propio Gita era un pariente lejano de Vazifdar, y llegó a la presencia del sacerdote con presentes de agua potable y un gran retal de tela sintética, suficiente para confeccionar una túnica.

Las cejas y las mejillas de Vazifdar estaban pintadas de blanco como distintivo de su elevada casta. Aceptó los presentes de Gita graciosamente, sonriendo de tal modo que Gita —y, detrás de él, Jamsu— cobró ánimos.

Vazifdar tenía trece años, de acuerdo con la medición exterior. Estaba muy gordo, de comer mucho y moverse poco. Su moreno cuerpo resplandecía de aceites; cada mañana, unas jóvenes le masajeaban y manipulaban.

Habló con voz muy suave, hasta el punto que apenas podía ser oído en medio del ruido que reinaba en la habitación.

—Siento mucho la desgracia que se ha abatido sobre tu hija adoptiva Malti —dijo—. Era una buena mujer, aunque estéril.

—Fue violada a una edad muy temprana, y destrozaron su matriz, querido Vazifdar. Ya sabes lo que pasó. Sus padres temieron por su vida. Y nunca logró reponerse del todo. El mal ensombreció su vida. Y, ahora, esta segunda desgracia.

—Intuyo que el papel de Malti en el mundo consistía simplemente en hacerle

compañía a su madre. No todos los que visitan el bazar pueden permitirse una compra.

Hay bazares en cada piso, apiñados bajo los pasillos y balcones, y uno principal en cada bloque. La gente escoge tales lugares para reunirse y charlar, aunque no tengan que comprar nada. Como todo lo demás, los bazares están atestados y acuden a ellos incluso los niños de más corta edad, a la espalda de sus hermanos cuando aún no han aprendido a caminar.

Los bazares son grandes centros de escándalo. Aquí están también nuestras mayores pantallas. Brillan detrás de las verjas de seguridad, transmitiendo especialmente programas del exterior; nuestro mundo exterior que parece tener muy poco de real visto a través de las pantallas.

Humildemente, Gita se arrodilló y dijo:

—Si puedes devolver a Malti a su madre Shamim, tendrás toda nuestra gratitud, querido Vazifdar. Malti es demasiado vieja para el lecho de un hombre, y en el Bloque Superior la esperan toda clase de humillaciones.

Vazifdar sacudió la cabeza con gran dignidad.

—Ya sabes que no puedo devolverte a Malti, pariente mío. Mientras tengamos esclavitud, tendremos que soportar que alguno de nuestros seres queridos sea esclavizado. Debes cultivar una actitud mística y resignada ante la vida, y procurar que Shamim haga lo mismo.

—Shamim es más mística que yo en todos los sentidos. Nunca pide nada. No hace más que trabajar, trabajar, y rezar. Por eso merece algo mejor que esta miseria.

Asintiendo en aprobación de la conducta de Shamim, Vazifdar dijo:

—Eso está muy bien. Sé que Shamim es una buena mujer. En el futuro hay otros acontecimientos que pueden recompensarle por esta desgracia de ahora.

Jamsu, que había conseguido mantenerse callado detrás de su padre hasta entonces, estalló súbitamente:

—Tío Vazifdar, ¿no puedes castigar a Narayan Farhad por su pecado al raptar a Malti? ¿Tiene que permitírsele escapar al bloque de Patel, para vivir allí con Malti y disfrutar?

—¡Sssh, hijo!

Gita miró de reojo a Vazifdar para comprobar si el exabrupto de Jamsu le había enojado; pero Vazifdar sonreía amablemente.

—Tienes que saber, Jamsu, que todos nosotros somos criaturas del Señor Siva y carecemos de poder. ¡No, no protestes! Yo también estoy indefenso en Sus manos. Poseer una habitación no es poseer toda la casa. Pero...

Fue un largo y pesado *pero*. Cuando los espesos párpados de Vazifdar se cerraron sobre sus ojos, Gita tembló, ya que recordaba cómo, en anteriores ocasiones en que había visitado a su poderoso pariente, los párpados de Vazifdar habían descendido del

mismo modo cuando se dignaba pensar en un problema, como si se aislara de todo el mundo externo con el poderío de su propia carne.

—Narayan Farhad se verá turbado por algo más que por su conciencia. — Mientras hablaba, aparecieron de nuevo las pupilas de sus ojos, violeta y negras. Miraban más allá de Gita, más allá de los límites de sus contornos inmediatos—. Esta noche se verá turbado por sueños malignos.

—¡Las visiones nocturnas! —exclamaron al unísono Gita y Jamsu, temerosos y excitados.

Vazifdar agitó su espléndida cabeza y miró a Gita, le miró rectamente a los ojos. Gita era un hombre insignificante; se vio a sí mismo como un hombre insignificante. Se encogió todavía más ante aquel irresistible escrutinio.

—Sí, las visiones nocturnas —dijo Vazifdar—. Ya sabes lo que eso significa. Tienes que subir al Bloque Superior y procurarte el objeto-vital de Narayan. Tráemelo, y te prometo que Narayan sufrirá esta noche las visiones. Aunque está enfermo, será curado.

III

Las mujeres no cesan de hablar mientras las colas de suplicantes desfilan ante los sacerdotes. ¡Maravillosa resignación la suya en aquella odiosa cárcel! Si se quejan de algo más que de las pequeñas circunstancias de sus vidas, si se quejan de la monstruosa maldad que se ha cebado en ellas, nunca he llegado a oírlo. Su charla es siempre inofensiva, la charla que alivia de ansiedades nerviosas, la charla que alivia de las presiones casi físicas sobre el cerebro. La charla de las mujeres ahoga prácticamente el ruido de sus hijos. Pero la mayor parte del tiempo se hace evidente que el Entorno Total consiste principalmente en niños. Por eso deseo ver terminado el experimento; los niños se adaptarían a nuestro mundo.

Los efectos de la población inciden principalmente en esta cuarta generación. Al margen de quién gobierne los bloques, el Entorno pertenece en realidad a los niños, a los incontables niños que ríen y lloran, que echan los dientes, que andan a gatas o se arrastran por el suelo. Y a sus madres, ya que en su mayor parte son mujeres que —a la misma edad y en otra región del globo— estarían aún virginalmente en la escuela.

Narayan Farhad se envolvió en una manta y se acurrucó en su rincón del atestado cuarto. Dado que era casi la hora de acostarse, tenía que ocupar su espacio alquilado antes que uno de los abominables Dasgupta se lo robara. Narayan odiaba a la familia Dasgupta, a sus aduladores hombres, a sus escandalosas mujeres, a sus turbulentos niños, los incontables niños que se arrastraban por doquier, los mayores con enfermedades nerviosas, que robaban, y corrían, y se mofaban de él. Era la peor familia del Bloque Superior, en opinión de Narayan; y sólo la toleraba porque él mismo se encontraba vil.

Todas sus empresas se saldaban con fracasos. Hacía menos de una hora, caminando entre la multitud, había perdido el objeto-vital que llevaba en un bolsillo. O se lo habían robado. Aunque no se atrevía siquiera a considerar esta última posibilidad.

También el asunto del rapto había terminado mal. La zorra que había atrapado por la mañana: Malti. Había intentado poseerla antes de venderla, pero se había puesto demasiado nervioso, con un par de jóvenes Dasgupta riéndose de él. Y no había obtenido por ella lo que esperaba. Patel había rebajado el precio, y Narayan no se atrevió a discutir. Tal vez tendría que abandonar este bloque y trasladarse a uno de los más caóticos. Los bloques centrales eran siempre más caóticos. El Sexto, por ejemplo, estaba ahora en plena ebullición, lo cual significaba que el Quinto sería un

lugar provechoso, con hordas de refugiados para esquilmar.

... Y qué estupidez raptar a una muchacha tan vieja..., prácticamente una anciana.

Envuelto en su manta, Narayan notó unos sabores ácidos que quemaban su boca. Incluso si su mente reposara y le dejara dormir, los Dasgupta estaban aún demasiado despiertos para permitirle una verdadera relajación. El viejo Dasgupta, por ejemplo, era como una rata, sin el menor sentido de la decencia, cohabitando en público con sus propias hijas. Había muchos hombres como aquél en el Entorno Total, hombres que no pensaban en otra cosa. ¡Puercos asquerosos! ¡Perros afortunados! ¡Las hijas de Narayan le habían echado de su lado hacía muchos meses, cuando trató de violarlas!

Una y otra vez, su mente ahondaba en los motivos de queja que tenía. Pero permanecía inmóvil, salvo cuando alargaba un pie descalzo para alejar a los asquerosos chiquillos que se arrastraban hasta él, mirando la pantalla que parpadeaba en la pared detrás de su enrejado protector.

Le gustaban las pantallas, disfrutaba contemplando la locura del exterior. ¡Qué mundo aquél! ¡Tanto calor, y la necesidad de trabajar, y las complicaciones de la vida! La inmensidad del mundo... Narayan no podría soportarlo, no desearía encontrarse allí a ningún precio.

No entendía la mitad de lo que veía. Después de todo, había nacido aquí. Su padre podía haber nacido en el exterior, quienquiera que fuese su padre; pero hasta Narayan no había llegado ninguna leyenda del exterior: sólo las distorsiones en las hablaturías generales, y los programas de las pantallas. Ahora que pensaba en ello, la gente no prestaba ya demasiada atención a las pantallas. Ni siquiera él.

Pero no podía dormir. Sus ojos legañosos contemplaron las imágenes de bueyes tirando de las sucias rejas de los arados que aparecían en la pantalla. Había intuido ya vagamente que el programa se refería a los cambios que el mundo había experimentado.

«... dieron paso a estas...», decía el comentarista, por encima del alboroto que armaban los Dasgupta.

Los niños vivían aquí como pájaros. Había varios catres en equilibrio más o menos inestable, uno encima del otro, adosados a las paredes, y en ellos se hacinaban los pequeños Dasgupta.

«... fábricas de alimentos automatizadas contra el peligro de infección...».

Yak-yak-yak. Los niños. En cierta ocasión los catres fueron colocados delante de la pantalla; pero a medianoche el inestable edificio se derrumbó, y tres de los niños resultaron heridos. ¡Ninguno de ellos murió, perra suerte!

Patel debió pagarle algo más por aquella muchacha. Las cosas iban de mal en peor. Hubo una época en que proyectaban películas pornográficas en las pantallas. Muy buenas, hasta el punto que incluso Narayan se excitaba con ellas. Claro que entonces era más joven. Ahora, las pantallas resultaban aburridas. Y la gente dejaba

de mirarlas. Narayan acabó por dormirse en su rincón, envuelto en su mugrienta manta. Eventualmente, toda la habitación quedó sumida en el sueño.

Los documentales y otras películas proyectadas en el Entorno no son filmados ya especialmente por equipos del IIDUE para el consumo interno. Cuando la ONU rebajó sensiblemente su subsidio anual al IIDUE, hace ocho años, el estudio particular de televisión fue uno de los lujos que se suprimieron. Ahora se proyectan películas compradas a las cadenas más importantes. Se supone que con ellas los prisioneros del Entorno se mantienen en contacto con el mundo exterior, pero es evidente que se trata de una suposición errónea. El grado de comprensión entre el interior y el exterior es cada vez menor por ambas partes. Tal como yo lo veo, el foso que separa a los dos entornos es cada vez más ancho, como si se alejaran uno de otro viajando en un continuo espacio-tiempo distinto. Me gustaría creer que las personas que están a cargo de esto —especialmente Crawley— no sólo perciben este hecho sino que comprenden que debe ser rectificado inmediatamente.

Shamim no podía dormir de pena.

Gita no podía dormir de aprensión.

Jamsu no podía dormir de excitación.

Vazifdar no dormía.

Vazifdar encerró su yo sagrado en una alacena, dejó caer sus párpados sobre sus ojos y empezó a construir, dentro de los vastos espacios de su mente, una pauta de pensamiento correspondiente a la matriz representada por el objeto-vital de Narayan Farhad. Cuando estuvo plenamente concebido, Vazifdar empezó suavemente a insertar un poco de malignidad en uno de los bordes de la pauta-mental...

Narayan dormía. Le despertó el silencio. Era la primera vez que un silencio absoluto se instalaba en el Entorno Total.

Al principio, pensó que disfrutaría de aquel absoluto silencio. Pero adquirió un peso y una substancia tales...

Envuelto en su manta, se incorporó. La habitación estaba vacía, la pantalla oscura. ¡Algo que nunca había ocurrido, que no podía ocurrir! ¡Y el silencio! ¡Algún terrible dios había forjado aquel silencio en la oscuridad y lo había arrojado después al mundo, rodando sobre todas las cosas! ¡El silencio poseía una cualidad resonante..., un gong! ¡No, no era un gong! ¡Sonido de pasos!

Era un sonido de pasos. ¡Oh, Siva, no permitas que sea un sonido de pasos!

El Entorno Total estaba vacío. Se había cumplido la leyenda que afirmaba que algún día el Entorno Total quedaría vacío. Todo el mundo se había marchado, excepto el pobre Narayan. Y los pasos se acercaban a visitarle en su indefendible rincón...

Estaba trepando a través de los sótanos de su existencia. Pronto asomaría a la

superficie.

Temblando convulsivamente, Narayan se puso en pie, agarrando un extremo de la manta. No quería enfrentarse con la cosa. Pensó cómo podría soportarla mejor: si tenía el aspecto de un hombre, o si no tenía aspecto humano. Era la Muerte, desde luego. Pero, ¿qué aspecto tendría? Sólo la Muerte podía llegar de aquel modo...

Su indefensión... ¡No podía ocultarse en ningún lugar! Abrió la boca, no pudo gritar, agarró la manta, notó que se estaba orinando encima como si volviera a ser un niño. Rápidamente llegó la imagen: el niño de vientre abultado, enclenque, su madre negra de furor, con los grandes dientes rechinando mientras le abofeteaba con todas sus fuerzas, escupiendo... La imagen desapareció y Narayan se enfrentó con el gong, solo en la gran torre oscura. En el árido aire, vibraciones de su presencia.

Narayan estaba gritándole, pidiéndole que no viniera.

Pero llegó. Llegó con mayestática pereza, como los latidos de un fétido sopor, llegó a la puerta, empujando la oscuridad delante de sí. Era como un humano, pero demasiado enorme para ser humano.

Y llevaba la cara de Malti, aquella ingenua sonrisa con la cual había empezado a subir los peldaños. ¡No! ¡Imposible! ¡Imposible! Era un hombre, de cráneo resplandeciente, terrible y magnífico, avanzando, lleno de confianza en sí mismo. Narayan se cubrió el rostro con una mano y cayó hacia adelante.

Uno de los pequeños Dasgupta despertó por un instante, vio que la pantalla parpadeaba de un modo que tranquilizaba, aunque ininteligible para él, vio que Narayan temblaba bajo su manta, y volvió a quedarse dormido.

Por la mañana descubrieron que aquél había sido el último temblor de Narayan.

Sé que se supone que soy un observador desapasionado. Nada de emociones, nada de sentimientos. Pero el desapasionamiento científico es la actitud que ha provocado la mayor parte de la falta de humanidad inherente al Entorno.

Me alivia mucho pensar que está usted volando hacia aquí.

IV

Las oficinas centrales del IIDUE eran amplias y repulsivas. En la época en que habían sido construidas, juntamente con la torre del Entorno Total, el Gobierno hindú no había pedido otra cosa.

Desde una de las ventanas del edificio, Thomas Dixit podía ver el interminable terreno en una dirección, y la gigantesca torre ET en la otra, junto con el pueblo de chozas que había brotado entre el pie de la torre y los otros edificios del IIDUE.

Por un instante, prefirió ignorar al Organizador del Proyecto que se encontraba detrás de él y contemplar las llanuras del delta del Ganges hasta donde le alcanzaba la vista.

Pensó que era un lugar tan bueno como cualquier otro para que el hombre proyectara sus fantasías de poder. Pero había sido estúpido por su parte mezclarse en todo aquello.

Le pagaban, le pagaban muy bien para realizar una tarea específica. Y ahora permitía que unas absurdas ideas humanitarias se interpusieran en su línea de acción. Esencialmente, era un hombre muy vacío. No tenía ningún centro. Padre bengalí, madre inglesa, toda su vida transcurrida en los Estados Unidos. Tenía excusas... Otras personas las aceptaban. ¿Por qué no podía aceptarlas él?

Suspirando, trató de olvidar sus motivos de insatisfacción. Él no pertenecía realmente al Oeste, a pesar de los años que había pasado allí, y desde luego no pertenecía a la India; de hecho, la India le inspiraba una clara aversión. Tal vez el mejor lugar para él era el interior de la torre del Entorno.

Se volvió impacientemente y dijo:

—Estoy dispuesto a emprender la marcha, Peter.

Peter Crawley, Organizador del Proyecto Especial del IIDUE, era un bostoniano más bien austero. Se quitó las gafas con montura de concha y dijo:

—De acuerdo. Aunque hemos hablado de esto muchas veces, Thomas, debo repetírtelo una vez más antes que salgamos de aquí. Todos...

—Sí, sí, lo sé, Peter. No necesitas justificarte. Esta organización puede desaparecer si doy un paso en falso. Lo tengo muy en cuenta.

Sin perder la calma, Crawley dijo:

—Iba a decir que todos estamos preocupados por ti. Sabemos los peligros que vas a correr. Y procuraremos controlar todos tus movimientos.

—Y, a pesar de vuestro control, no podrán mover un solo dedo para ayudarme, en caso necesario.

—No seas injusto. Lo hemos dispuesto todo para poder ayudarte.

—Lo siento, Peter.

Dixit simpatizaba con Crawley y con la honrada reserva de Crawley.

Crawley guardó sus gafas en un estuche de cuero y se puso en pie.

—La ONU, para no mencionar a organismos subsidiarios como la WHO y el Gobierno hindú, no nos pierden de vista, Thomas. Desean clausurar el Entorno. Y lo harán, a menos que puedas aportar pruebas que confirmen que en el interior del Entorno se están desarrollando formas de percepción extrasensorial. No te arriesgues demasiado. El agente que enviamos allí últimamente se comportó de un modo absurdo, y allí se quedó. —Enarcó una ceja y añadió secamente—: Ese tipo de cosas nos dan mala fama, ¿sabes?

—Lo mismo que el asunto de las películas pornográficas...

Crawley unió sus manos detrás de su espalda.

—Mi predecesor aquí decidió que las películas pornográficas proyectadas en el Entorno favorecerían el aumento de la natalidad. Estuviera o no en lo cierto, la opinión del mundo ha cambiado desde entonces, a medida que el espectro del hambre mundial se ha ido desvaneciendo. Dejamos de proyectar las películas hace ocho años, pero mucho me temo que en la ONU tienen una memoria muy persistente. Permiten que los factores emocionales se interpongan en la investigación científica.

—¿No sientes ninguna simpatía por los millares de personas condenadas a vivir sus breves existencias en la torre?

Se miraron el uno al otro, especulativamente.

—Tú ya no estás de parte nuestra, ¿verdad, Thomas? Te gustaría que el resultado de tus investigaciones fuera negativo, y que la ONU clausurara el Entorno, ¿no es cierto?

Dixit se echó a reír.

—No estoy *de parte* de nadie, Peter. Soy neutral. Voy al Entorno en busca de pruebas de ESP que sólo pueden obtenerse a través de un contacto directo. Ninguno de nosotros puede saber qué otras cosas puede poner de relieve ese contacto directo.

—Pero tú crees que serán cosas negativas. Y lo subrayarás en la encuesta que se lleve a cabo después de tu regreso.

—Peter, vamos a dejarlo, ¿quieres?

Por un instante, Dixit vio a Crawley y se vio a sí mismo tal como eran, y se dio cuenta de lo antagónicos que resultaban, incluso en sus actitudes corporales. Él, Dixit, era un poco cargado de hombros, aficionado a gesticular (¿demasiado?); llevaba una túnica muy usada y *shorts*, a fin de pasar inadvertido en el Entorno. Crawley, en cambio, se mantenía siempre muy erguido, era más bien rígido en sus movimientos, apenas gesticulaba al hablar y llevaba un traje impecable.

Y Crawley, además, temía perder su empleo.

—Vamos a dejarlo, como tú dices —convino Peter—. Pero te agradeceré que no olvides que las personas que están en la torre son voluntarias, o descendientes de voluntarias.

»Cuando se fundó el IIDUE, hace un cuarto de siglo, allá por los años setenta, sólo se admitían voluntarios en el Entorno Total. Ingresaron quinientas parejas de recién casados hindúes, todos muy jóvenes. La torre era entonces un refugio, a salvo

del hambre y de todas las enfermedades. Todos se alegraron sinceramente de tener acceso a lo que el Entorno proporcionaba y proporciona aún. No podemos olvidar eso.

»En 1975, la India era un lugar muy distinto. Había perdido la esperanza. Una crisis tras otra, cosechas cada vez peores, la gente muriéndose de hambre, y la población en continuo aumento, a un ritmo de un millón de nacimientos por mes.

»Pero hoy, a Dios gracias, el cuadro ha cambiado mucho. Los alimentos sintéticos han resuelto el problema; ya no necesitamos estar pendientes del suelo ni de las condiciones climatológicas. Y, finalmente, hindúes y musulmanes han aceptado la idea del control de la natalidad. Y es *ahora*, cuando la situación se ha estabilizado un poco, que la ONU se atreve a quejarse de la inhumanidad del IIDUE.

Dixit no hizo ningún comentario. Intuía que todo aquello sólo era, en el fondo, un intento de Crawley por justificarse a sus propios ojos. Experimentó lástima e impaciencia, al mismo tiempo, mientras Crawley añadía:

—Nuestro objetivo actual tiene que ser el mismo que al principio. Tenemos pruebas asegurando que los trastornos nerviosos de un tipo especial producen percepciones extrasensoriales: telepatía, etcétera, y tal vez tipos de ESP que desconocemos. Las poblaciones de densidad elevada con niveles de nutrición razonables desarrollan inestabilidades nerviosas particulares que pueden ser afines al espectro ESP.

»El Instituto de Investigaciones de Densidad Ultra-Elevada fue creado para intensificar las posibilidades de desarrollo de la ESP. No olvides eso. Se supone que la gente del Entorno posee alguna ESP; éste es el objetivo de la operación, ¿de acuerdo? Desde luego, no es humanitario. Lo sabemos. Pero eso no es cuenta tuya. Tienes que limitarte a buscar una prueba de la existencia de ESP, algo que no aparezca en nuestros aparatos de vigilancia y detección. Luego, el IIDUE podrá continuar sus tareas.

Dixit se dispuso a marcharse.

—Si no ha aparecido en un cuarto de siglo...

—¡Está allí! ¡Sé que está allí! El fallo se encuentra en el sistema de vigilancia y detección. Lo presiento a través de las pantallas..., intuyo un misterio que tenemos que descubrir. ¡Si pudiera demostrarlo! ¡Si pudiera entrar allí!

—Lástima que tengas la piel blanca, ¿verdad? —dijo Dixit en tono ligero.

Echó a andar hacia la puerta. La abrió y salió al pasillo.

Crawley corrió detrás de él y extendió una mano.

—Sé lo que sientes, Thomas. No soy un hombre sin entrañas, ¿sabes? Y te pido que me disculpes si alguna de mis palabras te ha molestado.

Dixit inclinó la mirada hacia el suelo.

—El que tiene que disculparse soy yo, Peter. Si hay algo anormal en la torre, lo descubriré, no te preocupes.

Se estrecharon la mano, pero no se miraron a los ojos.

Al salir del edificio, Dixit se dirigió directamente hacia la imponente torre que albergaba al Entorno Total. Brillaba el sol, y la calzada de hormigón ardía bajo los pies. El sol era la única cosa buena que tenía la India, pensó: aquel sol resplandeciente y cálido, el verdadero gobernante de la India, al margen de los pequeños tiranos que pudieran dominarla temporalmente.

El sol ardía sobre la torre; pero no brillaba dentro de ella.

Los convencionales contornos de la torre aparecían enmascarados por tuberías, conductos y astiles que discurrían de un lado a otro por su parte exterior. Era un edificio construido para ser contemplado desde fuera, no para observar desde su interior. Hacía mucho tiempo, en los años malos, las imágenes del Entorno Total aparecían todas las noches en los televisores de todo el mundo; pero la cosa había ido cambiando a medida que se deterioraban las condiciones en el interior del Entorno, y la opinión pública de las democracias que subvencionaban el grandioso experimento se rebeló contra la explotación de material humano.

Junto a las paredes de la torre se alzaba una estación de control. Desde allí se mantenía una vigilancia continua sobre el interior. Dos guardianes escoltaron a Dixit hasta la base de la torre. Antes de entrar en el ascensor le rociaron generosamente con germicidas, para asegurarse que penetraba en el Entorno sin ser portador de microorganismos peligrosos.

El ascensor le subió hasta el bloque superior; el plan había sido elaborado hacía ya algún tiempo. El ascensor estaba equipado con dobles puertas de acero. Cuando se detuvo, se abrió un circuito y una pantalla le mostró a Dixit lo que estaba ocurriendo al otro lado de las puertas. Salió por una abertura que simulaba ser una instalación de acondicionamiento de aire, detrás de una amplia columna. Se encontraba en los dominios de Patel.

El peso horrible de un hacinamiento humano golpeó a Dixit de lleno con su ruido y su hedor. Se sentó en la base de la columna y dejó que sus sentidos se adaptaran al ambiente. Y pensó que se habían equivocado al enviarle aquí; los sufrimientos de la Humanidad siempre le habían inspirado una gran compasión; no podría ser imparcial; procuraría que aquel terrible experimento se interrumpiera.

Se hallaba en un extremo de un largo balcón al cual se abrían numerosas puertas; una rampa descendía hasta el otro extremo. Todas las puertas estaban abiertas, aunque algunas de ellas aparecían tapadas con alfombras. La mayoría de las puertas habían sido arrancadas para ser utilizadas como tabiques a lo largo del propio balcón, que albergaba a varias familias. Predominaban los niños, y sus voces y gritos destacaban por encima de todos los otros ruidos. Mirando por encima de la barandilla del balcón, Dixit contempló la espantosa escena de multitudes que hormigueaban, el

anonimato de la congestión. Sentir pena por la Humanidad no equivalía a amar su prodigalidad. Dixit había contemplado aquel panorama muchas veces a través del sistema de control y detección; conocía las impresionantes cifras: 1.500 personas al iniciarse el experimento, 75.000 personas ahora, la mayoría de ellas menores de cuatro años. Pero las cifras eran pálidas abstracciones al lado de la realidad que pretendían representar.

Los chiquillos entraron finalmente en acción arrojándole barro y otras porquerías. Dixit avanzó lentamente, procurando imitar a los hombres que le rodeaban, las facciones rígidas, los codos pegados a las costillas. *Mutatis mutandis*, era la actitud inhibida de Crawley. Incluso los niños corrían por entre las piernas de sus mayores en aquella actitud defensiva.

En cuanto hubo abandonado el refugio de su columna se vio envuelto por una corriente de seres parloteantes que se movían con mucha lentitud.

Entre la multitud había vendedores ambulantes, y otros vendedores, desde sus puestos en los balcones, pregonaban su mercancía. Dixit trató de disimular su curiosidad. A través del sistema de control y detección no había podido distinguir claramente las mercancías que se ofrecían a la venta. Aquí estaban los extraños modelos que habían despertado su atención cuando fue nombrado para tomar parte en el proyecto IIDUE. Un hombre de patillas rojizas, que probablemente no tenía más de trece años, pero que aquí era un veterano, andaba pegado a Dixit. Éste se le quedó mirando, asaltado por la súbita sospecha que él le estaba espiando, y el hombre desapareció rápidamente entre la multitud; y, para ocultar su rostro, Dixit se volvió hacia el vendedor más cercano.

Al cabo de unos instantes estaba examinando ávidamente las mercancías, olvidando lo vulnerable de su situación.

Todos los modelos eran sumamente pequeños. Dixit lo atribuyó a la escasez de materiales: equivocadamente, como tuvo ocasión de comprobar más tarde. El modelo de mayor tamaño que exhibía el vendedor no tenía más de cinco centímetros de altura. Estaba confeccionado con una gran diversidad de materiales, con predominio de muchas clases de plásticos. Algunos modelos eran sencillos, en forma de elaborados *tughras* o monogramas; otros, por lo que podía verse de ellos a través de sus intersticios, parecían poseer otra dimensión: todos resultaban sumamente atractivos.

El comerciante apremió a Dixit para que comprara algo. Se refirió a los modelos más elaborados como a «objetos-vitales». Dándose cuenta que uno de ellos atraía de un modo especial a su cliente en potencia, lo levantó delicadamente entre sus dedos y lo sostuvo en alto, un milagro de la artesanía, asombroso, *outré*, proporcionando a Dixit tanta pena como placer.

El comerciante indicó el precio.

Aunque Dixit llevaba bastante dinero encima, sacudió la cabeza.

—Demasiado caro —dijo.

—Vea, jefe, le enseñaré cómo funciona este objeto-vital.

El hombre rebuscó debajo de su sucia túnica y sacó una pequeña caja de plata, perforada. Abriéndola con mucho cuidado, sacó de ella una carcoma viva y la deslizó por debajo de un intersticio del modelo. El insecto, al agitarse, activó una diminuta rueda; el interior del modelo empezó a girar.

—Este objeto-vital perteneció a un hombre muy religioso, jefe.

En su fascinación, Dixit inquirió:

—¿Todos tienen movimiento?

—No, jefe, sólo los especiales. Este fue un modelo perfecto de Dalcush Bancholi, el mejor de los artesanos del Bloque Tercero, que trabajaba únicamente con materiales de primerísima calidad. Tengo otro todavía mejor, qué funciona con un piojo, si quiere verlo.

Por reflejo, Dixit dijo:

—Tus precios son demasiado elevados.

Se absolvió a sí mismo del argumento esgrimido, deslizándose por entre la multitud, mientras, detrás de él, el comerciante le llamaba a gritos. Otros comerciantes le llamaron, intuyendo el interés que le inspiraban sus mercancías. Vio algunos trabajos muy bellos, todos miniaturizados, y no sólo objetos-vitales, sino también asombrosos relojes con manecillas que señalaban las milésimas de segundo; en algunos casos, la manecilla que marcaba las milésimas de segundo era la de mayor tamaño; en algunos, la manecilla que marcaba la hora no aparecía, o se complementaba con otra manecilla que marcaba el día; y los relojes asumían formas extraordinarias, tetrahexaedros y otras todavía más complicadas, hasta que su formato se confundía con el de los objetos-vitales.

Dixit pensó que la industria relojera satisface la necesidad humana de ejercitar la habilidad y la exactitud, y al mismo tiempo requiere un mínimo de materiales. Los artesanos del Entorno Total eran los mejores del mundo. Inclinado sobre un curioso reloj que cambiaba de color, intuyó súbitamente la proximidad de un peligro. Mirando por encima de su hombro, vio al individuo de las patillas rojizas que estaba a punto de golpearle. Dixit se ladeó, pero no consiguió eludir el golpe. Alcanzado en un lado del cuello, se tambaleó y cayó al suelo.

VI

Más tarde, Dixit no podía afirmar que había estado completamente inconsciente. Había tenido conciencia de unas manos que le arrastraban, de ser transportado a hombros, del sonido de muchas voces, del nombre «Patel» repetido... Y cuando recobró el pleno uso de sus sentidos, estaba tendido en una angosta habitación, con un guardián que llevaba un sucio turbante apostado junto a la puerta. Lo primero que pensó fue que el cuarto era el camarote de un barco; luego se dio cuenta que, de acuerdo con las normas indias, aquélla era una habitación grande para una sola persona.

Era un prisionero en el Entorno Total.

Se dio cuenta que casi había esperado el golpe; y miró ávidamente a su alrededor en busca del ojo de la cámara que informaría a sus amigos del IIDUE de lo que había sucedido. Pero no pudo localizarlo. La habitación correspondía a la partición en dos de otra de mayor tamaño, y el sistema de control y detección estaba acoplado, evidentemente, a la otra mitad. Si este hecho era casual o deliberado, no podía saberlo.

El guardián había desaparecido. Desde el otro lado de la puerta llegó el rumor de unos cuchicheos. Luego entró una mujer y cerró la puerta. Andaba con paso cansino y llevaba en la mano una gran taza de cobre llena de agua.

Aunque su rostro estaba arrugado, podía apreciarse que en otros tiempos había sido hermosa y quizá presumida. Ahora, toda su actitud expresaba el fracaso de su vida. ¡Y aquella mujer no podía tener más de dieciocho años! Una de las características más terribles del entorno era que, desde el primer momento, el confinamiento había acelerado los procesos vitales y acortado la vida.

Involuntariamente, Dixit se apartó de la mujer.

Ella casi sonrió.

—No tema, *sir*. Yo soy casi tan prisionera como usted. Le advierto también que sería inútil que creyera que golpeándome a mí podría escapar. Le prometo que detrás de la puerta hay cincuenta personas ávidas por impresionar a Prahlad Patel con la hazaña de haberle capturado a usted cuando trataba de huir.

De modo que estaba en las garras de Patel, pensó Dixit. Y en voz alta, dijo:

—No pienso hacerte el menor daño. Quiero ver a Patel. Si estás cautiva, dime tu nombre y tal vez pueda ayudarte.

Mientras le ofrecía la taza y él bebía, la mujer dijo, tímidamente:

—No me quejo, ya que mi destino podía haber sido mucho peor de lo que es. Por favor, no le hable a Patel de mí, pues podría arrojarme de su lado. Me llamo Malti.

—Tal vez pueda ayudarte, y también a los de tu tribu. Todos ustedes, incluido Patel, están aquí padeciendo una forma de esclavitud, y por eso confío en liberarte.

Entonces vio el temor reflejado en sus ojos.

—¡Es usted un espía del exterior! —susurró Malti—. Pero nosotros no queremos ver invadido nuestro pequeño y miserable mundo. ¡Tienen ustedes tanto...! Déjennos a nosotros lo poco que tenemos.

Y se deslizó a través del umbral de la puerta, dejando a Dixit con una melancólica impresión de sus ojos.

La babel continuaba al otro lado de la puerta. Aunque se sentía aún enfermo, Dixit trató de sobreponerse a su malestar y dejó discurrir sus pensamientos. «Tienen ustedes tanto... Déjennos a nosotros lo poco que tenemos...». Todos sus valores habían sido invertidos. Pobres seres, nunca podrían conocer ni la pequeñez de su propio mundo ni la magnitud del mundo exterior. Este estercolero se había convertido para ellos en todo lo que existía de bello y valioso.

Dos guardianes vinieron en su busca. Podía haberles aplastado la cabeza, uno tras otro, pero se sintió lleno de compasión. Le condujeron a través de una habitación llena de personas excitadas; más allá de sus rostros, la pantalla parpadeaba pálidamente detrás de la reja protectora; Dixit se dio cuenta de lo leve que era la imagen del exterior.

Le llevaron a otra habitación partida en dos. Un par de hombres estaban hablando.

La escena impresionó a Dixit con singular intensidad, y no simplemente porque estuviera en desventaja.

Era una escena extraña. Incluso el idioma que hablaban aquellos hombres, un indostánico degenerado, le resultaba desconocido.

No quedaba duda acerca de cuál de los dos hombres era Patel. El tipo rechoncho y adulator, que se retorció las manos al hablar, no era Patel. Patel era el hombre robusto, de cabellos blancos, con un labio inferior muy grueso y una frente despejada. Dixit le había visto en aquella misma habitación a través del sistema de control y detección. Pero estar cautivo y a la espera de su atención era una experiencia completamente distinta. Dixit trató de analizar la primera impresión que Patel le había producido, pero no consiguió fijarla.

Resultaba difícil aceptar que, de acuerdo con la medida del mundo exterior, Patel no tenía más de diecinueve o veinte años. El tiempo discurría aquí de acuerdo con otros módulos, bajo las presiones psíquicas del Entorno Total. Como jeroglíficos de aquella nueva relatividad, planos detallados del Entorno colgaban de una de las paredes de aquella habitación, en tanto que en las otras podían verse cifras y nombres escritos con tiza. La habitación era el centro nervioso del Bloque Superior.

Dixit sabía algo acerca de Patel por los archivos del IIDUE. Patel había llegado aquí procedente del Bloque Séptimo. A base de engaños y de fuerza, se había convertido en el caudillo del Bloque Superior a una edad muy temprana. Había sorprendido a los observadores del IIDUE absteniéndose de las habituales incursiones a los otros pisos.

Patel estaba diciéndole ahora a su interlocutor:

—¡Cállate! Tratas de obscurecer la verdad con argucias. Ya has oído a los testigos declarando contra ti. Durante tu período de vigilancia en la escalera, te dejaste sobornar por un hombre del Bloque Noveno y le permitiste entrar aquí.

—¡Sólo por un cuarto de hora, *sir* Patel!

—Sé que esas cosas ocurren diariamente, Raital. Pero ese individuo que te sobornó robó el objeto-vital de Narayan Farhad y, a consecuencia de ello, Narayan Farhad murió mientras dormía. Narayan no era más importante que tú, pero me era útil, y por lo tanto debe ser vengado.

—¡Cualquier cosa que ordenes, *sir* Patel!

—¡Cállate, maldito Raital!

Patel observaba a Raital con interés mientras hablaba. Y habló con una voz firme y reflexiva que impresionó a Dixit más que pudieran haberlo hecho los gritos.

—Tú vengarás a Narayan, Raital, porque tú provocaste su muerte. Ahora saldrás de aquí. No serás castigado. Irás a robar el objeto-vital del hombre que te sobornó. Dispones de un día para hacerlo. De otro modo, mis esbirros te encontrarán dondequiera que te ocultes, aunque sea tan abajo como en el Bloque Primero.

—¡Oh, sí, *sir* Patel! Todo el mundo sabe...

Raital casi estaba doblado por la mitad mientras murmuraba palabras de disculpa y de gratitud. Luego dio media vuelta y salió rápidamente de la habitación.

Fuerza, pensó Dixit. Fuerza, y también astucia. Eso era lo que irradiaba Patel. Una elaborada y mordaz sutileza. La frase le complació, como si representara algo real que hubiera detectado en el maquillaje de Patel. Una elaborada y mordaz sutileza.

Evidentemente, Patel se había propuesto que Dixit fuera testigo de aquella demostración de sus métodos.

Patel se alejó, cruzó los brazos sobre el pecho y contempló un espacio en blanco de la pared. Se quedó inmóvil. Los guardianes sujetaban fuertemente a Dixit; sin embargo, la inmovilidad de este último no era tan absoluta como la de Patel.

Este cuadro duró varios minutos. Dixit se encontró a sí mismo perdiendo el rastro del paso del tiempo. La costumbre de Patel de quedarse mirando fijamente la pared era un truco que Dixit había presenciado varias veces por el sistema de control y detección. Aquella costumbre, que no era exclusiva de Patel, pudo haber convencido a Crawley que en la torre imperaban las percepciones extrasensoriales.

Resultaba curioso pensar en Crawley en aquel momento. Aunque Crawley podía estar observando el rostro de Dixit en un monitor, Crawley no era ahora más que una hipótesis.

Malti rompió el hechizo. Entró en la habitación con un paño húmedo sobre una bandeja, y esperó pacientemente a que Patel se diese cuenta de su presencia. Patel se volvió bruscamente y ordenó a los guardianes, con un gesto, que se marcharan. Sin prestar la menor atención a Dixit, se sentó en una silla, dejando que Malti colocara el paño húmedo alrededor de su cuello; el paño estaba delicadamente perfumado.

—La toalla no está bastante fría, Malti, ni bastante húmeda. Si no me atiendes adecuadamente en mi sesión matinal, perderás este agradable empleo.

Se volvió súbitamente hacia Dixit, mirándole fijamente con sus penetrantes ojos, y añadió:

—Bueno, espía, ya sabes que soy el Amo aquí. ¿Te preguntas acaso por qué soporto mujeres viejas como ésta a mi alrededor, pudiendo tener a mi lado a encantadoras jovencitas?

Dixit no dijo nada, y Patel continuó:

—Las jovencitas me recordarían constantemente, por contraste, mi avanzada edad. Pero esta vieja, a la que compré ayer, sólo tiene un año menos que yo y a su lado parezco mucho más joven. Verás, en esta prisión-universo somos dueños de la filosofía; no podemos ser dueños de riquezas materiales como ustedes, en el mundo exterior.

Dixit persistió en su silencio.

El golpe en el estómago le pilló desprevenido. Profirió un grito y cayó al suelo.

—¡Levántate, espía! —dijo Patel.

Se había movido con extraordinaria rapidez. Volvió a sentarse en su silla, dejando que Malti masajeara los músculos de su cuello.

VII

Mientras Dixit se incorporaba trabajosamente, Patel dijo:

—No negarás que eres del exterior...

—No he tratado de negarlo. He venido del exterior para hablar contigo.

—No digas nada hasta que te ordenen hablar. Ustedes, los del exterior, han enviado a varios espías aquí en los últimos meses. ¿Por qué?

Doliéndose aún del golpe, Dixit dijo:

—Deberías darte cuenta que somos amigos tuyos, y no enemigos, y que nuestros hombres son emisarios, y no espías.

—¡Bah! ¡Son ustedes una raza de espías! ¿No se sientan a espiarnos en todas las habitaciones? Su mundo es muy aburrido, ¿verdad? Están tan interesados en nosotros que no pueden pensar en otra cosa. ¡Sigue trabajando, Malti! ¿Sabes lo que les ocurrió a los otros espías que enviaron aquí?

—Murieron —dijo Dixit.

—Exactamente. Murieron. Pero tú has sido el primero que se ha presentado en el bloque de Patel. ¿Qué esperas encontrar aquí, que no sea la muerte?

—Otra muerte agotaría la paciencia de mis superiores, Patel. Tú puedes tener el poder de vida y muerte sobre mí; ellos tienen el mismo poder sobre ti, y sobre todos los de este mundo vuestro. ¿Quieres una demostración?

Poniéndose en pie y desprendiéndose de la toalla, Patel dijo:

—¡Venga esa demostración!

Tenía que hacerlo, pensó Dixit. Mirando a Patel a los ojos, levantó la mano derecha por encima de su cabeza y agitó el dedo pulgar. Rezó para que le estuvieran observando..., y dio gracias al cielo porque en aquella parte de la habitación se encontraba el ojo de la cámara.

Con aire tenso, Patel esperó, balanceándose sobre las puntas de los pies. Detrás de él, Malti esperaba también.

No pasó nada.

Luego, una especie de estremecimiento sacudió al Entorno. Lentamente, se convirtió en audible, como una mezcla de grito y lamento. Su causa se hizo evidente en aquella habitación menos atestada cuando el aire empezó a ser más cálido y pestilente. De modo que la señal de Dixit había llegado a su destino; Crawley no le perdía de vista, y la planta acondicionadora de aire estaba bombeando dióxido de carbono caliente a través del sistema respiratorio.

—¿Te das cuenta? ¡Controlamos incluso el aire que respiran! —dijo Dixit.

Dejó caer su brazo y el aire retornó lentamente a la normalidad, aunque transcurrió al menos una hora antes que el terror amainara en los pasillos.

Patel no dejó traslucir el efecto que le había producido la demostración. Se limitó a decir:

—Ustedes controlan el aire. Muy bien. Pero no controlan la voluntad de desconectarlo permanentemente..., de modo que no controlan el aire, de hecho. ¡Vuestra amenaza es una amenaza hueca, espía! Por algún motivo, nos necesitan para vivir. Nosotros tenemos un misterio, ¿no es cierto?

—No existe ningún motivo que impida que sea absolutamente sincero contigo, Patel. Vuestro entorno especial tiene que haber desarrollado facultades especiales en ustedes. Estamos interesados en esas facultades; simplemente interesados.

Patel se acercó más a Dixit.

—Nosotros somos el centro de vuestro mundo exterior, ¿no es cierto? Sabemos que nos vigilan continuamente. ¡Sabemos que están mucho más que «interesados»! Para ustedes, somos un problema de vida o muerte, ¿no es cierto?

Aquello era más de lo que Dixit había esperado.

—Cuatro generaciones, Patel, cuatro generaciones han sido encarceladas en el Entorno. —Su voz tembló—. Cuatro generaciones y, a pesar de nuestros mejores deseos, están perdiendo contacto con la realidad. Viven en un edificio relativamente pequeño sobre un planeta de enorme tamaño. Es evidente que sólo pueden inspirar al mundo un interés limitado.

—¡Malti! —Patel se volvió hacia la esclava—. ¿Cuál es mayor, el mundo exterior, o el nuestro?

Malti se mostró algo desconcertada, pero terminó por decir:

—El mundo exterior era grande, amo, pero luego nos parió a nosotros, que hemos crecido y estamos adquiriendo más fuerza cada día. El hijo tiene ahora casi el tamaño del padre. Eso es lo que dice el hijo de mi padrastro, Jamsu, y es un hombre listo.

Patel miró a Dixit, sin hacer ningún comentario, como si las palabras de una muchacha ignorante bastaran para confirmar su punto de vista.

—Vuestras palabras no hacen más que poner de relieve a mis ojos lo necesitados que están de ayuda, Patel. El mundo exterior es un lugar inmenso y próspero; deben permitir que les ayude por mediación mía. Nosotros no somos enemigos vuestros.

—¿Qué otra cosa son, espía? —estalló Patel—. Vuestra vida es inútil y vil. ¡Nos envidian porque les estamos superando! Podemos ser pobres, de acuerdo con vuestro modo de entender la pobreza, pero gobernamos nuestro propio universo. Y ese universo se está extendiendo y cayendo bajo nuestro control cada día más. Nuestros exploradores han penetrado en el mundo de lo ultrapequeño. Nosotros descubrimos nuevos entornos, nuevos sistemas de vida. Piensan en nosotros como en unos pobres cautivos, ¿eh? Pero ustedes están esclavizados por la necesidad de suministrarnos aire, alimentos y agua; nosotros somos libres. Somos pobres, pero ustedes codician nuestras riquezas. Somos espiados continuamente, pero conservamos nuestros secretos. Ustedes necesitan comprendernos, pero nosotros no necesitamos comprenderles. ¡Están en *nuestro* poder, espía!

—Desde luego que no, en un aspecto vital, Patel. Ustedes y nosotros estamos gobernados por la necesidad histórica. Este Entorno fue establecido hace veinticinco

años. Desde entonces se han producido muchos cambios, no sólo aquí, sino también en el exterior. Las naciones del mundo no están dispuestas a continuar financiando este proyecto. No tardarán en suprimirlo, y entonces tendrán que vivir en el exterior. Si no quieres eso, lo mejor será que colabores con nosotros y convenzas a los caudillos de los otros bloques para que colaboren.

Patel se limitó a mirar a Dixit con aire inquisitivo.

Tras un largo silencio, dio unas palmadas. Inmediatamente se presentaron dos guardianes.

—Llévense al espía —dijo Patel.

Luego se volvió de espaldas.

Un hombre listo, pensó Dixit. Se sentó en la celda, a solas, y meditó.

Al parecer, se estaba desarrollando una batalla de ingenio entre Patel y él. Bien, estaba preparado. Confiaba en su primera impresión, la que Patel era un hombre de elaborada sutileza. No podía tomarse ninguna de sus palabras al pie de la letra.

Recordando su conversación, Dixit llegó a la conclusión que Patel estaba obsesionado por el mundo exterior y trataba de ocultar aquella obsesión; pero había incurrido en varias contradicciones muy significativas.

Patel había dicho, por ejemplo, que aquellos pobres diablos estaban explorando el mundo de lo ultrapequeño. Su única válvula de escape, probablemente. Eran humanos, y dentro de ellos ardía la inextinguible necesidad humana de abrir nuevas fronteras.

También había dicho que habían descubierto nuevos entornos, nuevos sistemas de vida. Era posible, tal como había anticipado Crawley, que poseyeran algún sistema de ESP más digno de confianza que las fluctuantes radiaciones telepáticas que circulaban en el mundo exterior.

Dixit se sintió con nuevos ánimos, plenamente comprometido. Había mucho que comprender aquí. El sistema de control y detección, excesivamente elaborado, se revelaba como un completo fracaso; los observadores habían permanecido ajenos a su problema; continuaba siendo su problema, no su vida. Era preciso que todo un equipo viniera a vivir aquí, tal vez un equipo en cada bloque, de antropólogos, sociólogos, etc. Dado que esto era imposible, la única solución estribaba en librar de su cautiverio a los habitantes del Entorno. Podían ser instalados en poblados de nueva creación en la llanura del Ganges, bajo el ancho cielo. Y allí, mientras se adaptaban al mundo real, los observadores podían vivir entre ellos, desvelando con espíritu humilde el secreto de las facultades adquiridas a tan alto precio entre los gruesos muros de la torre del Entorno Total.

Mientras Dixit meditaba, un guardián entró en la celda con un plato de comida.

Dixit dio cuenta de él de buena gana. Luego, volvió a sumirse en sus pensamientos.

Por lo poco que había experimentado ya —la angustiosa falta de espacio vital, la esclavitud, la arbitrariedad de los pequeños tiranos—, dio por confirmada su opinión

respecto a que el experimento, en su forma actual, debía ser interrumpido inmediatamente. La ONU necesitaba el pretexto de su informe desfavorable antes de dar un paso; lo tendría en cuanto saliera de allí. Y si redactaba el informe cuidadosamente, poniendo de relieve que aquella gente tenía algo que ofrecer, podría satisfacer también a Crawley y a los que opinaban como él. En su mano estaba el satisfacer a todas las partes, cuando saliera de allí. Lo único que tenía que hacer era salir.

El guardián volvió a entrar para recoger el plato vacío.

—¿Cuándo volverá a hablar Patel conmigo? —inquirió Dixit.

El guardián dijo:

—Cuando envíe por ti y te reduzca al silencio para siempre.

Dixit dejó de redactar mentalmente su informe para pensar en las palabras del guardián.

VIII

Transcurrió mucho tiempo antes que Dixit fuese visitado de nuevo; esta vez era Malti, que le traía una taza de agua.

—Necesito hablar contigo —dijo Dixit, en tono apremiante.

—¡No, no puedo hablar! Él me pegará. Es la hora en que nosotros dormimos, en que los viejos mueren. Ahora debe usted dormir, y Patel le verá por la mañana.

Dixit trató de tocar su mano, pero ella se apartó.

—Eres una buena chica, Malti. Estás sufriendo al lado de Patel.

—Patel tiene muchas mujeres, muchos criados. No estoy sola.

—¿No puedes volver al lado de tu familia?

La muchacha inclinó la mirada hacia el suelo.

—Si me escapara, mi familia lo pasaría mal. La esclavitud es el destino de muchas mujeres. Es lo normal en el mundo.

—¡No en el mundo del que yo vengo!

Los ojos de Malti llamearon.

—¡Su mundo no nos interesa!

Cuando la muchacha se hubo marchado, Dixit pensó que Malti temía al mundo exterior. Y con razón.

Aquella noche durmió muy poco. Incluso dentro de la fortaleza de Patel, podía oír los ruidos del Entorno: no sólo las voces, casi nunca silenciosas, sino incluso el gorgoteo de las cañerías en las paredes. Por la mañana fue llevado a otra habitación donde Patel estaba dando las órdenes del día a una sucesión de subordinados.

Desde un rincón, Dixit lo observaba todo con interés, que aumentó cuando apareció el desdichado guardián Raital. Éste se adelantó, esperando que Patel le saludara. Pero el saludo de Patel fue un puntapié.

—¿Has hecho lo que te ordené ayer?

Raital rompió a hablar con grandes aspavientos.

—*Sir* Patel, lo he hecho tan bien y mejor de lo que me ordenaste, incurriendo en grandes sufrimientos y siendo golpeado por los granujas del Bloque Noveno que me sorprendieron merodeando por allí. Tienes que invadirlos, *sir*, y darles una lección, para que en su insolencia no vuelvan a mofarse de tus fieles guardianes, los cuales sólo hacen cosas...

—¡Silencio, comeperros! ¿Has traído lo que ayer te pedí que trajeras?

El guardián sacó del bolsillo de su ajada túnica un pequeño objeto que tendió a Patel.

—Desde luego, *sir* Patel. Para poner a salvo este objeto cuando me atraparon aquellos granujas me lo tragué. Me registraron, pero no pudieron encontrar nada y tuvieron que soltarme. Luego, mi mujer me ha dado una medicina y lo he vomitado para entregártelo.

—¡Deja ese asqueroso objeto sobre aquel estante! ¿Crees que voy a tocar lo que ha estado en tu estómago infestado de gusanos, esclavo?

El guardián dejó el objeto en el lugar indicado.

—¿Estás seguro que éste es el objeto-vital del hombre que robó el objeto-vital de Narayan Farhad, y no el de otra persona?

—¡Completamente seguro, *sir* Patel! Pertenece a un hombre llamado Gita, el mismo que robó el objeto-vital de Narayan. Y esta noche harás que muera de visiones-nocturnas...

—¡Fuera de aquí!

Patel consiguió alcanzar las nalgas de Raital con un puntapié antes que el guardián saliera precipitadamente de la habitación.

Una cola de gente esperaba turno para hablar con Patel, para suplicar o pedir consejo. Patel empezó a recibirlos, mostrándose de mejor humor que con el infortunado guardián. Para Dixit, aquella escena tenía un curioso interés; había contemplado la audiencia matinal de Patel más de una vez, sentado al lado de Crawley en la estación de control del IIDUE; ahora era un prisionero esperando incómodamente en el rincón de la habitación, y toda la atmósfera había cambiado. Captó la extraordinaria intensidad de las vidas de aquellas personas, las emociones condensadas. El propio Patel sollozó varias veces mientras desplegaban ante él el relato de alguna penalidad. Allí no había aislamiento de ninguna clase. Todo el mundo le rodeaba, escuchándolo todo. Las vidas podían ser cortas; pero aquellos aniquilantes espacios que se extienden a través de las vidas corrientes, los espacios a través de los cuales se perciben sombras amenazadoras y grandes pobreza, cuando no presencias más amargas y siniestras, parecían haber sido erradicadas aquí. Los habitantes del Entorno Total estaban estrechamente unidos, como abejas en una colmena.

Finalmente, se señaló una tregua. Los que no habían podido hablar con Patel fueron despedidos. Se presentó Malti y aplicó a su amo el tratamiento de la toalla húmeda. Después, Patel la despidió y consumió un frugal almuerzo. Sólo cuando hubo terminado de comer volvió su atención a Dixit.

Le ordenó que tomara el objeto que Raital había dejado sobre un estante. Dixit obedeció y colocó el objeto delante de Patel. Examinándolo con interés, vio que era un pequeño modelo similar a los que vendían en los puestos de los balcones.

—Míralo bien —dijo Patel—. Es el objeto-vital de un hombre. ¿Los tienen ustedes en —gesticuló vagamente— el exterior?

—No.

—¿Sabes lo que son?

—No.

—En este mundo nuestro, señor Dixit, tenemos muchos sacerdotes. Yo tengo un sacerdote bajo mi protección. En el bloque noveno hay un sacerdote muy famoso,

Vazifdariji. Esos hombres poseen muchos poderes. Esta noche, le entregaré a mi sacerdote este objeto-vital y por medio de él podrá penetrar en el ser del hombre al cual pertenece, para bien o para mal. En este caso para mal, para vengar una muerte con una muerte.

Dixit contempló fijamente el pequeño objeto, un laberinto tridimensional construido de plata y tiras de plástico, tratando de asimilar lo que Patel estaba diciendo.

—¿Esto es una especie de llave de la mente de su propietario? —inquirió.

—No, no es una llave, y no es de su mente. Es..., bueno, no tenemos ninguna palabra científica para denominarlo, y nuestra palabra no significaría nada para ti, de modo que no puedo decirla. Digamos que es una réplica, un doble del ser humano. No de su mente, sino de su ser. En este caso, de un hombre llamado Gita. Estás muy interesado, ¿verdad?

—¿Todo el mundo posee aquí un objeto de éstos?

—Todos, incluso los más pobres y los más viejos. Un sabio trabaja asociado con un herrero para fabricar cada objeto-vital individual.

—Pero el objeto puede ser robado, y un sacerdote malintencionado puede utilizarlo para matar a su propietario. ¿Por qué los llevan? No lo entiendo.

Sonriendo, Patel hizo un gesto de impaciencia.

—Cuando tú descubres algo de ti mismo, lo archivas en tu recuerdo. Eso son los objetos-vitales para un hombre: un archivo de su descubrimiento de sí mismo.

Dixit sacudió la cabeza.

—Si son tan personales, ¿por qué los venden los buhoneros por las calles como baratijas?

—Los hombres mueren. Y entonces sus objetos-vitales no tienen ningún valor, excepto como baratijas. También se cree que mejoran el..., bueno, el valor de la personalidad. Existen asimismo un gran número de chucherías que la gente compra porque le gusta tenerlas, como simples adornos.

Tras un breve silencio, Dixit dijo:

—De modo que son cosas inofensivas..., pero tú las tomas y las utilizas para fines malignos.

—Las utilizo para mantener un equilibrio de poder. Un hombre mío llamado Narayan fue silenciado por Gita, del Bloque Noveno. No importa el motivo. Esta noche yo silenciaré a Gita para mantener el equilibrio.

Se interrumpió y miró fijamente a Dixit, abriendo una de sus manos.

—En la palma de mi mano está la muerte —continuó—. Esta noche te silenciaré también a ti, utilizando métodos más... vulgares.

Dixit dijo:

—Me hablas de los objetos-vitales, y pretendes que vas a matarme...

Patel señaló un rincón de la habitación.

—Ahí hay ojos y oídos, mientras tus amigos espías chupan ávidamente los

hechos de este mundo. Por mucho que les dijera, nunca podría hacerles comprender nuestra vida. Las cosas importantes no pueden decirse, no pueden aprenderse. Pero esta noche podrán verte morir, y eso lo entenderán. Tal vez entonces dejen de enviar espías aquí.

Dio unas palmadas, e inmediatamente se presentaron dos guardianes, los cuales se llevaron a Dixit. Mientras regresaba a su celda, oyó que Patel llamaba a Malti.

IX

Las horas transcurrieron lentamente. Ni la ONU ni el IIDUE le rescatarían; la carta del Entorno sólo permitía la intervención de un agente del exterior cada vez.

Trató de pensar en los objetos-vitales. Presumiblemente, Crawley había oído la última conversación y sabría que los sacerdotes del Entorno poseían el poder de matar a distancia. Allí estaba la evidencia de una ESP que Crawley buscaba: el «telecidio», o como quisiera llamársele. Y el conocimiento no ayudaba a nadie, como el propio Patel había observado. Desde hacía mucho tiempo se sabía que los brujos africanos poseían una facultad similar, la de hechizar a una persona y matarla a distancia; pero nunca se había establecido cómo lo hacían; en realidad, el hecho no había sido asimilado por el Oeste, a pesar de la avidez que siempre había demostrado el Occidente por descubrir nuevos sistemas de matar. Había cosas que una civilización no podía aprender de otra. El asunto de los objetos-vitales sería una de ellas: absolutamente fascinante, absolutamente insoluble.

Dixit paseó incansablemente de un lado a otro de la habitación. No le habían traído comida, lo cual resultaba ominoso.

Un poco más tarde, la puerta se abrió.

Era Malti. Se llevó un dedo a los labios para recomendarle silencio y cerró la puerta detrás de ella.

—¿Ha llegado el momento? —preguntó Dixit.

Malti se acercó rápidamente a él, sin tocarle, mirándole fijamente.

Aunque era una mujer fea y abatida, había belleza en sus ojos.

—Puedo ayudarle a escapar, Dixit. Patel está durmiendo, y he hecho un trato con los guardianes. Le llevarán a mi propio bloque, y una vez allí tal vez consiga regresar al mundo exterior, que es el que le corresponde. Pero tenemos que darnos prisa. ¿Está preparado?

—Patel te matará cuando descubra mi fuga.

Malti se encogió de hombros.

—Tal vez no. Creo que le gusto un poco. Prahlad Patel no es inhumano, al margen de lo que usted opine de él.

—¿No? Sin embargo, planea matar a otra persona esta misma noche... Ha adquirido el objeto-vital de un pobre hombre y hará que su sacerdote le mate con visiones nocturnas.

Malti dijo:

—La gente tiene que morir. Usted va a estar de suerte. No morirá, al menos no esta noche.

—Si eres tan fatalista, ¿por qué me ayudas?

Vio un destello de desafío en los ojos de Malti.

—Porque debe usted transmitir un mensaje mío al mundo exterior.

—¿Al mundo exterior? ¿A quién, concretamente?

—A todos los que envían espías aquí y quieren aniquilar este mundo. Dígalos que nos dejen construir nuestro propio mundo en paz. ¡Que nos olviden! Éste es mi mensaje. Transmítalo con todas sus fuerzas. ¡Éste es nuestro mundo, y ustedes no tienen nada que ver con él!

Su vehemencia, su ignorancia, redujeron a Dixit al silencio. Malti le sacó de la habitación. Al otro lado de la puerta había varios guardianes. Se quedaron quietos, con los ojos cerrados, y Malti se deslizó entre ellos llevando a Dixit de la mano.

Al llegar al rellano de la escalera que conducía al Bloque Noveno, Malti le soltó y dio media vuelta. Dixit la agarró por la muñeca.

—Tengo que regresar —dijo Malti—. Esta escalera le conducirá al Bloque Noveno. No se preocupe, los guardianes están advertidos y le dejarán pasar.

—Malti, debo tratar de ayudar al hombre que va a morir. ¿Conoces por casualidad a alguien que se llama Gita?

Malti se sobresaltó y se pegó a Dixit.

—¿Gita?

—Gita, del Bloque Noveno. Patel tiene el objeto-vital de Gita, y esta noche morirá.

—Gita es mi padrastro, el tercer marido de mi madre. ¡Un hombre bueno! ¡Oh, no debe morir, por el amor de mi madre!

—Morirá esta noche. Malti, puedo ayudarles a ti y a Gita. Comprendo tus sentimientos en lo que respecta al mundo exterior, pero estás equivocada. ¡Serías libre hasta un punto que no eres capaz de imaginar! Llévame al lado de Gita, y nos marcharemos los tres.

El rostro de Malti reflejó lo encontrado de sus emociones.

—¿Está seguro que Gita va a morir?

—Acompáñame a su lado, y comprueba si ha desaparecido su objeto-vital.

Sin esperar a que Malti tomara una decisión —en realidad, ella parecía dispuesta a regresar junto a Patel—, Dixit tiró de la muchacha y la obligó a seguirle.

Alcanzaron el rellano del Bloque Noveno sin novedad. Dixit no cesaba de volver la cabeza para comprobar si alguien les seguía; le parecía imposible que su fuga resultara tan fácil.

Pero los guardianes, al verles, cerraban los ojos.

—Tengo que volver al lado de Patel —susurró Malti.

—¿Por qué? Sabes que te matará —dijo Dixit—. Hay docenas de testigos que han visto que me acompañas...; no creerás que Patel no descubrirá lo que estás haciendo. Procuremos llegar junto a Gita lo antes posible.

En el Bloque Noveno el ruido y la confusión eran mucho mayores que en el piso superior; era evidente que se trataba de un bloque sin un caudillo fuerte.

Dixit había contemplado aquel cuadro más de una vez, cómodamente sentado en

la estación de control y detección del IIDUE, sin que el espectáculo le impresionara demasiado. Había que encontrarse en medio de él para obtener una impresión «directa». Entonces se captaba también el aroma del Entorno. Era sumamente acre.

Mientras avanzaban lentamente entre los cuerpos derrumbados por la fatiga, Dixit vio un cadáver que ardía sobre un montón de leña. Era el cadáver de un niño. El humo que desprendía era absorbido por un respiradero de la pared. Una madre estaba sentada en cuclillas junto al cadáver, cubriéndose el rostro con una mano esquelética. «Es la hora en que mueren los viejos», había dicho Malti, refiriéndose a la noche anterior; y el joven tuvo que contestar a aquella misma llamada.

Este era el modo hindú de enfrentarse con la inhumanidad del Entorno: con su sempiterna aceptación del sufrimiento. De haber sido encerrada aquí alguna raza blanca, el asunto habría terminado con una matanza general. Dixit, un mestizo, no se permitiría a sí mismo juzgar cuál de las dos respuestas era más digna de respeto.

Malti mantenía la mirada fija en el suelo de hormigón mientras cruzaban por delante del cadáver. Finalmente, después de muchas vueltas y revueltas por innumerables pasillos, se detuvo delante de una puerta semidestrozada. Malti la empujó, después de dirigir una mirada de advertencia a Dixit, y entró a reunirse con su familia. Su madre, que no dormía —aprovechaba aquellas horas nocturnas para lavar la ropa de la familia—, profirió un grito y cayó en los brazos de Malti. Hermanos, hermanas, hermanastros, hermanastras, primos y sobrinos se despertaron, berreando. Dixit fue completamente olvidado. Permaneció de pie en el pasillo, esperando nerviosamente.

Transcurrieron muchos minutos antes que Malti saliera y le hiciera pasar al interior del atestado cuarto. Le presentó a Shamim, su madre, la cual se inclinó ante él y desapareció rápidamente, y a su padrastro, Gita.

El hombre apartó a todo el mundo de un rincón del cuarto y llevó a Dixit hasta allí, ofreciéndole después cortésmente una copa de vino. Mientras lo bebía a pequeños sorbos, Dixit dijo:

—Si tu hijastra te ha explicado la situación, Gita, me gustaría sacarles a Malti y a ti de aquí, porque de otro modo vuestras vidas correrán un inmediato peligro. Puedo garantizarte que en el exterior serán tratados muy cordialmente.

En tono digno, Gita dijo:

—Mi hijastra me ha explicado todo este desagradable asunto. Ha sido usted muy amable al tomarse tantas molestias, pero no podemos ayudarle.

—Malti me ha ayudado ya. Ahora me toca a mí ayudarles a ustedes. Quiero sacarles de aquí y llevarlos a un lugar seguro. Los dos están bajo la amenaza de una muerte inminente. No necesito decirte que Prahlad Patel es un hombre implacable.

—Implacable y cruel, cierto —asintió Gita—. Pero no podemos marcharnos de aquí. Todos estos pequeños dependen de mí. ¿Quién velaría por ellos si yo les abandonara?

—Pero sus horas están contadas...

—Aunque sólo disponga de un minuto antes de morir, no puedo abandonar a los que dependen de mí.

Dixit se volvió hacia Malti.

—Malti, tú tienes menos responsabilidad. Patel se vengará de ti. Ven conmigo y ponte a salvo.

Malti sacudió la cabeza.

—Si me marchara, enfermaría de pesar por lo que ocurriera aquí, y moriría de todos modos.

Dixit miró a su alrededor, desesperado. La ciega interdependencia de aquella gente le había derrotado..., o casi derrotado. Todavía le quedaba una carta por jugar.

—Cuando salga de aquí, tengo que informar a mis superiores. Son las personas que..., las personas que ordenan todo lo que sucede aquí. Son como dioses para ustedes, les suministran la luz, la comida, el aire, y poseen un poder de vida y muerte sobre cada uno de ustedes y en todos los bloques. Quizá por eso apenas pueden creer en ellos. Ahora, casi se han dado cuenta que el Entorno total es un error, un crimen contra vuestra humanidad. Debo llevarles mi veredicto. Y mi veredicto, puedo decírselos ya, es que las vidas de todos los que están aquí son tan valiosas como las vidas de los que se encuentran más allá de estas paredes. El experimento tiene que ser interrumpido; todos ustedes deben recobrar la libertad.

»Es posible que no comprendan del todo lo que quiero decir, pero tal vez las pantallas les han ayudado a captar algo. Serán bien tratados y rehabilitados. Todo el mundo saldrá de los bloques muy pronto. De modo que ustedes pueden venir conmigo y salvar sus vidas; y luego, quizá dentro de una semana, se reunirán con toda vuestra familia. Entonces, Patel no tendrá ningún poder. Piénsenlo con calma, por el bien de los que dependen de ustedes, y vengan conmigo a la vida y a la libertad.

Malti y Gita se miraron ansiosamente el uno al otro y empezaron a conferenciar en voz baja. Shamim se unió al conciliábulo, y Jamsu, y la coja Shirin, y más y más miembros de la tribu. Dixit esperó, impaciente.

Finalmente, se hizo el silencio. Gita dijo:

—*Sir*, sus intenciones son buenas, evidentemente. Pero ha olvidado que Malti le encargó que transmitiera un mensaje al exterior. El mensaje consistía en decirle a esas personas que se marchen y que nos dejen construir nuestro propio mundo. Quizá no comprenda usted un mensaje semejante y por eso no puede transmitirlo. En consecuencia, le daré mi mensaje, y usted puede transmitirlo a sus superiores.

Dixit inclinó la cabeza.

—Diga a sus superiores y a todos los del exterior que insisten en vigilarnos y en mezclarse en nuestros asuntos que nosotros estamos modelando nuestras propias vidas. Sabemos lo que va a ocurrir, y los numerosos problemas que va a plantearnos el exceso de población. Pero tenemos fe en nuestra próxima generación. Creemos que ellos poseerán facultades que nosotros no tenemos, del mismo modo que nosotros

poseemos facultades que nuestros padres no tenían.

»Sabemos que ustedes continuarán enviándonos comida y aire, porque eso es algo a lo que no pueden escapar. También sabemos que en su fuero íntimo ustedes desearían ver como todos nosotros nos debilitamos y morimos. Quieren sacarnos de aquí, para comprobar lo que sucederá cuando salgamos. Ustedes no sienten amor por nosotros. Sienten temor, curiosidad y odio. No saldremos de aquí. Estamos construyendo un mundo nuevo, mejorando todas nuestras facultades. Si nos sacaran de aquí moriríamos todos. Vaya a decir eso a sus superiores y a todos los que nos espían. Por favor, déjenos nuestras propias vidas, sobre las cuales tenemos derecho.

Dixit no encontró ninguna respuesta a aquellas palabras. Miró a Malti, pero pudo ver que su actitud era obstinada y que nada le haría cambiar de opinión. Esto era lo que el IIDUE había engendrado: una absoluta falta de comprensión. Dixit dio media vuelta y salió del cuarto.

Tenía su llave; conocía el lugar secreto de cada bloque por el cual podía llegar a los montacargas de escape. Mientras avanzaba a través de la multitud, apenas podía ver su camino, cegado por las lágrimas.

Dixit presentó su informe a un comité de seis miembros de la administración del IIDUE, incluido el Organizador del Proyecto Especial, Peter Crawley. A la reunión asistían dos observadores: una dama en representación del Gobierno de la India, y el Senador Jacob Byrnes, representando a las Naciones Unidas.

Dixit entregó su informe sobre lo que había descubierto, y añadió una recomendación en el sentido que debía construirse inmediatamente un poblado de rehabilitación y clausurar el Entorno.

Crawley se puso en pie y permaneció rígido mientras decía:

—De acuerdo con tus propias palabras, admites que esa gente del Entorno se aferra desesperadamente a lo que tiene. Por terrible, por miserable que a ti te parezca. Están aclimatados a lo que tienen. Han vuelto sus espaldas al mundo exterior y no *quieren* salir.

Dixit dijo:

—Nosotros les rehabilitaremos, les reeducaremos, les instalaremos en un lugar en el que puedan ser conservados los complicados módulos familiares a que están acostumbrados, hasta que les ayudemos a volver a la normalidad.

—Pero, por lo que has dicho, el enfrentarse con el mundo exterior constituirá para ellos un *shock* paralizante.

—No, si Patel está al frente de ellos.

Se oyeron murmullos de desaprobación; era evidente que los miembros del comité opinaban que la afirmación resultaba absurda. Crawley hizo un gesto de impotencia, como si el de Dixit fuese un caso perdido, y volvió a sentarse, diciendo:

—Patel es el tipo de tirano que provoca la miseria en el Entorno.

—Lo único que necesitarán cuando recobren la libertad será un caudillo fuerte al cual conozcan. Caballeros, Patel es nuestra mejor carta. Puedo asegurar que ya está orientado hacia el exterior.

—¿Qué significa eso, exactamente? —preguntó uno de los miembros del comité.

—Significa que Patel es un hombre listo. Opino que él mismo decidió que Malti me ayudara a escapar de su celda. Nunca tuvo la intención de matarme; su amenaza fue un simple *bluff*, para que reaccionara de acuerdo con sus deseos. La insignificante Malti no es una mujer capaz de actuar por su propia iniciativa. Lo que Patel no podía prever era que yo le mencionaría a Malti el nombre de Gita, y que Gita estaba emparentado con ella. Pero, debido al fatalismo de la mujer, el plan de Patel no fracasó.

—¿Por qué quería Patel que escapara usted?

—Aunque trató de ocultarlo, en todo lo que hizo y dijo había una ardiente curiosidad acerca del exterior. Exhibió facetas de su cultura para comprobar mis reacciones: espiando mi aprobación o desaprobación, supongo, como un chiquillo.

Nunca trató de atacar a otros bloques, el deporte favorito de los tiranos del Entorno. Su atención está concentrada en nosotros.

»Patel es lo bastante inteligente como para saber que poseemos verdadero poder. Nunca ha perdido la noción de la realidad, al contrario de sus esbirros. De modo que *él quiere salir*.

»Calculó que si yo me presentaba ante ustedes creyendo que había escapado de la muerte, haría lo imposible para convencerles que el Entorno Total debía ser clausurado inmediatamente.

—Que es lo que estás haciendo —dijo Crawley.

—Que es lo que estoy haciendo. No por los motivos de Patel, sino por motivos humanos. Y también por motivos utilitarios..., lo cual puede tener más interés para ustedes. Caballeros, estaban ustedes en lo cierto. En el Entorno existen disciplinas mentales que el mundo podría utilizar, de las cuales quizá la menos atractiva sea el telecidio. El IIDUE ha costado al público miles de millones de dólares. Tenemos que resarcirnos por medio de esos avances. Y sólo podremos utilizarlos estudiándolos en una atmósfera que no esté enturbiada por el odio ni por la envidia: en otras palabras, abriendo esa torre negra.

La reunión tocó a su fin. Desde luego, el comité no tomaría una decisión hasta que transcurrieran un par de días.

El Senador Byrnes se acercó a Dixit.

—Gracias, Thomas, en nombre de la Humanidad y en nombre también de la historia. El mundo está saliendo de un período desagradable, y esa torre negra, como tú la llamas, es un símbolo de los malos tiempos y como tal debe desaparecer.

Caminaron juntos hasta la ventana de la sala de conferencias y tendieron la mirada hacia la enorme mole del edificio del Entorno.

—Es algo más que un símbolo —murmuró Dixit—. Está tan llena de sufrimientos y de esperanzas como nuestro propio mundo. Pero es un monstruo construido por el hombre. Debe desaparecer.

Byrnes asintió.

—No te preocupes. Desaparecerá. Estoy completamente seguro que el proceso histórico, esa fuerza ciega y revolucionaria, ha decidido ya que la época del IIDUE ha terminado. No te muevas de aquí. Dentro de unas semanas podrás ayudar a la rehabilitación de la familia de Malti. Y, ahora, voy a poner mi granito de arena, que será el del organismo al cual represento; voy a hablar con el presidente de ese comité.

Palmeó la espalda de Dixit y se alejó.

Dixit contempló de nuevo la torre. Sabía que dentro de ella ardían las luces y que unos pies incansables recorrían el único mundo que conocían. Aquella noche nacerían otros niños, y unos hombres morirían de vejez o de visiones nocturnas...

En el exterior, la lluvia monzónica empezó a caer sobre el inmenso paisaje de la India.

La danza del mutador y los tres

Terry Carr

Todo esto ocurrió hace siglos, en las profundidades del espacio más allá de Darkedge, donde las galaxias avanzan pesadamente a través de la oscuridad como otros tantos silenciosos y brillantes rinocerontes. Ocurrió hace tanto tiempo, que cuando la luz de la galaxia de Loarr alcanzó finalmente la Tierra, al cabo de millones de años-luz, no había nadie aquí para verla, a excepción de unos cuantos seres en los océanos que estaban demasiado ocupados con sus monótonas reacciones unicelulares para darse cuenta.

Pero, a pesar del tiempo transcurrido, los Loarra recuerdan aún esta historia y vuelven a contarla en complejas danzas-ondulantes cada vez que uno de los recién-mutados pregunta por ella. Las danzas-ondulantes no significarían mucho para ustedes si las contemplaran, y supongo que tampoco la historia significaría demasiado si se las contara tal como ocurrió. De modo que consideren esto como una traducción, y que no les importe que cuando digo «agua» no me refiera a nuestro compuesto hidrógeno-oxígeno, ni que no exista «cielo» como tal en Loarr, ni que los Loarra no fueran —no sean— seres que «piensen» y «sientan» a nuestra manera. De hecho, podrían tomar esto como un fragmento de pura ficción, debido a que en ello hay tan pocos hechos reales, pero yo sé hasta qué punto es verdad. Y que tiene mucho que ver con el motivo por el que yo esté de regreso en la Tierra, con cuarenta y dos amigos y colaboradores que quedaron muertos en Loarr. Ellos no tuvieron una posibilidad.

Había un Mutador que pasó tres ciclos vitales planeando un cicloclímax especial y que había llegado al momento de la acción. Su verdadero nombre no era Minnearo, pero yo le llamaré así porque Minnearo es lo más aproximado al tono, a la matriz emocional y a la asociación implícitos en su designación.

Cuando hubo tomado su decisión, se apartó del despeñadero sobre el cual había permanecido contemplando el océano de Loarr, y se dirigió rápidamente a los hogares-de-la-personalidad de tres de sus mejores amigos. Al primer amigo, Asterrea, le dijo:

—Voy a suicidarme.

Y danzó su mensaje en su tono más festivo.

Su amigo se echó a reír, tal como Minnearo había esperado, pero su risa fue muy breve. Luego se marchó y dejó a Minnearo solo, porque últimamente se habían producido ya varios suicidios y la cosa empezaba a resultar aburrida.

A su segundo amigo, Minnearo le dedicó un saludo-brindis, pasando por las

sesenta secuencias con exagerado cuidado, y danzó ante él:

—Mañana sumergiré mi cuerpo en el océano, si alguien quiere presenciarlo.

Su segundo amigo, Fless, sonrió con indulgencia y le dijo que iría a presenciar la hazaña.

A su tercer amigo, con muchos saltos y brincos excitados, Minnearo le describió lo que sucedería después de haberse sumergido en las aguas del océano. La danza que interpretó para dar esta descripción fue complicada y casi imaginativa, debido a que Minnearo había pasado la mayor parte de aquel tercer ciclo vital construyéndola en su mente. Utilizaba el movimiento, el color, el sonido y otra sensación parecida al olor para comunicar las descripciones de la caída, el impacto con el agua, y luego la rápida disolución y fusión en las corrientes del océano, la pérdida del conocimiento, la posterior oscuridad y finalmente el despertar, la culminación del cambio. Minnearo tenía una mentalidad más bien romántica, de modo que se imaginaba a sí mismo renaciendo alrededor del átomo-vital de uno de los grandes héroes de Loarr, Krollim, y formándose de acuerdo con la figura de Krollim. E incluso finalizó la danza con sugerencias de gloria e imitación de sí mismo por otros, lo cual era decididamente presuntuoso. Pero el amigo al cual iba dedicada la danza asintió con aprobación en varios puntos.

—Si resulta la mitad de lo que anticipas —dijo este amigo, Pur—, te envidio. Pero nunca se sabe...

—Supongo que no —dijo Minnearo, con cierta reluctancia.

Y vaciló antes de marcharse, ya que Pur era lo que podría llamarse una hembra, y Minnearo había alimentado la vaga esperanza que ella se uniera a él en su salto al océano. Pero, si se le había ocurrido la idea, Pur no lo dio a entender y se limitó a mirar a Minnearo tranquilamente, esperando que se marchara; de modo que finalmente se marchó.

Y en el momento oportuno, con su amigo Fless contemplándole desde lo alto del acantilado, Minnearo realizó su danza-ondulante final como Minnearo —más bien excitada y mal coordinada, pero ello resultaba comprensible dadas las circunstancias—, y luego se acercó al borde del despeñadero, saltó y dio un par de docenas de vueltas sobre sí mismo en el aire antes de chocar contra el agua.

Fless regresó apresuradamente y describió el suicidio a Asterrea y a Pur, los cuales rieron y aplaudieron en la mayoría de los pasajes adecuados, de modo que en conjunto la cosa fue un éxito. Luego, los tres se sentaron y empezaron a planear la venganza de Minnearo.

De acuerdo, sé que la mayor parte de esto no tiene sentido, tal vez porque estoy tratando de hablar de los Loarra en términos humanos, lo cual es un error tratándose de seres tan alienígenas como ellos. En realidad, los Loarra son una forma de vida casi completamente energética, y su conciencia se plasma en cada ciclo vital alrededor de un centro espacial que ellos llaman un «átomo-vital», de modo que si

podrían ver los diseños de energía que forman (como los vi yo, utilizando un filtro sensorial que nuestra expedición desarrolló con ese fin), comprobarían que a veces parecen una nebulosa en espiral, otras veces limaduras de hierro reuniéndose alrededor de un imán, o tal vez un copo de nieve semifundido. (Eso era probablemente lo que Minnearo parecía aquel día, debido a que es el aspecto que tienen los suicidas y los viejos). Sus formas cambian continuamente, desde luego, pero cada individuo suele mantenerse lo más cerca posible de un determinado diseño.

Loarr es un gigantesco planeta gaseoso con una órbita tan cercana a su primario que, de acuerdo con las medidas de la Tierra, un año tiene una duración aproximada de treinta y siete días. (En el sistema terrestre, la órbita se encontraría considerablemente en el interior de la de Venus). El planeta tiene un núcleo sólido, y numerosas excrecencias duras en forma de islas, pero la mayor parte de la superficie se encuentra en estado de fusión o gaseoso, girando y burbujeando y aullando con los vientos y tormentas. No es un planeta demasiado atractivo para un ser humano, pero posee algo que despertó el interés de la Unicentral: minería.

¿Imaginan ustedes lo que es la minería en un planeta donde la mayoría de los metales son líquidos a causa del calor y/o de la presión? Son muchos los que ignoran esto, porque es una situación que no se da con frecuencia, pero se daba en Loarr y era muy, muy interesante. Nuestros análisis mostraban algunos elementos que hasta entonces sólo habían sido pura teoría: elementos que se suponía que sólo existían en los núcleos de los soles, por ejemplo. Y si podíamos obtener alguno de ellos... Bueno, ya entienden lo que quiero decir. Las posibilidades mineras eran, realmente, muy interesantes.

Desde luego, costaría la mitad de las riquezas de la Tierra enviar una expedición allí. Pero la Unicentral zumbó por espacio de dos-punto-ocho segundos y luego emitió instrucciones detalladas acerca del modo de realizarlo. Y fuimos hacia allá.

Y allí estaba yo, un Año Estándar más tarde (hace cinco Años Estándar), instalado en el interior de una montaña de tierra artificial soldada a una de las «islas» de Loarr y preguntándome qué diablos estaba haciendo allí. Porque no soy ingeniero de minas, ni físico, ni técnico en computadoras, ni, de hecho, nada que requiera preparación técnica. Soy especialista en relaciones públicas; y no encontraba ningún motivo para que me hubieran destinado a un planeta tan infernal, imposible, inconcebible e *inhabitable* como Loarr.

Pero existía un motivo, y el motivo eran los Loarra, desde luego. Ellos vivían («vivían») allí, y eran inteligentes, de modo que teníamos que negociar con ellos. Ergo: yo.

De modo que en los años siguientes, mientras yo negociaba, y se iniciaban las operaciones y yo actuaba como intermediario, aprendí mucho acerca de ellos. Lo suficiente para traducir, aunque de un modo deficiente, la danza-ondulante del Mutador y los Tres, la cual es el equivalente de un mito clásico (o lo sería, si ellos tuvieran algo que pudiera equipararse a algo nuestro).

Sigamos:

Fless era partidario de concluir un pacto entre los Tres, en virtud del cual cada uno de ellos por riguroso turno y con ausencia deliberada de los apropiados saludos, se suicidaría exactamente igual que lo había hecho Minnearo.

—Así podríamos matar a este suicidio —explicó Fless en excitadas ondas a través del aire.

Pero Pur tenía más sentido práctico.

—Así —rectificó— mataríamos *solamente* este suicidio. Algo vulgar, desprovisto de fantasía. Y Minnearo merece algo más.

Asterrea parecía indeciso; dio unos cuantos saltos, chispeando y desapareciendo y reapareciendo unas pulgadas más allá en otro color. Sus dos compañeros esperaban su comentario, y finalmente se estabilizó, se quedó inmóvil en el aire, se posó en el suelo y se instaló firmemente allí. Luego dijo, con movimientos lentos y cuidadosos:

—No estoy seguro que Minnearo merezca una venganza original. No fue un suicidio original, después de todo. Y, ¿quién nos vengará a nosotros? —Una sola chispa brotó de él—. ¿Quién nos vengará a nosotros? —repitió, esta vez con movimientos más pronunciados.

—Tal vez —dijo Pur lentamente— no necesitemos venganza..., si nuestro acto posee la suficiente grandeza.

Los otros dos interrumpieron sus movimientos ondulantes al azar para reflexionar. Fless pasó del azul al verde, del verde al rojo y finalmente al amarillo; Asterrea vibró con un ultravioleta profundo.

—Todo el mundo tiene que ser vengado —dijo Fless finalmente—. Lo que tú sugieres carece de significado.

—Pero, si hacemos algo realmente *grande*... —dijo Pur; y ahora empezó a irradiar calor, el cual atrajo a los otros dos hacia ella—. Algo que nunca se haya hecho, en *ninguna* forma. Algo para lo cual no pueda existir ninguna venganza, ya que será una cosa *positiva*: no un cambio-mortal, no una destrucción, ni una desaparición, ni un olvido. Una cosa *positiva*.

El ultravioleta de Asterrea se hizo más oscuro, más oscuro, hasta que pareció ser un simple agujero en el aire.

—Peligroso, peligroso, peligroso —zumbó, moviéndose lentamente de un lado a otro—. Sabes que eso es imposible: tenemos que abandonar nuestros sucesivos ciclos vitales. Porque un positivo en el mundo...

Se sumió en la oscuridad y no reapareció durante largos segundos. Cuando lo hizo estaba completamente inmóvil, latiendo débilmente pero recuperando fuerzas poco a poco.

Pur esperó hasta que su color y su tonalidad revelaron que había recobrado el conocimiento, y luego se movió con leves ondulaciones calculadas para provocar en los otros dos un estado de ánimo razonable y tranquilo.

—He pensado ya en eso durante seis ciclos vitales —danzó Pur—. Tengo que estar en lo cierto: *nadie* ha meditado en un problema durante tanto tiempo. Un positivo *no* sería peligroso, a pesar de lo que digan las teorías de los tres y cuatro ciclos. Sería beneficioso. —Hizo una pausa, colgando del aire, anaranjada—. Y sería *nuevo* —añadió, trazando una rápida espiral—. ¡Sería una *novedad*!

Y así, al final, accedieron a seguir el plan de Pur. Que consistía en lo siguiente: en una isla lejana que se alzaba en la parte más profunda del océano de Loarr, donde implacables tormentas arrastraban chorros de metales fundidos, había un vórtice de fuerzas que era evitado por todo Loarra so pena de inescapable y definitivo cambio-mortal. Las más antiguas danzas-ondulantes de aquellos tiempos pretéritos decían que el vórtice siempre había estado allí, que los Loarra habían sido engendrados allí, o habían escapado de allí, o habían burlado de algún modo las leyes que regían allí. Lo indudable es que el vórtice era un devorador de energía, que atraía y atrapaba desde muy lejos a cualquier Loarra o a cualesquiera otros seres que penetraban por error en su radio de influencia.

(Ya que toda la vida existente en Loarr está basada en la energía, incluso la de los animales-alimento, seres desprovistos de mente, de color uniforme, sin movimiento interno, sin olor ni tonalidad, y absolutamente sin autovolición. Su objetivo dentro del esquema Loarrano de las cosas es y era literalmente el de alimento, y nada más; y a pesar que había innumerables animales-alimento deslizándose por el aire en la mayor parte de las zonas del planeta, los Loarra apenas se fijaban en ellos. Los comían cuando tenían hambre, y no les prestaban la menor atención en cualquier otro momento).

—Entonces, ¿quieres que destruyamos el *vórtice*? —inquirió Fless, danzando y moviéndose de un lado para otro con evidente excitación.

—Nada de *destruir* —respondió Pur tranquilamente—. Será un *cambio-vital*, no una destrucción.

—¿Un cambio-vital? —preguntó Asterrea débilmente, ondulando en el aire.

Y Pur repitió:

—Un cambio-vital.

Ya que el vórtice había creado en algún momento, o permitió de algún modo que fueran creados, los más Antiguos de los Loarra, aquellos seres de hacía muchos ciclos que se habían combinado y dividido, reaccionado y cambiado innumerables veces para convertirse en los Loarra de la época actual. Y si en otra época pudo existir creación en el vórtice, no era descabellado suponer que podía existir de nuevo.

—Pero, ¿cómo? —preguntó Fless, tratando ahora de ser razonable, danzando la pregunta con precisión y conservando un inalterable color verde mientras lo hacía.

—Necesitaremos ayuda —dijo Pur.

Y empezó a explicar lo que había oído decir —a un ave-del-viento, un ser con

poca inteligencia pero con una memoria perfecta—. Que en alguna parte cerca del vórtice uno de los Antiguos estaba viviendo aún su primer ciclo vital. En la época más primitiva de la raza, cuando el suicidio había sido considerado como un medio postrero para cambiar de ciclo, aquel Antiguo había realizado su cambio por medio de una especie de suicidio negativo: había bloqueado su ciclo, de modo que su conciencia y su forma continuaban en una inacabable repetición de sí mismas, en tanto que sus amigos cambiaban y crecían y aprendían mientras vivían ciclo-vital tras ciclo-vital, convirtiéndose en personas distintas con recuerdos comunes, moviéndose hacia adelante en el futuro por este sistema en tanto que el último Antiguo permanecía anclado en el principio. Él veía sólo el principio, recordaba sólo el principio, comprendía sólo el principio.

Y por este motivo el suyo había sido el más trágico de todos los cambios Loarranos (y el ave-del-viento había oído rumorear, en ocho diferentes sentidos, cada uno de los cuales repitió palabra por palabra a Pur, que en los siglos transcurridos desde aquel cambio centenares de Loarras habían intentado vengar al Antiguo, siempre sin éxito), y nunca se había repetido, de modo que aquel Antiguo era el único Antiguo. Y por ese motivo era importante para sus investigaciones, explicó Pur.

Con un crecer y encogerse, un brillar y perder brillo de perplejidad, Asterrea preguntó:

—Pero, ¿cómo puede vivir en alguna parte cerca del vórtice y no ser consumido por él?

—Esa es una parte esencial de lo que debemos averiguar —dijo Pur.

Y tras los saludos de ritual, los Tres salieron en busca del Antiguo.

Tradicionalmente, la danza-ondulante del Mutador y los Tres invierte mucho tiempo, al llegar a este punto, en describir la escena mientras Pur, Fless y Asterrea cruzan aquel océano en fusión. Yo he contemplado la danza innumerables veces, y cada vez me ha parecido que me acercaba más a la comprensión del significado que tiene para los propios Loarra. Pero, en definitiva, lo único que captaba era un extraño tipo de belleza alienígena, y no la grandeza, la excitación y el pavor que significaba para los Loarra.

Cuando los Tres captaron las vibraciones y los remolinos de aire revelando que se estaban acercando al vórtice, se detuvieron en su vuelo y permanecieron suspendidos sobre el oscuro mar, conversando únicamente en breves parpadeos de color, debido a que debían aferrarse a su diseño a fin de poder resistir la atracción del vórtice, muy intensa ya.

—¿En alguna parte cerca? —preguntó Asterrea, con un rápido latido verde.

—Más cerca del vórtice, supongo —dijo Pur, arriesgándose a una secuencia de rojos y violeta.

—¿Podemos estar seguros? —preguntó Fless.

Pero no hubo respuesta de Pur, y Fless no había esperado ninguna de Asterrea.

El océano crujió y saltó; el aire aulló alrededor de los Tres. Y el vórtice tiró de ellos.

Súbitamente, notaron que su secuencia de movimientos estaba cambiando, contra su voluntad, y por un largo instante temieron que fuese a efectos de la atracción del vórtice. Se acercaron más el uno al otro y giraron más rápidamente en un diseño todavía más complicado, pero no sirvió de nada. Irresistiblemente fueron separados de nuevo, y al mismo tiempo los tres fueron empujados hacia el vórtice.

Y luego captaron al Antigo entre ellos.

Se había unido a la secuencia de movimientos; por eso habían notado que la secuencia cambiaba y se aflojaba: para dejar sitio al Antigo. Girando y parpadeando, el Antigo les condujo por encima del pavoroso mar, irradiando calor a través de la tormenta; y mientras ellos le seguían, o se dejaban arrastrar, contemplaban maravillados al Antigo.

Apenas podía reconocérsele como a uno de ellos. Había dejado de ser todo energía. Era medio-materia, portando la extraña masa con cierta elegancia pasada de moda, los bordes exteriores casi rígidos mientras sostenían la carga de su coagulado centro y lo transportaban a través del aire. Y, al menos por ahora, permanecía completamente silencioso.

Sólo habló cuando los Tres llegaron sanos y salvos al hogar de su personalidad, sobre una diminuta roca proyectada en ángulo por encima del mar. Allí, dentro de un cono de quietud contra el cual el océano rugía y retrocedía, los vientos vacilaban e incluso el poder del vórtice quedaba anulado, el Antigo dijo con aire fatigado:

—De modo que han venido.

Habló con una leve ondulación hacia adelante y hacia atrás, amplificada únicamente por un color rojo oscuro.

Los Tres no supieron qué contestar; pero Pur finalmente aventuró:

—¿Has estado esperándonos?

El Antigo latió con un rojo más brillante una, dos veces. Hizo una pausa. Luego dijo:

—Yo no he *esperado*: no hay nada que esperar. —De nuevo el latido de un rojo más brillante—. Uno espera para el futuro. Pero no existe ningún futuro.

—Para él, no existe —dijo Pur en voz baja a sus compañeros.

Y Fless y Asterrea se hundieron ondulando hasta el suelo de roca del hogar del Antigo, donde oscilaron hacia adelante y hacia atrás.

El Antigo se hundió con ellos, y cuando tocó el suelo se quedó completamente inmóvil. Pur se unió a sus compañeros, manteniendo el movimiento pero incapaz de levantar su color por encima de un opaco verde-azul. Dirigiéndose al Antigo, dijo:

—Pero tú sabías que vendríamos.

—¿Vendrían? ¿Vendrían? Sí, han venido. Para mí sólo existe el hoy. Yo continuaré siendo el Antigo cuando los otros pasen más allá de mí. Nunca cambiaré,

ni cambiará mi mundo.

—Pero los otros han pasado ya más allá de ti —dijo Fless—. Nosotros estamos muchos ciclos-vitales por detrás de ti, Antiguo: tantos, que ni siquiera las aves-del-viento serían capaces de contarlos.

El Antiguo pareció colocar su yo material en una postura más erguida, formando cuidadosamente a su alrededor su caudal de energía. Al rojo de su color añadió un leve susurro mientras decía:

—*Nada* está detrás de mí, aquí en la Roca. Cuando ustedes llegan aquí, se salen del tiempo, lo mismo que yo. De modo que ahora siempre han estado aquí y siempre estarán aquí, mientras estén aquí.

Asterrea chispeó súbitamente amarillo y danzó hacia arriba en el tranquilo aire. Mientras Fless le miraba y Pur se adelantaba rápidamente para calmarle, se lanzaba una y otra vez hacia el borde del cono de quietud que era el refugio del Antiguo. Cada vez era impulsado hacia atrás y cada vez volvía a arrojarse de nuevo contra el borde de la tormenta, tratando de penetrar en ella. Encendió y quemó incontables colores, y extrañas frecuencias de sonido llenaron el silencio, hasta que al fin, vencido por las severas órdenes de Pur y la mirada de reproche de Fless volvió a hundirse pesadamente en el suelo de piedra.

—Una trampa, una trampa —latió—. Esto es el propio vórtice. Debimos suponerlo. Nunca saldremos de aquí.

El Antiguo no había prestado la menor atención a la exhibición de Asterrea. Dijo, lentamente:

—Y debido a que no estoy en el tiempo, el vórtice no puede tocarme. Y debido a que estoy fuera del tiempo sé lo que es el vórtice, ya que puedo recordarme a mí mismo naciendo en él.

Pur dejó entonces a Asterrea y se acercó más al Antiguo. Suspendida encima de él, pensó con vibraciones azules. Luego preguntó:

—¿Puedes decirnos cómo naciste? ¿Qué es creación? ¿Cómo se hacen las cosas nuevas? —Hizo una breve pausa y añadió—: ¿Y qué es el vórtice?

El Antiguo pareció inclinarse hacia adelante, como si estuviera cansado. Su color volvía a ser rojo oscuro, y los Tres pudieron ver claramente cada átomo de materia dentro de su campo de energía, macizo y duro. Dijo:

—Tantas preguntas para formular una sola pregunta.

Y les dio la respuesta a aquella pregunta.

Y yo no puedo darles aquella respuesta, porque no la sé. Nadie la sabe ahora, ni siquiera los Loarra actuales que son los Tres al cabo de mil millones de billones de ciclos-vitales. Porque los Loarra se convierten realmente en «personas» distintas cuando pasan de un ciclo a otro, y después de tantos cambios la memoria deja de tener sentido («Inténtalo alguna vez», me danzó en cierta ocasión uno de los Loarra, y no pude captar el menor síntoma indicando que él creyera que era una broma).

Hoy, por ejemplo, los propios Tres, mil millones de billones de veces transformados, aunque conservándose *ellos mismos*, acuden con frecuencia a contemplar la Danza del Mutador y los Tres, y a pesar que se trata de ellos, la Danza los excita y les conmueve, como si fuera una historia jamás oída. Pero, si a la Danza le falla un movimiento, un color o un sonido, los Tres la corregirán inmediatamente. (Y sí, muchas veces el propio Mutador, Minnearo, el que inició la historia, ha asistido a esas danzas..., aunque casi siempre se marcha después de la re-creación de su danza suicida).

A veces resulta difícil distinguir a un Loarra de todos los demás, dicho sea de paso, a pesar de las complejas y sutiles tecnologías de la Unicentral, la cual me ha proporcionado filtros sensoriales de todas clases, simuladores de frecuencia, inductores de gravedad especiales y una minicomputadora que ocupa más de la mitad de mi pequeña isla de Tierra soldada a la superficie de Loarr y que puede pensar y analizar en dos segundos lo que a mí me costaría cincuenta años de trabajo. Durante mis cuatro años de estancia en Loarr, llegué a «conocer» a varios de los Loarra, pero incluso al final de mi estancia nunca estaba completamente seguro de la identidad de mi interlocutor. Me quedaba la posibilidad de practicar diecisiete o dieciocho *tests*, conectando los filtros sensoriales con la minicomputadora, y obtener así una respuesta concreta. Pero los Loarra pierden pronto la paciencia, y cuando había terminado mis preparativos el Loarra solía encontrarse ya girando y chispeando en los vapores infernales que ellos llaman aire. De modo que solía conducir mis investigaciones o negociaciones al azar, con cualquiera que prestase atención a mis «ojos» antigraavedad, y descubrí que no importaba demasiado con quién estuviera hablando: ninguno de ellos tenía más sentido común que los otros. En lo que a mí respecta, todos eran absurdos, incomprensibles, estúpidos y malvados.

Si eso suena a amargura por mi parte, es porque estoy amargado. Me amargó el asesinato de cuarenta y dos hombres. Pero volvamos a la mayor de las leyendas de una antigua y venerable raza alienígena:

Cuando el Antiguo les hubo dicho lo que querían saber, los Tres retornaron a la vida con parpadeos y danzas en el aire, Pur lo mismo que los otros. Era todo lo que habían esperado, y más; era la respuesta completa a su investigación y su problema. Les capacitaría para crear, para trascender de cualquier cicloclímax que pudieran haber ideado.

Transcurridos unos instantes los Tres recobraron la cordura y recordaron el ceremonial.

—Te damos las gracias en nombre de Minnearo, cuyo suicidio estamos vengando —dijo Fless gravemente, ondeando su mensaje en respetuosas espirales de color azul oscuro.

—También te damos las gracias en nuestro propio nombre —dijo Asterrea.

—Y te damos las gracias en nombre de nadie y de nada —dijo Pur—, ya que ésa

es la mayor gratitud que puede concebirse.

Pero el Antiguo se limitó a permanecer sentado, latiendo su rojo oscuro, y los Tres se miraron el uno al otro, desconcertados. Finalmente, el Antiguo dijo:

—Aceptar las gracias es aceptar la responsabilidad, y en un solamente-hoy, como yo soy, no cabe ninguna responsabilidad puesto que no puede existir ningún acto nuevo. Estoy fuera del tiempo, como ya saben, lo cual casi equivale a estar fuera de la vida.

Sin embargo, los Tres completaron el ceremonial de gratitud: demostraciones de color y sonido, danzas, ofrecimientos de su propia energía y todo lo demás. Y Pur dijo:

—Es posible dar gracias por un acto muy pretérito o incluso un reflejo insensato, y nosotros las damos sinceramente.

El Antiguo latió rojo oscuro y no contestó, y al cabo de un rato los Tres se despidieron de él.

Armados con el conocimiento que el Antiguo les había proporcionado, no tuvieron ninguna dificultad en penetrar la barrera que protegía la Roca, hogar de la personalidad del Antiguo, y al cabo de unos instantes se encontraban de nuevo solos consigo mismos en la furiosa tormenta que rodeaba al vórtice. Durante largos minutos permanecieron suspendidos en el aire, girando y vibrando en sus diseños más defensivos, mientras la tormenta les azotaba y el vórtice tiraba de ellos. Luego, bruscamente, desintegraron sus diseños y se precipitaron deliberadamente en el corazón del propio vórtice. Al cabo de unos instantes habían desaparecido.

Mientras caían en el vórtice no parecieron sentir ni movimiento ni lapso de tiempo. Era un cambio que llegaba sin percepción ni pensamiento: un cambio de ser en no-ser, de existencia a vacío. Sabían únicamente que se habían dado a sí mismos al vórtice, que se habían perdido súbitamente en la oscuridad y en una sensación de vacío circundante que no tenía ninguna dimensión. Sabían sin pensar que si hubiesen podido enviar sonido hacia adelante no se hubiera producido ningún eco, que una chispa o incluso un brillante resplandor no hubieran encendido ningún reflejo en ninguna parte. Ya que éste era el lugar del origen de la vida, y estaba vacío. Ellos debían llenarlo, si tenía que ser llenado.

De modo que utilizaron el secreto que el Antiguo les había confiado, el secreto que aquellos del Principio habían descubierto por casualidad y que sólo uno de los Antiguos pudo recordar. Habiéndose preparado para ello antes de penetrar en el vórtice, representaron sus papeles individuales maquinalmente: actos impersonales, inconscientes, casi al azar, que pueden ser realizados incluso por la energía no-viviente. Y cuando todo se hubo realizado correctamente, y en el momento adecuado, tuvo lugar la creación.

Era un animal-alimento. Se formó delante de ellos en el vacío, y creció hasta quedar completado. Por un instante permaneció allí, y luego fue expulsado súbitamente del vórtice, arrojado de él violentamente como por una explosión. Y con

él salieron los Tres, vomitados hacia adelante con el primitivo fragmento de vida que habían elaborado.

En el exterior, en la tormenta, los Tres reasumieron automáticamente sus secuencias normales de movimiento, girando y parpadeando uno alrededor del otro en una lucha desesperada para mantenerse incólumes en medio del furor desatado que les circundaba. Y de nuevo notaron el poderoso tirón del vórtice detrás de ellos, agarrándoles otra vez ahora que estaban en el exterior, y supieron que el vórtice les atraería a su seno, ahora para siempre, a menos que consiguieran resistir. Pero descubrieron que estaban casi gastados. Habían perdido en el vórtice la mayor parte de sí mismos. Apenas se sentían vivos, y en su lucha contra los implacables poderes de la tormenta y del vórtice sólo pudieron hacer una cosa para recuperarse lo suficiente y abrirse paso hacia la calma y la seguridad.

Moviéndose casi al unísono, convergieron sobre el animal-alimento que acababan de crear y se lo comieron.

Este no es exactamente el final de la Danza del Mutador y los Tres: continúa aún, hablando de los honores rendidos a los Tres a su regreso, y de la reacción de Minnearo cuando completó su cambio reapareciendo alrededor del átomo-vital dejado por un ave-del-viento moribunda, y de cómo los Tres renunciaron a los honores y efectuaron sus siguientes cambios casi inmediatamente..., pero mi propia atención nunca sigue del todo el resto de la Danza. Siempre quedo aturdido por el mismo pasaje de la historia: por aquel momento de suprema contradicción en el que los Tres destruyen lo que habían creado. No llega a ser una ironía, pero es el punto culminante de la Danza, desde un punto de vista emotivo, en lo que respecta a los Loarra. De hecho, es *toda* la Danza, ya que si los Tres hubiesen podido escapar *sin* comerse a su animal-alimento, su hazaña hubiera sido tibiamente aplaudida..., y olvidada al cabo de un par de ciclos-vitales.

Y ésas eran las criaturas con las cuales tuve que tratar y cuyos derechos estaba encargado de proteger. Fui embajador en un planeta lleno de seres que podían decirme sin faltar a la verdad que dos y dos son anaranjado. Y sí, por eso estoy ahora de regreso en la Tierra; y por eso el resto de la expedición, los que quedaron vivos, se encuentran también aquí.

Si pudieran leer el informe que pasé a la Unicentral (cosa que no pueden hacer, porque la Unicentral clasifica siempre sus fracasos), no les revelaría nada más acerca de los Loarra que lo que acabo de contarles en la historia de la Danza. En realidad, podría revelarles incluso menos, ya que a pesar que el informe contenía numerosos datos sobre los Loarra, además de todas las teorías formuladas por la minicomputadora, apenas habla de la Danza. Y sólo en las cosas como ésa, en las actitudes más que en los índices IQ, datos psíquicos, etcétera, es posible descubrir todo el impacto de aquello con lo que estábamos tratando en Loarr.

Después de haber permanecido en el planeta durante cuatro Años Estándar,

después de haber establecido contacto e intercambiado regalos y favores e información con los Loarra, después de haber instalado todo nuestro equipo minero y de mantenerlo en funcionamiento sin problemas durante más de tres años, después de todo eso se produjo la incursión. Un día, una cortina de luz violácea surgió del horizonte, y cuando estuvo más cerca pude ver que se trataba de toda una colonia de los Loarra, con sus colores y fluctuaciones individuales fundiéndose en aquella masa violácea. Yo estaba en la montaña, no lejos de los extensores mineros, y lo vi todo, y viví para contarlo.

Planearon sobre nosotros como una plaga de langosta, y empezaron atacando los vehículos-oruga y las excavadoras. El metal se calentó al rojo, luego al blanco, luego se fundió. Luego no fue más que gas formando compactas nubes en el cielo. En alguna parte dentro de aquellas nubes se encontraban los restos de los elementos que habían incluido a diecisiete seres humanos, que ahora también eran vapor.

Hice sonar la alarma, pero muy pocos consiguieron ponerse a salvo. Los demás quedaron atrapados en los túneles cuando los Loarra cayeron sobre ellos, y se convirtieron también en humo. Luego funcionó el cierre automático y la montaña quedó sellada. Y seis de nosotros estábamos allí, contemplando en la pantalla cómo los Loarra se movían de un lado para otro, destrozando lo poco que había quedado intacto después del primer ataque.

Envié al exterior tres de mis «ojos», pero no tardaron en quedar vaporizados.

Luego esperamos que atacaran la propia montaña..., media docena de hombres asustados, amontonados en la sala de la computadora, en completo silencio. Sudando, únicamente.

Pero el ataque no se produjo. Los Loarra ascendieron juntos en una apretada espiral, volaron por tres veces consecutivas alrededor de la montaña, y luego se alejaron hasta perderse de vista, dejando únicamente a un pequeño grupo detrás de ellos.

Poco después envié un cuarto «ojo» al exterior. Uno de los Loarra se acercó, voló alrededor del ojo como una libélula, parpadeó a través del espectro y quedó suspendido delante del ojo para hablar.

Era Pur: una Pur situada a mil millones de billones de ciclos vitales de la Pur que nosotros conocimos y amamos, desde luego, pero que a pesar de ello no dejaba de ser Pur.

Envié una secuencia de luces y movimientos cuya traducción aproximada podría ser: «¿Por qué diablos han hecho eso?».

Y Pur latió amarillo pálido durante varios segundos, y luego me dio una respuesta que no tiene traducción posible.

Formulé de nuevo la pregunta, en términos distintos, y Pur me dio la misma respuesta, en términos distintos. Pregunté por tercera vez, por cuarta vez, y la respuesta fue la misma.

Pur parecía disfrutar con las variaciones de la danza; tal vez pensaba que

estábamos jugando.

Bueno... Ya habíamos enviado nuestra llamada de socorro, de modo que lo único que podíamos hacer era esperar la nave de rescate y confiar en que los Loarra no repitieran su ataque antes que llegara la nave, porque no teníamos ninguna posibilidad de resistencia: éramos mineros, no una expedición militar. Aunque Dios sabe lo que hubiera podido hacer una expedición militar contra seres que eran pura energía... Mientras esperábamos, continué enviando «ojos» al exterior, y continué hablando con los Loarra. La nave de rescate tardó tres semanas en llegar, y durante aquel tiempo hablé con más de un centenar de ellos. El resumen de lo que me dijeron es éste:

Sus motivos para destruir la instalación minera eran intraducibles. No, no estaban locos. No, no querían que nos marcháramos. Sí, podíamos sacar todo el material que nos apeteciera de las profundidades del océano Loarrano.

Y, lo más importante: no, no podían decir si iban a repetir o no su ataque.

De modo que regresamos a la Tierra y presentamos nuestros informes a la Unicentral. Incluimos, como ya he dicho, todos los datos que podíamos recordar, además de un cálculo aproximado del valor de los nuevos elementos existentes en Loarr, que ascendía a un séxtuplo de las riquezas del sistema terrestre. Y pasamos los datos a la Unicentral, para que decidiera si debíamos volver o no a Loarr.

La Unicentral ha estado zumbando por espacio de diez meses, pero todavía no ha tomado ninguna decisión.

Melodía estelar

Fred Saberhagen

Abrirse paso a través de la oscura nebulosa Taynarus costó a los humanos tres naves de combate, y después de aquello recogieron las bajas de una batalla de tres días mientras sus fuerzas de abordaje se dirigían a Hell.

El comandante en jefe temió en todo momento que la computadora que dirigía a las «frenéticas» destruyera el lugar y a los invasores vivientes con él, en un Gotterdammerung final de cargas aniquiladoras. Pero tenía la esperanza de que los proyectores de ondas amortiguadas que llevaban sus hombres evitarían cualquier explosión nuclear. Envío hombres vivientes a bordo porque se creía que en Hell había prisioneros humanos vivos. Sus esperanzas estaban justificadas; o, al menos, por los motivos que fueran, no se produjo ninguna explosión nuclear.

Lo de los prisioneros no pudo confirmarse fácilmente. Ercul, el psicólogo cibernético que llegó después de la batalla para investigar, encontró allí seres humanos, ciertamente. Pero, hasta cierto punto. En parte. Órganos sueltos que funcionaban por así decirlo, interconectados con los no-humanos y los no-vivientes. La mayoría de los órganos eran cerebros humanos que habían sido desarrollados en cultivos mediante el uso de técnicas que las frenéticas debieron capturar con alguna de nuestras naves-hospital.

Nuestros laboratorios humanos desarrollan los cerebros de cultivo partiendo de semillas de tejido de embrión humano, los dejan crecer hasta que adquieren un tamaño adulto y entonces los disecan a medida que son necesarios. Un cirujano corta un lóbulo prefrontal, por ejemplo, y lo injerta en el cráneo de un hombre cuya parte correspondiente del cerebro ha sido destruida por alguna enfermedad o violencia. La materia del cerebro de cultivo sirve como matriz para la regeneración, y sobre ella puede reimprimirse la antigua personalidad. Los cerebros de cultivo, desarrollados en recipientes de cristal, sólo son humanos en potencia. Incluso un profano puede distinguir fácilmente uno de ellos de un cerebro normal por la visible ausencia de las más finas circunvoluciones superficiales. Los cerebros de cultivo no pueden ser humanos en el sentido de mantener mentes humanas sensibles. Para el desarrollo de un cerebro con personalidad son necesarias ciertas hormonas y otros complejos elementos químicos del entorno corporal, aparte de la necesidad de los estímulos de la experiencia, del continuo impacto de los sentidos.

De hecho, se requiere alguna fuerza sensorial para que el cerebro de cultivo se desarrolle incluso hasta una fase utilizable por el cirujano. Como fuerza sensorial suele emplearse la música.

Las frenéticas habían aprendido indudablemente a cultivar hígados, corazones y gónadas lo mismo que cerebros, pero lo único que de veras les interesaba era la capacidad pensante del hombre. Las frenéticas debieron quedar asombradas cuando su computadora reveló la capacidad de memoria y la facultad decisoria que la naturaleza había conseguido insertar en los pocos centenares de centímetros cúbicos del sistema nervioso humano.

A través de su prolongada guerra con los hombres, las frenéticas habían intentado incorporar cerebros humanos a sus propios circuitos.

Nunca lo habían logrado a su entera satisfacción, pero continuaban intentándolo.

Su centro de investigaciones se encontraba en Hell, en pleno corazón de la nebulosa Taynarus, que a su vez constituía el núcleo central de un triángulo formado por los sistemas Zity, Toxx y Yati. Los hombres habían sabido durante años lo que era Hell y dónde se encontraba, aproximadamente, antes de poder reunir las fuerzas suficientes en aquella parte de su sector de la galaxia para localizar el lugar y destruirlo.

—Certifico que este envase no contiene vida humana —dijo el psicólogo cibernético, Ercul, imprimiendo al mismo tiempo las palabras sobre la caja de glasita que tenía delante.

El ayudante de Ercul hizo una señal y el cosmonauta que trabajaba con ellos manipuló unos mandos y dejó que lo que había en la caja empezara a morir.

No se trataba de un cerebro de cultivo, sino de lo que en otro tiempo fue el sistema nervioso de un prisionero humano. Había sufrido grandes daños, no sólo al ser extraído del cuerpo al cual había pertenecido, sino también por haber sido conectado a una masa de mecanismos electrónicos. Por medio de algún programa de entrenamiento, probablemente una combinación de castigo y recompensa, las frenéticas habían enseñado a aquel cerebro a realizar ciertas operaciones de cálculo a una gran velocidad y con escasas probabilidades de error. Al parecer, cada vez que los cálculos quedaban completados, el mecanismo al que iba unido el cerebro había colocado de nuevo todas las fichas a cero, obligando al cerebro a repetir todas las operaciones. Ahora, el cerebro parecía incapaz de cualquier otra cosa que no fuese aquella monótona tarea; y si bien retenía una especie de vida humana, una posibilidad que Ercul no estaba dispuesto a admitir en voz alta, era una clase de vida que debía terminar lo antes posible.

—La caja siguiente —le dijo al cosmonauta.

Por desagradable que resultara, tenía que continuar con su tarea de tratar de distinguir los prisioneros rescatados —dos de ellos volverían a tener algún día aspecto humano—, de entre una colección de órganos más o menos funcionales.

Cuando dejaron la caja siguiente delante de él, Ercul tuvo un mal momento, malo incluso para aquel día, reconociendo algo de su propio trabajo.

La historia había empezado hacía más de un año-standard, en el planeta Zity, en un enorme vestíbulo que había sido adornado para un alegre acontecimiento.

—¿Eres feliz, cariño? —le preguntó Ordell Callison a su esposa, aprovechando un momento de calma para coger su mano y hablar con ella en medio del tumulto del banquete de boda.

Y no es que Ordell dudara de la felicidad de Eury; pero en aquel instante no se le ocurrió otra cosa.

—¡Oooh! ¡Sí, muy feliz!

En aquel momento, Eury estaba tan emocionada como él. Pero la verdad de sus palabras se reflejaba en sus ojos y en su voz, maravillosos como alguna canción que Ordell podía haber compuesto e interpretado.

Desde luego, a Ordell no le permitirían marcharse, ni siquiera para su luna de miel, sin que interpretara al menos una canción.

—¡Canta algo, Ordell! —gritó Hyman Bolf a través de la enorme mesa llena de invitados.

El famoso predicador de la multifé había llegado del sistema Yati para officiar en la ceremonia nupcial. Al aterrizar, su nave particular había sufrido una pequeña avería: la lámpara de hidrógeno había estallado, y el reverendo salió de la cabina con los ojos irritados por el humo; pero, después de aquel mal presagio, todo había discurrido perfectamente durante el resto del día.

Otras voces se unieron inmediatamente a la petición.

—¡Canta, Ordell!

—¡Sí, tienes que cantar!

—Pero, se trata de mi propia boda, y no me encuentro en condiciones...

El griterío de los invitados apagó sus objeciones.

El hombre era músico, y en realidad se sentía tan feliz que pensó que podría estallar si no tenía ocasión de expresar su dicha. Se puso en pie, y uno de sus más fieles criados, que había previsto que Ordell cantaría, le entregó el instrumento que el propio Ordell había inventado. Dentro de una caja que Ordell podía colgarse al cuello como un acordeón, había un sistema de altavoz con numerosos registros accionados electrónicamente; sobre la lisa superficie de la caja había diez ranuras que se adaptaban exactamente a los diez dedos de Ordell. El la llamaba su «caja de música», por darle algún nombre. Los imitadores de Ordell tenían cajas de música de mayor tamaño y con más abundancia de registros; pero, sorprendentemente, pocas personas, incluso entre las muchachas de doce a veinte años, se molestaban en escuchar a los imitadores de Ordell.

De modo que Ordell Callison cantó en su propia boda, y su auditorio quedó fascinado por él, como siempre. Los críticos musicales más exigentes permanecían como extasiados en sus puestos de honor, en la cabecera de la mesa; los cultos y menos cultos ricachones de Zity, de Toxx y de Yati, algunos de los cuales habían llegado en sus naves de carreras particulares, y los huéspedes más vulgares, se sentían embriagados por la canción como por el mejor de los vinos. Y las adolescentes, las fans de Ordell que se apretujaban inevitablemente al otro lado de las puertas, se

sentían poseídas por su música hasta el punto de desmayarse.

Un par de semanas después, Ordell, Eury y sus nuevos amigos de los últimos años, los años de éxito y de fácil riqueza, se encontraban en el espacio tripulando sus naves deportivas monoplazas jugando a lo que ellos llamaban «Tag». Esta vez, Ordell jugaba un poco a la inversa, eludiendo a las naves tripuladas por muchachas en vez de perseguirlas, de acuerdo con las reglas del juego.

Había estado buscando con la mirada la nave de Eury, experimentando cierta ansiedad al no descubrirla, cuando de repente surgió una nave tripulada por un muchacho con todas las señales de emergencia encendidas. Un minuto después todo el mundo había dejado de jugar. Las pantallas de todas las pequeñas naves reflejaron el rostro de Arty, el joven cuyo vehículo acababa de detenerse junto al de Ordell.

Arty estaba balbuciendo:

—Lo intenté Ordell...; no quería que ella sufriera algún daño...; se la han llevado...; no ha sido culpa mía...

Poco a poco, se aclaró la verdad de lo ocurrido. Arty había perseguido y alcanzado la nave de Eury, de acuerdo con las reglas del juego. Había unido su nave a la de Eury, subido a bordo de esta última y reclamado la recompensa habitual. Pero ahora Eury estaba casada; y estar casada significaba mucho para ella, lo mismo que para Ordell, que hoy se había dedicado a eludir a las muchachas. Los dos habían creído que todo el mundo se daría cuenta de que el mundo había cambiado desde que ellos se casaron.

Incapaz de convencer a Arty con argumentos verbales, Eury se había visto obligada a recurrir a la violencia para hacer valer sus derechos. Tratando de esquivar a Arty en la pequeña cabina, se había lastimado un pie. Arty insistió obstinadamente en reclamar su recompensa. Y sólo accedió a regresar a su propia nave en busca de un botiquín de primeros auxilios (Eury le juró que no llevaba botiquín a bordo) después de que ella le prometió que tendría lo que deseaba cuando volviera.

Pero cuando Arty estuvo en su nave, Eury puso en marcha su pequeño bólido y escapó. Y él la persiguió. La acorraló en un rincón, contra la frontera de la zona de seguridad, la cual estaba constantemente vigilada por naves de guerra automatizadas contra la posibilidad de incursiones de las frenéticas.

Para huir de Arty, Eury cruzó aquella frontera trazando una gran curva, sin duda pensando regresar a la zona de seguridad unas diez mil millas más allá.

Pero no regresó. Cuando su pequeño bólido volaba junto al borde exterior de la oscura Taynarus, la máquina frenética que había estado acechando allí saltó sobre él.

Desde luego, Ordell no oyó la historia en forma tan coherente, a medida que se desarrollaba el relato de los hechos; pero súbitamente su expresión se hizo salvaje y demencial. Arty se apartó, asustado, pero Ordell no le prestó la menor atención. Poniendo su bólido en marcha, voló a toda velocidad hacia el lugar por el cual había

desaparecido su esposa. Cruzó la zona protegida por las patrullas (las cuales estaban instaladas para impedir la entrada a los intrusos, no para evitar que los locos salieran) y se adentró en una de las inmensas grietas que conducían al centro de Taynarus, en el laberinto donde naves y máquinas debían avanzar lentamente, y del que no había salido ningún humano viviente desde la fundación de Hell.

Unas horas más tarde, los centinelas exteriores de las frenéticas rodeaban su pequeña nave, exigiéndole la rendición con un lenguaje humano perfectamente aprendido. Ordell se limitó a aminorar la velocidad de su vehículo y empezó a cantar por el altavoz, apartando las manos de los controles de su nave para apoyar los dedos en las teclas de su caja de música. Sin gobierno, su nave se apartó del centro del pasillo navegable y fue a chocar contra la pared nebular, sufriendo las descargas de gas y de polvo de sus microcolisiones.

Pero antes de que el vehículo quedara destrozado, las frenéticas aullaron unas órdenes por radio y enviaron un grupo de máquinas al abordaje.

En los archivos de Hell figuraban algunos casos de locura, una de las formas más raras de comportamiento humano. Registraron el bólido en busca de armas, registraron a Ordell —permitiéndole conservar su caja de música después de haberla examinado minuciosamente—, y le entregaron como prisionero a la jurisdicción de los guardianes interiores.

Hell, una masa de metal reforzado de varias millas de diámetro, recibió a Ordell y a su nave a través de su entrada principal. Ordell se apeó del bólido y descubrió que podía respirar, y andar, y ver por dónde andaba. El entorno físico de Hell era suave y agradable, debido a que los prisioneros no sobrevivan largo tiempo, por regla general, y las computadoras de las frenéticas no deseaban imponerles sufrimientos innecesarios.

Los aparatos encargados de controlar las operaciones rutinarias en Hell eran parcialmente orgánicos, conteniendo cerebros de cultivo desarrollados a propósito y también algunos cerebros capturados y reeducados. Todos ellos eran ejemplos de los mejores logros de las frenéticas en sus intentos de desarrollar una cibernética al revés.

Antes de que Ordell diera una docena de pasos fue detenido e interrogado por uno de aquellos monstruos. Mezcla de acero y circuitos con carne de cultivo, llevaba en tres globos de cristal sus tres cerebros potencialmente humanos, con sus superficies demasiado lisas bañadas en elementos nutritivos y protegidas por una red de alambres tan finos como cabellos.

—¿Por qué has venido aquí? —le preguntó el monstruo, hablando a través de un diafragma instalado en la parte central de su «cuerpo».

Sólo en aquel momento el plan de Ordell adquirió una forma concreta. Un plan basado en el conocimiento de que en los laboratorios humanos se utilizaba la música para ajustar los cerebros de cultivo, y de que su propia música era tan superior para aquel propósito como lo era en todos los otros sentidos.

Al monstruo de tres cabezas se limitó a cantarle que había venido aquí

simplemente para ver a su joven esposa: un accidente la había conducido, antes de tiempo, al final de su vida. Luego siguió cantando, implorando al poder que gobernaba aquel reino de terror que le concediera la vida de Eury. «Si me niegas esto —cantó—, no podré regresar sólo al mundo de los vivientes y nos tendrás aquí a los dos». La música, que no había significado nada para los guardianes exteriores, máquinas impasibles, afectó en cambio a los guardianes interiores en lo que tenían de humano. El monstruo de los tres cerebros entregó a Ordell a otros guardianes, y cada uno de ellos respondió a la armonía de aquella nueva forma de belleza, que además trascendía lógica de sus elementos matemáticos.

Ordell se adentró cada vez más profundamente en Hell, y los guardianes no pudieron resistir. Su música vibraba débilmente a través de los montajes de las cajas de glasita, era captada por atormentadas células nerviosas a través de los cambios de inductancia emanados rítmicamente de la caja de música de Ordell. Cerebros que sólo habían sabido trabajar hasta el límite de sus potencialidades en cálculos inútiles... Cerebros que habían sido enloquecidos por el goteo de un milimicrovoltímetro introducido en una probeta... Todos oyeron su música, todos la «sintieron», cada uno de ellos con su propia capacidad de percepción.

Y todos reaccionaron.

Centenares de experimentos quedaron interrumpidos, cuando no definitivamente fallidos. Los supervisores, también ellos semicarnales, se desviaron del objetivo que tenían programado para llegar a la decisión de que la petición del prisionero era razonable y debía ser atendida.

El Control Supremo, pura computadora frenética, puro metal frío, completamente inmune a la extraña descentralización que se estaba produciendo en su laboratorio, descendió finalmente de su concentración sobre elevados planeamientos estratégicos para investigar. Y luego conectó de golpe toda su energía para recuperar el control sobre lo que estaba sucediendo en el corazón de Hell. Pero lo intentó en vano, al menos de momento. Había concedido demasiado poder a sus creaciones semivivientes; había confiado demasiado en sus propias posibilidades de condicionar al protoplasma, una materia tan versátil.

Ordell estaba de pie, debajo mismo de la computadora jefe, ante los dos cerebros potencialmente humanos que eran los superintendentes de Hell. Aquellos dos cerebros, al igual que todos los de categoría inferior, habían sido afectados por la música de Ordell; y ahora luchaban con todas las energías a su cargo contra la tentativa de su jefe de reafirmar su dominio. Levantaron relés magnéticos como fortalezas contra la computadora; lucharon para establecer una frontera a través del territorio de control.

—Puedes llevarte a tu esposa —dijo el portavoz de aquellos supervisores rebeldes, dirigiéndose a Ordell—. Pero no dejes de cantar, no te interrumpas para respirar durante más de un segundo hasta que estés a bordo de tu nave, lejos de las verjas más exteriores de Hell.

Ordell cantó, cantó su nueva alegría y la maravillosa esperanza que le estaban infundiendo.

Detrás de él se abrió una puerta, y se volvió para ver a Eury cruzándola. Cojeaba a causa de su lastimado pie, que no había recibido ninguna atención, pero Ordell pudo darse cuenta de que se encontraba realmente bien. Las máquinas no habían empezado aún a abrir su cabeza.

—¡No os detengáis! —ladró el supervisor—. ¡Adelante!

Eury gimió al ver a su marido y extendió sus brazos hacia él, pero Ordell sólo se atrevió a dirigirle un gesto con la cabeza para darle a entender que debía seguirle, sin dejar de cantar. Su canción era ahora un himno triunfal. Echó a andar a lo largo del angosto pasillo por el cual había llegado, avanzando en una dirección que hasta entonces nadie había seguido. El camino era tan estrecho que tuvo que mantenerse en cabeza mientras Eury le seguía. Tenía que evitar incluso el volver la cabeza para mirar a su esposa, a fin de poder concentrar el poder de su música sobre cada uno de los guardianes que surgían delante de él, semivivientes e inquisitivos; y cada uno de ellos abría otra puerta. Y Ordell podía oír detrás de él los sollozos de su esposa y sus pasos vacilantes a causa del lastimado pie.

—¡Ordell! ¡Ordell, cariño! ¿De veras eres tú? No puedo creerlo.

Delante de ellos, el último peligro, el centinela de tres cerebros de la verja exterior, se irguió para bloquear su camino, de acuerdo con su programa de evitar las fugas. Ordell cantó a la libertad de vivir en un cuerpo humano, al placer de correr sobre un césped bañado por el sol. El guardián se apartó a un lado para dejarles pasar.

—¡Cariño! ¡Vuélvete y mírame! ¡Dime que esto no es un truco de las frenéticas! ¡Por favor, cariño! Si me amas, vuélvete...

Volviéndose, Ordell vio a Eury claramente por primera vez desde que había entrado en Hell. Y el espectáculo de su belleza fue tan maravilloso que detuvo al tiempo, detuvo incluso a la canción en su garganta y a sus dedos sobre el teclado de la caja de música. Una momentánea interrupción de la extraña influencia que había pervertido a todos sus subordinados era lo único que el Control Supremo necesitaba para imponer de nuevo su dominio. El guardián de los tres cerebros arrancó a Eury de brazos de su marido y se la llevó a través de la oscuridad, con tanta rapidez que el último grito de despedida apenas alcanzó los oídos del hombre.

—Adiós... amor mío...

Ordell gritó y echó a correr detrás de ella, aporreando inútilmente una pesada puerta que se cerró ante su rostro. Permaneció pegado a la puerta largo rato, gritando y suplicando que le concedieran otra oportunidad para llevarse a su esposa. Volvió a cantar, pero el Control Supremo había previsto aquella posibilidad. Lo único que consiguió fue que los supervisores, si bien habían dejado de obedecerle, no le molestaran y le dejaran el camino franco para la huida.

Ordell vagó durante varios días alrededor de la verja, en su pequeña nave y fuera de ella, sin comer ni dormir, cantando inútilmente hasta que perdió la voz. Entonces

se desmayó en el interior de su nave. Luego, él mismo, o tal vez su piloto automático, condujo a la nave hacia la libertad.

Las defensas de las frenéticas no se preocuparon por aquella pequeña nave que salía de Hell. Probablemente creyeron que se trataba de una de sus propias naves de exploración. Nadie había escapado nunca de Hell.

Al llegar al planeta Zity, sus representantes le acogieron como a un resucitado de entre los muertos. Al cabo de unos días tenía que dar un concierto, en una actuación programada desde hacía algún tiempo y para la cual se habían vendido ya todas las localidades. Un día más, y los promotores hubieran tenido que empezar a devolver el dinero.

Ordell no colaboró con los médicos que trabajaban para restablecer sus energías, pero tampoco se enfrentó con ellos. En cuanto recuperó la voz, empezó a cantar de nuevo; se pasaba la mayor parte del tiempo cantando, excepto cuando le drogaban para que durmiera. Y no le importó que le subieran a un escenario para cantar.

El local había sido invadido por diez mil adolescentes, más excitadas que nunca por la milagrosa reaparición de Ordell y por su aspecto fantasmal.

Durante las primeras canciones las muchachas permanecieron relativamente silenciosas, lo bastante silenciosas como para que pudiera oírse la voz de Ordell.

Luego... Bueno, una muchacha de entre las diez mil gritó en voz alta:

—¡Vuelve a ser nuestro!

Y aquellas cuatro palabras expresaron hasta qué punto se habían sentido defraudadas por su boda.

Envolviéndolas a todas en una mirada indiferente y casual, Ordell sonrió, en contra de su costumbre, y empezó a cantar lo mucho que las odiaba y aborrecía, viendo en ellas únicamente una irremediable fealdad.

Durante unos instantes, las corrientes de emoción en el inmenso local se equilibraron mutuamente para producir una impresión de calma. La voz de Ordell era clara. Pero luego estalló la tormenta de reacción, y ya no pudo ser oída. Los empleados, expertos en formar una barricada cuando actuaba Callison, fueron literalmente barridos por diez mil arpías enfurecidas, impulsadas por el odio y por el resentimiento.

La intervención de la policía apagó rápidamente el tumulto. Pero Ordell estaba ya casi muerto. La ayuda médica sólo llegó a tiempo de salvar la vida en los tejidos de su cerebro.

Al día siguiente, los médicos de Ordell llamaron al psicólogo cibernético a consulta. Estaban salvando lo que quedaba de la vida de Ordell Callison, pero no habían sido capaces de establecer un puente de comunicación con él.

Ercul, el psicólogo, hundió unas sondas directamente en el cerebro de Ordell, a fin de obtener aquella información. A continuación conectó los centros del lenguaje con un aparato cargado con registros de la propia voz de Ordell, de modo que las tonalidades que surgieran fuesen las mismas que en otro tiempo habían brotado de su

garganta. Y —en respuesta a la primera petición del paciente—, los centros motrices que a habían controlado los dedos de Ordell fueron conectados por medio de sondas a una caja de música.

Inmediatamente después de eso, Ordell empezó a cantar.

Le llevaron al espaciopuerto. Con su sistema de tubos y conexiones eléctricas, le colocaron a bordo de su nave de carreras. Y con el piloto automático programado de acuerdo con sus instrucciones, le hicieron despegar, disparado a lo largo de la ruta que él mismo había escogido.

Ercul reconoció a Ordell y a Eury cuando los descubrió, juntos, en la misma caja experimental. Antes de que los electroencefalogramas se revelaran coincidentes con los que figuraban en sus archivos, el psicólogo reconoció su propio trabajo sobre el cerebro del cantante.

Lo que quedaba de ellos era muy poco.

—Sensaciones dolorosas sólo dos puntos por encima del nivel normal —cantó el ayudante del psicólogo, leyendo los datos rutinarios, sin sospechar la clase de dolor que estaba intentando juzgar—. Ninguno de los dos parece estar sufriendo. De momento, por lo menos.

Con una mano temblorosa, Ercul levantó su sello y marcó la caja.

Certifico que este envase no contiene vida humana.

El ayudante levantó la mirada, levemente sorprendido por aquella rápida decisión.

—Me atrevería a asegurar que entre esos dos sujetos existe algo de mutua comprensión. Como si se hubiesen conocido muy a fondo.

Su voz tenía un tono estrictamente profesional, casi alegre. Llevaba mucho tiempo dedicado a esta tarea y estaba empezando a acostumbrarse a ella.

Pero Ercul no se acostumbraría nunca.

FIN